SUMA

DE LOS

DONES DE SAN JOSÉ,

ESCRITA EN LATÍN POR EL

P. ISIDORO DE ISOLANIS

de la Orden de Santo Domingo.

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA,
HECHA TENIENDO Á LA VISTA LA PRIMERA EDICIÓN LATINA
PUBLICADA EN 1522,

POR

JOSÉ PALLÉS.

BARCELONA:
IMPRENTA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
CALLE DE ROBADOR, NÚMS. 24 Y 26.
1887.

© Biblioteca Nacional de España

ES PROPIEDAD.

© Biblioteca Nacional de España

CENSURA.

M. I. Sr.

En virtud del Decreto de V. S. he leído el libro cuyo título es *Suma de los Dones de San José, escrita en latín por el P. Isidoro de Isolanis, de la Orden de Santo Domingo. Traducción española, hecha teniendo á la vista la primera edición latina, publicada en* 1522, *por José Pallés,* que es traducción de otro que con el mismo título escribió el padre Isolanis en latín, como dice el citado traductor.

Debo decir de este libro que no es otra cosa que una explicación de los extraordinarios dones y grandes prerrogativas que el glorioso Patriarca ha recibido del cielo. Muy á propósito es el mismo para encender en los corazones de los fieles la devoción al casto Esposo de María Santísima.

Está escrito en sentido católico, y nada he visto en el citado libro contrario á nuestra santa fe y moral de la Iglesia nuestra madre.

Por todo lo que pienso que puede darse permiso para imprimir la obra, que juzgo ser muy digna de ver la luz pública.

Este es mi humilde parecer, salvo siempre el superior y más acertado de V. S., cuya vida y salud guarde Dios y prospere muchos años.

Barcelona 7 de Diciembre de 1883.

M. I. Sr.

Dr. Francisco Esteve, *Rector.*

M. I. Sr. Vicario General de la diócesis de Barcelona.

© Biblioteca Nacional de España

APROBACIÓN.

Barcelona 9 de Febrero de 1884.

Vista la censura que precede, imprímase la traducción á que se refiere.

Felipe Vergés, *Vicario General.*

© Biblioteca Nacional de España

DEDICATORIA DEL AUTOR.

Á S. S. ADRIANO VI,

recientemente elegido Pontífice Romano y Santísimo Padre del orbe por la celeste misericordia y la elección del Sagrado Colegio, iluminado por el Espíritu Santo,

FRAY ISIDORO DE ISOLANIS,

de Milán, de la Orden de Predicadores, Bachiller indigno en Sagrada Teología por la universidad de Bolonia, besa humildemente los pies, y le desea un reinado largo y dichoso.

SANTÍSIMO PADRE:

La Italia, la que Dios inmortal ciñó con triple corona, haciéndola capital del orbe cristiano, desde que dejó de ser asiento de la majestad de los Césares, desgarrada hoy por crueles guerras y aterrada bajo el peso de divinos castigos, esperaba vuestra elevación anegada en llanto. La señora de las naciones, la princesa de tantas provincias, llorando solitaria sus desdichas, ve en vuestra elevación al trono Pontificio un dichoso acontecimiento que trae señales de bienandanza que se manifiesta en todo,

© Biblioteca Nacional de España

y ve despuntar la naciente aurora presagio de tiempos más felices. Combatida de tempestades levantadas por las facciones, nadando en sangre de fieles, llorando sus desterrados ciudadanos, gimiendo al ver expoliadas las casas monásticas y afligida por la dispersión de los religiosos reducidos á la mendicidad, os suplica pongáis desde vuestra excelsitud una mirada sobre tantos males, y desea con ardor besar vuestros pies, contemplar la santidad, la prudencia, la piedad y la sabiduría de vuestro glorioso pontificado, y verla, por decirlo así, cara á cara. Estos que escribo no son más que una pequeña parte de los grandes pensamientos que se levantan en mi alma, porque la multitud de ideas que luchan á un tiempo por salir son obstáculo para que puedan lograrlo todas. Llévame el ánimo á encomiar vuestras decisiones que excitan la admiración de las academias, pero la majestad de vuestra persona y el incomparable brillo del puesto que ocupáis me aturden y deslumbran. En esto, precisamente, está lo que trueca en regocijo la tristeza de los italianos, los cuales ven el poderío de Dios viniendo con V. B. y la santidad de vuestras virtudes cubrir la tierra como con una nube. Mas yo que soy un gu-

© Biblioteca Nacional de España

sanillo de la tierra y no un hombre, me atrevo á felicitaros y á poner á los pies de vuestro trono, que tiene las llaves del cielo y el cetro de la tierra, un volumen en el cual vienen compilados los méritos de aquel excelso José que llevó el nombre insigne de *padre de Dios*. No creo ciertamente á la ligera que la paz será restablecida en Italia merced á las santas oraciones de José. Humildemente os suplico y ruego, Santísimo Padre de la sociedad humana, Abraham por la fe, Moisés por la dirección, David por la unción y Pedro por la autoridad, ordenéis con vuestra autoridad, vuestro mandato y vuestra ley, que la Iglesia universal en honra y gloria de San José celebre anualmente algunas fiestas solemnes, alegres, con exacta observancia, profundo respeto y veneración apostólica. En cambio de estas honras la Iglesia militante recibirá de lo alto gran poderío, y cuando habrá recobrado la paz podrá derramar las saludables aguas del santo Bautismo en los pueblos bárbaros y predicar á todas las naciones el nombre de Cristo. Que de esta manera alcancemos, por las preces del Esposo de la Reina de los cielos, de aquel que ha recibido un nombre divino, que Asia la bella abandone á Mahoma, inclinán-

© Biblioteca Nacional de España

dose bajo vuestro cetro y lo venere Jerusalén que crucificó á Nuestro Señor Jesucristo, ante cuya divinidad tiemblan los angelicales ejércitos en la excelsitud del cielo. Leemos á menudo que muchos Pontífices romanos con la institución de solemnes fiestas anuales han alcanzado la paz para el pueblo católico y han atraído las celestiales bendiciones con la santidad de su vida. Vivid dichoso largos años, Beatísimo Padre.

Convento de Santo Domingo de Bolonia, en la festividad de Pentecostés de 1522.

© Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO.

Á pesar de lo pobre de mi inteligencia, de la inferioridad de mi saber, de la frialdad de mi corazón y de mi espíritu, pero apasionado por el conocimiento de los dogmas divinos de la Religión católica, como humilde discípulo, y no sin echar de menos mi falta de elocuencia, acometo la empresa de manifestar en esta obra los preciosos dones recibidos por José, Esposo de María, de la cual nació el Cristo, dones que no son en verdad muy conocidos de los débiles mortales. Á muchos les parecerá nueva esta obra, mas lejos de serlo, se compone desde el principio de palabras inspiradas por Dios y de pasajes de los varios escritos de aquellos santos Doctores en quienes se manifiesta más evidente el espíritu de Dios. Podrán acaso los hombres de

© Biblioteca Nacional de España

perspicua inteligencia argüirme de temeridad, y en ello no andarán desacordados, pues en efecto, ¿cuál es el joven que tendrá la pretensión de igualar á un gigante en la carrera sino un audaz que ponga demasiada confianza en sus propias fuerzas? ¿Quién osará en una frágil barquilla desafiar las olas encrespadas del vastísimo mar sino un hombre sin previsión cuyo insensato valor no tenga más base que su audacia? Á pesar de esto mi enardecido espíritu se lanza hacia la Sabiduría que mora en lo más alto de los cielos, cuyo trono está en una columna de nube, osando cargar con un peso tan abrumador para los hombres, y poner sobre mis débiles hombros, por decirlo así, toda la mole del cielo. La filosofía de Aristóteles y de Platón no es ciertamente necesaria para estudiar los misterios de las Sagradas Escrituras, y para nada sirven las matemáticas en aquello cuya inteligencia da solamente el Espíritu Santo. La sabiduría que jamás se corrompe se manifiesta claramente á los que la aman y la encuentran los que la buscan. San Hilario anima mi audaz empresa cuando dice en el libro de la Trinidad: «Comienza con fe este estudio, avanza, persiste. Si no llego al fin tendré al menos que felicitarme de haber progresado algo. El que piadosamente tiende las alas volando al infinito, va muy lejos aun cuando no llegue jamás al término. Pero al penetrar en el santuario de la verdad no eches

© Biblioteca Nacional de España

en olvido que te hallas en un abismo insondable donde perecerás si eres osado á presumir que comprendes la suprema inteligencia: no se te olvide que estás tratando de lo incomprensible.» De esta manera habla San Hilario. No ignoramos, en verdad, que el Dios inmortal puede hacer de una piedra un hijo de Abraham que hable dignamente de San José, puesto que la mano del Señor no ha perdido la virtud, y no hay cosa imposible á Dios. Conociendo estas verdades invocamos humildemente la protección de Dios inmortal, que inspira á los de buena voluntad y que da fuerza para desear y hacer el bien bajo el amparo de su mirada inspiradora.

Omnipotente Dios, Padre único de todo lo que existe, á quien no conoce el malo, siendo conocido de todos los justos; vos que existíais antes que existieran los siglos, y que así como no habéis tenido principio no tendréis fin, recibid el homenaje que mi inteligencia os rindo, bendecid mi atrevida empresa y allanadme el camino. Hijo del Padre Supremo, Salvador nuestro, acoged mi plegaria, iluminad mi alma con la luz que procede de vos, y preservad esta obra del veneno del error. Y vos, Reina de los cielos, á la vez Esposa de José y del Altísimo, dignaos inspirar mis pensamientos y haced que se remonten á la patria celestial. Alcanzadme, ó José, que mis votos sean atendidos.

© Biblioteca Nacional de España

Quienquiera que seas tú que te dignas leer lo que escribo, te suplico por la misericordia de Dios que perdones la sencillez del respeto y tierno amor que tengo á San José, que no rechaces como vanas novedades este mi trabajo dogmático sin haberlo antes releído con mayor atención, haberlo penetrado más íntimamente y meditádolo con mayor esmero. Si después de haber atentamente reflexionado sobre esta mi obrilla descubres en ella errores evidentes, perdona ante todo el piadoso sentimiento que la ha dictado y luégo toma pie de mi ignorancia para escribir tú de las virtudes de San José y hacer olvidar mis errores con la claridad de tu talento. Fiel á las instituciones católicas y después de una lectura asidua del santo Doctor Tomás de Aquino, cuyas opiniones angélicas hago propias, y de las obras de Alberto Magno, conformándome con los preceptos del Cristo nuestro Dios, someto todo cuanto escribo á la autoridad de la Santa Iglesia Romana; creo que su veneranda Sede está únicamente iluminada por la luz de la verdad cristiana, y así lo afirmo, lo proclamo y lo venero.

He dado á este libro el título de *Suma de los Dones de San José,* ya porque la suma contiene cuánto de más elevado hay en el sujeto, pues reune en un manojo lo recogido de una y de otra parte, ya porque la inmensidad de la materia condensada en reducido volumen parecerá más grande á los que me-

© Biblioteca Nacional de España

ditan la Sagrada Escritura, ya en fin porque los que con mayor abundancia reciben las divinas luces podrán añadir cuanto se nos haya pasado por alto á consecuencia de la atención que hemos tenido que poner en otros estudios y de la debilidad é inercia de nuestra inteligencia, á la cual tan corta de vista hace la naturaleza humana en materias divinas. La más limitada inteligencia verá y comprenderá el tesoro de los dones de San José. Rogamos á los hombres celosos que acepten nuestro plan, y no nos cabe duda que han de seguirlo los inteligentes, puesto que es el mismo que tiene la Iglesia católica cuando trata de explicar los actos de los Santos, y consiste en no emitir opiniones que no estén basadas en un examen detenido y profundo y en perfecto acuerdo con la razón y las Sagradas Letras. Que los delirios de la imaginación, las fábulas ingeniosas y todo cuanto el sentimiento sugiere de agradable sin que la razón lo admita, sea rechazado con horror y separado, como si fuera veneno, de la doctrina pura, sin que se toque en ello aun cuando sea ligeramente. Discúrrase sobre las Escrituras y los Santos Padres, evítese la ligereza y la vanidad y sométase á las decisiones de la recta razón. De ahí procede que los escritores católicos, aun cuando hayan estudiado profundamente las cuestiones, trabajádolas en largas vigilias y expuéstolas á la piedra de toque de frecuentes dis-

© Biblioteca Nacional de España

cusiones, no se dispensen de someterlas al juicio del Romano Pontífice, cuya fe, según promesa divina, no faltará nunca.

Hemos dividido los capítulos de esta *Suma* en cuatro partes, bien así como lo está el año.

Trata la primera de los dones recibidos por San José antes de sus desposorios con la Santísima Virgen;

La segunda de los que le fueron concedidos como consecuencia de dichos desposorios;

La tercera de las bendiciones dispensadas á los Padres del Antiguo y Nuevo Testamento, probando que todas ellas brillan en San José como las estrellas en el cielo;

La cuarta, dividida en varios capítulos, trata del don de la muerte de San José, que inaugura para él los honores de la Jerusalén celestial y terrena.

Ante todo sentamos las hipótesis que desarrollamos en las cuatro mencionadas partes de la obra, para que el lector comprenda con mayor claridad la doctrina por la claridad del orden con que la exponemos.

Atribúyase la diversidad del estilo á las distintas épocas en que hemos escrito nuestra obra.

© Biblioteca Nacional de España

HIPÓTESIS,

ó fundamentos de las opiniones del Autor.

I. Como José su esposo fuese un varón justo... *Matt.* I.

II. Yo y tu padre afligidos andábamos buscándote... Y les estaba sumiso. *Luc.* II.

III. Sabe que todo cuanto se te ofrece hacer en orden al bien, debes atribuirlo á Dios como autor de todo bien. *San Agustín: Del Libre Albedrío.*

IV. Sométase enteramente la razón á la autoridad, considerando en quién debe creer; y la autoridad de la verdad conocida ya es clara y ciertísima. *San Agustín: De la Verdadera Religión.*

V. Hay que buscar con la razón lo que esté acorde con la verdad sin la cual no hay ni vale la autoridad. *San Agustín: De las costumbres de la Iglesia.*

VI. Puédese con toda seguridad abrazar una opinión, cuando lo que se opina no se opone á una razón cierta, ni á una autoridad manifiesta. *San Bernardo.*

© Biblioteca Nacional de España

VII. Cuando uno se propone hallar en la Sagrada Escritura el mismo sentimiento del que la ha escrito, ¿qué mal hay en ver lo que en ella manifestáis, oh Luz de todas las inteligencias que aman la verdad? *San Agustín: Confes.* 12.

VIII. Acordaos de aquel gran Patriarca que fué vendido en Egipto, y sabed que José no se ha reducido á llevar su mismo nombre, sino que ha sido también dotado de su castidad, de su inocencia y de sus gracias. *San Bernardo.*

IX. Escogió el Señor á José para ser el consuelo de su Madre, su padre nutricio, y el único coadjutor fidelísimo del Gran Consejo. *San Bernardo.*

X. José fué hijo de David no solamente por la carne, sino también por la fe, por la santidad y por la devoción: habiéndole el Señor hallado según su corazón, como otro David, confióle con plena confianza el misterio santísimo y secretísimo de su Corazón, y como á otro David, le manifestó los designios más profundos y ocultos de su sabiduría. *San Bernardo.*

XI. Decir que su esposo José era justo, es decir que poseía todas las virtudes en su grado de mayor perfección. *San Juan Crisóstomo: Segunda Homilía sobre San Mateo.*

XII. Viviendo aún José bajo la ley se remontaba sobre la misma en alas de su sabiduría. *Ibidem.*

© Biblioteca Nacional de España

EN HONOR DE SAN JOSÉ,

Esposo de la Bienaventurada Virgen María.

Viendo á la Virgen Madre de Dios, por voluntad del cielo, tomar por esposo á José, cuyas virtudes eran semejantes á las suyas y le hacían digno de ella, considerad cuán grande debió de ser y lo que excedería á los demás, pues mereció tan insigne honor. Rodear de solícitos cuidados al Hijo de Dios, ser llamado su padre, acariciado por Él y oir frecuentemente su voz que le llamaba, son circunstancias que no os permitirán dudar de que el Esposo ocupa en lo alto de los cielos un glorioso trono junto al de su Esposa.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LOS DONES DE SAN JOSÉ.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Don del nombre de San José.

Los nombres se imponen á los hombres, ya humana, ya divinamente, como con suma erudición lo enseña Santo Tomás, cuando en la tercera parte, artículo segundo, cuestión 37, dice: «Los nombres que los hombres imponen tienen por origen ya cierta particularidad de la persona á quien se dan; ya del tiempo, cuando les ponen el de los Santos cuya festividad se celebra en el día de su nacimiento; bien de la parentela, cuando se da al niño el de su padre, cual se pretendía con el Bautista por no tener ningún pariente que se llamara Juan (1); ora á causa de algún hecho notable cual lo hizo José con su primogénito diciendo: *Dios ha hecho olvidar todas mis penas y trabajos* (2); ora también de alguna de las cualidades que concurren en el que recibe nombre, por cuyo motivo el primero de los hijos de Isaac fué llamado Esaú, que significa *rojo*, por te-

(1) Luc. I. — (2) Gen. XIV.

© Biblioteca Nacional de España

ner este color y ser además velludo. Los nombres, empero, que vienen del cielo, significan siempre algún don recibido gratuitamente de Dios, por cuyo motivo fué dicho á Abraham: *Te llamarás Abraham por haberte yo constituido padre de muchas gentes* (1), y á Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (2).»

Tres son los motivos por los cuales creemos que el Esposo de la Bienaventurada Virgen María recibió de Dios el nombre de José. En primer lugar porque José, hijo de Jacob, á quien alaba tanto el Génesis por haber servido fidelísimamente á su señor, respetado la esposa de éste conservando la pureza, guardado misterioso secreto sobre el particular, y una vez ministro héchose tan cuidadoso de guardar los frutos de la tierra, es, según opina Alberto Magno, figura de nuestro José.

En segundo lugar por haber bastantes motivos para creer, aun cuando las Sagradas Letras no lo digan, que aquel que mereció ser Esposo de la Madre de Dios y fué tenido por padre de Jesucristo, recibiese el nombre por manera divina conforme lo recibieron Abraham, Jacob y Pedro, ya que la dignidad del primero es mucho más excelente que la de los últimos.

El mismo significado del nombre nos da la tercera prueba. Efectivamente: *José* significa *aumento*, *adición*, por cuyo motivo se lee en el Génesis haber exclamado Jacob al dar nombre al undécimo de sus hijos: *Aumente el Señor el número de mis hijos con uno nuevo* (3); lo que hace expresarse de esta manera al gran Doctor ya citado: «Este nombre cuyo significado es *aumento* le conviene perfectamente, porque nuestro Santo con respecto á sí mismo, al prójimo y á Dios debía crecer y engrandecerse por la subli-

(1) Gen. XVII. — (2) Matt. XVI. — (3) Gen. XXX.

© Biblioteca Nacional de España

midad de sus virtudes, por la universalidad de su gloria, por el respeto y amor que inspira á los hombres, por su íntima unión con la Madre de Dios, y por habérsele reputado padre del Verbo encarnado.» Tales son las palabras de San Alberto. El esclarecido San Bernardo en la homilía *Super Missus est* expone estos tres motivos de la siguiente manera: «No fué el marido de la Madre, ni el padre del Hijo, bien que por necesaria dispensación durante algún tiempo se le llamó y tuvo por una y otra cosa. Notad, por tanto, la honra insigne que le dispensa el Señor en que sea llamado y reputado padre de Dios. El mismo significado de su nombre, que vale tanto como *aumento*, manifiesta con toda evidencia quién y qué clase de hombre fué José. No se redujo á llevar el nombre del gran Patriarca vendido en Egipto, sino que atesoró su castidad, su inocencia y sus gracias. Josef vendido por sus hermanos y llevado á Egipto significa la venta de Jesús por Judas; José huyendo de la ira de Herodes lleva á Jesús á Egipto. Fiel el primero á su amo, respeta á su señora, y el segundo respetando y guardando fielmente la virginidad de la Madre del Señor, se conserva puro y casto. Es dado al primer José conocimiento de lo que ha de venir en misteriosos ensueños, y son revelados en sueños al segundo los misterios sagrados. El ministro del Faraón conserva los frutos recolectados no para sí, sino para el pueblo; el Esposo de María recibe en custodia el Pan vivo descendido del cielo para él y para el orbe todo. No cabe dudar que el fiel y bondadoso José con quien estuvo desposada la Madre del Salvador fué el siervo fiel y prudente á quien constituyó el Señor en consuelo de su Madre, en nutricio de su humanidad, y en el único sér fidelísimo coadjutor del gran Consejo en la tierra.» Tales son las palabras de San Bernardo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II.

Objeciones á las razones precedentes.

El magno doctor Alberto, brillante luz de la sabiduría, considerando con perspicuo ingenio los méritos, las virtudes y los dones de la Madre de Dios, emite las objeciones siguientes: Parece no ser necesario que el Esposo de la beatísima Virgen María se llamara José, puesto que la ley antigua no es tan parecida á la nueva como lo son dos ruedas entre sí.

Parece que los desposorios de la Santísima Virgen debieron de estar figurados en la antigua ley; y así fué en efecto, pues, como la Iglesia lo interpreta, figura suya fué la unión de Ester y Asuero. Siendo pues la figura idéntica y debiendo aplicarse los mismos nombres á las mismas personas, se seguiría que llamándose Asuero el esposo de Ester, Asuero debió de llamarse el Esposo de Nuestra Señora.

Sara estéril, dando á luz en los días de su vejez un hijo destinado á ser inmolado contra la naturaleza, figura es de Nuestra Señora que concibió un Hijo que sobre la naturaleza debía ser inmolado en una cruz. Si Sara, pues, representa á Nuestra Señora, el esposo de aquélla representará también al de ésta: luego José debió de llamarse Abraham.

Por la misma razón si Nuestra Señora fué figurada por Rebeca, su Esposo debió llevar el nombre de Isaac.

Asimismo si Sansón figura al Señor, y la madre del primero á la del segundo, el Esposo de ésta debió de llamarse Manue.

© Biblioteca Nacional de España

Además, si la significación del nombre de José es *aumento*, como ninguno vino de él en los desposorios, no hay razón para que lleve dicho nombre.

El gran Doctor contesta con una sola razón á cuatro de dichas objeciones, diciendo que no podía José estar figurado por ningún esposo que hubiese vivido según las leyes del matrimonio carnal, pues, contrajo unión de naturaleza esencialmente espiritual y manteniéndose virgen, fué esposo de una Virgen á la cual guardó, y estuvo inseparablemente unido con la Madre y el Hijo por un amor paterno.

Contestando luégo á las restantes dice: « En el Antiguo Testamento una sola persona figura á veces con sus varias cualidades á otras muchas. Por este motivo cuando se dice á Abraham: *Toma á tu hijo, etc.* (1), representa á Dios el Padre que no perdonó á su Hijo. Donde se le dice: *Sal de tu tierra y deja tu parentela* (2), representa al Hijo, que salido del Padre vino al mundo. Cuando se dice del mismo *que estaba sentado á la puerta de su tienda en lo más caluroso del dia* (3), representa á los antiguos padres que sentados bajo la sombra de la antigua ley esperaban la encarnación del Verbo con fervientes deseos. De la misma manera decimos que José vendido, libertado, encarcelado y salvador de Egipto figuró al Señor, y en la fidelidad, pureza, revelación de misterios, integridad en el desempeño de sus cargos, y custodia de los frutos figuró á nuestro José.»

(1) Gen. XXII. — (2) Ibid. XII. — (3) Ibid. XVIII.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III.

Don de la patria de San José.

José fué galileo de nación. Sabemos por las Sagradas Letras que la provincia de Galilea no estaba muy distante de Jerusalén, y que moraban á la par en ella judíos y gentiles. En efecto, Isaías habla de la Galilea de los gentiles situada á la otra parte del Jordán (1) y San Lucas atesta que también la habitaban los judíos, cuando dice que José vino de Nazareth de Galilea, á Judea (2). Por tres razones era conveniente que dicha provincia de Judea fuese patria de José.

La primera por causa del ministerio que se le había confiado consistente en la educación del Salvador de judíos y gentiles. San Pablo se expresa así: *Jesucristo ha sido el ministro de la circuncisión, y con su misericordia ha hecho que los gentiles honraran á Dios* (3).

La segunda por las circunstancias del lugar. Moraban, como queda dicho, en Galilea, judíos y gentiles, por cuyo motivo no tenían sus habitantes gran reputación. Esta es la causa de lo que se lee en San Juan *¿Puede salir algo bueno de Nazareth.* (4)? Es de notar que en sus principales hechos, dirigidos todos á la salvación del género humano, el Salvador Jesús ha manifestado evidentemente el objeto de su venida al mundo. Quiso nacer entre hombres pecadores, vivir con ellos, ser crucificado en medio de dos ladrones, y hacer de una pecadora el primer testigo de su resurrección,

(1) Isai. IX. — (2) Luc. II. — (3) Ad Rom. XV. — (4) Joan. I.

© Biblioteca Nacional de España

manifestando así haber venido al mundo para salvar á los pecadores. Por este motivo fué á buscar en Galilea al que debía ser tenido por su padre, y quiso de ella ser oriundo.

La tercera por el significado de la misma palabra Galilea, que vale tanto como *revelación* y *transmigración*. Es evidente la conveniencia de que naciera en un país cuyo nombre significa *revelación*, aquel á quien fué revelado el sublime secreto de Dios, esto es el Verbo que existe eternamente en Dios y mora en una luz inaccesible, nunca vista de criatura alguna. Esta divina revelación no fué transitoria sino permanente: tanto es así, que José tocó con sus manos al Verbo oculto de Dios, y no cesó de comunicarse con Él con todos sus sentidos interiores y exteriores y también con la inteligencia.

Tal es la relación que guarda la patria, cuyo significado es *revelación*, con José, á causa de la revelación pasivamente recibida por éste.

Pero por conducto de José se hizo activamente á todo el orbe la revelación del Verbo de Dios, puesto que José lo nutrió y guardó hasta la época en la cual debía manifestarse á todo el pueblo. *Toda carne*, dice el Profeta David, *verá la salud de Dios*.

Hemos dicho que Galilea significa también *transmigración*, cuyo significado conviene igualmente á la patria de San José, con quien la divinidad revestida de la infancia humana vino á habitar para ser nutrida, guardada y defendida. Por esta admirable, grandísima é incomprensible transmigración, la inteligencia de José pasó de la ignorancia humana al conocimiento de los ángeles, quienes sin cesar desean contemplar á la divinidad hecha hombre; pasó de una condición humilde á una dignidad suprema, mucho mayor que la de todos los Padres del Antiguo Testamento, los cuales con tantas ansias desearan ver, por una hora si-

© Biblioteca Nacional de España

quiera, al mismo en quien las miradas de José se pusieron por espacio de bastantes años. Pasó de la sombra á la verdad, puesto que la Ley antes de Cristo no era más que una sombra de lo que había de venir, y siendo esto así, pasó de la sombra de la ley, las figuras y los profetas á la verdad plena. Pasó además de la servidumbre á la libertad, pero á tal libertad que fué reputado padre del Rey supremo. Pasó asimismo del temor al amor, ya que tan luégo como hubo conocido al Verbo cesó de servir á Dios con temor, porque la caridad perfecta disipa el temor y da la libertad de los hijos de Dios. Fué para José esta transmigración más dulce, maravillosa y útil que la de Jacob cuando salió de la casa de Labán en dirección á su patria, acompañado de sus esposas Lía y Raquel, de sus hijos y de su ganado, puesto que en aquella transmigración aprendió á discernir la vida activa de la contemplativa figuradas por las mencionadas esposas de Jacob. Fué familiar con los ángeles y acompañó al primogénito del universo todo, Nuestro Señor Jesucristo. Lía (ó sea la vida activa), se turba fácilmente por varias cosas, pero no sólo opino que fué apacible, sino apacibilísima en José, el cual servia á Dios con alegria sin par. La transmigración del pueblo de Israel saliendo de Egipto no fué por cierto más excelente que la de José. Sus padres los israelitas vieron los milagros hechos ante Faraón, la mar dividiendo sus aguas, el maná bajando del cielo, el sol deteniendo su curso y los muros de Jericó derruídos al són de las trompetas; todo lo cual sucedió, como queda dicho, cuando transmigrando de Egipto se encaminaban á la tierra de promisión. José, empero, vió en su transmigración con los ojos del espíritu y del cuerpo mucho mayores portentos. Los vió con los ojos del espíritu porque sabía que Aquel que era reputado su Hijo sería el Salvador del género humano, por habérselo

© Biblioteca Nacional de España

dicho el ángel con estas palabras: *El será quien salve á su pueblo de los pecados por éste cometidos* (1). Constábale á José que para que la salvación se llevara á cabo, había necesidad de que Faraón, esto es, el demonio, fuera vencido con todo su ejército, por las armas de los prodigios y los milagros, hasta sumergirlo por último en el agua del bautismo. El Cristo fué igualmente el Pan de los ángeles, pan mucho más dulce que el maná llovido del cielo, como así lo experimentó José. Esta transmigración es mucho más excelente que la de Babilonia, pues si en ésta los judíos reconstruyeron la Jerusalén celestial, en aquélla se da la libertad al cautivo género humano, desciende á la tierra una nueva Jerusalén, y comienzan á levantarse los muros destruídos de la Jerusalén celestial. ¿Qué más? Dichas transmigraciones fueron terrestres, pero la de José espiritual: en aquéllas se pasa de una nación á otra, en ésta del hombre á Dios; las primeras solamente son beneficiosas para un pueblo, la segunda lo es para todos, de tal modo, que no solamente lo es para los pueblos pasados, sino también para los presentes y los venideros, con ella los cielos se alegran, el mundo se renueva y los ángeles son ilustrados.

Pero José nació y habitó en la ciudad de Nazareth, bien que por sus padres fuera originario de Belén, pues era de la casa y familia de David. Esta nuestra opinión se basa en la encarnación del Salvador y en la residencia de José. En efecto, la Sagrada Escritura nos dice no sólo que José habitaba en Nazareth, sino que además era conocido con el nombre de esta ciudad, como se lee en San Juan: *¿No es éste el Hijo de José el carpintero de Nazareth en Galilea?* El significado de la palabra *Nazareth* conviene perfectamente á la vida y al ministerio de San José. Según San Jeróni-

(1) Matt. I.

© Biblioteca Nacional de España

mo, Nazareth tiene dos significados: uno de ellos es *flor*, *vara* ó *sanción*, cosas que según Isaías se aplican al Cristo: *Nacerá una vara de la raiz de Jesé y saldrá una flor de su raiz* (1). Y así fué realmente, pues á la aparición del Cristo el mundo estuvo como en la época de la florescencia. Pasó como para el invierno la antigua ley, y llegó el tiempo de la renovación de la naturaleza humana por la savia de la gracia divina, sazonaron los frutos de los dones celestiales, los sacramentos fueron remedios divinos, ante el buen olor de las virtudes desvanecióse la vanidad de las cosas temporales como privadas de su fuerza y los pecadores se justificaron mereciendo la celestial corona. Estas son en realidad las propiedades de la flor por las cuales el nombre de la ciudad de Nazareth tiene relación con el de Cristo Nuestro Señor.

Nazareth significa igualmente *unción*, *remedio*, *guarda* y *reparación*. Esta interpretación conviene perfectamente también á la vida de José, que fué siempre puro por su virginidad, inocencia y sumisión á la ley divina. Conviene asimismo á su ministerio, pues fué guarda de la Virgen inmaculada y esposo castísimo, unido con Ella hasta la última hora por la continua protección que le dió, y separado de Ella por una pureza angélica. Manteniéndose en estado de virginidad con la excelsa Reina de los cielos, ungido con la gracia suprema, brillando con una pureza admirable, custodio del paraiso terrestre y separado de las inmundicias de la carne, fué desde luégo conocido de todos los ángeles y manifestado después á los mortales.

No busques por el momento, ilustrado lector, mejores pruebas para la confirmación de cuanto dejo sentado, porque las desenvolveré más adelante; pero si entras en tu co-

(1) Isai. IX.

© Biblioteca Nacional de España

razón y meditas á solas contigo, verás que mis palabras son más claras que la luz y haciéndolas tuyas afirmarás todavía mayores cosas de José. La ley del Cristo, Hijo de Dios, escrita está en el corazón de los hombres por el Espíritu Santo que mora en él, y si quieres leer allí, nos harás la justicia de creer que escribimos sobre un asunto muy cierto y verdadero.

CAPÍTULO IV.

Del don de la genealogía de San José, y motivos por los cuales está escrita en las Sagradas Letras.

Al escribir San Mateo la genealogía de San José se expresa de la siguiente manera: *Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama el Cristo* (1). Corona todas las generaciones de padres la de José, esposo de María, objeto final de la enumeración, y en razón de aquella son consignadas todas las restantes; por esto dice: *Jacob engendró á José.* En José pues viene á terminar dicha serie de padres, pero José no es mencionado sino por causa de María, y no se nombra á María sino por causa de Jesús, Salvador del mundo. Por esto dice en una de sus homilías San Juan Crisóstomo: «Después de haber enumerado á los progenitores, y terminado en José, añade, *esposo de María,* manifestando así que sólo por este motivo ha puesto su nombre en la genealogía.»

Preguntan algunos la razón de que teniendo la Virgen

(1) Matt. I.

© Biblioteca Nacional de España

María un árbol genealógico tan noble y excelente, no figure en la genealogía sino como esposa de José. Esta pregunta la contesta San Juan Damasceno con las siguientes palabras: «Debe saberse que ni el pueblo hebreo ni las Sagradas Escrituras solían escribir la genealogía de las mujeres. Ahora bien, como una ley prohibía contraer matrimonio entre individuos de distinta tribu, siendo José de la raza de David y justo (así lo afirma el Evangelio), no se hubiera desposado con virgen que no descendiera de dicho rey.»

Si se nos pregunta el por qué las Sagradas Letras no dan la genealogía de las mujeres como dan la de los hombres, contestaremos: Por ser este sexo el menos digno, el segundo por su naturaleza, el primero por su falta, y además el más frágil. Teniendo esto en cuenta dice el Apóstol: *Aprenda la mujer en silencio y con entera sumisión: no permito que la mujer enseñe, ni que tenga autoridad sobre el hombre, sino que permanezca en silencio. Primero fué formado Adán, y después Eva* (1).

Poco importa que los malos entren también en la genealogía, pues esto es accidental. No vienen inscritos en ella por ser malos, sino porque al enumerar la serie de las generaciones se continúan indistintamente buenos y malos, considerando que todos fueron buenos por su naturaleza original, salida perfecta de manos del Criador. Hay además que advertir que la inclusión de los malos en la genealogía en cuestión no carece ciertamente de misterio, por haber venido el Cristo á salvar cuánto había perecido, y á conservar cuánto no estaba corrompido aún. Cuando se trata del origen de la naturaleza hay que dejar la gracia á un lado por ser más excelente que aquélla por su causa, por su eficacia y por su fin.

(1) I Ad Tim. II.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V.

Trata de una cuestión que se origina de lo dicho.

De lo dicho se originan una cuestión más elevada y difícil y una proposición de mayor congruencia y afinidad para el asunto de que tratamos. Si por los motivos alegados no figuraban las mujeres en las genealogías, no debió de ser excluída de la que nos ocupa la inmaculada Virgen por estar libre de las maldiciones fulminadas contra su sexo: lejos de ello María ha trocado el nombre de Eva y restablecido cuanto ésta perdió.

Contestamos esta objeción diciendo que la genealogía de María se hace por la de San José, cuando se dice: *Esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado el Cristo.* Si figura en esta genealogía, no es ciertamente por otra razón que por no participar de las maldiciones fulminadas contra Eva, así como también por la excelencia de su dignidad y por la virginidad inseparable de su maternidad. Si solamente figura en el árbol genealógico por causa de José, es tanto por respetos á la costumbre legal, y para que aparezcan de manifiesto la virtud y excelencia del esposo, como para mayor exaltación de la humildad de la bienaventurada Virgen. Nótese que en esta genealogía José es el último de los padres del Antiguo Testamento; nótese igualmente que su nombre figura antes que el de María, y que por el origen de aquél se hace constar la nobleza de

© Biblioteca Nacional de España

Jesucristo. Si José figura en último término en el catálogo de los padres, es para significar que atesora las virtudes de todos ellos, bien así como lucen en un solo objeto, de cierta manera, las cualidades de todos cuantos á él están ordenados. Hállanse las expresadas virtudes hasta en las letras del mismo nombre de San José *(Joseph* en latín): la *Justicia* de David, á quien si citamos en primer término es para unir el misterio con el misterio; la *Obediencia* de Abraham, la *Sabiduría* de Salomón, la *Experiencia* del destierro de Jeconías, la *Paciencia* de Zorobabel y la *Humildad* de los últimos padres, quienes fueron de baja condición. No podemos dejar de creer que José fué justo y obedientísimo á la voz del Ángel, pues así lo afirma el Evangelio. José tocó con sus propias manos la sabiduría vista por Salomón de lejos y en enigma. Asimismo comió el pan del destierro durante muchos años, cuando huyendo de la persecución del furioso Herodes, con su paciencia y sus penas conservó sanos y salvos á Jesucristo y á la Virgen su Madre. Fué, en fin, tan insigne su humildad, que entre la innumerable muchedumbre de los hombres de toda la tierra mereció ser el único elegido por el Señor para esposo de la humildísima Virgen. Si Dios ensalzó tanto á la bienaventurada Virgen *por haber puesto los ojos en la humildad de su sierva,* ¿cómo no hemos de creer que le dió un esposo no ya verdaderamente humilde, sino el más humilde de todos los hombres? Pero si el nombre de José se antepone al de María es para honrar la primacía del marido en el matrimonio, para consignar el mutuo amor de los Santísimos Esposos, y para manifestar la grandeza de las virtudes de uno y otro. Si la bienaventurada Virgen está más cerca del Cristo por su santidad, poco distante está de Él San José por sus gloriosos méritos. La nobleza de José acredita la de Jesucristo demostrando su excelencia, así como el cielo

© Biblioteca Nacional de España

refleja la hermosura, la grandeza y el poder divinos; así como la innumerable multitud de criaturas manifiesta la providencia, la justicia y la misericordia de Dios; así como el alma racional anuncia la unidad, la trinidad y la felicidad de la naturaleza divina, de la cual es imagen. La hermosura, la grandeza y la maravillosa estructura de los cielos dan á conocer la hermosura, la grandeza y la sabiduría de Dios, en razón á ser siempre la causa superior al efecto. La hermosura de esta nobleza consiste en la variedad de los hombres distinguidos de quienes José descendía, su grandeza en el don de profecía y en la gloria cuya fama llenaba el orbe todo, y su poder en la dignidad real.

Por este don peculiar se manifiesta la providencia de Dios en querer que el Verbo eterno, hecho Hombre en el tiempo, tuviera ilustres progenitores. Admírase en esta genealogía la justicia de Dios al disponer que naciera de padres hebreos el Hijo prometido, cuyo nacimiento, como San Pablo afirma, hizo brillar el sol de la misericordia divina para los gentiles (1). En esta genealogía San José representa la unidad de Dios, así como la representa el alma racional. Conocido el Verbo de Dios, hecho manifiesto en esta genealogía, queda excluída la multitud de divinidades. El Verbo dirige la mente del hombre á Dios el Padre que le ha engendrado y al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo; así iluminados por la luz celestial de este árbol genealógico podemos remontarnos al conocimiento de la Trinidad de las divinas Personas.

No se pase más adelante sin detenerse primero en la consideración de las palabras con las cuales termina San Mateo la lista de los personajes de esta genealogía. Dice: *De la cual ha nacido Jesús que se llama el Cristo.* El nombre

(1) Ad Rom. xv.

© Biblioteca Nacional de España

de Cristo involucra en cierta manera la Trinidad de las divinas Personas, por cuyo motivo son considerados en verdad como bautizados con la invocación de la Santísima Trinidad, según el rito griego, cuantos reciben dicho Sacramento en el nombre de Cristo. La bienaventuranza divina se nos explica, así en el nombre de Jesús como en el de Cristo, no sólo objetiva, sino también adquisitivamente; no sólo como fin, sino también como eficiente; no sólo como término, sino también como medio: *porque la vida eterna se reduce á conocerte á tí solo, Dios verdadero, y á Jesucristo que nos enviaste* (1). Jesús es efectivamente el objeto de la bienaventuranza sobrenatural, el fin de la criatura racional, el término de todo cuanto se obra en el universo, y como es al mismo tiempo el Salvador, debe de ser también el medio de conseguir la bienaventuranza, la causa eficiente que conduce á ella, y el medianero sin el cual no puede alcanzarse. Jesucristo es el medio positivo, y negativo para obtener la felicidad eterna. Es medio positivo por la presencia en su Persona de la divinidad y de la humanidad, y por la infusión de la gracia; es medio negativo porque sin Él no se alcanza aquella felicidad. *No hay otro nombre por el cual podamos ser salvos sino el de Jesús Nuestro Señor*, dice San Pedro (2). *Él es la puerta* (3). *Él es el camino* que dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Él es la luz del mundo* (4).

Todo cuanto acaba de decirse sobre la genealogía de San José son dogmas irrefragables; no son lucubraciones del ingenio humano, sino misterios celestiales revelados en las Sagradas Letras.

(1) Joan. XVII. — (2) Act. I. — (3) Joan. X.
(4) Ibid. XII.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI.

Del don de nobleza.

Tiene este don un doble aspecto, á saber: la nobleza de la carne, y la del alma. La nobleza según la carne viene de padres distinguidos, bien sea por sus riquezas, bien por su poder. Si la nobleza del alma no se trasmite y comunica, la de la carne sí. Dios y la naturaleza suelen dar forma más noble al cuerpo, compuesto de más nobles elementos. Nadie que tenga algún juicio ignora que se halla en los niños cierta semejanza de temperamento, de forma, de costumbres y de hábitos con sus padres, semejanza trasmitida por éstos, como no sea que les inclinen en un sentido contrario, bien el libre albedrío, bien los hábitos ó cualquier otra causa exterior. Empero la nobleza del alma es virtud pura. Los sabios dicen no haber más hombre noble que aquel á quien sus virtudes ennoblecen. Abundando en estas ideas dijo Juvenal: «Se es noble no por los actos ejecutados por los padres, sino por las propias virtudes.» José fué esclarecido por ambas noblezas. Por de pronto descendía en línea recta de Abraham, patriarca riquísimo, y de sus hijos. Es creencia muy justificada que mediaban tantas generaciones entre Abraham y José, como entre aquel Patriarca y la Santísima Virgen, es decir, cuarenta y una. La familia de José era de la casa de David, como consta en San Lucas (1); pero José, de la casa de David, del cual le

(1) Luc. II.

© Biblioteca Nacional de España

separaban veinte y ocho generaciones, era un humilde artesano cuando queriendo Dios exaltar su humildad le eligió para esposo de la Santísima Virgen y padre putativo del Salvador. Cuando se dice que el humilde José era de la casa de David se une su humildad con su origen patriarcal y real, y se honra también su pobreza. Por ahí conocerán los ignorantes que la pobreza no es incompatible con la nobleza; lejos de ser así, la pobreza se nos presenta más admirable viéndola unida en José con una noble humildad.

En fin, para declarar la dignidad de su raza, las Escrituras nos hablan de la humildad de David, en el hecho de decirnos que José, de la casa de David, era humilde. Dícese de José que era de la casa de David no tanto por la sangre como por la imitación de las virtudes de este rey, por cuyo motivo pertenece de una manera particular á la mencionada casa, según está escrito: *Hízoles morar unidos en una misma casa,* puesto que por la vida común se forman las costumbres. Teniendo esto en cuenta, exclama San Bernardo en la homilía *Super Missus est:* «Razón de sobra hay para decir que fué de la casa y familia de David. Verdaderamente nuestro José, noble por su nacimiento, y más noble todavía por su alma, fué de raza real; no había degenerado en verdad. Era hijo de David no solamente por la carne, sino también por la fe, por la santidad, por la devoción: Dios le halló hombre según su corazón como á David, por cuyo motivo le confió el secreto más misterioso y sagrado de su corazón. Manifestóle como á David los designios ocultos é impenetrables de su sabiduría dándole á conocer un misterio desconocido de todos los príncipes de la tierra. Tuvo la dicha de contemplar á Aquel á quien numerosos reyes y profetas anhelaron ver y no vieron, oir y no oyeron. Y no solamente le vió y oyó, sino que también le llevó en sus brazos, condujo de la mano, abrazó, besó, ali-

© Biblioteca Nacional de España

mentó y guardó.» De todo lo dicho resulta que José atesoró ambas noblezas. En él se manifiestan esplendentes las virtudes y santidad de David, de manera que fué santo no solamente por un don particular, como también por haber heredado la santidad de sus padres. Las virtudes en parte se adquieren también con la naturaleza según aquellas palabras de Job: *Nací misericordioso y esta virtud creció con los años en mí* (1), pero en parte se contraen con el ejemplo y trato con las personas virtuosas. La santidad de José brilla en su casta generación, según aquellas palabras del Real Profeta: *Hermosa es una generación casta, su gloria será inmortal y conocida de Dios y de los hombres. La generación de los justos será bendita.* La santidad de José resplandece como si estuviera rodeada de piedras preciosas que despiden destellos luminosos. Mirando atrás es glorioso por su insigne nobleza, mirando á delante por su humildad profunda, mirando arriba por su excelente dignidad, mirando abajo por su pureza limpia de pecado, mirando á la derecha por su ardiente amor á Dios, mirando á la izquierda por su inefable caridad para con el prójimo.

CAPÍTULO VII.

Objeciones contra la nobleza de San José.

No parece concordar mucho con los misterios de las Sagradas Letras la nobleza según la carne tan alabada en San José, por los siguientes motivos:

(1) Job xxxi.

© Biblioteca Nacional de España

Primero: Por haber sido elegido José para conocer la verdad del Verbo de Dios, sobre lo cual San Pablo en la Primera epístola á los de Corintio se expresa así: *Pocos son los sabios, según la carne, pocos los poderosos, pocos los nobles; pero Dios ha elegido lo que la carne desdeña, lo que el mundo desprecia, lo que no es considerado para nada* (1): según esto no parece muy acertado alabar la nobleza de San José, elegido de Dios.

Segundo: El significado de estas palabras está confirmado por la autoridad de la glosa de las mismas. «Un Dios humilde vino á buscar á los humildes y no á los grandes, entre los cuales son considerados los nobles por los hombres.»

Tercero: La humildad de Dios fué extremada en la Encarnación, y había mucha mayor humillación en elegir al que debía ser tenido por su padre entre los hombres de la clase más modesta de la sociedad que entre los nobles. Por este motivo tampoco parece muy acertado alabar la nobleza de José.

Cuarto: Según dice Aristóteles en el libro cuarto de *Los Políticos*, la nobleza no parece ser otra cosa que la antigüedad de la fortuna, y como José fué pobre hasta el punto de tener que trabajar la madera para alimentar á su familia, no es digno de encomio alabar su alcurnia.

Para contestar á estas objeciones hay que considerar la nobleza del hombre bajo sus tres aspectos, á saber: en su causa, en su esencia y en su acción. En su causa sí tiene por principio un origen noble, y precisamente por ésta es San José tan ilustre, puesto que hay en su origen una triple dignidad, la corporal, la espiritual y la celestial; ó sea la real, la sacerdotal y la profética, que por lo mismo de

(1) I Ad Cor. I.

© Biblioteca Nacional de España

ser profética es celestial, ya que predecir lo futuro es sólo don de Dios. David fué rey, Abraham patriarca, Nathán profeta, y los tres son antepasados de José. En su esencia, esto es, en su persona, atesoró igualmente una triple nobleza, puesto que fué justo, esposo de la Reina del cielo, y tuvo á su cargo proteger y educar al Hijo de Dios al paso que le hacía las veces de padre. En su acción dió igualmente al mundo una triple prueba de su nobleza, albergando en su casa al Salvador del mundo, conduciéndole sano y salvo á través de dilatados países, y le sirvió y alimentó durante muchos años con el fruto de su trabajo y afanes. Estos son nueve destellos que despide la nobleza de San José manifestándonosla más esplendente que el mismo sol.

Contestando, pues, á la primera de las objeciones, diremos que San Pablo habla de los predicadores que debían convertir el mundo á la fe, quienes debían haber salido del pueblo y ser ignorantes, para que no se atribuyeran á su poder, sabiduría ó dignidad las maravillas obradas por la gracia de Dios, valiéndose de su ministerio; de no ser así, la cruz de Jesucristo hubiera quedado oculta tras las cualidades humanas del apóstol. Por eso dice la glosa: «Era preciso que la humildad del predicador sucediera á la fidelidad del pescador.» No era congruente que el Rey de reyes viviera familiarmente y fuese criado por un hombre sin nobleza de alma y de cuerpo. No era decente que Aquel á quien sirven millares de millares de ángeles eligiera por padre putativo á quien no fuese de noble raza; ni que la Virgen su Madre á la cual el sol, la luna y los dichosos moradores de la Jerusalén celeste admiran, tuviera un esposo indigno de Ella por la humildad de su origen.

Á la segunda objeción contestaremos que la nobleza y la humildad no están reñidas, sino que la una es de la otra

© Biblioteca Nacional de España

magnífico adorno, conforme está escrito: «Cuánto más grande seas, más debes humillarte en todo.» Dios, además, tiene especial predilección por los nobles humildes, como lo dijo la Santísima Virgen María: *Por haber puesto su mirada en la humildad de su esclava, por esto precisamente me llamarán bienaventurada todas las generaciones.*

La obra de la Encarnación del Verbo contesta á la tercera objeción manifestando la suprema humildad de Dios en el hecho de revestirse de carne humana, puesto que por decirlo así se anonadó al tomar forma de esclavo y llevando la más humilde de las vidas. *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (1), y en los acerbísimos dolores de la pasión exclama: *Deteneos y ved si hay dolor igual á mi dolor* (2). Con todo, no siempre en lo exterior revistió sus acciones con el ropaje de la humildad, sino que apareció con mayor ó menor magnificencia, según convenía. Así vemos que enseñó con autoridad, hizo muchos milagros y como vencedor glorioso resucitó muertos. Aun cuando hubiera escogido un padre de plebeyo origen la humillación de Dios no fuera mayor en la Encarnación ya que nada podia añadir esto á su humildad, fuera de que no era decente le añadiese lo más mínimo por no faltarle nada á la humillación de la naturaleza divina al revestirse de la naturaleza humana.

Por lo que toca á la cuarta de las objeciones se dirá que si José fué pobre, no consistía su nobleza en los bienes de fortuna, sino en la excelencia de su persona, que es, como hemos probado, el verdadero fundamento de la nobleza. José, es cierto, no tuvo lo superfluo, pero tampoco careció de lo necesario. Por otra parte, nada hay que repugne á la nobleza del hombre en el hecho de atender á la subsisten-

(1) Matt. xi. — (2) Thren. i.

© Biblioteca Nacional de España

cia con el sudor de la frente; lejos de ser así, el trabajo le impide, con mucha frecuencia, envilecerse; de manera que nadie tiene el derecho de gloriarse de su nobleza si no sabe cubrir sus necesidades con el trabajo de sus manos. En efecto, la naturaleza, madre de la nobleza, aborrece la ociosidad combatiéndola con todas sus fuerzas, conforme nos lo afirma Aristóteles en el segundo libro *Del Cielo:* «El trabajo se tiene á sí mismo por objeto;» y en el tercer libro *Del Alma:* «Dios y la naturaleza nada hacen inútilmente.»

CAPÍTULO VIII.

Don del doble nombre del padre de San José.

Los Evangelistas dan dos nombres al padre de San José: San Mateo dice: *Jacob engendró á José, esposo de María;* y San Lucas: *Era reputado Hijo de José, quien lo fué de Helí, quien lo fué de Mathat, quien lo fué de Leví, quien lo fué de Melchí*, etc. Por esto, según San Jerónimo afirma, Juliano el Apóstata acusa de contradicción á los Evangelistas. San Agustín y Eusebio de Cesarea han dilucidado largamente este asunto.

Esta dificultad tiene una triple solución. La primera mira á la letra y pertenece á la Historia eclesiástica. Mathán y Melchí tuvieron una misma esposa, llamada Esta, la cual, en diferentes épocas, dió un hijo á cada uno; Mathán, descendiente de Salomón, fué su primer marido, y murió dejándole un hijo llamado Jacob. Después de la muerte de aquél, como ninguna ley prohibía á la viuda

© Biblioteca Nacional de España

contraer segundas nupcias, casó con Melchí, descendiente de Nathán, y de la misma tribu, pero no de la misma familia; de este matrimonio nació Helí, en consecuencia los hijos de Esta sólo eran hermanos uterinos. Jacob, conforme lo disponía la ley, tomó por esposa la de su hermano Helí, muerto sin sucesión, y nació José, el cual fué hijo de aquél, según la naturaleza. Por este motivo está escrito: *Jacob engendró á José.* Pero éste, según el precepto de la ley, fué también hijo de Helí, por haber Jacob casado con la viuda al solo objeto de levantar descendencia al muerto. Con esta explicación se manifiesta cuan exactas y conformes son las genealogías que nos dan San Mateo y San Lucas, quien no habla ciertamente de generación, sino que se reduce á designar la sucesión legal, sucesión que tenía efecto por la adopción de los hijos de un muerto.

San Agustín manifiesta el acuerdo de los Evangelios haciendo notar ser más conveniente decir que José fué hijo de quien le adoptó, que no decir que le engendró, por no ser así según la carne. Cuando San Mateo escribe: *Abraham engendró á Isaac*, y prosigue hasta terminar con estas palabras: *Jacob engendró á José* expresa claramente haber sido su padre en el orden de las generaciones, y que José no fué su hijo adoptivo. No debe ciertamente preocuparnos el que San Lucas diga haber sido José hijo de Helí, puesto que no hay absurdo en decir de uno haber engendrado no según la carne, sino según el espíritu, á quien adoptó por hijo. Así se expresa San Agustín.

La segunda solución de esta cuestión se reduce á una alegoría explicada por San Agustín de la siguiente manera, cuando prueba el acuerdo de los Evangelistas: «Con razón San Lucas (quien no da la genealogía de Jesucristo al comienzo de su Evangelio, sino cuando nos refiere su bautismo) habla como sacerdote que atiende ante todo á la

© Biblioteca Nacional de España

expiación de los pecados, y se ocupa del origen por adopción, considerando que venimos á ser por adopción hijos de Dios en el hecho de creer en el Hijo de Dios. San Mateo echa mano de la genealogía según la carne, porque se ocupa principalmente del Hijo de Dios hecho hombre por nuestro amor. San Lucas manifiesta con toda evidencia poder decir que José fué hijo de Helí que le había adoptado, cuando dice que Adán fué hijo de Dios, el cual le pusiera en el paraíso terrenal como su hijo, por la gracia perdida con el pecado.» Tal es la opinión de San Agustín.

Á este mismo objeto dice Eusebio: «Comenzando San Mateo el Evangelio con datos anteriores á la Concepción de la Virgen y al nacimiento de Jesús según la carne, habla, como debe hacerlo la historia, de la filiación carnal, por ser la generación por donde descendemos de nuestros antepasados. Ahora bien, al hacerse hombre el Verbo divino, debía tener necesariamente antepasados. Pero San Lucas toma por punto de partida la regeneración por el bautismo, y expone otro modo de sucesión, remontándose del fin al principio, suprimiendo los pecadores, cuyos nombres conservó San Mateo, puesto que quien renace en Dios se hace hijo de Dios y de aquellos que, según Dios, llevaron una vida pura, á la vez que se segrega de sus parientes pecadores. En este sentido fué dicho á Abraham: Volverás hacia tus padres, pero no hacia tus padres según la carne, sino según Dios, con quienes te asemejas con tus virtudes.» También esta solución de Eusebio está tomada en el sentido anagógico.

La tercera contestación es moral. Hé aquí en qué términos la da San Juan Crisóstomo: Muchos opinan que nada de precioso hay que sacar de esta parte del Evangelio, pues no se compone de otra cosa que de nombres. Los que así opinan están en un error. Profundicemos, pues, este pasa-

© Biblioteca Nacional de España

je. De los nombres aislados que contiene puede sacarse un abundante tesoro, puesto que tienen magníficos significados; en el hecho de traer á nuestra memoria la clemencia divina y las acciones de gracias tributadas á Dios por las mujeres, pues cuando le pedían un hijo aplicaban á éste un nombre conforme al don recibido. Por esto Helí se interpreta *Dios mío*, y también *el que asciende;* Mathat, su padre, significa *el que da los pecados;* Leví, padre de Mathat, vale tanto como *añadido*.

CAPÍTULO IX.

Del don de la santificación antes del nacimiento.

Con respecto á la santificación de San José en el seno materno, tres cuestiones surgen apenas enunciada la proposición, á saber: lo que es opinable en esta materia, lo que es piadoso, y lo que puede afirmarse según la fe católica. Para mayor claridad en la inteligencia de la cuestión debe notarse haber cuatro clases de suposiciones en cuanto se refiere á la fe, esto es, dos extremas y dos medias compuestas de dos extremas.

Pertenece á la primera clase cuanto está expresamente determinado y se llama católico. Esta categoría comprende todo lo que contienen las Sagradas Letras entendidas en el sentido literal, por cuyo motivo dice San Juan Damasceno: «Recibimos, respetamos y reconocemos sin más indagaciones lo que leemos en la Ley y los Profetas, en los

© Biblioteca Nacional de España

Apóstoles y Evangelistas.» En el mismo sentido habla San Agustín dirigiéndose á San Jerónimo: «Solamente en los libros escriturales, llamados canónicos, he aprendido á honrar, creyendo firmemente que ninguno de sus autores ha podido errar al escribirlos.»

La segunda clase es sumamente incierta, y por ende opuesta á la primera. Es incierta en cuanto á la autoridad, y lo es también en cuanto á su contenido, por cuyo motivo lo determinado por esta clase recibe el nombre de *apócrifo*. Pero si el contenido es cierto y no lo es la autoridad se llama *apócrifo en cierto sentido*.

Pertenece á la tercera clase lo que no tiene por base la autoridad de la Sagrada Escritura, ni razón necesariamente verdadera, ni lleva en sí mismo la evidencia, si bien puede persuadirse por algunas razones probables. Á esto llamamos *opinión*, y en esta clase entran las de algunos Doctores.

Corresponde á la cuarta clase aquello que no está expresamente indicado en las Sagradas Letras, y que tampoco es evidente por sí mismo, pero que persuade por las consecuencias sacadas de las Escrituras y por la fuerza de las razones; en una palabra, aquello á lo cual no puede oponerse texto alguno de los Libros Santos, ni ser combatido eficazmente por razón alguna. Esto es lo que se conoce bajo el nombre de *piadosa creencia*.

Decimos, pues, no ser cosa de fe haber sido San José santificado en el seno de su madre. Nada dicen las Divinas Escrituras sobre este particular; no hay razón necesaria que convenza de ello, ni tiene dada decisión sobre el particular la Santa Iglesia Romana, á la cual hay que recurrir siempre que se trate de una verdad católica oculta; pero que San José fué santificado en el seno materno es una opinión probable y piadosa creencia que puede apoyarse en las siguientes razones.

© Biblioteca Nacional de España

Primera: Todas las santificaciones de esta naturaleza tuvieron lugar bien sea en atención á la futura dignidad del que era santificado, bien por relación á Jesucristo, Santo de los Santos. Ahora bien, ambos á dos motivos concurrían en San José, quien, según lo acredita el Espíritu Santo, fué justo, siendo asimismo predestinado para estar relacionado y unido con Cristo más íntimamente que cualquier otro mortal. Parece, en consecuencia, verosímil haber San José sido santificado antes de nacer.

Segunda: Leemos en la Sagrada Escritura haber sido Jeremías santificado por causa de aquellas de sus profecías que anuncian más claramente la venida de Cristo; puede, por tanto, decirse que también San José fué santificado por haber conocido al Cristo mejor que los demás hombres.

Tercera: Creyéndose que Juan el Bautista fué santificado en el seno materno por estar predestinado á señalar con el dedo al Cristo, ¿cómo no ha de haber merecido este privilegio San José encargado de educarlo?

Cuarta: Si es de fe haber sido la Madre de Dios concebida sin pecado original, á causa de la dignidad de su Hijo, ¿por qué no hemos de creer piadosamente que el elegido por Dios para ser llamado padre de Dios fué santificado antes de nacer? Además la paridad relativa establecida entre la santificación de José y la Inmaculada Concepción de María conviene á la unión conyugal de los dos, cualquiera que sea la preeminencia en todo de la Santísima Virgen sobre su Esposo.

Añadamos que los angeles que tuvieron á su cargo el servicio del Hijo de Dios, para ser dignos de un ministerio tal brillaron por la santidad y pureza que convenía á su naturaleza. Ahora bien, José fué elegido de Dios entre todos los hombres y espíritus bienaventurados para tributar

© Biblioteca Nacional de España

al Hijo de Dios los cuidados y atenciones de un padre de familia; ¿por qué, pues, no ha de decirse de él haber sido santificado en el seno de su madre, cuando este don no es opuesto á la naturaleza recibida por él de Adán? Buena prueba de esto es que José es el primer Santo del Nuevo Testamento, canonizado por el Espíritu Santo en el hecho de llamarlo justo (1).

No faltan piadosos fieles que aseveran que Teófilo escribe haber sido San José santísimo en el vientre de su madre, y que San Juan Crisóstomo dijo haber sido tres veces santo, á saber: en el seno materno, durante su vida y en su muerte. Juan Gersón dice lo mismo en uno de sus sermones sobre la Natividad de la Santísima Virgen, y que en el oficio compuesto en Jerusalén para honrar á San José se lee haber sido santo antes de nacer, como el Bautista.

Bien que no haya hallado estos pasajes en Teófilo y en San Juan Crisóstomo, sin duda por no haber leído con detención sus obras, participo de la opinión de aquellos escritores en quienes lo he leído, teniendo en cuenta que su profesión y escritos prueban que no son testigos infieles.

CAPÍTULO X.

Objeciones contra el don de santificación.

Hé aquí las objeciones que se oponen á las precedentes razones: Dice San Dionisio en el capítulo IV *De Nominibus divinis:* «Nadie debe ser osado decir ó pensar de la Divinidad sobresustancial, y de cuanto depende de su pura volun-

(1) Matt. I.

© Biblioteca Nacional de España

tad, nada que no nos haya sido expresamente revelado en las Sagradas Escrituras.» Dependiendo la santificación de San José en el seno de su madre de la pura voluntad de Dios, y no siéndonos expresamente revelada por las Sagradas Letras, no puede afirmarse.

Á esta objeción se contesta que todo cuanto está expresamente revelado en la Sagrada Escritura es cierto y de fe católica, pero todo cuanto dimana implícitamente de allí puede ser opinable y piadosa creencia, empero, mantenida con temor y temblor. Es probable que lo comprendido en esta última categoría esté contenido en los Sagrados Libros, según la forma silogística, ya formal, ya virtualmente. Hay, efectivamente, cosas ocultas que están como oscurecidas y veladas por la gloria de las cosas evidentes. La santificación de San José en el seno materno puede considerarse entre las de esta clase. San Dionisio habla tan sólo de aquello que está consignado expresamente. En efecto, ¿quién en nuestros días osará prohibir á un católico romano, dócil á las decisiones del Papa, inquirir y buscar las pruebas de la santidad desconocida de José? He visto teólogos que no daban gran importancia á los méritos de San José, y no obstante, si hubiesen querido argumentar sobre la grandeza de sus merecimientos por las palabras de los Evangelios hubieran sometido la inteligencia á la autoridad y en obsequio de Jesucristo, y exclamado: «Verdaderamente José es un Santo de primer orden, que brilla en la eternidad como el sol, por su nacimiento, su desposorio, su ministerio, su dignidad y abnegación, y supera á todos los Padres del Antiguo testamento cuanto la autoridad de un padre sobre un hijo supera á la de todos los criados.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XI.

Del don de la hermosura.

Por las siguientes razones se prueba que San José fué dotado de la hermosura corporal que conviene á un sujeto tan distinguido en el orden espiritual.

La figura y el signo deben parecerse con el objeto designado y figurado. Ahora bien, todos cuantos en la Sagrada Escritura han figurado á José, tales como Abraham, Josef, hijo de Jacob, y David, han sido hermosos, luego José lo fué también.

Además el cuerpo se ordena para el alma, y á un alma hermosa le corresponde un cuerpo hermoso; la belleza del cuerpo es, pues, una consecuencia de la belleza del alma; natural es, pues, que deduzcamos y creamos que allí donde, por la gracia de Dios, fué perfecta la belleza del alma desde el principio hasta el fin de la vida, lo fué también la del cuerpo.

Además la naturaleza es una fuerza inherente á las mismas cosas, por lo cual un semejante engendra á su semejante, como no haya impedimento ó error. José fué de la bella raza de David, y la naturaleza no tropezó con impedimento ó con error, puesto que Dios quería poner término en la Santísima Virgen y en José á la dignidad de la descendencia de David; luego José fué hermoso.

Añadiremos aquí que las obras de Dios son perfectas, y la esposa debe corresponder á la hermosura del esposo;

© Biblioteca Nacional de España

pues bien, habiendo sido muy bella la Virgen Santísima, debió de serlo igualmente su esposo José.

Diremos también que la castidad y la virginidad son más de alabar en las personas bellas; luego San José, cuya virginidad mereció tan grandes elogios, fué hermoso.

Considérese además que una sociedad bella y perfecta queda afeada por la deformidad de uno de sus miembros; la sociedad empero de Cristo, de la Virgen y de San José fué bella y perfecta. El Cristo fué el más hermoso de los hijos de los hombres; la Santísima Virgen fué muy hermosa, y en su consecuencia puede afirmarse que San José fué también muy bello.

En fin, José fué el último de los Patriarcas y el término del Antiguo Testamento; debemos creer, pues, haber sido hermoso, para que no pudiera decirse que la belleza de las cosas divinas había degenerado hasta concluir en una deformidad.

CAPÍTULO XII.

Objeciones contra la hermosura de San José.

Varios son los que opinan no poder afirmarse que San José estuviera dotado de corporal belleza.

Primeramente porque esta opinión no puede apoyarse en el testimonio de las Sagradas Letras, y privada de tal apoyo carece de valor.

En segundo lugar porque á los hombres cuya santidad

© Biblioteca Nacional de España

les hace gloriosos, no es conveniente alabarles aquellas cosas fútiles que suelen ser ocasión de pecado. Ahora bien, á esta categoría pertenece la hermosura corporal de la que está escrito: *Engañosas son las gracias del cuerpo, y vana su hermosura* (1). *Muchos perecieron á causa de su belleza* (2). Siendo así, no debe alabarse la hermosura de San José.

En tercer lugar, los justos brillan principalmente por la humildad que floreció en el justísimo Cristo. *Aprended de mí,* nos dice, *que soy manso y humilde de corazón* (3). San José es llamado justo, y estuvo adornado de profunda humildad, por cuyo motivo escogióle Dios para esposo de la humildísima Virgen; luego fueron halladas en San José causas muy poderosas de humildad, y como la deformidad es una de estas causas, se sigue que su cuerpo fué deforme.

En cuarto lugar, esta falta de belleza parece convenir á la humildad del Salvador, quien eligió padre putativo á un carpintero; luego el padre putativo de Cristo fué un hombre deforme.

Á estas objeciones contesto diciendo que la hermosura requiere tres condiciones, á saber, la altura de la talla, la elegante disposición de los miembros y la belleza del colorido. Pero la hermosura en el hombre no es la misma que en la mujer, por cuyo motivo los adornos femeniles desdicen del hombre, y á este efecto dijo el poeta: «Destiérrense de entre nosotros los jóvenes acicalados como mujeres; la hermosura varonil rechaza los adornos superfluos.» Debemos pensar que San José tenía la estatura de un hombre alto, y que no era ni gordo ni delgado, sino que las partes de su cuerpo guardaban esa proporción que es como la consecuencia del equilibrio de los humores. El hombre na-

(1) Prov. XXXI. — (2) Eccle. IX. — (3) Matt. XI.

© Biblioteca Nacional de España

cido para el trabajo recibe ya una constitución robusta que le es necesaria, y sin la que no podría dedicarse á las fatigas del trabajo. José fué elegido de Dios para hacer largos viajes, soportar incesantes fatigas, cuidar y atender incesantemente y por espacio de muchos años al Cristo, ya niño, ya adolescente, servir á la Santísima Virgen, poco amiga de salir de casa, y muy enamorada de la soledad; si pues, José no hubiese estado dotado de una constitución conveniente, las enfermedades no le hubieran permitido todas estas fatigas. En consecuencia debemos creer que la constitución de su cuerpo era perfecta.

Diráse acaso que puede Dios curar un enfermo cuando le place, y conservar largo tiempo la salud de un hombre débil.

Pero ¿por qué hemos de recurrir al milagro cuando el orden ordinario de la providencia y del poder divino no sólo basta para conseguir el objeto, sino que además es el más conveniente? Y si Dios ha dotado los cuerpos de Jesucristo y de la Santísima Virgen de tales cualidades, si bien lo meditas convendrás conmigo en que por las mismas razones debió de serlo también el de San José.

Contestando á la primera de las objeciones diré que son varias las causas por las cuales las Sagradas Letras no hacen mención de la hermosura de San José.

Consiste la primera en que el objeto de la Sagrada Escritura es enseñar á los hombres las virtudes y ocuparse de lo que deben hacer por Dios, antes que de las obras de Dios en ellos, para llegar al fin sobrenatural de la criatura racional. Es muy cierto que la belleza del cuerpo ha sido para muchos motivo de pecado, pero el mismo hecho prueba con mucha mayor fuerza que dicha causa es frecuentemente ineficaz.

El segundo motivo por el cual no habla la Sagrada Es-

© Biblioteca Nacional de España

critura de la belleza de San José consiste en su manera especial de tratar los asuntos, que es levantada, breve y sembrada de sentencias. Con todo, alaba implícitamente la mencionada belleza escribiendo la genealogía noble de nuestro Santo, la elección divina recaída en él para una obra tan preclara, y sus magníficas virtudes.

Dimana el tercer motivo del que escribió el Evangelio. Considerando los santos Evangelistas la belleza corporal como cosa de poca monta, ya que quedaba en la penumbra de las cosas naturales; iluminados por los clarísimos destellos de las virtudes espirituales de San José, solamente hablaron de esta su hermosura. Nosotros, empero, á manera de los perrillos que recogen las migajas caídas de la mesa de los maestros, nos alimentamos con ellas.

El cuarto de los motivos consiste en el objeto para el cual fué escrito el Nuevo Testamento, que no es otro que la divinidad de Jesucristo. Por esta razón en el Nuevo Testamento se trata tanto más de las cosas espirituales, cuanto más en el Antiguo de las corporales.

Contestando á la segunda objeción diremos que la hermosura perfeccionaba en San José la naturaleza y aumentaba la gracia. La hermosura corporal es buena en sí misma, y no hay que preocuparse de si es una ocasión de pecado, puesto que éste es un escándalo pasivo, y no hay cosa buena que no pueda ser para los malos ocasión de pecado y de escándalo. *Bienaventurados los que no se escandalizaran en mí* (1). ¿Los malos no toman acaso de la misma bondad de Dios ocasión de pecar? De ahí que la glosa diga sobre aquel pasaje *¡Cuán bueno es Dios para los rectos de corazón!* (2) para los perversos parece perverso. «De la misma justicia de Dios, que es tan bella, ¿no se escanda-

(1) Luc. VII. — (2) Psalm.

© Biblioteca Nacional de España

lizan acaso los demonios?» *Crece siempre la soberbia de los que le aborrecen* (1).

Contestaremos á la objeción tercera haber tres causas ú ocasiones de humildad: viene la primera de lo exterior, esto es, de la naturaleza; la segunda del interior, es decir, de la gracia; la tercera viene á la vez del interior y del exterior. La gracia es una causa más perfecta en el hecho de serlo más que la naturaleza, por cuyo motivo la deformidad no hubiera dado á San José siquiera un grado más de caridad y humildad, virtudes que atesoraba á perfección.

Finalmente responderemos á la objeción cuarta que la deformidad en el que había elegido para padre putativo, en nada hubiera aumentado la humildad del Salvador. Como la humildad de San José dimanaba de la gracia era, como queda dicho, más perfecta que si hubiese procedido de la naturaleza; ahora bien, una humildad perfecta aumenta la gracia en vez de achicarla.

CAPÍTULO XIII.

Del don de la virginidad.

Prueban los teólogos, así con razones como con autoridades de los santos Padres que San José debió de ser virgen, tanto en la cosa como por voto condicional hecho de corazón y de boca.

Apoyan la primera de las razones en el Evangelio. José fué justo, y por este motivo fué casto; y como no tuvo más

(1) Psalm.

© Biblioteca Nacional de España

esposa que la bienaventurada María, siempre Virgen, se deduce como legítima consecuencia haber José conservado la virginidad hasta la muerte. Fuélo también por voto, puesto que solamente por común consentimiento ambos esposos guardaron la castidad, como lo afirma San Jerónimo contra Helvidio. «Alabamos la virginidad, dice San Agustín, no por lo que es en sí, sino por estar consagrada á Dios.» María hizo voto de virginidad en los secretos del corazón, porque la prefería al matrimonio, y es muy posible que en aquel entonces ignorara que precisamente por esto agradara tanto á Dios. Más tarde formuló el voto con la palabra, puesto que poseyendo el consentimiento de su esposo San José, manifestó al ángel que era virgen.

Pruébase de la siguiente manera haber sido condicional el voto de José. Éste viene á ser como el límite que separa á los hombres de la antigua Ley de los de la nueva, bien así como la aurora es la que separa el día de la noche. Con su voto se conformaba con la Ley nueva, que recomienda la virginidad, y haciéndolo condicional respetaba la antigua, la cual prohibía todo género de vida que se opusiera á dejar descendencia sobre la tierra. Según esto, hemos de creer que al hacer voto de castidad lo hizo poniéndole la condición de si agradara á Dios.

La segunda razón que prueba la virginidad de San José consiste en que convenía que las personas más íntimamente ligadas con la humanidad de Jesucristo fuesen vírgenes. Por esta razón lo fueron su bendita Madre, San Juan Bautista y San Juan Evangelista. No habiendo habido hombre más inmediatamente ligado con la humanidad del Cristo que José, debe ser necesariamente considerado virgen.

La tercera de las razones es que José recibió el don insigne de la paternidad más noble que jamás haya existido y con esta paternidad hubo de recibir juntamente todas sus

© Biblioteca Nacional de España

prerrogativas, entre las cuales debe contarse la de la virginidad, que conviene á la paternidad divina. Esto se confirma además por tener que hacer en la tierra las veces del Padre celestial.

Cuarta razón. Dios es mejor, más grande y más perfecto que el mundo material. Ahora bien; el gobierno de este mundo es atribuído á los ángeles á quienes se llama vírgenes á causa de su pureza; ¿cómo no hemos de creer que fuese virgen José á quién fué confiado el cuidado y dirección del Dios humanado?

Quinta razón. El Nuevo Testamento consagra la virginidad y le da una excelencia superior á la del matrimonio. Ahora bien; siendo San José el primer personaje llamado justo por dicho sagrado libro, es de consecuencia racional considerarlo y confesarlo virgen.

Razón sexta. San José fué igual á los ángeles por los servicios que prestó á Jesucristo; luego fué virgen como los ángeles.

Diremos más: la virginidad de José fué más noble, más agradable á Dios, más gloriosa y maravillosa que la de los ángeles, puesto que esta dimana de la naturaleza y aquella tiene por origen la gracia, que es más noble. La virginidad de los ángeles es necesaria, y la de José como voluntaria es más agradable á Dios. La castidad de los ángeles no es meritoria y lo es la de José, y por lo tanto es más útil. La de los ángeles está en una naturaleza impasible, la de José en una carne frágil; luego es más maravillosa. La virginidad de José es más perfecta porque es de alma y de cuerpo mientras la de los ángeles lo es sólo de espíritu.

En cuanto á la autoridad de los Santos relativamente á la virginidad de San José, bastará citar al Maestro de las Sentencias, quien refiriéndose á palabras de San Agustín, dice: «La Santísima Virgen hizo en el secreto de su cora-

© Biblioteca Nacional de España

zón voto de virginidad, mas no lo formuló de palabra. Sometióse á la disposición divina é hizo propósito de permanecer siempre virgen, como Dios no le mandara lo contrario por medio de una revelación. Confiando, pues, su virginidad á la disposición divina, consintió en una unión carnal, sin desearla; pero siempre, bien en uno, bien en otro caso, obedeciendo á la divina inspiración. Mas tarde formuló este voto de palabra en unión con su esposo, y ambos continuaron manteniéndose en el estado de virginidad (1).» Santos Doctores y hombres muy ilustres siguen, aprueban y confirman esta opinión del Maestro de las Sentencias. Santo Tomás la afirma de una manera particular. (2).

CAPÍTULO XIV.

Objeciones según las cuales no fué condicional el voto de virginidad de San José.

Hé aquí los argumentos de los que disintiendo de lo que hemos sentado al comienzo del capítulo anterior, sostienen no haber sido condicional el voto de San José.

Se dice en primer lugar haber sido condicional el voto de San José, por haberlo hecho á menos que Dios no dispusiera en contrario. Esta condición está en todo voto, por absoluto que sea, puesto que nadie debe ofrecer á Dios aquello que Dios no admita, y como no debe ofrecerse cosa

(1) 4, di. 30. — (2) Part. 3.ª, quest. 29, art. 4.º

© Biblioteca Nacional de España

que sea contraria al orden, comprendida dicha condición en este caso, queda el voto simplemente absoluto.

En segundo lugar: no queda ya más razón para afirmar que el voto de San José fué condicional, sino que si hubiese hecho un voto simple no hubiera podido contraer matrimonio. Este voto empero no hubiera sido obstáculo, puesto que ambas cosas son posibles á un mismo tiempo, ya que dos personas que al casarse hacen acto seguido voto de castidad, se unen realmente en matrimonio. Esto resulta manifiesto en el santísimo José, á quien el ángel mandó recibir por mujer á María (1), á la cual no obstante jamás conociera carnalmente, pero con la que permaneciera siempre fiel al voto de virginidad. Hay más: si una mujer adúltera tiene un derecho sobre su marido, derecho cuyo uso le está prohibido perpetuamente á causa de su pecado, mucho más posible ha de ser la unión en matrimonio de una mujer con un hombre que no la conocerá jamás en virtud de una causa honesta. En su consecuencia, el voto de virginidad de San José parece haber sido absoluto.

En tercer lugar: así como realmente se casa el que después de la promesa solemne de esponsales hace voto simple de virginidad, con tal que contraiga matrimonio por palabras de presente, aun cuando tenga resuelto entrar inmediatamente después en religión, lo mismo debe decirse de San José, cuyo caso es igual. Luego fué simple su voto de virginidad.

Para mayor claridad de nuestra contestación hay que tener presente que tanto el voto de San José como el de la Santísima Virgen fueron dobles. El primero precedió á su casamiento, y fué sólo condicional y mental. El segundo siguió al matrimonio, y fué hecho antes de que el ángel

(1) Matt. I.

© Biblioteca Nacional de España

Gabriel viniera á saludar á María, y este fué absoluto y no sólo mental, sino verbal, de manera que, en unión con la Santísima Virgen, se obligó á guardar virginidad perpetua. Esta verdad se halla afirmada por San Agustín y por el Maestro de las Sentencias; Santo Tomas la admite, y á este efecto dice: «Antes de unirse en matrimonio con San José la Santísima Virgen por modo divino recibió la seguridad de que aquél abrigaba sus mismas intenciones, y de consiguiente, casándose no se puso en peligro (1).»

Pedro de Palude contesta á la primera objeción en la xxx distinción del cuarto libro de las Sentencias, diciendo que, aun cuando debe estar siempre implícitamente contenida en todo voto la condición de la voluntad divina, es mucho más perfecto que esté expresa; y así fué en el presente caso. Y si puede decirse que aun cuando venga siempre sobrentendida dicha condición queda en pie el voto absoluto mientras no esté actual y formalmente expresa, si por acaso dicha condición viene comprendida, querida y expresa, el voto no es ya absoluto, sino puramente condicional, y de esta índole fué el de la Santísima Virgen y San José antes de su matrimonio, exceptuando la expresión vocal, que no tuvo efecto hasta después del casamiento, como más arriba queda dicho.

La segunda objeción está basada en un falso aserto. El voto absoluto de virginidad hecho antes del matrimonio hace el matrimonio nulo. Si San José hubiese hecho semejante voto no hubiera contraido verdadero matrimonio con la Santísima Virgen, ó si lo hubiese hecho habría pecado, según lo afirma Santo Tomás (2).

Probaremos lo que acabamos de sentar diciendo que el

(1) 4, di. 30, q. 2, art. 1, quest. 2. — (2) 4, di. 30, q. 2, art. 1, q. 2.

© Biblioteca Nacional de España

consentimiento á la unión carnal con la aprobación divina constituye el verdadero matrimonio, el cual subsiste entre las estériles, y con mucha más razón entre las que no siéndolo quieren guardar continencia. Así habría verdadero bautismo en quien tuviera intención de ser bautizado, aun cuando no parara mientes en el objeto principal para el que fué instituido el sacramento del Bautismo. Teniendo esto en cuenta, dice Santo Tomás: «Antes de contraer matrimonio con San José, la Santísima Virgen, por modo divino recibió la seguridad de que aquél abrigaba sus mismas intenciones, y de consiguiente, casándose no se puso en peligro. De esta manera fué como nada faltó á la realidad de su matrimonio.»

Tal es también el sentir de Pedro de Palude, á cuyo efecto dice: «La Santísima Virgen aceptó todas las consecuencias del matrimonio, si Dios se las ordenaba.»

Añadiremos que si la mujer que ha hecho voto absoluto de continencia no puede por movimiento propio entregarse á su esposo, puede hacerlo por la autoridad de Dios. «La facultad, dice Santo Tomás, de darse en matrimonio nada tiene de opuesto á la virginidad, ni aja la pureza. Sólo el acto de la consumación del matrimonio daría dicho efecto, y esto no sólo jamás vino en mientes á la Santísima Virgen, sino que además estaba segura de que nunca tendría lugar.» Lo mismo puede decirse de San José por lo que respecta á este particular.

Contestaremos á la tercera objeción diciendo que cualquiera que contrajese matrimonio después de haber hecho voto de virginidad, pecaría, aun cuando hubiese hecho el voto después de los esponsales. Decimos que pecaría porque en primer lugar engañaría á su mujer y no contraería ciertamente matrimonio verdadero, sino simulado. En segundo lugar cometería un sacrilegio por abuso de un Sa-

© Biblioteca Nacional de España

cramento de la Iglesia. Y en tercer lugar pecaría también por ficción y mentira de hecho. No hay perjurio en volver sobre el propio juramento para obedecer á la autoridad de la Ley. La comparación establecida resulta pues falsa, y el caso es distinto.

CAPÍTULO XV.

Del don del arte mecánico.

San José ejerció entre los hombres la profesión de carpintero, por cuyo motivo decían los judíos á Cristo: *¿No es este el hijo del artesano?* Es creencia piadosa y razonable que cuando el Salvador fué crecido ayudó frecuentemente á su padre, por obediencia. Este es el motivo según el cual se le llama artesano: *¿No es este el artesano hijo de María* (1)? San Anselmo dice: «Gózate en contemplar al Niño Jesús entre los niños de Nazareth, en verle obedecer á su Madre y ayudar á su padre nutricio.» San Basilio dice también: «Obedecía á sus padres desde su más tierna edad, y soportaba con humildad y respeto el trabajo corporal.»

Vamos á probar con varias razones que la santa profesión de carpintero, ejercida por José, era la más conveniente para él.

En primer lugar, el arte de trabajar la madera, ejercido por Noé en la construcción del arca que restauró la especie humana, se acomodaba perfectamente al custodio del Árbol de la vida.

(1) Marc. IX.

© Biblioteca Nacional de España

San Juan Crisóstomo dice exponiendo el Evangelio de San Mateo, que la Virgen María casó con un carpintero porque el Cristo, esposo de la Iglesia, debía operar la salvación de los hombres por el árbol de la cruz.

Esta profesión era además digna de San José por la naturaleza de la materia, que es limpia, hermosa y fácilmente se presta á recibir todas las formas. Es un oficio común á los moradores de ciudades y de pueblos, no hallándose reunión de hombres donde no sea ejercida, y José, á cuyo cargo corría la obligación de atender á todas las necesidades del Hijo de Dios con el fruto de su trabajo, y debía además recorrer varias regiones, recibió con razón de Dios el oficio de carpintero.

El arte de trabajar la madera es de utilidad general, y se presta menos al engaño que los demás.

Es un arte que por humilde no ejercen los nobles ni los militares, por cuya razón era muy apropiado á la vida pacífica y retirada de la Santísima Virgen.

No hay quien deje de prestarse con gusto, ya sea hombre, ya mujer, á ayudar á los carpinteros, puesto que las familias casi todos los días tienen necesidad, en poco ó en mucho, de dicha profesión.

El oficio de carpintero es, en fin, sumamente útil á una familia que viaja para proporcionarle cama, techo y los medios de cocer los alimentos, y esto era lo que convenía á la Madre de Dios y á su Hijo en su prolongado destierro.

Deben los fieles contemplar á nuestro Salvador Jesucristo desde su más tierna edad hasta la de los treinta años conversando con los hombres, como si fuese un puro hombre, bien que distinguiéndose por su gran majestad. Pasaba gran parte del día ya en el templo, ya en las sinagogas, para manifestar ser esta la más excelente manera de vida y la más conforme al fin del hombre. Ningún servicio rehu-

© Biblioteca Nacional de España

saba á su Madre en casa. Con sus divinas palabras dulcificaba el trabajo de San José, prestábale humildes servicios y le alegraba con la alegría que rebosaba en su divino rostro. Cuántas veces, estando José trabajando, le decía Jesús: «Mi querido padre, por esos trabajos te daré una recompensa eterna; pero tengo prometidas á mis escogidos penas y sufrimientos en este mundo, y tendrán que soportar crueles dolores, mas no les harán temblar, pues saben que tal es mi voluntad.» San José le contestaba: «Oh Hijo mío, altísimo Dios, la dicha de oir esas palabras compensa con exceso todos los trabajos, y sobrepuja á toda recompensa. Tu voz tiene para mí una dulzura incomparable, y tus palabras son más dulces que la miel. ¡Oh! si me fuera dado hacer conocer á los hombres la belleza de tu majestad y de tu divinidad te levantaría numerosos templos y altares, pero hacer tu voluntad vale más que todos los sacrificios; recibe, pues, oh Hijo de Dios, mis fatigas y trabajos de carpintero como homenaje que rindo á Tí, cuya infinita bondad me ha escogido para mirarme como padre. En el cielo son ángeles tus servidores, y en la tierra un hombre, un carpintero, y Tú con ser la misma felicidad de los espíritus bienaventurados, no te desdeñas de endulzar las penas de un pobre carpintero.» Estas consideraciones inspiran á San Buenaventura las siguientes palabras: «De regreso de Egipto el Señor habitó con sus padres en la ciudad de Nazareth, y les estaba sujeto; allí vivió hasta el comienzo del trigésimo año de su vida. Nada nos dicen las Sagradas Escrituras de lo que hizo en tan largo período, y este silencio parece asombroso. Meditemos, pues, en lo que pudo hacer, no sea que vaya á creerse que estuvo ocioso. Si se empleó en algo, ¿por qué motivo no se escribió cual se escribió lo que hizo después? Lo mismo podría decirse respecto de Dios, pero si bien se reflexiona se verá que aun

© Biblioteca Nacional de España

cuando al parecer no haga nada, hace, sin embargo, cosas magníficas. Se separaba, pues, Jesús de la sociedad y del trato con los hombres; asistía á la sinagoga, situándose en un punto retirado; regresaba á su casa, estaba junto á su Madre, y ayudaba á veces á su padre nutricio; pasaba por entre los hombres como si á nadie viera. El dichoso José ganaba el sustento de la familia ejerciendo el oficio de carpintero, y con este mismo objeto la Santísima Virgen hilaba y cosía; condimentaba lo que debían comer su Hijo y su Esposo, y como no tenían criado, desempeñaba los demás quehaceres domésticos. Para hacerles menos pesada la carga trabajaba como ellos y padecía con Jesús, quien á su vez les ayudaba fielmente trabajando en aquello que su edad y fuerzas le permitían. Considerad, pues, los humildes empleos en que se ocupaba en la casa.» Tales son las palabras de San Buenaventura.

CAPÍTULO XVI.

Del don de las virtudes que brillaron en la vida de San José.

La vida de San José brilló por siete títulos con los destellos de una gloria celestial. Fué moral, piadosa, religiosa, virginal, angélica y divina. Por su prudencia fué otro José, ya consideremos á éste cuando vivía entre sus hermanos, ya al ser vendido y llevado á Egipto, ya ejerciendo el cargo de ministro de Faraón. José, padre del Salvador, no menos estimado por los judíos que por los gentiles de su patria, observó fielmente la ley divina, y acompañó al Señor en su destierro á Egipto, sin abandonarlo. Habiendo

© Biblioteca Nacional de España

venido á ser padre putativo del Hijo de Dios y esposo de la Reina del mundo, penetró con mucho más cuidado en las vías de la prudencia. Dios atestigua que José era justo. La justicia de José estuvo figurada por Noé el justo. Éste, como se dice en el Génesis, era justo y perfecto delante de Dios, y gobernó por disposición divina el arca en la cual se salvó la especie humana. Noé fué también el que, como una prenda de la clemencia de Dios, recibió el ramo de olivo traído por la paloma salida del arca; y también fué él quien vió el arco iris, señal de la alianza entre Dios y el hombre. Los misterios de las acciones de Noé, representados en la sombra de las figuras se realizan en José á la luz del verdadero Sol. Mereciéndolo por su justicia fué esposo y jefe de la bienaventurada Virgen María, de la cual el arca fué figura. Atendió solícito y con sus propias manos al cuidado de esta misma Virgen cuando llevaba en sus entrañas al Verbo encarnado, signo de reconciliación entre Dios y la humanidad. Vió con sus propios ojos el signo de la alianza de Dios con el hombre, esto es, Cristo; le vió y se regocijó, no temiendo ya la reproducción del diluvio en que la naturaleza humana se había abismado. Brilló también la prudencia en las acciones de San José que, acordándose del pasado, penetraba con singular ingenio el presente y preveía el porvenir; esto es lo que dan á entender las siguientes palabras del Evangelio: *Como José era justo y no quería menoscabar su reputación* (de María) *tomó el partido de abandonarla en secreto.* Más adelante explicaremos con la debida extensión este pasaje. ¿Quién será osado á decir que este hombre virginal faltó á la templanza en todos los días de su vida? Aquel cuyo gran corazón libró al Niño Jesús de la rabia de los tiranos que lo perseguían, fué fuerte como la muerte.

Debemos igualmente considerar que la vida de San José

© Biblioteca Nacional de España

estuvo adornada siempre de la piedad en todas sus manifestaciones. La piedad tiene tres aspectos: el vulgar, el virtuoso y el divino. San Agustín, hablando de la piedad vulgar, dice: «Según el vulgo, la piedad consiste en las obras de Misericordia, lo que, según mi entender, consiste en que Dios las ordena principalmente, le son agradables y las acepta como sacrificios. Esta costumbre hace que se llame piadoso á Dios (1).»

La piedad virtuosa es, según Cicerón, la que hace objeto de buenas y solícitas atenciones á cuantos le están unidos, bien por los lazos de la sangre, bien por los de la patria.

La piedad divina es la que se cuenta entre los dones del Espíritu Santo. Santo Tomás dice de esta piedad ser un don que nos infunde una benevolencia sobrehumana para todos. La Religión es el culto de Dios.

No puede ponerse en duda haber poseído San José la piedad llamada vulgar, cuando, dice San Buenaventura, ganaba trabajando la madera el propio sustento, el de la Virgen Santísima y el del Cristo. ¿Quién dejará de creer que San José venía en auxilio de sus vecinos, aun cuando fueran malos, apenas conocía que tenían necesidad de él? Un espíritu interior movíale á obrar así, y estaban allí la Virgen, su amadísima esposa, para la cual nada había oculto, y el Cristo, verdadero Dios de misericordia, los cuales alababan, aconsejaban y aprobaban sus buenas obras. Si *con el Santo serás santo*, ¿cómo es posible que José dejara de ser piadosísimo acompañándose tan íntimamente con lo que de más piadoso existe? Por lo demás, es imposible hablar dignamente de las atenciones piadosas y afectuosísimas de que colmaba á la Santísima Virgen y á Jesús. San José pensaba siempre con la mayor atención, solicitud y

(1) De Civit. Dei. 10.

© Biblioteca Nacional de España

prudencia en lo que podía faltarles á la Virgen y al Cristo, y los atendía con celo, gracia y fervor inimitables.

Sería una insensatez creer que San José no calcó su vida sobre los preceptos de la Religión. Si la Religión es el culto que se tributa á Dios, ¿pudo dejar de ser eminentemente religioso nuestro Santo, que sirvió noche y día al Cristo, Dios verdadero? San Ambrosio dice haber poderosos motivos para creer que José fué justo y perfecto en todas sus buenas obras. San Jerónimo afirma que San José se levantaba de noche para orar en compañía de la Santísima Virgen, y los que sirven á Dios alegremente reconocerán ser muy razonable esta opinión.

La vida de San José fué virginal por voto, de palabra y por las obras. Hizo, en efecto, voto de virginidad, como queda dicho, siéndole fiel de palabra y obra con admirable pureza. José tenía coloquios asiduos con la Virgen Santísima, cuya pureza alcanzó el límite más sublime. Agrada conversar con filósofos y teólogos, porque sus discursos versan sobre asuntos los más profundos, por cuyo motivo todo hombre de ideas levantadas gusta de oir las disertaciones de los filósofos por la razón que alega Aristóteles cuando dice ser una dicha para el género humano poder remontarse á las cosas superiores, á las sustancias separadas, y principalmente á Dios. El mismo Aristóteles añade que se prefiere tener un conocimiento de las cosas altísimas y dignas de toda honra, aun cuando este conocimiento no lo tengamos sino por razones probables, á poseer un conocimiento vasto y cierto de aquellas que son menos elevadas. José era hombre de gran inteligencia, la cual se desenvolvía con la gracia y las frecuentes apariciones de los ángeles, de quienes es propio iluminar el espíritu. Se había familiarizado con los conocimientos y cosas más elevadas, á causa del trato con la Santísima Virgen, cuyas palabras le

© Biblioteca Nacional de España

eran más dulces que la miel, siendo por esta razón de creer que se privaría de estas conversaciones lo menos que le fuera posible. ¡Oh dichoso hombre! ¡Oh corazón castísimo! ¡Oh inteligencia virginal que gozó las dulzuras de semejante vida entre los mortales!

Pero ya es hora de que hablemos de sus relaciones con los ángeles.

La vida de San José fué angelical por sus costumbres, por los Seres con quienes vivió, por su inteligencia, por su voluntad, por los cargos que desempeñó y por su contemplación. Las costumbres de los ángeles brillan por su universal limpieza, por su sabiduría divina y por su ardiente caridad. Estas tres cosas se manifiestan con toda evidencia en los tres ángeles aparecidos á Abraham (1). Limpieza en la comida y en la bebida; sabiduría en la revelación de lo oculto, cuando predijeron el nacimiento de Isaac; caridad al manifestar cuánto amaban á Abraham en la persona de Dios, que decía: *¿Podré ocultar á Abraham lo que voy á hacer?* El ángel Rafael manifestó las mismas cualidades de limpieza, sabiduría y caridad estando en compañía de Tobías; limpieza en el porte, sabiduría en el consejo y caridad cuando dijo: ***Os parecía que comía y bebía, pero yo uso un alimento y una bebida que los hombres no pueden ver.*** Las costumbres, pues, de San José deben ser llamadas angelicales, puesto que respiran una pureza virginal; están fundadas en una sabiduría divina tomada de los consejos de los ángeles, y palpita en ellas una caridad ardiente hacia Dios, á quien acarició con sus manos. Ni ¿cómo es posible que permanezca frío quien está siempre junto á un fuego ardiente? Nuestro Dios es este fuego, y José estaba todos los momentos á su lado. Conociendo por el Evangelio las

(1) Gen. xviii.

© Biblioteca Nacional de España

muchas apariciones angélicas de que José fué objeto, no podemos dejar de confesar que gozaría de la sociedad de los celestiales espíritus. Sus relaciones eran íntimas, de modo que le llamaban por su nombre propio y por el gentilicio al decirle *José, hijo de David*. La inteligencia de los ángeles es grande por naturaleza, pues Dios los ilumina, y unos á otros se comunican estas iluminaciones. Dice Aristóteles: «Las personas de organización sensible, es decir, noble, están dotadas de inteligencia.» José fué nobilísimo, luego estuvo dotado de gran inteligencia. Como en el Evangelio se lee, recibía muy á menudo las luces por conducto de los ángeles. Recibíalas también de la Santísima Virgen y del mismo Cristo. Y ahora preguntaremos ¿qué rey, á menos de haber perdido el juicio, dejaría de confiar el cuidado de cuanto más querido le fuese á un hombre sapientísimo, habilísimo y fidelísimo? Dios, cuya sabiduría es incomprensible, dió á José su Hijo, que es el fin del universo y cuanto de más precioso tiene el mundo, para dirigirlo, guardarlo y educarlo. Este solo fuera motivo más que suficiente para afirmar haber San José brillado en grado sumo, por su inteligencia, entre los hombres de su época, y obligado por esta razón no vacilo en consignarla. La voluntad de San José estaba abrasada por las llamas divinas de la caridad, la cual embellecía todas sus obras, palabras, movimientos y funciones.

Los coros de los ángeles están siempre delante de Dios, y de allí son enviados á los predestinados á salvarse. ¿Puede imaginarse siquiera que San José haya dejado voluntariamente la compañía de Jesucristo durante su infancia, adolescencia y juventud? Servía á Jesucristo con el corazón colmado de júbilo hasta por aquellos que debían recibir la salvación como una herencia. De ahí se sigue que su vida estuvo ocupada en contemplar al Cristo, Hijo de Dios,

© Biblioteca Nacional de España

que gozaba de Él en espíritu cuando tenía precisión de dejarlo para vacar á los trabajos necesarios á la familia, y que semejante vida era realmente angelical, pues de los ángeles está escrito: *Gozan siempre de la vista de mi Padre que está en los cielos.*

El conjunto de la vida de José fué divina mucho más que la de todos los mortales que han existido desde el principio del mundo y existirán hasta el fin de los siglos. Fuélo por la sociedad, por la familiaridad, y puede ser que también por su caridad. Estuvo en sociedad con Dios el Padre, Criador del universo, por su Verbo encarnado, del cual era reputado padre. Estuvo en íntima relación con el Cristo Dios, al cual sentó á su mesa y cobijó en su casa durante muchos años. Fué esposo de la bienaventurada Virgen, en quien residía el Espíritu Santo, verdadero Dios. La sociedad de San José fué, pues, divina por su ministerio, por su habitación y por su matrimonio. Alabamos y veneramos á los Padres del Antiguo y Nuevo Testamento á causa de las relaciones en que estuvieron con Dios. En efecto, Dios habló á Noé; tres ángeles que representaban á la Persona de Dios se aparecieron á Abraham; Jacob vió en sueños al Señor en lo alto de la escala misteriosa; Dios habló á Moisés cara á cara, como habla un amigo con otro; Samuel, siendo niño, oyó la voz del Señor que le llamaba, y cuando llegó á la mayor edad fué tan grande por las palabras que frecuentemente le hablaba Dios, que consagró á los mismos reyes de Israel; David tuvo divinos arrobamientos; Dios se apareció en sueños á Salomón, y le concedió una sabiduría superior á la de todos los mortales; los Profetas vieron á Dios en varias imágenes, por cuyo motivo fueron llamados *Videntes*, y los Apóstoles conversaron con el Cristo, su Señor y Maestro. ¿Puede creerse que San José gozara menos de la sociedad divina que todos estos

© Biblioteca Nacional de España

personajes? No, ciertamente, y lo prueban las relaciones familiares que tuvo con Cristo Dios. Vió á Dios en el Cristo recién nacido, y le adoró y besó los pies. Fué el primero en dar cumplimiento á la Ley de Moisés, en todo aquello que prescribía acerca el nacimiento de los niños. Lo llevó á Egipto, y allí lo mantuvo con la divina Madre por espacio de siete años. ¡Oh! y cuántas veces tomaría José en sus brazos, con el corazón lleno de la fe más viva y pura, al Niño Jesús, y le admiraría, y le besaría, y le veneraría como Dios, y le amaría con todo su corazón como Hijo único, digno de la mayor ternura! ¡Qué gozo debió de experimentar San José oyendo balbucir al Verbo de Dios las primeras palabras! ¡Cuántas veces lo tomaría en brazos para oir como hablaba, adorándole con temeroso respeto! Nota, te ruego, amable lector, cuánto sobrepujó á los ángeles por su intimidad y relaciones con Dios y por su caridad, y esto puedes verlo claramente si tienes algún conocimiento de las cosas divinas. Los ángeles en el cielo están bajo la dependencia de Dios, y José tuvo autoridad sobre Él, ya que fué llamado su padre. Los ángeles tiemblan ante el acatamiento de Dios, y José le tuvo en brazos y le besó. Los ángeles reciben siempre de Dios los dones, y Jesucristo recibió de José la alimentación. Los ángeles enseñan las cosas divinas, y José lleva en brazos á Dios Niño, que trata de balbucir algunas palabras, le sonríe, lo acaricia, y tiernamente le cuida. De ahí resulta haber sido la vida de José divina y animada de la más ardiente caridad. Si Dios ama á los que le aman, debemos llamar á San José el amigo de Dios. Siempre que un santo es amado del Señor de una manera particular es llamado también amigo de Dios, y esto leemos en el Antiguo testamento, de Moisés, el cual fué llamado amigo de Dios por su mansedumbre, y fué, efectivamente, el más manso de los hombres.

© Biblioteca Nacional de España

Dios halló también á David hombre, según su corazón, á causa de su humildad, y amó tanto á Juan Evangelista por su virginidad, que fué llamado el discípulo querido de Jesús. Leemos en el Evangelio de San Juan que el Señor amaba á María Magdalena y á sus hermanos Lázaro y Marta por su hospitalidad (1), y San Nicolás fué llamado el amigo de Dios por su misericordia. San José atesoró todas estas virtudes en grado eminente. Tan grandes fueron su dulzura y su humildad que fué elegido esposo perpetuamente virgen de aquella Mujer en cuya humildad puso Dios los ojos, y que es llamada Madre de misericordia y mansedumbre. Ejerció en la persona del mismo Dios la hospitalidad y la misericordia, haciéndolo con tanta alegría que Dios, no solamente eligió para vivir la casa de José, sino que quiso además pertenecer á su misma familia. Según todo lo dicho, resulta evidente y más claro que la luz, que José no sólo atesoró todas las virtudes que han brillado en los hombres más eminentes, sino que en ninguno de éstos alcanzaron el grado de excelencia que en nuestro Santo.

CAPÍTULO XVII.

Del don de modestia de San José en el vestir.

La modestia es una virtud por la cual se refrena el lujo, tanto en el vestir como en el ornato de la casa. Está sujeta á una doble regla: la una para todo lo que mira á la persona, y otra para lo que se refiere á los negocios, lugares y

(1) Joan. xi.

© Biblioteca Nacional de España

hombres con los cuales está en relación. Sobre el particular nos dice San Ambrosio en el libro de *Los Deberes:* «La manera más hermosa de vivir consiste en conceder al individuo lo que le conviene, según la persona y el sexo; este es el orden perfecto en las acciones; este es el porte más apropiado á la profesión. Esto es lo que conviene á quien teme á Dios, puesto que el exterior de la vida es un testigo verdadero del estado interior, y lo manifiesta por defuera tal como está por dentro.» *Por el aspecto se conoce el hombre, y se le juzga por el rostro*, dice la Sabiduría (1). Sobre este asunto nos dice el Apóstol: *Conocida y manifiesta sea vuestra modestia á todos los hombres* (2). El exterior del hombre varía, puesto que lo hay de vanidad, de superfluidad, de mediania, de común llevar, de humildad y de sencillez. Los vanos adornos revelan orgullo, y los superfluos acusan además de inmodestia. Sobre este particular dice San Agustín: «Los afeites son contra la modestia.» El porte de la medianía es el que corresponde á la condición común de las personas, ya sean ó no perfectas. El de la humildad es el de los santos, se contenta con lo estrictamente necesario, y no busca sino lo indispensable para la vida. El exterior de la sencillez excluye toda solicitud, y se contenta con lo que se le da.

Habiendo sido José siempre justo y virgen, conforme lo creemos, no tuvo jamás el exterior de la vanidad ni de la superfluidad. San Jerónimo dice: «Las mujeres vestidas de seda y de púrpura no pueden revestirse del Cristo; las que se adornan con collares de oro y pedrería pierden los adornos del corazón.» Y en la exposición de la parábola del mal rico añade: «Si no hubiese pecado en vestir ropas suntuosas, seguramente que no hubiera el Señor dicho con

(1) Eccle. XIX. — (2) Ad Philip. IV.

© Biblioteca Nacional de España

tanta energía que el rico vestido de púrpura estaba padeciendo en el infierno eternas penas y tormentos.» El porte del excelso José fué de una humildad tan perfecta que participaba del de común llevar y del de la humildad.

Hé aquí las razones: convenía á un hombre de progenie de santos y predestinado á un ministerio santisimo tener el porte de los santos. San José no sólo era justo de nombre, sino también de hecho, y efecto de la justicia es acomodar el exterior al estado del interior. Era artesano, cosa que requiere un porte humilde, mas nunca dejó de ser el del que tiene para un modesto pasar, puesto que con el fruto de su trabajo atendía solícito á las necesidades de la divina Familia. Cuando atravesaba el desierto y cuando vivía en Egipto se abandonó en manos de la Providencia, y supo con ánimo igual vivir en la penuria y en la abundancia.

Á lo que queda dicho se objeta: en primer lugar que el porte de José debió de ser el de la mediania pues compañeros de ella son siempre la virtud, á la cual va unida la santidad, y el don de conformarse con las necesidades ajenas. Esta conformidad convenía especialmente á San José, que proveía las necesidades del Salvador del mundo, y le convenía según aquellas palabras del Apóstol: *Heme hecho todo para todos, con el objeto de ganar al Cristo* (1). Luego el porte de San José fué el de la mediania.

Responderemos á esta objeción diciendo que, así como la gracia no quita la naturaleza, sino que la embellece y hace semejante á Dios, comunicándola su virtud sobrenatural, así el exterior de la humanidad se convierte en el de la mediania. Estos dos portes no son ciertamente distintos como dos cosas diferentes, sino á la manera que lo son lo perfecto y lo imperfecto; y como un triángulo lo es de un cua-

(1) I Ad Cor. IX.

© Biblioteca Nacional de España

drilátero. Los argumentos son exactos, pero no lo es la consecuencia, de la cual resulta que San José no tuvo el porte de la medianía. Túvolo, en efecto, pero de una manera más perfecta, puesto que como su medianía tenía por base su razón, elevaba á un grado altísimo de perfección su humildad y su sencillez.

En segundo lugar, si objetándonos se nos pregunta la naturaleza de los vestidos de San José, su longitud y su color, contestaremos como el filósofo que no podemos descender al esclarecimiento de estos detalles con ayuda de la razón. Platón aconseja callarse cuando se llega á este extremo, puesto que las variedades son infinitas y no están sujetas á regla alguna. La gracia es superior al arte, y todo lo que sobre el particular podemos decir es que José, por inspiración del Espíritu Santo, supo vestir humilde y sencillamente, acomodándose al modo adoptado por su época.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

© Biblioteca Nacional de España

SEGUNDA PARTE.

PREÁMBULO.

Cuando vamos á hablar del gran Sacramento del Matrimonio debemos hacer notar que las obras de Dios inmortal nada tienen de indecoroso, nada de indigno, nada de imperfecto, bien que los débiles ojos de los mortales no puedan penetrar á menudo toda su profundidad. El mismo Dios fué quien unió á nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, y las divinas leyes que rigen en el matrimonio están fundadas sobre esta primera unión. El hombre recibe la existencia en el seno de la mujer y se desenvuelve y crece hasta adquirir cierto desarrollo y límites, como sucede al tallo de la planta y á la flor que poco á poco van adquiriendo las proporciones y belleza que nos encantan. Sobre el particular se lee en el Génesis: *Por esta razón el hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una misma carne.* Los Padres del Antiguo Testamento reflexionaron con gran madurez sobre la elección de las esposas de sus hijos, de cuya sangre debía nacer el Cristo. Ilustrados por el Espíritu divino, ¿qué pensaremos de lo que debió pasar en la profundidad y riqueza de la sabiduría y ciencia de Dios al ser elegido José para esposo de la divina Madre? ¿Qué conformidad en los pensamientos, qué igualdad de pureza de costumbres no de-

© Biblioteca Nacional de España

bian existir entre los esposos cuya santa unión debía ser admirada y venerada de cielos y tierra? Hé aquí el matrimonio de la Reina de los cielos, María, siempre Virgen, hija de David, contraído, por mediación de Dios, con José, también de la casa y familia de David. Una nueva era tiene comienzo en la revolución de los siglos, y de lo alto de los cielos viene á la tierra una nueva descendencia. Del trono de la majestad divina vienen sobre José una dignidad, una pureza, una grandeza, y tan ilustre renombre como los débiles ojos de los hombres no lo han visto nunca; y así nos lo da á conocer la luz indefectible de la fe. Desenvolvamos, pues, los secretos celestiales de esta insigne unión, y en esta segunda parte de nuestra obra hablemos en humildes términos de los asuntos más excelsos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del don del matrimonio de San José con la Bienaventurada siempre Virgen María.

Las siguientes proposiciones dejan fuera de toda duda haber habido verdadero matrimonio entre San José y la Santísima Virgen.

Primera. La Santísima Virgen y San José contrajeron verdadero matrimonio, no obstante el voto de virginidad que juntos hicieron.

La primera parte de esta proposición ha quedado probada en lo que llevamos dicho hasta aquí; la segunda se demuestra con las siguientes palabras de Santo Tomás: «Se

© Biblioteca Nacional de España

dice que el matrimonio es verdadero cuando ha alcanzado su perfección. La perfección de una cosa es de dos maneras; primera, en lo que mira á la forma que la constituye, y segunda en la manera como se realiza su objeto. La forma del matrimonio consiste en cierta unión de las almas que obliga á los esposos á guardarse una cabal fidelidad. El fin, del matrimonio consiste en la procreación y educación de los hijos. La segunda parte de este doble fin se cumple por la mutua inteligencia entre los dos esposos en la elección de los medios de mantener y educar á los hijos que la primera les ha dado (1).» La unión de la Santísima Virgen con San José fué un verdadero matrimonio, pues su mutuo voto de castidad sólo se oponía á la unión carnal en cuanto esta fuera la voluntad de Dios. De ahí que el Ángel llame á María esposa de José cuando dice á éste: *No temas en recibir á María tu esposa* (2). «Es llamada esposa, dice San Agustín explicando este pasaje, por serlo efectivamente, en virtud de la fe jurada á José, el cual, no obstante, no debía conocerla jamás.» No habiéndose nunca consumado el matrimonio no puede, en cierta manera, haber cuestión en lo que se refiere á la segunda parte de su perfección. San Ambrosio, comentando á San Lucas, dice: «No os admire que con tanta frecuencia la Escritura dé á María el título de esposa, pues con este título nada quita á su virginidad, y en cambio atestigua la realidad de su matrimonio.» Con todo, este matrimonio tuvo en parte el segundo grado de perfección, que es el que mira á la educación de los hijos. Á este objeto dice San Agustín: «Todo cuanto hay de bueno en el matrimonio lo hallamos en el de los padres de Cristo, la progenie, la fe y el sacramento; Jesús es la prole, la fe nunca fué violada,

(1) III Part. quest. 29, art. 2. — (2) Matt. I.

© Biblioteca Nacional de España

y el sacramento no fué profanado con el divorcio; solamente la caridad lo distingue de los demás matrimonios (1).»

Segunda. Dicho matrimonio fué lícito. Esto lo prueba Santo Tomás diciendo: «Después de haber hecho voto de virginidad de una manera absoluta no se puede sin pecado contraer matrimonio, pues si el voto es solemne no hay verdadero matrimonio; y si, por el contrario, el voto es simple, hay, en efecto, matrimonio verdadero, pero los contrayentes pecan al contraerlo.» Ahora bien, el voto de la Santísima Virgen no fué solemne, sino simplemente de corazón; no fué absoluto, sino condicional, como nos lo da á entender la Sagrada Escritura. Pudo, pues, casarse sin pecar, por especial inspiración y consejo del Espíritu Santo, al arbitrio del cual su voto estaba sometido condicionalmente. Añade Santo Tomás que está permitido todo lo que tiene varias razones de conveniencia y en nada se opone á la recta razón, y que hallándose en este caso el matrimonio de la Santísima Virgen con San José, fué, en consecuencia, perfectamente lícito. Esto mismo, como queda dicho más arriba, puede decirse del voto de San José. Probaremos en su lugar haber habido para este matrimonio otras muchas razones de conveniencia.

Tercera. Este matrimonio no tiene necesidad de ninguna excusa como muchos otros.

Para comprender bien esta proposición hay que fijarse en dos puntos de la doctrina de Santo Tomás (2). Consiste el primero en que el matrimonio tiene sus quebrantos, y por consiguiente debe tener también sus ventajas para hacerlo excusable. Dichos quebrantos están en los placeres y en la violencia del amor, que marchitan la razón. Sus ventajas consisten en la procreación de los hijos, en la fe pro-

(1) De Nup. et Conc. — (2) Qu 4, di. 31.

© Biblioteca Nacional de España

metida y en el sacramento. Consiste el segundo en que por estas ventajas hacen el matrimonio excusable y libre de pecado, mas no lo es sin ellas. Estas tres cosas excusan el matrimonio por hacer de él un acto bueno, y bueno no solamente como medio, sino también como figura de la unión indisoluble de Cristo con la Iglesia. Sin estas tres condiciones y circunstancias el matrimonio siempre tiene algo de pecado. Esto sentado, probaremos la proposición diciendo que quitada la causa cesa el efecto. La causa que exige que el matrimonio tenga algo bueno, para que sea excusable, no existe en el de la Santísima Virgen con San José, puesto que esta unión no ponía á ninguno de los dos en peligro, sino por el contrario, les llevaba un gran bien, por cuyo motivo no tenía necesidad de nada que excusara ó compensara quebranto ó mal alguno.

Cuarta. La Santísima Virgen fué llevada por José á la casa de éste después de los esponsales y antes de la celebración solemne de las bodas.

Opina Santo Tomás que esta proposición es la más concorde con el texto del Evangelio de San Mateo, y de la misma opinión es San Juan Crisóstomo, quien comentando dicho Evangelio dice que después de desposada la Santísisima Virgen vino á morar en la casa de San José. Estando reputada legítima la concepción cuando tenía efecto en la casa conyugal, y sospechosa cuando no era así, la reputación de la Santísima Virgen no hubiera estado lo suficientemente protegida si, celebrados los desposorios, no hubiese morado en la casa de su esposo. Y cuando se dice que José no quería públicamente difamarla, sino abandonarla en secreto, hay que entender esto bajo el concepto de que bien que moraba después de los desposorios en casa de su esposo, la celebración solemne de las nupcias no había tenido efecto todavía, por cuyo motivo no se conocían

© Biblioteca Nacional de España

maritalmente. «El Evangelio, hace notar San Juan Crisóstomo, no dice: *Antes que fuera llevada á la casa de su esposo,* puesto que en ella estaba ya, por ser costumbre de los antiguos llevar á su casa la desposada. Por esta razón dijo el Ángel á José: *No temas recibir á María tu esposa,* esto es, no temas celebrar tu matrimonio solemne con ella. Bien que digan algunos no haber sido todavía llevada á la casa de José, por estar solamente desposada, la primera opinión se compadece mejor con el Evangelio.» Así se expresa San Juan Crisóstomo. Por esta razón San Jerónimo, combatiendo á Helvidio, refiriéndose al matrimonio carnal, dice que José, más que marido, fué el custodio de María, y en el comentario sobre el Evangelio de San Mateo, en el pasaje *Jacob engendró á José, esposo de María,* llamando nupcias á la cohabitación nupcial, dice que nos guardemos de creer que las hubo entre ellos.

De lo que precede se sigue que el matrimonio de San José con la Santísima Virgen fué perfecto en cuanto á la esencia y á los tres buenos efectos que le acompañan, á saber, la prole, la fe y el sacramento, pero no en cuanto á la unión carnal.

CAPÍTULO II.

Del don de conveniencia del matrimonio de que se trata.

Debemos hacer notar la doble conveniencia que hubo para este matrimonio, que consiste primero en que la Santísima Virgen se casara, y segundo en que por un profundo designio de Dios, se casara con José y no con otro hom-

© Biblioteca Nacional de España

bre, entre la innumerable multitud de los que existian á la sazón, que habian existido antes y que existirian después de él. La primera de estas conveniencias se halla indicada en Santo Tomás cuando dice: «Convenía que el Cristo naciera de una virgen desposada, ya mirando á Él ya á su Madre, ya á nosotros. En lo que se refiere á Él por cuatro razones: 1.ª Para no ser tachado de hijo ilegítimo por parte de los que carecieran de fe; de ahí que comentando á San Lucas diga San Anselmo: «Quien vino á este siglo debió »nacer según el siglo.» 2.ª Porque siempre se informan los hombres del origen de otro que esté constituído en elevada dignidad, y á esto satisface la Escritura dándonos su alcurnia. 3.ª Para poner al Niño á cubierto de las dificultades que el demonio hubiera acumulado en torno suyo. [Nació de una Mujer casada, dice á este propósito San Ignacio, para que el diablo ignorara su nacimiento sobrenatural]. 4.ª Para que las atenciones de su infancia corrieran á cargo de San José, por cuyo motivo fué éste llamado su padre, sin serlo más que nutricio. Convenía que el Cristo naciera de una virgen desposada mirando á su Madre, por tres razones: 1.ª Para que María no estuviera expuesta á morir apedreada por los judíos, por acusación de adulterio. 2.ª Para que la Virgen no perdiera su reputación, pues, como dice San Agustín, hubiera sido infamada si después de conocido su voto de virginidad se la hubiese visto en cinta. 3.ª Para que recibiera las solícitas atenciones de San José, como dice San Jerónimo. Convenía, en fin, que el Cristo naciera de una virgen desposada, mirando á nosotros, por cinco razones: 1.ª Porque por el testimonio de José sabemos haber nacido el Cristo de una Virgen. «El »esposo, dice San Ambrosio exponiendo el Evangelio de San »Lucas, es el mejor testimonio de su pureza, porque sólo él »podía castigar la injuria y vengar el oprobio, si Ella hubie-

© Biblioteca Nacional de España

»se sido culpable.» 2.ª Porque las palabras de la Virgen Madre, cuando afirma su virginidad, son más dignas de fe. «Así se da mayor crédito á María, dice San Ambrosio »exponiendo á San Lucas, y se desvanece toda sospecha de »impostura, pues mientras en una joven no casada hubie»ra parecido burdo recurso para ocultar su falta, en una »mujer casada no había motivo alguno para mentir, pues »el matrimonio justificaba su preñez.» Estas dos reflexiones fortalecen nuestra fe. 3.ª Para quitar toda excusa á las jóvenes casquivanas que por ligereza pierden la honra. «Era »necesario, dice San Ambrosio, impedir que las jóvenes que »pierden la reputación trataran de justificar su conducta »con una falta aparente de la Madre de Dios.» 4.ª Porque el matrimonio de la Santísima Virgen es figura de la Iglesia, que, siendo virgen, está unida con un solo esposo, que es el Cristo, como dice San Agustín (1). 5.ª Porque habiendo la Madre de Dios sido casada y virgen, la virginidad y el matrimonio quedan honrados en su persona, cosa que confunde á los herejes que han atacado una y otra cosa.» Tal es la opinión de Santo Tomás (2).

La segunda conveniencia tiene por base la nobleza de la familia, la pureza de San José, la sublimidad de sus virtudes, y su familiaridad con los ángeles. José fué de la nobilísima raza de Abraham y de David, de la cual, según la promesa divina, debía nacer el Cristo. Entre los descendientes de aquéllos no fué hallado uno parecido á José, y esto que se distinguían entre el resto de los hombres. Hé aquí la prueba. El Espíritu Santo, proponiéndonos el ejemplo de sus costumbres en la Sagrada Escritura, da elocuente testimonio en su favor. No convenía ciertamente que Abraham, que tuvo varias mujeres, fuese honrado con semejante ma-

(1) De Sanc. Virg. — (2) III Part. q. 29, art. 1.°

© Biblioteca Nacional de España

trimonio. «Abraham deseó ver el día del Cristo, lo vió y se alegró,» pero José no solamente lo vió en espíritu sino también con los ojos del cuerpo, vióle los días y los años del Cristo, y es natural creer que en ello se regocijaría mucho más que el Patriarca. Lo mismo puede decirse de todos los Padres anteriores al nacimiento de Jesucristo. Unos, como Moisés y David, derramaron sangre humana; otros fueron harto ricos como Isaac, Jacob y los reyes; ninguno de ellos, además, hizo voto de virginidad, y cuando menos en materia de pureza no pueden compararse con José. En los días del Salvador vivieron los santos Juanes Bautista y Evangelista; pero en el supuesto de que le fueran iguales en méritos, no eran ni de edad, ni de familia por las cuales pudieran aspirar á ser esposos de la Santísima Virgen, honra y dignidad de que entre sus contemporáneos sólo José fué hallado digno en los juicios de Dios, por su nobleza unida á su castidad y á lo preclaro de sus virtudes, las cuales desenvolviéndose merced á sus relaciones con los ángeles, convenían admirablemente á su matrimonio con la Santísima Virgen.

Fué también conveniente por lo que á nosotros toca que la Santísima Virgen tuviera por esposo á José para que no despreciásemos la pobreza y la humildad de la profesión, condiciones que á menudo reunen los hombres más amados de Dios y de los ángeles.

Igualmente fué para manifestarnos que las elecciones de Dios no corren parejas con las de los hombres, puesto que Dios escoge frecuentemente para las grandes cosas lo que el mundo desprecia (1), mientras los hombres eligen á gente distinguida. Lo fué además, para excitarnos á progresar interiormente delante de Dios y de los ángeles, conforme

(1) I Ad Cor. I.

© Biblioteca Nacional de España

San José lo hacía, sin preocuparnos de la opinión de los hombres; para darnos á conocer que la virginidad tanto del uno como del otro sexo, es virtud angelical y un lirio consagrado á Dios; para enseñarnos á remontarnos hasta la familiaridad con los ángeles, llevando la vida de San José, y en fin, para que obedezcamos fielmente los secretos designios de Dios, por inescrutables que sean, teniendo siempre en la memoria que los pensamientos y los secretos consejos de Dios distan mucho más de los pensamientos de los hombres, que no dista el cielo de la tierra.

CAPÍTULO III.

Del don de la edad de San José en la época de sus desposorios con la Santísima Virgen.

No están de acuerdo los devotos de San José sobre cual sería su edad en la época de sus desposorios con la Santísima Virgen. ¿Era joven? ¿Era viejo? Como sobre el particular nada dice la Sagrada Escritura, algunos tratan de probar que fué joven y para el efecto echan mano de las siguientes razones: Conviene que los esposos sean de una misma edad, y como la Santísima Virgen era joven, luego lo fué también San José.

Hay más: Fué casada la Reina de las Vírgenes para ocultar el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, y también para que éste fuese tenido por hijo de José. Éste,

© Biblioteca Nacional de España

pues, debía tener la edad á propósito para ser padre, cosa no probable en la vejez, luego se casó joven.

Además, José fué escogido de Dios en una edad en la cual pudiera servir á su Santísima Esposa y al Cristo su Hijo, viajar á lejanas tierras, trabajar de cuerpo y de ingenio para cubrir las atenciones de la familia, y como todo esto le es más fácil á un joven que á un anciano, luego era joven en la época de su matrimonio.

En fin, la interpretación del pasaje de Isaías. *Un joven habitará con una virgen* (1), es aplicada á San José con María, y esta interpretación es seguida por casi todos los comentadores de las Sagradas Letras; luego San José era joven al tomar esposa.

Á estos argumentos se opone por los partidarios de la opinión contraria la costumbre de la Iglesia de representar á San José bajo la figura de un anciano, y al parecer esta costumbre ha llegado á nosotros no interrumpida desde los Padres más antiguos.

Efectivamente; varios son los Santos Doctores que le llaman anciano, y esta es también la opinión de San Vicente Ferrer y de Alberto Magno.

Relativamente á esta cuestión, faltando un texto de la Sagrada Escritura que la resuelva, hay dos medios para ello y son sentar algunas proposiciones y luégo tratar directamente el punto que se quiere dilucidar.

Advertiremos ante todo que la juventud y la vejez son cualidades del sér con relación al tiempo; que el tiempo es una cosa relativa, y lo relativo lo es ya de una manera absoluta, ya por comparación como lo grande y lo pequeño. Un grano de trigo, dice Aristóteles, se llama grande en comparación á uno de mijo, y pequeño si se lo compara con una

(1) Isai. LXII.

© Biblioteca Nacional de España

montaña. Teniendo esto en cuenta decimos que se llama viejo á un hombre ya de una manera absoluta, lo que sucede cuando gime oprimido bajo el peso de los años, ya por comparación, y así se llama viejo al hombre de cuarenta años cuando se le compara con un niño. Esta es la manera de hablar del común de los hombres, quienes se atienen al significado de las palabras: hay que hablar como los muchos y pensar como los pocos, dice el filósofo.

En segundo lugar es propio de las Divinas Escrituras expresar varias cosas con una misma palabra, y esto en sentido literal, como dice San Agustín (1). En consecuencia cuando el sentido literal ofrece alguna duda, y la palabra tiene diferentes sentidos, hay que seguir el literal, si este es razonable. Por ejemplo: se duda si los ángeles fueron creados antes que el mundo material; opinan algunos que no, fundándose en estas palabras del Génesis: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra;* pues que la palabra *en el principio,* se toma bajo los significados siguientes; en el principio, en el Hijo, en el comienzo de los tiempos, ante todas las cosas. Puede pues, seguirse aquí el sentido literal, por ser el que razonablemente responde á la pregunta.

Debemos advertir en tercer lugar que hay tres opiniones con respecto á la edad que tendría San José cuando tomó por esposa á la Virgen Santísima. Algunos aseguran que era joven, bello y adornado de todas las virtudes. Otros afirman que era viejo y deforme: hemos expuesto los fundamentos en que apoyan su aserto. Otros adoptando la opinión media, aseveran que no era joven sino de edad viril y que tenía el vigor y la belleza propios de esta edad. Nosotros abundamos en esta opinión porque sobre ser conforme con las expresiones de la Sagrada Escritura es muy ra-

(1) Confes. 11.

© Biblioteca Nacional de España

zonable y verosímil, no despreciando las dos anteriores opiniones y salvándolas con razones que satisfacen á una y otra parte. La Escritura da á José el nombre de esposo de María para designar su edad, hacer público su matrimonio con la Santísima Virgen y ofrecer á la admiración la excelencia de sus virtudes. Esposo *(vir)* tiene la misma etimología que virilidad y virtud *(virtus)*, y esta palabra tiene la triple significación de hombre maduro, marido y hombre virtuoso. Semejante opinión es pues razonable. Es regla de derecho que cuando hay duda en la adopción de varios números, debe el juez atenerse al número medio; por ejemplo si ocurre duda sobre si lo que uno debe pagar es veinte ó treinta, el juez debe ordenar que pague la cantidad media, esto es, veinticinco. Nuestro caso es parecido, y en la duda de si José era joven ó viejo en la época de su desposorio con la Santísima Virgen, hay que aceptar la mediana edad, á saber, la viril. Debemos, pues, seguir el sentido literal de la Sagrada Escritura, que siempre le llama *vir*.

Además, José á la sazón tenía aquella edad en la que predominan en el hombre la gravedad, la prudencia y la energía; luego estaba en la edad viril.

Hay más: Era conveniente que el esposo de la bienaventurada Virgen fuera un hombre de edad viril para que no padeciera la reputación de intacta pureza de aquélla, reputación tan amada del Señor que antes de que pudiera ponerse en tela de juicio el honestísimo pudor de su Madre hubiera permitido que algunos dudaran de su divino orígen. Luego la edad de José fué la viril.

Considérese por otra parte lo que los egipcios hubieran dicho viendo á un joven hermoso llevando en su compañía á una virgen de belleza y majestad incomparables, cuando el pueblo egipcio alimentó siempre un odio singular contra los hebreos y los persiguió. Para que la Santísima Virgen

© Biblioteca Nacional de España

pudiera dedicarse en paz y con alegría y veneración á criar al niño Jesús, el Señor le dió por esposo á un hombre cuya edad se imponía al respeto de los egipcios, sin que á éstos se les ocurriera atacar la reputación de la primera. Esta edad no es otra que la viril. Si José hubiera sido joven los malos le persiguieran con palabras calumniosas; si viejo se mofaran de él. Su edad debió de ser pues la de la virilidad, por ser ésta la más conveniente. No se debe en esta materia apelar siempre á lo que hubieran podido hacer Dios ó los ángeles á cuyo cargo corría servir al Salvador, pues como dice Santo Tomás «todo lo que Dios hace lo hace en el orden de su Providencia; pero en la Providencia hay dos cosas, el pensamiento y la ejecución. En aquello que mira á los hombres la ejecución tiene efecto por la intermediación de los ángeles que ilustran y por la de los hombres que obran. En su consecuencia no debe echarse mano de los milagros sino en último extremo.»

Respóndese á lo primero: de tomar á la letra la primera proposición se seguiría que como la Santísima Virgen era una tierna doncellita San José debió ser un joven barbilampiño, pues hay que tener presente que dos esposos son considerados de una misma edad cuando según la manera de juzgar de los hombres convienen en la gallardía, la edad y el mutuo afecto. Pero aquí se trata menos de la paridad absoluta de la edad que de la proporción entre la de los dos contrayentes, como aconteció en el santísimo matrimonio que nos ocupa. Añádase además haber siempre conveniencia en cuanto ordena Dios, bien sea por una disposición general, bien por un mandamiento particular; circunstancia peculiar de este matrimonio.

Contéstase la segunda proposición concediendo la primera consecuencia y negando la segunda por las razones alegadas.

© Biblioteca Nacional de España

En cuanto á la tercera diremos que sea cual fuere la fuerza de la juventud para sobrellevar la fatiga, está más desarrollada y es más permanente en la edad viril á consecuencia del hábito y del ejercicio. Convino, pues, que José fuera de edad viril, puesto que por largos años tenía que soportar grandes trabajos y penas.

Por lo que se refiere á la cuarta proposición diremos, primero: que San José era joven más por la robustez y por la salud que por el corto número de los años. Segundo: que el sentido de la profecía de Isaías es místico, y por sí solo no puede servir de base á ningún argumento, según opinan San Agustín y Santo Tomás. Tercero: que puede aplicarse á la mutua unión entre la Virgen y José sin que sea necesario aplicarlo á la edad, puesto que en tales casos no se exige la identidad absoluta del ejemplo.

Viniendo á lo que se objeta á las demás proposiciones diremos que siendo la virilidad la edad que media entre la juventud y la vejez participa de las condiciones de ambos extremos. San José, en consecuencia ha podido ser llamado joven y viejo; viejo comparado con la Santísima Virgen, joven doncella de una fisonomía divina y delicada, mientras que San José barbicerrado era de aspecto grave; joven por su belleza, salud, fuerza y los asiduos labores á que se dedicaba. Así es como se compadecen y pueden defenderse los asertos de tantos hombres ilustres.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV.

Del don de las admirables virtudes reconocidas en San José por causa de sus desposorios con la beatísima Virgen.

Grato nos es sobremanera el tener que hablar de las admirables virtudes que hemos columbrado en los precedentes capítulos. La primera virtud de San José se manifiesta en la tutela del Cristo nacido en la tierra; del Cristo cuya generación del Eterno Padre sólo los ángeles santos conocían en el cielo. Desde que hubo nacido temporalmente de una Madre José fué su escudo y protector. ¡Cuánto no debe ser el valimiento de San José acerca de Dios, con Dios y con los ángeles habiendo merecido ser quien cubriera con un broquel impenetrable tan sublime misterio!

La segunda de las virtudes de San José consiste en haber sido el defensor del Cristo contra las celadas y las tramas del demonio. La fuerza que le hizo vencedor de todos estos ataques debió de ser grande é inexplicable para los mortales. No hay poder en la tierra que pueda ser comparado con el del diablo; no hay engaño, no hay astucia que pueda ser puesta en parangón con las que su malicia ponía en juego contra el Cristo niño. Dios omnipotente opuso al maligno espíritu las desconocidas virtudes de San José. ¡Qué fuerza, qué grandeza, qué prudencia en el Santo que protegió y defendió al Niño Hijo de Dios contra el poder, la astucia y la infinita maldad del espíritu del mal! Protegió igualmente el pudor de la Santísima Virgen con tanta fe y

© Biblioteca Nacional de España

sabiduría, que supo ofuscar la angélica inteligencia del diablo, la cual fué vencida por la majestad de la prudencia de José. Esta tutela del pudor virginal fué figurada en Abraham, quien durante su permanencia en Egipto logró con la sabiduría de sus palabras defender el pudor de Sara contra Faraón (1). La tutela ejercida en Cristo por José está también figurada en Abraham protegiendo á su sobrino Loth cuando lo libertó de las manos de cuatro reyes que le llevaban cautivo junto con su familia y todo cuanto le pertenecía (2). El ejército de dichos reyes representaba la turba maldita de los demonios, Loth al Cristo, y la familia de aquél á la humanidad. El Cristo es el primogénito de todo lo que existe, constituído tal por Dios; pero revestido de la humana carne parecía cautivo; pero Abraham figura exacta de José, le pone en libertad con su valor y esta defensa redunda en bien universal del género humano.

La tercera virtud de nuestro Santo se manifiesta en su cualidad de nutricio del Hijo de Dios. Considérese cuán grandes serían las virtudes atesoradas en él para ser digno de educar, alimentar y vestir al Hijo de Dios. La fuerza de los cuerpos celestes, cuyos motores son los ángeles, concurre al desenvolvimiento y crecimiento de todas las especies de seres vivientes. José nutrió y sostuvo al verbo de Dios por quien no solamente los cuerpos celestes, mas también los ángeles fueron creados y son conservados. José figurado por Joás, fué más grande que éste, el cual crió y educó secretamente al niño Joás y le hizo proclamar rey de Israel (3).

La cuarta excelencia de las virtudes reconocidas en San José con motivo de sus desposorios con la Santísima Virgen consiste en haber sido único testigo del nacimiento del Cris-

(1) Gen. xii. — (2) Gen. xiii. — (3) IV Reg. xi.

© Biblioteca Nacional de España

to de las entrañas virginales y por este don se nos ofrece igual á los espíritus bienaventurados, testigos y mensajeros reveladores de los misterios de Dios, por cuyos oficios se les da el nombre de ángeles. Habló el lenguaje de los cuerpos celestes de los cuales dice el Salmista: *Los cielos publican la gloria de Dios y el firmamento proclama las obras de sus manos.* Tuvo asimismo un mérito igual al de las Sagradas Letras, que son llamadas el testimonio del Señor. *El testimonio del Señor es fiel, y da la sabiduría á los pequeñuelos.* La fidelidad de José no tuvo límites, cuyo testimonio único hacía fe bastante á Dios y á los ángeles; y á este testimonio deben todas las naciones prestar asentimiento puesto que nos viene confirmado por las palabras del Señor corroboradas con portentos.

Hay más: en esta santa unión el excelso José fué el tipo del mismo Hijo de Dios, esposo eterno de la Iglesia virgen. Veneramos á Pedro y á sus sucesores por ocupar el lugar del Cristo en la tierra y debemos igual veneración á San José quien fué figura del gran Cristo é hizo sus veces. En fin, oh vosotros esposos que vivís en el mundo llevando las tribulaciones de esta vida terrena, San José es vuestro patrón contra los herejes, vuestro defensor, el protector de vuestro estado, vuestro amparo para manteneros en las vías de salvación, á causa del sacramento del matrimonio y á pesar de las flaquezas de la carne, que á la mayoría de vosotros no permiten el ejercicio de las obras espirituales. Aunque sean en tan corto número los pensamientos que expongo sobre nuestro Santo, mi alma está anegada en un mar de ellos, y trabaja incesantemente por dar á conocer las grandes cosas que apenas si puede balbucear. Para lograr cumplidamente mi propósito necesitaría de ingenio elegante, inteligencia agudísima, talento penetrante, ilustración angélica y asistencia especial de la divina gracia

© Biblioteca Nacional de España

que me iluminara, y todo lo que aquí deseo para mí lo deseo igualmente para cuantos lean este libro. Tan persuadido estoy de que para comprender los divinos dones de San José hay que hallarse favorecido de las mencionadas gracias.

CAPÍTULO V.

Del don de la clarísima virtud de justicia.

Conforme á lo que llevamos brevemente dicho, dividiremos en tres puntos lo que hay que decir sobre esta clarísima virtud de San José. En el primero explicaremos el por qué San José es llamado justo; probaremos en el segundo que su justicia excedió á la de todos los Padres del Antiguo Testamento, y en el tercero nos ocuparemos de algunas objeciones y les daremos solución.

San José es llamado justo por haber atesorado todas las virtudes en el más alto grado de perfección, conforme lo dice San Jerónimo, y por la gran fe con la cual esperaba la venida del Cristo, cuya opinión del referido Santo Padre viene confirmada por Alberto Magno en la glosa sobre *Missus est,* donde dice: «San José se distinguió por la constancia de su fidelidad en lo que toca á la justicia; por la virtud de la castidad en lo que se refiere á la temperancia; por su discreción excelente en lo que dice relación con la prudencia, y por la energía de sus acciones en cuanto se relaciona con la fortaleza. Están pues en este hombre las cuatro virtudes en grado excelentísimo.» El mismo gran Doctor explicando en el capítulo siguiente de la menciona-

© Biblioteca Nacional de España

da glosa (1) este pasaje; *cuyo nombre era José*, dice que Dios ha querido manifestar cuán justo era José á sus ojos, expresando en el Evangelio como en el libro de la vida el clarísimo fulgor que debe irradiar á los ojos de los hombres el testigo de la virginidad de la bienaventurada María, para que guarden eternamente la memoria de aquel á quien Dios ha querido fuese reputado su padre.

Puede probarse de muchas maneras haber la justicia de San José excedido á la de los Padres del Antiguo Testamento.

Noé, Abraham é Isaac se distinguieron por la justicia entre los antiguos Padres; pero no son más que la figura de José, y de consiguiente el figurado debió excederlos en dicha virtud.

Abel fué llamado justo por haber recibido agradablemente el Señor su sacrificio, y á causa de su sencillez (2). «En él, dice San Agustín, tuvo comienzo la ciudad de Dios (3).» Pero Dios no solamente manifestó lo agradables que le eran las ofrendas de José, sino que además amó especialmente su casa, sus palabras, sus acciones, sus costumbres, su rectitud, su prudencia, y sus labores manuales; quiso además morar bajo su techo y no tuvo inconveniente en ser llamado hijo suyo.

San José fué el último de los justos del Antiguo Testamento y el primero de los del Nuevo. Hay pues que confesar que su justicia excedió en excelencia á la de los Padres del Antiguo Testamento.

Hay más: Un querubín guarda por orden de Dios el paraiso terrenal donde está el árbol de la vida (4) para impedir la entrada no sólo á Adán sino también á sus hijos. San

(1) Cap. 47. — (2) Gen. IV. — (3) De Civit. Dei. 1.
(4) Gen. III.

© Biblioteca Nacional de España

José fué constituido por Dios guardián de la Santísima Virgen que está figurada por el paraíso terrenal, y de Jesucristo al cual simbolizaba el árbol de la vida. Esta es una nueva prueba de la excelencia de la justicia de San José sobre la de los antiguos Padres.

La virginidad hace á los hombres semejantes á los ángeles: José es el único que se mantuvo virgen entre los Padres del Antiguo Testamento á los cuales permitió Dios la poligamia atendiendo á la fragilidad humana y para multiplicar el pueblo escogido. ¿Cuánto más justo que ellos no es nuestro Santo?

Dios dictó sus órdenes á los antiguos Padres, y se sometió á la obediencia de José: *Les estaba sumiso* (1). José, pues, les excedió incomparablemente en la justicia.

Leyendo las alabanzas de los antiguos Santos en las Sagradas Letras, leemos también sus defectos y faltas, por ejemplo: Noé bebió vino con exceso; Abraham para recibir lisonjera acogida en la corte de Faraón finjió en Egipto que Sara era su hermana y no su esposa (2); Loth se embriagó, y muchos otros Padres, á quienes elogian los Libros Santos, faltaron; mientras que en ninguna parte del Evangelio hallamos que José cometiera falta alguna, cosa que nos ofrece su justicia mucho más ilustre.

José estuvo constantemente, según se lee, en todas las cosas advertido y dirigido por los ángeles, los antiguos Padres gozaron también de igual favor; pero si se añade á lo expuesto la inocencia, humildad, pobreza, la cualidad de padre putativo del Hijo de Dios y la de esposo de la Santísima Virgen que le distinguen, hay forzosamente que confesar que entre los que permanecen fieles á la Ley del Altísimo, no puede hallarse quien se le parezca.

(1) Luc. II. — (2) Gen. XII.

© Biblioteca Nacional de España

Varias son las razones que se alegan contra la justicia de San José, ya tomándola de una manera absoluta, ya por comparación.

Tomándola de una manera absoluta, se dice, ¿cómo justificar su decisión de abandonar en secreto á la Virgen María? Esta decisión fué cruel ó injusta; cruel, pues si la tenía por inocente ¿por qué trataba de abandonarla? injusta, porque obraba contra el bien público que debe ser siempre preferido al bien particular; y si la creyó culpable, ¿por qué no conformarse con las leyes de la justicia pública?

Además, ¿no era falta de piedad y amor abandonar una Virgen de tan insigne santidad, y por consiguiente falta de justicia?

Contestaremos estas objeciones diciendo: Si José conocedor de la inocencia de la Santísima Virgen trató de abandonarla, no fué sino porque su profunda humildad levantó en su pecho el pensamiento de que era indigno de morar en su compañía, y que Dios le daría un custodio más perfecto que no era él: esta explicación es sobremanera razonable. Si la supuso culpable, la Ley no le obligaba á publicar su falta, sino que le dejaba en libertad de hacerlo ó no. Pudo moverle, además, á tomar este partido, la idea de que su Esposa se arrepentiría, cosa que ciertamente en nada hubiera redundado en detrimento del bien público.

Responderemos á la segunda objeción diciendo que San José iba á separarse de la Virgen en el hecho, mas no despidiendo de su corazón el amor que le profesaba, el cual se mantuvo íntegro en él sin que fuera bastante á menoscabarlo el rigor del combate que tuvo que sostener en sus adentros.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI.

Del don por el cual San José asistió á la Visitación de la beatísima Virgen á Santa Isabel.

Bien que no diga el Evangelio si alguien acompañó á María en la visita que hizo á Isabel, no se le ocurrirá á nadie de sano entendimiento y mucho menos á un buen católico suponer que una mujer tan joven como la Santísima Virgen se pusiera sola en camino. Se supone que Nazareth distaba unas cuarenta millas del lugar donde Zacarías habitaba. La razón, el deber de José y su autoridad nos obligan á creer que asistió á la visita de María Santísima á Isabel. La recta razón ciertamente no admite que José dejara, aun cuando no sea más que en una ocasión, á la esposa con la cual estaba unido divinamente, ni que permitiera que hiciese tan largo viaje sin acompañarla.

José tenía además una razón personal que le ponía en el caso de visitar á Zacarías é Isabel, pues eran deudos de su Esposa, con los cuales debía entablar relaciones de parentesco; siendo por otra parte nobles y de general estimación entre los judíos, tanto por las virtudes que les adornaban como por el carácter sacerdotal de Zacarías.

Es igualmente muy razonable suponer que José tenía noticia del estado de Isabel la anciana, cuya preñez era cosa singular y casi milagrosa; por cuyo motivo quiso verla para participar de su júbilo y felicitarla.

© Biblioteca Nacional de España

Puede también con fundamento opinarse que Zacarías, mudo á causa de su incredulidad, saldría raras veces, y acaso nunca de su casa hasta el nacimiento de su hijo el Precursor. Según todas las probabilidades, esto vino en conocimiento de José, y fué nuevo motivo de que acompañara á la Santísima Virgen el deseo de consolar al anciano y hacerle participar al mismo tiempo de la alegría de su reciente matrimonio.

Nos obligan asimismo á creerlo el deber y el matrimonio de nuestro Santo. Su deber por haberle Dios constituído custodio y celoso protector de la bienaventurada Virgen, á cuyo deber no podía José faltar desamparándola, singularmente después de la primera aparición del ángel y movido además por inspiración del Espíritu Santo. Acompañó, pues, como competía á un tutor reciente, á la joven esposa que acababa de serle confiada.

BIBLIOTECA NACIONAL

Lo que acabamos de sentar se comprueba con la autoridad de San Buenaventura en lo que dice en el libro de la *Vida de Cristo:* «¡Oh qué casa, qué cámara, qué lecho aquellos en que moran y descansan tales madres, las cuales llevan en sus entrañas á tales hijos, María é Isabel, Jesús y Juan! Allí están también ilustres ancianos, José y Zacarías. ¡Cuál no debió de ser la dicha de San José, acompañando á su recién desposada por el camino, ó habitando con ella la casa de Isabel!.»

Cuando José oyó á Isabel exclamar: *¿De donde á mí la inefable dicha de verme visitada por la Madre de mi Señor?* ¿no nos será lícito creer que experimentó la más pura alegría? Del asombro que le producen las palabras de su prima pasa á la admiración que se apodera de su espíritu arrebatado al conocimiento de los dogmas más sublimes por la voz de la Virgen, su esposa, que canta el *Magnificat. Engrandece, alma mía, al Señor.* En el exceso de su

© Biblioteca Nacional de España

pasmo, se consuela con Zacarías, mudo todavía, de no poder penetrar toda la extensión de aquellos misterios.

Ahora bien; cuando el Evangelio nos dice haberse María encaminado á las montañas de Judea, hay que entender haberlo hecho acompañada de San José.

CAPÍTULO VII.

Del don de los pensamientos sapientísimos y altísimos.

Al hablarnos San Mateo de la sabiduría de los pensamientos de José dice: *Estando desposada con José, María Madre de Jesús, sin que antes hubiesen estado juntos se halló que había concebido por obra del Espíritu Santo, mas José su esposo, siendo, como era, justo, y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente. Estando él en este pensamiento...* etc. Varios doctores ilustres por su preclaro ingenio, sabiduría y ciencia no han comprendido de igual manera, ni lo bastante el profundo pensamiento de José, y esto resulta con toda evidencia de sus varias opiniones. Sobre lo cual hay que advertir que á los tres meses de su visita á Isabel el estado de María no fué cosa oculta. Luégo de haberlo advertido José, entró en profundas reflexiones, hijas naturales de su asombro. San Ambrosio dice que sospechó de su fidelidad, y no falta quien piense haber Santo Tomás favorecido la opinión (1). No participamos nosotros de

(1) Part. III. q. 29, art. 2.°

© Biblioteca Nacional de España

esta opinión, y á ello nos induce el tenor del texto citado. Orígenes y San Remigio dicen que los pensamientos de José fueron de otra naturaleza y tomaron otro vuelo. Sabedor de que el Cristo tenía que nacer de una virgen, y conociendo á María, de la raza de David, vaso de santidad y tesoro de inocencia, creyó que sería la virgen vaticinada. En consecuencia se reputó indigno de vivir en su compañía, y un exceso de humildad le obligó á excogitar los medios de separarse de ella. Otros, entre los cuales se cuenta á San Jerónimo, dicen que el pensamiento de José fué ambiguo. Este testimonio tiene mucho peso y gravedad; José, conociendo la castidad de María, está admirado de lo que sucede, y oculta bajo el velo del silencio un misterio que no comprende. Santo Tomás sigue esta opinión (1). Movido de la humildad resuelve dejar de vivir con Virgen de tan insigne santidad, y su piedad no le permite repudiarla, puesto que así la infamaría. Pero apareciéndosele el ángel le manda desechar todo temor, nacido de una grandísima humildad, y le reveló cuán santa y superior á toda sospecha es aquella concepción.

Tales son las sutiles exposiciones de los hombres más ilustres, exposiciones que se adaptan á todos los espíritus. Los hombres carnales estarán por la primera, porque como dice Aristóteles, se piensa siempre de los demás lo que uno haría. Los hombres castos é inocentes, que guardan sencillamente su virginidad delante de Dios, adoptan fácilmente la opinión segunda, puesto que saben acomodar su espíritu á los pensamientos de Dios, hallándose bien con cuanto hay de más humilde, sin elevarse á cuanto hay de más alto. Los hombres prudentes y justos siguen la tercera opinión, pues colocan siempre la virtud y la equi-

(1) IV, di. 30, q. 2, art. 2, ad ultimum.

© Biblioteca Nacional de España

dad igualmente apartadas de los extremos, ya que las razones más probables suelen estar en el término medio.

Empero en la profunda reflexión de San José hay que considerar el primer movimiento, que jamás se reputa criminal puesto que no es voluntario y tiene siempre origen carnal y por lo tanto imperfecto. De esta manera debe estimarse el desarrollo del pensamiento. Pero desde el momento en que la razón despierta reune sus fuerzas, examina los argumentos de una y otra parte, los analiza y los medita con particular atención. El ánimo queda indeciso en virtud de razonamientos opuestos, cada uno de los cuales lo solicita en distinto sentido, y en esto no hay pecado sino mérito, á menos que alguna circunstancia particular no se lo quite, puesto que del consejo brota la sabiduria. Al fin el ánimo libremente se inclina en determinado sentido, obrando bajo la influencia de la voluntad. Sólo entonces tiene lugar el juicio, el que ó está conforme ó es opuesto á la moral. Habiendo la reflexión de José sido madura y profunda, no puede suponerse que haya estado falto de luces tanto en el primer movimiento como en el examen y en el juicio. En su consecuencia podemos decir que la primera de las citadas opiniones es la del primer movimiento de José; que luégo se le presentó la última, y que al emitir juicio adoptó el término medio. Conforme á este juicio pueden interpretarse las siguientes palabras de San Juan Crisóstomo: «¡Oh vientre inestimable de la Virgen María! ¡Más fé tenía José en su virginidad y más posible le parecía que una virgen concibiera, que no que María pudiese pecar!»

Estas tan diversas opiniones han sostenido los hombres más santos y eruditos, cual si á todas hubiese querido el Espíritu Santo dar autoridad. No creemos que ninguno de estos santos se haya equivocado, sino que cada uno se ha ate-

© Biblioteca Nacional de España

nido á la opinión que ha estimado de mayor utilidad para los miembros vivos y verdaderos de la Iglesia, opinión que parecerá la más razonable, con la inspiración del Espíritu Santo que rige la Iglesia por medio de las autoridades que ha puesto en ella. Lejos de nosotros creer que el doctor que explica el primer movimiento del pensamiento de San José sea menos espiritual que los demás, puesto que la interpretación de las palabras debe darse teniendo en cuenta la utilidad, no de los que hablan, sino de los que escuchan. À este propósito vemos á veces interpretada la Sagrada Escritura más hábilmente que por otros, por hombres bastante imperfectos, y esto nos lo confirma el Profeta cuando dice: *Sus enemigos lamerán la tierra.* Y en otra parte: *¿Por qué refieres mis juicios y tus labios osan interpretar mi voluntad, si detestas mi autoridad y rechazas mis palabras?* Del ya referido pensamiento dice la mencionada interpretación que el sabio nada quiere hacer temerariamente. San Juan Crisóstomo hace notar la mansedumbre de José, quien á nadie hace partícipe de sus sospechas, ni siquiera á la que es objeto de las mismas, sino que poniéndolas una barrera, no las permite salir fuera de su persona.

CAPÍTULO VIII.

Del don de la primera aparición angélica.

Los espíritus celestes, por disposición de Dios, nos dispensan sus dones de cuatro maneras, á saber: iluminándonos, infundiéndonos sus virtudes, moviéndonos y apareciéndosenos. Sus apariciones son de tres clases, esto es,

© Biblioteca Nacional de España

revistiéndose de un cuerpo, tomando una forma que se nos hace sensible, y apareciéndosenos en sueños. Las esencias intelectuales celestes, dice sobre la iluminación San Dionisio en el capítulo cuarto de la *Jerarquía celestial*, emiten por sí mismas una luz divina que derraman en nosotros, porque están sobre nosotros. Hablando San Gregorio de su influencia dice: «Nada se hace en este mundo invisible que no sea por el ministerio de una criatura invisible (1).» Esta es la razón de llamar á los ángeles virtudes de Dios. *Bendecid al Señor todas sus virtudes*, dice el Salmista, *vosotras sois sus ministros que ejecutáis lo que dispone.* San Agustín dice lo siguiente de su facultad de imprimir movimiento: «Así como los cuerpos groseros é inferiores están regidos por otros más sutiles y poderosos, de la misma manera los cuerpos están regidos por un espíritu de vida racional (2).» Las apariciones de ángeles revestidos de un cuerpo son frecuentes en los Libros Santos y muy conocidas. En el capítulo cuarto del libro cuarto *de los Reyes* tenemos un ejemplo de las formas impresas en los sentidos humanos: Dios hizo que se oyera en el campamento de los sirios estruendo de carros, de caballos y de numeroso ejército. La aparición de que fué objeto San José en sueños es de aquellas de las cuales dan fe los Sagrados Libros.

Tres circunstancias concurren en esta aparición para ofrecérnosla preclara, admirable é inenarrable, á saber, el modo, el tiempo y el efecto. Para comprender mejor este modo hay que saber que el ángel iluminando produce dos efectos en el hombre iluminado; el primero es la recepción de la verdad, y el segundo el juicio de la verdad conocida por la iluminación. Bien que el sueño sea un obstáculo para formular juicio, con todo dispone á la recepción de la

(1) Dialog. IV. — (2) De Trinit. III.

© Biblioteca Nacional de España

verdad. Después de una impresión más eficaz de la verdad, apenas los sentidos están en libertad, se forma un juicio más perfecto. Hay además que tener en cuenta que Dios y los ángeles obran con nosotros y en nosotros según nuestro modo particular de ser. Y como José estaba indeciso, trabajado por aquel pensamiento, y, como dice la glosa interlineal, la duda de su espíritu le oprimía bajo su peso, haciéndole, por decirlo así, infiel durante el sueño, se le apareció el ángel del Señor. El modo de esta aparición fué preclaro por razón del ángel de la aparición y de José que era objeto de ella. Fué admirable por hallarse conforme con el estado de San José, pues la duda le atormentaba en sueños. Fué asimismo venerable porque reveló un secreto digno de profunda veneración, al mismo tiempo que disipaba toda duda. No hay santa visión habida en sueños más célebre que la que nos ocupa; no deja en el ánimo de José la menor sombra ni resquicio de duda, sino que conoce á fondo el secreto objeto de la aparición, lo consiente, y sin perder momento obedece las órdenes del ángel. Por este motivo no leemos que José fuera castigado como lo fué Zacarías, á quien dijo el ángel: *Puesto que no has dado fe á mis palabras desde ahora enmudecerás, y no podrás pronunciar una palabra hasta el día del nacimiento de tu hijo.* Por el contrario, la fe de José le hizo digno de recibir en sueños otras varias apariciones, y el que recibió el don divino con veneración en sus pensamientos y en sus actos mereció ser distintas veces objeto del mismo.

Consideremos ahora el significado del tiempo en que la aparición tuvo efecto. José, bien que oprimido y absorto por el pensamiento, no lo estaba por la pasión, sino que su ánimo estaba en calma, siempre atento á no hacer cosa que se opusiera á la voluntad de Dios. Su calma estaba, de consiguiente, en relación con el tiempo en que la visión

© Biblioteca Nacional de España

tuvo efecto, esto es, con la noche, la cual está destinada al descanso.

En fin, el efecto de esta aparición es triple. El primero mira al ángel, el segundo á San José, el tercero á la bienaventurada Virgen. Esta aparición dignificó la naturaleza angélica, aumentó en San José la virtud de la justicia y colmó de alegría á la Santísima Virgen. Igualmente nos enseña á pedir sus favores á los ángeles, á venerarlos y á ensalzarlos; á admirar, honrar é imitar los ejemplos de San José, y á tener siempre más alta idea de la santidad y humildad de la bienaventurada Virgen, la cual, conociendo los pensamientos de su esposo, se callaba y permanecía oculta cuando para justificarse no tenía más que pronunciar una palabra revelando las maravillas realizadas en su persona. El primer efecto de la aparición está en el mensaje del ángel, el segundo en la luz recibida por San José, y el tercero en la resolución que toma de seguir guardando á su Santísima Esposa.

Nada dice el Evangelio acerca del ángel diputado para el efecto, pero es razonable la creencia de que fuese San Gabriel, el cual habiendo anunciado la Concepción del Salvador, debía hacer las veces de protector al desenvolvimiento de este misterio. Gabriel fué quien anunció el nacimiento de San Juan Bautista, y parece ser el ejecutor de todo el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Esta misma razón nos induce á creer haber sido el mismo ángel Gabriel quien mandó á José retirarse á Egipto y también el que le advirtió que podía regresar al país de Israel.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX.

Del don del privilegiado amor con que San José fué amado de la Santísima Virgen sobre todos los mortales.

El fundamento del amor, que consiste en la semejanza, nos manifiesta haber la Santísima Virgen amado á San José con un amor sincero y perpetuo sobre los demás mortales, porque dos seres semejantes entre sí se aman. Según esta ley, todo sér viviente ama á su semejante. Hubo, pues, entre los virginales Esposos muchas semejanzas, y de tal naturaleza como no se han hallado ni se hallarán jamás reunidas en otros mortales, según la doctrina católica.

1.ª Semejanza corporal.
2.ª Semejanza de noble alcurnia.
3.ª Semejanza de la virginidad corporal.
4.ª Semejanza del matrimonio divino.
5.ª Semejanza de mutuo amor.
6.ª Semejanza de mutuos obsequios.
7.ª Semejanza de elección de lo alto.
8.ª Semejanza de los tipos que les figuraron.
9.ª Semejanza de amor y de los cuidados en obsequio del Cristo.

He ahí el lazo tres veces triple que obligó al alma celestial de la Santísima Virgen á amar en grado sumo á su esposo San José. En este número misterioso y sagrado resplandece aquel modo de caridad por el cual los nueve dichosos coros de los ángeles se enardecen, aman y adoran á

© Biblioteca Nacional de España

Dios. Contiene tanto amor que sobrepuja á los ocho grados del amor de la Ley de Dios, que el profeta David canta y desarrolla en los Salmos acompañado de su lira excelsa y de su poesía sublime.

Llamamos semejanza de la carne aquella que la Ley divina llama identidad. *Por esta razon el hombre dejará á su padre y á su madre para unirse con su esposa, y serán dos en una misma carne* (1). La carne de los demás mortales, casi corrompida, impura y manchada con pecados diarios, desconoce las alegrías espirituales. No fué ciertamente tal la carne de José, sino que se pareció á la de su Esposa, preservándose de la corrupción con su virginidad perpetua, manteniéndose pura por el menosprecio en que tenía las abominaciones de la carne, y conservándose exenta del pecado que producen incesantemente las relaciones maritales. Por lo que toca á la contemplación de las cosas celestiales, imitó con suma alegría el ejemplo de su Esposa.

La semejanza de la nobleza aumentaba el amor de la Virgen hacia su esposo. Ambos descendían de Abraham y de David por la misma genealogía. La naturaleza, la historia y los tristes ejemplos de que somos testigos en nuestros días nos manifiestan cuál es la fuerza del amor entre las ramas de un mismo tronco genealógico (2). Atraídos los unos hacia los otros por esta afinidad se prestan mutuos servicios y llegan hasta el extremo de tomar las armas para defenderse entre sí. Leed además lo que escribe el apóstol San Pablo: *El que no cuida de los suyos, y particularmente de los que más de cerca le tocan, es peor que los infieles.* Hasta entre los malvados se nota este amor de familia, con todo y no estar santificado por las virtudes, amor

(1) Gen. II. — (2) Téngase en cuenta que la obra fué escrita en 1533. *(N. del T.)*.

© Biblioteca Nacional de España

que entre los buenos es más vivo, perfecto, y sobre todo santo. ¿Cuál y cuánto no debió de ser, pues, el amor de la Santísima Virgen á San José que tenía la misma nobleza y origen que ella? Si el Poeta dice: «El amor nace de la identidad de las costumbres;» si el Apóstol dice: «La caridad es eterna,» la Santísima Virgen debió de amar sobre todo á San José, sabiendo, no sólo que era virgen, sino que además se había obligado á ello con voto perpetuo. José gozaba más delicias en esta virginidad que los infortunados mortales en los placeres de la carne. Pero cuando María recordaba haber aceptado á José por esposo por orden de Dios se inflamaba más y más hacia él en las llamas de una caridad celestial. La Virgen Santísima no desconocía ciertamente el dogma que la misma naturaleza enseña á los espíritus más groseros: «No separe el hombre á los que Dios ha unido.» En consecuencia decía para sí: ¡Cuán culpable sería delante de Dios y de todos los ciudadanos de la celestial Jerusalén si no amara de lo más íntimo de mi corazón al esposo que me ha sido dado por divina elección! Rebeca amó mucho á su marido, al cual no conocía, y con quien fué á reunirse, recorriendo para el efecto vastos países, guiada por un criado; ¿cómo podría yo dejar de amar con un amor santísimo, ardentísimo y justísimo al esposo que Dios me ha dado? Veo además qué amor me profesa, ¡y no le amaría con vehemencia! Conocido es, por demás, el proverbio: si quieres ser amado, ama.

La Santísima Virgen tenía muy levantado el corazón y muy bella el alma, y es propio de las personas que reunen estas condiciones manifestar á cuantos les hacen algún obsequio ó prestan algún servicio, con palabras y hechos, el afecto á que les obligan el corazón. José no dejaba de servir y obsequiar á María día y noche, y este era nuevo motivo de que sintiera hacia él un amor que le manifestaba

© Biblioteca Nacional de España

de todos modos. ¡Oh, cuán razonable es pensar que la Santísima Virgen servía á su esposo, le obedecía prontamente y le dirigía todos los días dulcísimas y amantísimas palabras! Yo creo, ¡oh Virgen Inmaculada! y estoy cierto de que esto no es una vana creencia, que habéis tenido siempre un amor, el más casto hacia vuestro esposo tan casto y obligado. Creo que le habéis amado más que á todos los patriarcas, profetas, generales, reyes y demás santos. ¡Oh don de venturosa caridad en la cual se dieron la mano la paz y la concordia, el amor y la unión, la bondad y la mansedumbre! ¡Nunca hubo entre vosotros querellas, nunca la menor sombra de discordia, nunca el más leve disgusto, y os prestabais con mutua caridad todas las atenciones y cuidados que Dios manda! ¡Con cuánto celo la Santísima Virgen preparaba las viandas para su esposo ausente, ponía la mesa y limpiaba la casa! ¡con cuánta alegría lo recibía cuando estaba de vuelta! Todo se hacía en aquella casa por amor á Jesús, al cual tenían delante, y sabían haberlos elegido con su providencia eterna para el cumplimiento de estos deberes. La elección divina, manantial y origen de todo amor, desarrolla un amor ardiente. La Santísima Virgen y San José sabían haber sido elegidos de Dios para amarse con un amor divino que calentara los corazones fríos del género humano. Si creemos que Adán amó sobremanera á su mujer, formada de una de sus costillas, puesto que dijo: *Por esto el hombre dejará á su padre y á su madre y se unirá con su esposa, siendo dos en una misma carne*, ¡cuánto más es de creer amaría la Santísima Virgen á José, cuando el uno y el otro estaban figurados por este sacramento! En efecto, la unión de nuestros primeros padres y los desposorios de la bienaventurada Virgen con San José fueron las primicias de la unión indisoluble de nuestra Madre la Iglesia, de que habla el

© Biblioteca Nacional de España

Apóstol cuando dice: *Este es el gran sacramento de Cristo con la Iglesia.* ¿Qué puede haber, decidme, que esté unido por un lazo de mayor amor que la sociedad de José y María, amor que Jesús, amor eterno, hizo nacer, conservó, desarrolló é hizo perfecto con su presencia? Los Patriarcas, que tan grande amor tuvieron á sus esposas, nos lo anunciaron. Este amor divino, esta caridad suprema fueron los únicos que trajeron al verdadero Dios al mundo, lo alimentaron y lo vistieron. Por este amor el mismo Dios verdadero quiso aparecer como fruto de tan santa unión. El Dios-hombre nació de una Virgen y Madre, y quiso ser tenido por hijo del esposo de esta Virgen siempre intacta. Á causa de esto dice San Jerónimo en el libro contra Vigilancio, hablando del amor particular de la Santísima Virgen hacia San José: «Dices que María no fué siempre Virgen; y yo sostengo que José lo fué á causa de María, para que este matrimonio virginal produjera un Hombre virgen. Si este santo hombre no conoció el pecado de fornicación, y si no está escrito que tuviera otra esposa, antes fué guardián que esposo de María; vivió con ella sin dejar de ser virgen, y mereció ser llamado padre del Señor.»

CAPÍTULO X.

Del don por el cual San José fué el primero en adorar, después de la bienaventurada Virgen, al Cristo recién nacido.

Antes que describamos á San José adorando al Salvador recién nacido, hay que advertir que el establo en el cual el Hijo de Dios nació de las entrañas de una virgen, era á la

© Biblioteca Nacional de España

sazón un lugar vil y separado del resto de las habitaciones, y que no lejos de allí fué circuncidado el Salvador. Debemos, pues, hacer notar que hubo allí tres sitios dignos de particular mención. El primero fué aquel en donde la Virgen dió sin dolor á luz al Cristo; aquel fué el sitio «donde nuestro suelo dió su fruto;» aquel fué el sitio «en donde la verdad amaneció de la tierra;» aquel fué el sitio «donde la justicia miró desde lo alto de los cielos;» aquel fué el sitio donde «el esposo salió del tálamo;» aquel es el sitio donde «la Virgen Madre ha adorado;» aquel fué el sitio donde José adoró igualmente al Cristo después de la Santísima Virgen; aquel fué el sitio donde la Virgen envolvió en mantillas al mismo Dios. El segundo lugar fué el pesebre donde estuvo reclinado el Señor y está poco distante del primero. Allí el Hijo de Dios quiso ser reclinado sobre un puñado de heno; allí tomó por primera vez el pecho de la Santísima Virgen; allí «el buey conoció á su dueño y el asno el pesebre de su Señor;» allí «fueron consideradas las obras de Dios» entre dos irracionales; allí «habiéndole hallado los pastores le adoraron.» El tercer lugar fué aquel en el cual el Cristo fué circuncidado. Allí «derramó sus lágrimas y su sangre;» allí «recibió el nombre de Jesús» de María y de José. Hay que tener en cuenta que según afirman los que lo han visto, este último lugar está más elevado que los precedentes. Varias son las razones que militan en favor de los que afirman haber sido José quien adoró el primero al Cristo, inmediatamente después de la Santísima Virgen. En primer lugar porque nuestro Santo esperaba con vivísimo deseo el nacimiento del Salvador; en segundo lugar porque se apartaba muy poco de la joven Virgen en cinta; y en tercer lugar por creerse verosímilmente que la Santísima Virgen conociendo anticipadamente el momento del nacimiento de su Hijo notificólo á

© Biblioteca Nacional de España

José, para que el verdadero Dios, que debiera haber sido recibido con magnífico aparato y con transportes de alegría y gratitud por el género humano en masa, fuese al menos en aquella humilde vivienda, donde iba á nacer en una desnudez completa, acogido con las fervientes adoraciones de su Madre y de aquel á quien debía reputársele padre. No nos cabe, pues, la menor duda sobre que José, luégo de ver al Niño Dios en este mundo y adorado por la bienaventurada Virgen, se prosternó profundamente en tierra, á lo cual fué obligado por un vehemente deseo interior, por el ejemplo exterior de la Santísima Virgen; por el preclaro aspecto del divino Infante, y por la luz celestial que iluminaba aquella noche.

Esta adoración fué, no cabe dudarlo, más agradable á Dios que todo sacrificio, que todo aparato mundano y que toda clase de regocijo, y le plugo mucho más y le pareció superior á todas las ofrendas. ¿No debemos creer que los ángeles cantaban en más alto tono los divinos cánticos que José oía con sus corporales oídos, mientras estaba arrobado en éxtasis por una alegría imponderable? Ahora bien; si la muchedumbre de los ángeles cantaba con voz más sonora y dulce para los pobres pastores, «Gloria á Dios en las alturas del cielo y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad;» ¿por qué no hemos de creer que entonarían este cántico, y otros más bellos todavía durante la adoración de la Santísima Virgen y de San José? No importa que el Evangelio no lo diga, puesto que se calla en otras cosas mucho mayores, y sin embargo no las ponemos en duda. Es muy cierto que María y José parecen á los incrédulos testigos poco idóneos acerca de los actos del Salvador, y particularmente cuando se refieren á la dignidad de los dos celestiales Esposos; pero los hombres de fe, conocedores de las consolaciones de los ángeles, los cuales aborreciendo la

© Biblioteca Nacional de España

publicidad no las derraman sino en secreto, meditan, confiesan y creen maravillas mucho más estupendas. Por lo demás dejamos al arbitrio del católico é inteligente lector el cuidado de imaginarse cuántas y cuán grandes acciones de gracias tributaría mentalmente San José á Nuestro Señor. Mejor es cubrir tales misterios con el velo del silencio que descubrirlos á la mirada débil, grosera y limitada de los ineptos mortales.

CAPÍTULO XI.

Del don de la imposición del Santísimo Nombre de Jesús.

Insigne honra fué para San José la orden que le transmitió el ángel con estas palabras: *Le darás el nombre de Jesús* (1). Con la imposición de este nombre santísimo el secreto celestial fué públicamente explicado al mundo por José; hizo las veces del Padre Eterno; hizo público el secreto del Espíritu Santo, oculto hasta entonces en los misterios de los Salmos y de las Profecías; fué el colega de su esposa la bienaventurada Reina del mundo, y alcanzó la sublime dignidad de los ángeles. Es costumbre entre los hombres que los padres tengan autoridad para dar el nombre á sus hijos. Jesús era el Hijo de Dios y en esta circunstancia José tuvo la gloria de hacer las veces del Padre celestial. Cuando son bautizados los hijos de los reyes, ocasión en la cual los cristianos imponen el nombre á sus hi-

(1) Matt. I.

© Biblioteca Nacional de España

jos, decidme, ¿á quien confía el rey el cargo de ponerle nombre á su hijo sino á otro rey ó embajador, ó á determinado grande? Ahora bien; para una circunstancia parecida no hubo á los ojos de Dios persona más grande, más agradable y más eminente que José. Estuvo figurado por Enós que comenzó á invocar el nombre del Señor (1). Hablando el Espíritu Santo por boca de los Profetas expresó bajo varios enigmáticos vocablos el santo Nombre de Jesús. En efecto, se lee en Isaías: *Su nombre será Emmanuel... Su nombre será el admirable, el Dios fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz.* Y le llama también. *Apresúrate á recoger los despojos.* Mesías, que significa Cristo, es nombre muy conocido de los hebreos. Se lee también en los Salmos: *Su nombre es como óleo derramado.* San Lucas dice: *Será llamado el Hijo del Altísimo* (2). José reveló todos estos misterios al mundo ciego, con la sola imposición del Nombre de Jesús. ¿Estás ó no dispuesto á conceder la debida importancia á estas palabras del Espíritu Santo? Veneramos á los Profetas, elogiamos á Salomón y admirados gozamos la dulzura de los libros por él escritos; pero sin vacilación no sólo ponemos á José á su nivel, sino que le excede y supera tanto como la luz supera al crepúsculo. Habiendo en primer lugar el ángel dado á conocer á María el Nombre de Jesús, y en segundo lugar á José, cuando éste al octavo día lo dió al Niño hizo las veces del ángel.

Réstanos ahora indagar si San José, colega de la Santísima Virgen en esta circunstancia, tuvo igual autoridad que ella en la imposición del Nombre de Jesús al Niño. No debe dudarse de que así fué conveniente. La autoridad paterna, la orden del ángel, y el pudor inmaculado de la Santísima

(1) Gen. VII. — (2) Luc. II.

© Biblioteca Nacional de España

Virgen así lo exigían. Era conveniente á los ojos de los hombres, pero delante de Dios y de los ángeles el derecho correspondía á la Virgen únicamente, puesto que sólo ella, entre los hombres, tenía un derecho real y verdadero sobre el Cristo. Ahora bien; Dios, el ángel, María y José dieron nombre á Jesús; Dios por su voluntad, el ángel transmitiéndola, María dando la orden y José ejecutándola. Nadie se admire del mérito que atribuímos á José por haber impuesto el nombre á Jesús. Esta manera de argumentar está tomada de la glosa sobre San Lucas (1), donde se lee: «No convenía que Nombre tan glorioso fuese pronunciado en primer lugar por un hombre, para que éste no pareciera su inventor, sino que debió serlo por una naturaleza más excelente. Por la misma razón debía por primera vez ser impuesto por un hombre más digno que los otros.» Aquellos que en su mente no reconocen la insigne dignidad de este Santo Padre, tienen poca perspicacia, no están muy ilustrados de las luces de la fe, y padecen de una debilidad vecina de la enfermedad en materias espirituales.

CAPÍTULO XII.

Del don de las múltiples apariciones angélicas.

San Mateo habla del modo siguiente de las varias apariciones de que San José fué objeto: *Un ángel del Señor apareciéndose en sueños á José le dijo: Levántate, toma al Niño y á su Madre, huye á Egipto y permanece allí hasta*

(1) Cap. II.

© Biblioteca Nacional de España

que te lo avise, porque Herodes va á buscar el Niño para quitarle la vida. Y levantándose tomó al Niño y á su Madre y huyó de noche á Egipto, donde estuvo hasta haber muerto Herodes; para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el Profeta: «Llamé de Egipto á mi Hijo.» Viendo entonces Herodes que había sido burlado de los Magos montó en grande ira. Y enviando soldados quitó la vida á todos los niños menores de dos años que había en Belén y su comarca, según el tiempo que había averiguado de los Magos. Entonces se cumplió lo dicho por el Profeta Jeremías: «Hasta en Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: Es Raquel que llora sus hijos sin querer consolarse »porque ya no existen.» Y lo que sigue. En estos profundos misterios, para conocer los dones preciosos concedidos á José é instruirnos en los dogmas divinos, hablaremos lo más brevemente posible de las dos cosas que tocan á la profundidad del asunto. La primera se refiere al conocimiento de Dios, á cuyo conocimiento llega el alma humana de una manera más eficaz, más sublime y más cumplida cuando está iluminada por la visión de los ángeles. La segunda será la enumeración de los resultados de estas apariciones frecuentes.

Explicaremos más fácilmente el conocimiento de Dios concedido á los mortales por medio de la demostración de las siguientes proposiciones:

Primera proposición. La razón humana tiene por naturaleza la facultad de conocer las cosas sensibles é inteligibles, y á Dios criador de todo; por naturaleza, pues, desea poseer este conocimiento.

La base de esta verdad está en lo que el hombre tiene de común con toda criatura de Dios. Posee la existencia como los seres puramente materiales, la sensibilidad como los animales y la inteligencia como los ángeles. Estas son aque-

© Biblioteca Nacional de España

llas simientes de virtudes que los filósofos dicen habernos sido dadas por la naturaleza, y por ellas podemos dedicarnos al estudio de las artes y ciencias y poseerlas con ayuda de la naturaleza. Cicerón á este propósito dice: «Á menudo hemos dicho y debemos repetirlo con la misma frecuencia que por naturaleza sentimos vivo deseo y avidez de conocer, y esto se debe á que las buenas simientes de virtudes son innatas en nosotros, de manera que si nos fuese permitido aspirar á la beatitud con la gracia divina, la naturaleza nos llevaría á ella; pero desgraciadamente apagamos estos débiles fuegos encendidos en nosotros por la naturaleza.» Si por un favor de Dios, cuyos secretos no podemos penetrar, hubiese estado Cicerón ilustrado con la luz de la gracia de Cristo, ¡qué magníficos discursos no hubiera pronunciado! ¡Ojalá que en recompensa de las alabanzas que ha tributado á la virtud, el alma de Cicerón mereciera de la clemencia y de la justicia de Dios soberano de todas las cosas ser puesta á la sombra del trono de la misericordia divina para que pudiera participar un día del sacrificio de Cristo, por determinado medio que nos es desconocido, y que obtuviera el perdón de sus errores paganos!

Segunda proposición. La razón humana, en virtud de su fuerza natural, puede ser excitada por la gracia divina, y fortificada por la fe, la esperanza y la caridad, llegar á conocer de Dios y de las criaturas cosas cuyo conocimiento no podría alcanzar por las solas fuerzas de la naturaleza.

En efecto; la razón humana apoyada en su sola fuerza y hasta fortificada con el estudio de las artes y ciencias, no podrá jamás llegar á conocer verdades como las siguientes: Dios es uno en tres Personas; el Verbo se hizo carne. Pero purificada por el fuego de la fe é iluminada por el Espíritu Santo, dirá del fondo de su corazón con el angélico Tomás de Aquino: «No puede creerse cosa más verdadera.» La

© Biblioteca Nacional de España

debilidad de la naturaleza humana es comparada á Zaqueo, el cual según el Evangelio, siendo de poca talla se encaramó á un árbol para ver á Jesús. La fuerza de la naturaleza y de la gracia están igualmente figuradas por los dos jóvenes, de los cuales el de menor edad pidió á su padre la legítima que le correspondía en la herencia paterna. La glosa sobre San Lucas dice sobre el particular: «Dios concede á los fieles la porción de gracia que desean, y no da á los infieles más que el beneficio del natural ingenio.» Este es aquel don celestial de gracia que en poquísimas palabras nos eleva á las más sublimes alturas de la inmensidad. El apóstol San Juan dice: *Permanezca en vosotros la unción que habéis recibido, y no habrá necesidad de que nadie os enseñe.*

Tercera proposición. La verdad divina se da á conocer de siete maneras á la humana inteligencia, á saber: ilumina, combate, llama, castiga, perfecciona, alegra y nos eleva sobre el común de los hombres, ó nos deiforma.

No es difícil dar una demostración de estos diferentes modos. De esta manera habla San Agustín de la verdad que ilumina: «Algunos sabios del mundo han podido extender los límites de su inteligencia más allá de lo que han alcanzado los demás hombres y alcanzar una pequeña parte de la inmutable verdad. Por esta luz las naturales fuerzas se hacen las perfectas y se ama con mayor fuerza á Dios luégo de conocerlo; pero este amor queda encerrado en los límites de la naturaleza (1).»

La verdad que combate el error, es bien conocida de cuantos saben que el hombre ha tenido dos estados; el primero el de la justicia original y el segundo el de la naturaleza caída y de las miserias que nos combaten á conse-

(1) De Trinit. lib. IV.

© Biblioteca Nacional de España

cuencia del pecado original. Los filósofos no conocieron esta verdad, la cual sin duda se les hubiese manifestado si hubieran querido creer. Este es el estado de los Judíos que profesan la ley de Moisés.

La verdad que llama es aquella que por la voz de los Profetas, por la de Cristo y los Apóstoles se hace oir de los que viven absortos en los placeres y devaneos del mundo.

La verdad que castiga, ó mejor, lava del pecado, y especialmente del pecado original, es aquella que primero se nos administra por el bautismo y después por los demás Sacramentos de la Iglesia. La luz de la gracia celestial nos hace más perfectos en el interior y en el exterior haciendo brotar en el hombre una facultad de conocer análoga á la de Dios.

La verdad que alegra atañe á los contemplativos. Hé aquí lo que de ella se dice en un libro atribuído á San Agustín: «Dios colma de sus dulzuras la luz del alma; el mundo con sus humanos placeres constituye el bien de la carne. El mundo en lo exterior y Dios en lo interior; nada hay tan interior como Dios, nada tan presente como Él: está en nosotros gozando una paz absoluta; está sobre todo. Dejando el mundo y convirtiéndonos á Dios, se hace preciso que volvamos á Él pasando por nosotros; es decir, que penetremos en nuestro interior, y no sólo hay que penetrar en nosotros, sino atravesarnos, por decirlo así, de una manera inefable. El que entra en sí y penetra en lo más íntimo de su ser, se excede á sí mismo y se remonta á Dios. Hágannos estas consideraciones recogernos en nuestro corazón para pensar en las alegrías eternas, ó por lo menos para rechazar las malas y vanas imaginaciones, de manera que de vez en cuando nos sea dable dirigir un destello de nuestro pensamiento hacia la verdadera luz. Esto es en efecto lo que se opera en nuestro corazón cuando contem-

© Biblioteca Nacional de España

pla á su Dios; y por el mismo experimenta una inefable delicia en su contemplación y goza una dulzura siempre suave en desearle, alabarle y amarle. Nada hay tan á propósito para darnos la dicha como cerrar los deseos y sentidos á todo cuanto procede de la carne y del mundo, entrar en sí mismo y haciéndose extraño á las pasiones de los mortales, estar á solas con Dios y consigo mismo.» Tal es el lenguaje de San Agustín (1).

En fin; la verdad que nos eleva sobre el común de los hombres es aquella por la cual el alma humana, ya esté unida con el cuerpo, ya lo haya abandonado, se eleva por una inteligencia sobrenatural hasta los ángeles, las cosas divinas y el mismo Dios. Este estado tiene distintos grados como se verá en la proposición siguiente. Nótese que los siete grados de la verdad divina de la cual hemos hablado, son como los números, los menores de los cuales están contenidos en los mayores.

Cuarta proposición. La verdad que nos eleva sobre el nivel ordinario de los hombres se manifestó de diferentes maneras á Adán, á los Profetas, á San Juan Bautista, á San José, á la Santísima Virgen, á San Juan Evangelista, reclinando la cabeza sobre el pecho del Señor, y á Pablo.

Esta distinción en la manera de conocer la verdad y en su objeto, no tiene reglas formales, puesto que apenas se hallan dos en la misma especie; pero esta facultad es dada, según el tiempo y el sujeto, para que por lo conocido con nuestros sentidos exteriores, mientras permanecemos unidos al cuerpo, nos elevemos sobre el nivel del estado común de los hombres y marchemos á la luz del crepúsculo ya que no podemos soportar el esplendor de la luz divina.

La glosa sobre el pasaje del Génesis *Dios envió á Adán*

(1) De Anim. et Spir.

© Biblioteca Nacional de España

un sueño, habla de la siguiente manera de la visión de Adán: «Aquel éxtasis fué ordenado para que entrando el espíritu de Adán en el santuario de Dios, y participando de los privilegios de los ángeles, viniera en conocimiento de cosas más elevadas.»

Las visiones de los Profetas tenían efecto ya en sueños, ya por medio de imágenes que Dios imprimía en su espíritu, suspendiendo para el efecto toda sensibilidad exterior, según lo que se lee en Ezequiel: *He visto al Señor sentado en un trono muy elevado, y toda la tiera estaba llena de su majestad;* ya por la sola iluminación del entendimiento, cosa que singularmente tuvo efecto en David.

Hay una piadosa creencia que quiere que Juan Bautista, por una anticipación del uso de la razón, tuvo el conocimiento de la divinidad, de manera que, encerrado en las entrañas de su madre, por un milagro del poder divino, conoció y adoró al Hijo de Dios. En esto consistió el regocijo aquel que hizo exclamar á Isabel: *Así como tu voz saludándome ha herido mis oídos, mi hijo ha saltado de gozo en mis entrañas.*

Las visiones de San José tuvieron efecto en repetidso sueños, según lo afirma el Evangelio, y la presencia de la Madre del Hijo de Dios, y la del mismo Hijo de Dios, ya sea antes, ya después de su nacimiento, hacían las visiones más perfectas.

Por muy repetidas que hayan sido las visiones de la Santísima Virgen, ninguna merece la atención de la que tuvo cuando el Ángel vino á saludarla.

San Agustín habla también de la visión de San Juan Evangelista, que estuvo reclinado en el pecho del Señor: «Contemplando, dice, el poder de Dios con mayor claridad que los demás, elevándose con el Señor al cielo para saciarse en la misma fuente de la sabiduría celestial, bebió

© Biblioteca Nacional de España

en el manantial que saltaba del pecho del Señor, más límpido para él que para los otros.» Lo que debe entenderse para los demás Evangelistas.

La glosa sobre la segunda Epístola á los Corintios, hablando de la visión de San Pablo, se expresa de la siguiente manera: «Vió el Apóstol á Dios en esta vida como será visto en la eternidad.»

Los Libros Santos nos refieren muchas otras visiones parecidas, que pueden fácilmente acomodarse á las que acabamos de citar. Después de las explicaciones dadas, ya sólo nos resta entrar en materia,

No hay que perder de vista que el género de visión en sueños, de que San José fué favorecido, habituándole á las apariciones angélicas, se hacía más y más glorioso para él á causa de las circunstancias exteriores que lo acompañaban. La visión de San José toma un carácter más sublime con la presencia del Hijo de Dios y de la Santísima Virgen, porque ver á Nuestro Señor Jesucristo, esto es, objetivamente, es ver cuanto comprende la Divina Persona, de la cual nunca estuvo separado; es ver la excelsitud de todos los misterios, á causa de la unión del Verbo con la humana naturaleza; es ver la Trinidad en la humanidad unida á Cristo, y por consiguiente, esta visión del Cristo en persona convierte en más sublimes y magníficas todas las visiones tenidas por su causa.

Cuanto acabamos de sentar queda confirmado por una razón filosófica. Aunque Aristóteles en el tercer libro *Del Alma* compare lo sensible con lo inteligible, y diga que lo sensible está en la misma relación con los sentidos que lo inteligible con la inteligencia, con todo existe entre los dos la diferencia de que lo inteligible, como más noble, no altera, sino que perfecciona, y la inteligencia perfeccionada por el conocimiento de lo inteligible ve más distintamente

© Biblioteca Nacional de España

los menores objetos. Estando el conocimiento del Cristo Dios y Hombre unido al conocimiento de otro, no solamente lo engrandece, sino que lo hace semejante al de Dios, por haber identidad entre el sér que conoce y el sér conocido.

Quinta proposición. Para que un hombre sea elevado sobre el nivel de la gran mayoría de los demás hombres y alcance uno de los siete grados de la verdad de que hemos hablado, son indispensables tres cosas, á saber: la pureza, el recogimiento y el desprendimiento.

Efectivamente, así como para dar una nueva forma natural á determinado objeto hay, ante todo, que separar del mismo las disposiciones contrarias á la que se propone introducir, de la misma manera el alma racional que quiere elevarse sobre el común nivel debe ser objeto de una separación parecida. Al efecto, tiene que purificarse de tres cosas, esto es: del pecado, de la pena que le corresponde y del señorío del cuerpo, y esto todo lo más que sea posible. Esta purificación se obtiene por medio de una caridad ardiente. Está escrito: *El cuerpo que se corrompe pesa sobre el alma* (1). Los deseos carnales son el cuerpo, su peso es una pena, su corrupción una falta. No obsta que en el Señor Jesucristo se hallen el cuerpo y su pena, porque su unión con la naturaleza divina sobrepuja y destruye estos obstáculos.

La segunda de las condiciones exigidas para que un hombre se eleve sobre el nivel ordinario de los demás consiste en el recogimiento. El alma humana, por razón de su naturaleza y de su unión con el cuerpo, está naturalmente afecta á tres cosas, esto es: á las imaginaciones, á las pasiones y á diversas operaciones. Aristóteles, en el ya men-

(1) Sap. IX.

© Biblioteca Nacional de España

cionado libro *del Alma*, dice con relación á estos lazos con el cuerpo y las formas corporales: «Conviene que el sér inteligente vea fantasmas.» San Agustín, en el libro *de la Trinidad*, dice: «Yerra, pues, la mente cuando se aferra con tanto amor á sus imaginaciones, hasta el punto de reputarse ser algo de la misma especie.» Y más abajo añade: «De ahí viene este error vergonzoso que no permite al alma distinguir por sí misma las imágenes de las cosas sensibles, y de verse sola. Le están, en efecto, maravillosamente aglutinadas por el amor, y he ahí dónde está su impureza, puesto que cuando se esfuerza en pensar en sí sola toma por sí misma á las imaginaciones, sin las cuales no puede pensarse á sí misma. El primer deber del alma que quiere elevarse sobre las cosas del mundo es, pues, el recogimiento, por el cual nos desprendemos de las imaginaciones corporales.» De la misma manera habla el Santo Doctor sobre la sujeción del alma á las pasiones. Hé aquí en qué términos lo hace: «El alma está unida al cuerpo por ciertos afectos y una especie de amistad que hace que nadie haya aborrecido su carne. Ésta es, en efecto, su compañera, aun cuando tal sociedad le sea muy fatigosa. El alma ama su cuerpo de una manera inefable, y esta es la causa de que no puede ser libre. Sus dolores la afectan vivamente, y ella que no puede morir, teme la muerte. Goza los placeres que vienen por el sentido de la vista, se deleita en los sonidos que encantan los oídos, se complace en los suaves olores que percibe el olfato, goza en una suculenta comida, y aun cuando jamás usa de cosas sensibles, se entristece profundamente si por acaso se le priva de las mismas (1).»

El propio santo Doctor, en el mismo libro, se expresa, acerca las operaciones del alma, de la siguiente manera:

(1) De Spir. et Anim.

© Biblioteca Nacional de España

«El alma recibe varios nombres, según los diversos afectos de su cuerpo. Es llamada vida por referencia á sus órganos; espíritu cuando contempla; sensibilidad cuando siente; mente cuando entiende; razón cuando discierne; memoria cuando recuerda, y voluntad cuando consiente.»

El alma se recoge en sí misma por medio de sus tres facultades, aislándose de las imágenes corporales, sobreponiéndose á las pasiones del cuerpo y coordinando sus operaciones. Dice San Agustín con respecto á la coordinación de las acciones: «La sensibilidad nos lleva á la imaginación, la imaginación á la razón, la razón al entendimiento, el entendimiento á la inteligencia, y la inteligencia á Dios.»

El tercer medio de elevarse es el desasimiento. La naturaleza hace un esfuerzo para desasirse de los objetos creados, la gracia nos eleva y Dios nos atrae. El estímulo de las miserias presentes, la limitación de nuestros conocimientos y el deseo de alcanzar una gran perfección nos disponen á este esfuerzo de la naturaleza. Los Sacramentos, las virtudes y los dones nos disponen á aprovechar el impulso de la gracia. La esposa del *Cántico de los Cánticos* nos invita á dejarnos llevar por la atracción divina cuando exclama: *Llévame en pos de ti. Nadie,* nos dice el Salvador, *puede venir á mí si no lo atrae mi Padre.*

Proposición sexta. Uno se acerca y se conforma con Dios (lo que se llama hacerse semejante á Él) cuando se deja llevar de la atracción divina.

Para demostrar esta proposición hay que hacer notar que en las cosas naturales el movimiento es tanto más vivo cuanto más cerca se halla del motor, y no solamente la fuerza aumenta con la proximidad del motor, sino también por la semejanza con el mismo. Así en las cosas naturales basta variar la relación de la cosa movida con el motor para obtener el mismo efecto que se obtendría si se acercaran el

© Biblioteca Nacional de España

uno al otro; pero en lo que depende de la voluntad no basta ciertamente que el movimiento natural varíe su posición con respecto al motor, sino que se hace preciso que también éste participe del cambio. Y la razón está en que en la naturaleza el motor se reduce á dar el impulso, pero en aquello que depende de la voluntad, Dios, que es el motor de las virtudes, es asimismo su cooperador. El término de este movimiento es, pues, una perfecta conformidad de las voluntades divina y humana que produce en el hombre una manera de afección parecida á la de Dios.

Tres cosas nos disponen á hacernos de esta manera semejantes á Dios, esto es, las obras de instrucción ó de edificación, las de paciencia ó sufrimiento, y las de consejo ó supererogación. El libro primero *de los Reyes* habla de las obras de instrucción y dice: *Después que David estuvo consagrado rey el Espíritu Santo entró en él y profetizó* (1). San Agustín dice sobre el particular: «Es una ley de la divina Providencia que nadie recibe de otro que de sus superiores los auxilios necesarios para conocer la gracia ó para tener participación en ella. Las obras de paciencia están figuradas por Job, á cuyo efecto dice el Apóstol: *La virtud se aquilata con el sufrimiento* (2). Las obras de supererogación están descritas en el Evangelio de San Marcos con estas palabras: *En verdad os digo que nadie quitará su casa*, etc. (3). Á este sexto grado sucede el reposo del alma que conoce á Dios y se alegra en Él. San Pedro dice sobre este particular: *Creyendo así os regocijaréis con inenarrable y gloriosa alegría, porque habréis alcanzado el objeto de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas* (4). Aplicando, pues, cuanto acabamos de exponer á las visiones angélicas de San José, diremos que han estado fa-

(1) I Reg. x. — (2) II Ad Cor. xii. — (3) Marc. x. — (4) I Petr. i.

© Biblioteca Nacional de España

vorecidas de los dones más preciosos de Dios, que no podemos conocer ni apreciar más que por razonamientos altísimos. Así es como la unión del alma con el cuerpo oscurece la visión, dejando apenas á la inteligencia entrever algo en ese espejo en el cual no vemos las cosas sobrenaturales sino como un enigma. Debemos, pues, sacar de las palabras una idea elevadísima de la dignidad que estas visiones dan á San José, y recoger, para nuestra utilidad y gloria del Santo, los frutos de los dones por él recibidos.

La visión angélica, cuando es perfecta, tiene siete consecuencias no en orden á la justificación, sino en orden á la conservación.

La primera nos da á conocer la Encarnación del Verbo.

La segunda nos inspira la debida veneración á nuestra Santa Madre la Iglesia.

La tercera produce en nosotros el desprecio á todo lo terreno.

La cuarta nos da un elevado conocimiento de la divina Providencia.

La quinta nos da la inteligencia de las Sagradas Escrituras.

La sexta excita la rabia del demonio y de sus secuaces contra el favorecido de la visión angélica.

La séptima es causa de exterior aflicción, ya venga de los hombres, ya de la naturaleza, ya de Dios.

Nótese bien que en cada una de las visiones de San José siempre se han realizado en él estas siete consecuencias. Conoció al Verbo encarnado cuando, según el Evangelio, le fué dicho: *Levántate y toma al Niño...* Cumpliendo esta orden adquirió un conocimiento mayor del Verbo de Dios. *Y su Madre...* La Santa Iglesia es una Madre que todos los días da á luz y amamanta nuevos hijos, haciéndolos objeto de las atenciones de la más tierna de las madres...

© Biblioteca Nacional de España

Y huye á Egipto... El que por amor á Dios renuncia á su patria prueba evidentemente su desprecio por las cosas de la tierra... *Y permaneció allí hasta la muerte de Herodes...* el cual fué enemigo de la divina Providencia, cuya acción sobre los sucesos del mundo venía obligado á reconocer. *Para dar cumplimiento á lo que dijera el Señor por boca del profeta Oseas...* quien fué uno de los escritores sagrados y un gran profeta. La cólera de Herodes significa la ira del demonio, y su crueldad significa las aflicciones exteriores. *Viendo entonces Herodes que había sido burlado por los Magos montó en grande cólera; y enviando satélites quitó la vida á todos los niños de Belén.* Muchos misterios hay ocultos en las palabras del Evangelio, pero dejamos al ilustrado lector la inefable dulzura de meditarlos y profundizarlos.

CAPÍTULO XIII.

Del don de la inexplicable dicha de que gozó San José viviendo con el Cristo y con la Santísima Virgen.

Tiene el hombre sumo placer viendo el hijo que le ha nacido y viviendo á su lado; en primer lugar, según Aristóteles, porque en cierto modo halla en ello la satisfacción del deseo de perpetuar su existencia, á cuyo objeto dice el mencionado filósofo: «La obra más natural á los seres vivientes que son perfectos y no privados de alguna facultad ó que no vienen de una generación espontánea consiste en producir otros seres semejantes á ellos, y por ahí participan, en la medida de su poder, de la existencia divina ó inmortal. No hay sér que deje de estar animado de estos

© Biblioteca Nacional de España

deseos, que vienen á ser el objeto de todas sus acciones. Otro de los motivos que inducen á desear hijos está en la utilidad que de ellos reportan los padres. Existe además un tercero, y es que se apetece ser glorificado en sus virtudes y cualidades como en las propias.»

Aun cuando José sabía de una fe cierta que el Cristo era el verdadero Dios, gozaba una dicha inexplicable participando, no solamente en la existencia divina é inmortal, sino además en ver reputado Hijo suyo el mismo que es la esencia divina é inmortal, el mismo de quien esperaba recibir la inmortalidad. Este sentimiento estaba acompañado de un deseo ardiente y de grandísima prudencia. Muchos son los hombres que han considerado como un bien grandísimo tener hijos distinguidos por su nobleza. ¿Cuál no debió de ser el regocijo de San José por tener bajo su cuidado y guarda al que es el origen de toda nobleza y de todo bien? José, por la luz recibida de los ángeles, por sus conversaciones con la Santísima Virgen y por la presencia del Verbo de Dios que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, conocía muchos misterios de las Sagradas Letras, referentes á la persona del Cristo, y por consiguiente gozó, según era la edad de Cristo, diversas consolaciones que se complacía en hallar de nuevo en los Libros Santos, siempre presentes para él, y en los que leía muy á menudo.

Comencemos por la primera infancia del Salvador. En esta edad José contemplaba frecuentemente al Niño Jesús dormido, de cuyo sueño está escrito: *No dormitará ni dormirá... ha cogido el sueño y duerme.* ¡Oh maravilla! Allí está el Esposo del *Cántico de los Cánticos,* el más bello de los hijos de los hombres, de quien está escrito: *Yo duermo, pero mi corazón vela.* Sí, Jesús mío, la humanidad que has tomado duerme, pero vela siempre el corazón de tu divinidad. Si José percibía los vagidos del divino Niño,

© Biblioteca Nacional de España

afligido y temeroso decía: Hé ahí á nuestro Dios hecho semejante á nosotros; aquí da vagidos, y en las nubes truena. ¡Oh! cuántas veces abrazando tiernamente al Infante exclamaba: ¡Oh dichosos besos, por los cuales han suspirado hace tantos siglos los Padres del género humano! Estos son los besos de los cuales se habla en el comienzo del Cántico de los Cánticos: *Béseme con el beso de su boca.* Algunas veces contemplando José al divino Niño, y derramándose en alegría su corazón decía: *Hermosas son como de tórtola tus mejillas, y tu cuello como un rico collar. ¡Cuán hermoso estás y agraciado, amado mio! Mi amado es blanco y rubio, elegido entre millares. Tu cabeza como oro del más aquilatado; tus ojos como de paloma que anida á orillas de los riachuelos de aguas, como si se hubieran lavado con leche, y que se paran á orillas de corrientes muy caudalosas. Tus mejillas como dos eras de plantas aromáticas. Tus labios lirios rosados que destilan mirra purísima. Tus manos de oro, y como hechas á torno, llenas de jacintos. Tu vientre como de marfil guarnecido de zafiros.*

Recordando estos pasajes tan llenos de misterios grandísimos que se leen en el *Cántico de los Cánticos,* José aplicaba á Jesucristo el místico sentido de los mismos. Repetia estas significativas palabras, contemplaba á Aquel á quien se referian, hallaba en esto fuente de alegría arrobadora y se elevaba casi siempre sobre las humanas fuerzas hasta la naturaleza divina.

Pero cuando comenzó á hablar el niño Jesús José decía: *¡Cuán suave y bella es la voz de mi amado!* Esta es aquella voz de la cual está escrito: *Dios habla una vez, y no repite lo que ha dicho,* y con todo mirad cómo pronuncia muchas veces lo mismo. Esta es la voz del que nos ha hablado por los Profetas. La voz que llega á mis oídos es una voz humana, pero no oigo la palabra divina, una, in-

© Biblioteca Nacional de España

divisible y pronunciada eternamente, porque esta voz sólo es oida del Padre, que está en los cielos, del Espíritu Santo y del ejército angélico de los espíritus bienaventurados.

Si de esta manera quisiéramos ir recorriendo los años en que José observó cuánto hacía Cristo en la infancia, adolescencia y juventud, este capítulo por sí solo formaría un enorme volumen. ¿Quién pondrá en duda que José se abrasaría en amor cuando tocaba á Jesús, venido para poner fuego en la tierra, sin más deseo que el de hacerlo arder? Dejamos, pues, á las almas contemplativas la dulce tarea de describir esta ardiente llama.

Creemos deber callarnos sobre las conversaciones de San José con la bienaventurada Virgen; de ello puede formarse idea el fiel contemplativo si en su corazón arde el fuego del Espíritu Santo. Según San Jerónimo, la sociedad entre José y la Santísima Virgen fué tan dulce como casta. En efecto, tener una Virgen bienaventurada de una sociedad angélica, verla, morar con ella, trabajar con ella, vivir con ella en presencia del Hijo de Dios, es el mismo altar de la celestial ventura.

CAPÍTULO XIV.

Del don de la igualdad de alabanzas tributadas á Dios por la Santísima Virgen y por San José después de haber hallado al Niño Jesús en el templo.

Refiriéndonos San Lucas el gran misterio de la pérdida y hallazgo de Jesús en el templo nos da á conocer con su-

© Biblioteca Nacional de España

ma claridad la paridad de alabanzas que con tal motivo elevaron á Dios la Santísima Virgen y José.

Fué el primer género de la mismas, común dignidad de padres.

Segundo: la igual ignorancia en que ambos á dos estaban de los motivos de la pérdida.

Tercero: la misma angustiosa ansiedad en buscarlo.

Cuarto: la misma alegría al hallarlo.

Quinto: la misma honra para los dos en la contestación que Jesús les dió.

Sexto: el mismo regocijo al regreso.

Séptimo: la sublime obediencia de Jesús exactamente igual hacia los dos.

Todo esto resulta con toda evidencia de la simple relación evangélica, sin violentar con figuras retóricas las palabras del texto, sin ningún género de incertidumbre, y sin necesidad de profundas meditaciones.

Tres veces nos recuerda el Evangelista la común dignidad de los padres de Jesús: *Subiendo sus padres á Jerusalén... Y sus padres no lo conocieron... Yo y tu padre afligidos te buscábamos.*

Cuando se dice: *Sus padres no lo conocieron,* resulta evidente que tanto María como José ignoraban á la vez la pérdida de Jesús. Ni uno ni otro sabía, pues, que Jesús se había quedado en Jerusalén. Ignoraban asimismo si estaba ó no con sus compañeros de viaje; María le suponía marchando con José en compañía de los hombres, y José con María en la de las mujeres. Esta ignorancia no debe reputárseles como una falta, puesto que no procedía de incuria, ni de negligencia, ni de imprudencia, puesto que cuidaban del divino Niño con inmensa caridad, con un celo sin límites, y con toda la atención de que eran capaces. La voluntad de Dios quiso que á pesar de su extremada solici-

© Biblioteca Nacional de España

tud perdiesen al divino Hijo todavía Niño, para que su ausencia redundara á la vez en mayor gloria del Altísimo, hiciera brillar el mérito de sus padres y los altísimos designios de la divina Providencia. La oscuridad de esta ignorancia fué parecida á la de las noches de primavera, la que en ausencia del sol hace descender el rocío sobre los vegetales, con lo cual les facilita el desarrollo, la florescencia y la fructificación. Á veces ignorar es un mérito y no un crimen, así como uno puede ser anatema por sus hermanos, para la gloria de Jesucristo y por obediencia á la divina voluntad. Y cuando se lee: *No entendieron el sentido de sus palabras,* este pasaje favorece nuestra idea, bien que necesita de mayor explicación.

Su ansiedad fué igual. *Le buscaban entre los parientes y conocidos; y como no lo encontraron, regresaron á Jerusalén para ver si allí daban con Él. Y pasados tres días le hallaron en el templo.* Y más adelante la divina Madre le manifiesta de esta manera su común dolor: *Mira que tu padre y yo afligidos andábamos buscándote.* Igual pena, igual dolor é igual solicitud tuvieron origen en un amor semejante.

Su alegría fué común. Buscando á Jesús cada cual por su lado con la misma inquietud, lo hallaron al mismo tiempo. Dice el Evangelista: *Después de andar buscándolo por espacio de tres días hallaron á Jesús en el templo sentado entre los doctores.* Los que buscan igualmente á Jesús y lo encuentran al mismo tiempo, son dignos de igual alabanza. No rechacemos aquí el sentido alegórico. Las fatigas, las inquietudes, los trabajos son los incrementos de las virtudes; por cuyo camino nos encaminamos á Dios, según dijo el Señor á Abraham: *Anda delante de mí.* El término del viaje es la gloria de Dios, que tiene preparada á los que le aman. *Yo seré tu recompensa sobre manera grande,* dijo

© Biblioteca Nacional de España

Dios al mismo Abraham. Siguiendo el sentido alegórico diremos también que la Santísima Virgen y San José han hallado igualmente á Jesús en el cielo. La Santísima Virgen fué la primera en hallarlo, puesto que ella fué, según el Evangelio, quien dijo: *Hijo mío, ¿por qué así lo has hecho con nosotros?* Gozaron esta dicha al día tercero, por cuyo motivo está en su puesto hablar de ella en cuarto lugar.

El honor que redunda de la contestación de Jesús alcanza por igual á sus dos padres. *¿Por qué me buscabais? ¿Ignorábais acaso que tengo que estar á lo que atañe á mi Padre?* Con esta contestación confiere igual honor á San José y á la Santísima Virgen. ¿Por qué me buscabais, oh padre mío y madre mía? Este pasaje es singular, por hacernos presente que siempre dió el Cristo á San José el nombre de padre. Pero la Santísima Virgen alude más directamente á este modo de hablar cuando dice: *Tu padre y yo.* Daba á San José el nombre de marido y Jesús le llamaba su padre. El nombre de esposo era familiar en la Santísima Virgen, y el de padre era el que el Cristo daba habitualmente á José; por cuya razón conformándose aquélla en la costumbre de su Hijo le dijo: *Tu padre y yo afligidos andábamos buscándote.*

El regreso de la santísima Virgen y de San José tuvo efecto con igual regocijo. *Y descendió,* dice el Evangelista, *y vino con ellos á Nazareth.* ¡Meditemos en la alegría, en la ventura, en las alegrísimas palabras de los dichosos Esposos, cuando después de haber hallado al Autor de la alegría, el Niño celestial, el Niño Dios, tomaron otra vez el camino de su casa! La Virgen tenía al Niño de la diestra y José de la siniestra, cual si temieran volver á perderle. Mas si no temían perderlo al menos gozaban doblemente de su presencia después de haber estado privados de ella por espacio de tres días. Es muy posible que la gran-

© Biblioteca Nacional de España

deza del dolor hiciera parecerles un día tan largo como mil. Imaginaos que el sol que alumbra el mundo visible está tres días sin nacer: los hombres no tendríamos más luz que la de la noche: el Poeta describe esta situación diciendo: «El mundo impío ha tenido una eterna noche.» Figúrese cuales serían al tercer día los pensamientos de los hombres, sus temores, suspiro y ansiedad. ¿Qué votos, qué lágrimas, qué lamentos, qué gritos no se elevarían al cielo? El niño Jesús era á la edad de los doce años más querido, más encantador, más gracioso para sus divinos padres que el sol sensible, puesto que sabían de ciencia cierta que era el mismo Criador del sol. Figurémonos su dolor cuando notaron su pérdida, y sobre todo al tercer día. Y ¡cuándo lo hallaron cuál no debió de ser su felicidad! Al regresar, pues, á su casa lo hicieron experimentando el mismo regocijo, el mismo placer, la misma alegría.

La última de las alabanzas de los padres de Jesús tiene por motivo la sublime obediencia en que les estuvo, y la dignidad que por ella redunda á San José es superior á todo cuanto el hombre puede imaginar. En efecto, ¿quién alcanza á comprender la majestad de aquel que mandaba en Dios, á quien Dios obedecía y al que Dios estuvo sumiso? Menguado ingenio tendrá quien deje de creer que José ha recibido de Dios particulares dones, que son una prueba del eminente grado de su santidad, de su inocencia, de su caridad y de su gloria. *Les estaba sumiso;* dice el Evangelista.

Se pregunta si esta sumisión era solamente pública, si estaba solamente oculta en el interior de la familia, ó si era una y otra cosa como lo da á suponer el acto de obediencia delante de los doctores de la ley, cuando les dejó para seguir sumiso á sus padres. Si patente y pública ¿por que no nos fué manifestada? ¿Por qué los Libros santos no nos hablan de

© Biblioteca Nacional de España

estos actos, para que halláramos en ellos ejemplos á que acomodar los nuestros? Tan grande era la veneración de estos padres para con Jesús su Hijo, que los actos de su obediencia pertenecían al orden más elevado; la humana inteligencia no los comprendería por no hallarse dotada de tan insigne caridad. El que se siente abrasado del amor del Espíritu Santo comprenderá muchas cosas que no pueden ser expresadas con palabras. Sabemos que en el cielo un ángel obedece á otro; pero no conocemos el modo de esta obediencia porque los actos de obediencia de este orden de seres difieren de los nuestros. El carácter, el amor, el respeto de San José y de la Santísima Virgen, la sola divinidad unida en Cristo que les escogiera para padres suyos, nos afirman inexplicables misterios, nos prueban su existencia de una manera más clara que la luz del día. Á este número pertenecen las cosas de que San Juan Evangelista nos habla cuando dice: *Muchísimas otras cosas hizo Jesús, las que si detalladamente se escribieran, opino que el mismo mundo no podría contener los libros que con ellas se llenaran.* No hay, pues, que admirarse si no se han escrito cosas que hubieran sido inexplicables para el mundo; cosas que nadie hubiera podido imitar. Todo lo que es imitable escrito está. *Les estaba sumiso;* dice el Evangelista. ¿Pero á qué darnos tanta fatiga en intentar expresar balbuciendo los misterios de Dios? Qué el hombre de elevada inteligencia y de corazón profundamente imbuído en los principios católicos, se acerque y entre en la casa en donde el Cristo niño, adolescente y joven obedecía á José y á María; iluminado por la fe deje este mundo é imagínese ver al Cristo hablando con sus padres, sentado con ellos á la mesa, ayudándoles en sus quehaceres, acostándose, levantándose, yendo y viniendo; vea todo esto detalladamente, y no se le olvide ser un Dios quien practica todas estas acciones. Entonces verá todo

© Biblioteca Nacional de España

cuanto vemos nosotros, pero es seguro que no podrá expresarse mejor que nosotros. Solamente los ciegos pueden dejar de participar de esta nuestra opinión.

CAPÍTULO XV.

Del don del insigne amor de San José al Cristo.

La razón obliga á afirmar, las obras lo persuaden y el espíritu católico, iluminado por el Espíritu Santo, cree, sostiene y proclama que San José amó al Cristo Dios con un amor tal que nadie lo ha tenido semejante á su hijo ó amigo. Como lo prueban los teólogos todo se dirige á Dios, y Dios es tanto más amado cuanto es más conocido. José conoció perfectamente, según el estado de hombre mortal, al Cristo verdadero Dios, y de consiguiente le amó de una manera inefable.

Además la belleza del hijo enardece el amor del padre, y como José contemplaba, abrazaba y besaba á Jesús, el más bello de los hijos de los hombres, en cuyos labios estaba derramada la gracia, luego le amó con un amor sobre todo lo que puede imaginarse.

Otro de los motivos del incremento del amor paternal consiste en la esperanza de ver con el tiempo al hijo convertido en un grande hombre. José creía con verdadera é inquebrantable fe que Cristo era el verdadero Dios, y esperaba, según la promesa del ángel, que sería el Salvador del mundo: luego le amó con vehementísimo amor.

Abraham fué la figura de José é Isaac la de Jesucristo;

© Biblioteca Nacional de España

y como Abraham amó á Isaac con grandísimo amor, luego José amó también de la misma manera al Cristo.

Salomón fué muy querido de su padre, el cual veía en él no solamente un sucesor sino además la figura de Cristo; y José, que creía del Cristo mayores y más insignes cosas todavía ¿no había de amarle con mayor ternura?

Añádase á esto que José sirvió siempre fielmente al Cristo y á su Madre, sin evitar fatigas ni trabajos, lo que prueba su grandísimo amor por el Cristo. «El amor, dice San Gregorio, obra grandes cosas cuando es verdadero, y cuanto mayor es mayores son sus actos, no habiendo amor más insigne que el de quien da su vida por otro.» Nuestra dulce creencia es que San José hízolo todo con ardoroso afecto por Jesucristo.

Recógete en tu interior, lector piadoso, y considera con suma detención que José no deseó menos la venida del Cristo que los antiguos Padres, los cuales exclamaban con vehemente afecto: «¡Ojalá abrieras los cielos y descendieses! ¿Creéis que viviré lo bastante para verle? ¡Oh! ¡quién me diera que viviese yo al tiempo de su venida!» Inflamado de deseos tan ardientes é inefables José ardía en ansias de ver al Niño Jesús. Apenas hubo dejado las entrañas de la Virgen su Madre y José vístole y adorado, Jesús hirió su corazón con herida que permanecerá eternamente abierta. En esto no cabe duda, puesto que la divina Bondad tiene por costumbre herir é inflamar de este modo á cuantos se le acercan; tampoco cabe dudar que desde aquel momento José fué un hombre nuevo, y él que era puro y santo fué desde entonces más santo y puro. ¡Oh! ¡cuántas veces llevando José al Niño Jesús en brazos languidecía de amor á El! ¡Cuántas veces, cuando ya Jesús hablaba y se le desenvolvía la razón, decíale José: «¿Qué quieres de mí, Hijo mío? Oh Dios inmortal, indícamelo con un ademán siquie-

© Biblioteca Nacional de España

ra; ordena, manda, pues el que quieres sea tenido por tu padre se alegra y regocija en proclamarse siervo tuyo. ¿Quién no te querrá, hermosísimo, sapientísimo, fortísimo, potentísimo y amantísimo, cuando eres el verdadero Dios, la sabiduría del Padre, el esplendor de su gloria y la salvación del género humano? Yo te adoro, Hijo mío; te amo y quiero amarte siempre; acepta la ofrenda de los servicios que os presto sin cesar á tí y á tu santísima Madre, y dignate protegerme cuando desfallezca, teniendo en cuenta que soy un débil mortal. ¡Dulcísimo consuelo mío y fuente de amor, mi alma se ha derretido en tí en fuerza de la dulcedumbre de tu amor!» La suave voz de José pronunciaba estas palabras tan saturadas de ardiente dilección y su rostro se manifestaba más alegre. No es, pues, de dudar que José amó al Cristo con sublime é inexplicable amor. Dadme un hombre que verdaderamente ame y desee al Señor Jesucristo, y este hombre afirmará que todo cuanto acabamos de sentar es más claro que la luz y no necesitará de pruebas que lo confirmen, deleitándose en estas meditaciones.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

© Biblioteca Nacional de España

TERCERA PARTE.

PREÁMBULO.

Navegando con viento favorable, como viajeros sentados en la popa de la embarcación, contemplamos en derredor el cielo adornado de las virtudes y dones de San José que lucen como brillantes astros, y admiramos las bendiciones de que estuvo colmado. Bien que nuestra reducida embarcación osa apenas llevar tantas y tan magníficas virtudes por entre las irritadas olas y escollos amenazadores, dirigida como está por el ánimo enardecido, no retrocede, y emprende y sigue su tarea de afrontar el oleaje irritado. Júzguese de si alcanzaremos lo que nos proponemos por esta frase del sofista Libanio: «Solamente los hombres de valor tal alcanzan lo que se proponen.» Las Sagradas Letras nos enseñan también de una manera cierta: *Los que la irán buscando desde la mañana la encontrarán.* Ahora bien; no debe ser tildada de temeridad nuestra audaz esperanza. Es muy cierto que bogamos por una mar tormentosa en un débil esquife; pero nuestra ardiente alma maneja el remo con infatigable mano y lanza la proa por entre las olas, redoblando la audacia para llegar hasta el punto que le permitirá la fortuna. Dios nos protegerá con aura favorable, para que después de haber atravesado los

© Biblioteca Nacional de España

peligros de la mar, nos sea abierta por este libro la vía de salud.

Debemos decir algunas palabras de la bendición de que tan á menudo hablan los Libros Santos, para que resulte más claro lo que vamos á tratar después. Nuestro Santo Tomás de Aquino, cuyas tradiciones angélicas nos esmeramos en seguir siempre, dice : «La bendición de Dios significa la colación y multiplicación de sus dones (1).» Bendecir á Dios se entiende en varios sentidos: en primer lugar es sacar el bien de las cosas creadas, ó dirigir todas las cosas á su esencia; en segundo lugar, obrar el bien y practicar los actos de justicia; en tercer lugar, es alabar á Dios. *Buena cosa es,* dice el Profeta, *confesar á Dios y cantar el nombre del Altísimo.* La bendición del hombre consiste en el conocimiento de los dones de Dios y de su majestad. Las bendiciones de Dios sobre los antiguos Padres son numerosas y variadas, conforme lo vemos en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Estas bendiciones estuvieron todas reunidas en el alma de San José, para que fuese esposo de la Reina de los cielos, y fuera reputado padre del Hijo de Dios. Abriendo un tal tesoro de bendiciones admiraremos más cada vez la altísima dignidad, la santidad de San José, la celebraremos con nuestras alabanzas y probaremos á darla á conocer en los dilatados confines de la Iglesia militante, alabando el nombre del Señor. Penetremos ya en la senda que tenemos abierta.

(1) Quest. LXXII.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO PRIMERO.

Del don de las bendiciones en general, y de la del dia del sábado en particular.

No puede ponerse en duda que José recibió todas las bendiciones enumeradas en las divinas Letras, si consideramos el fin de este Libro sagrado, y la santísima moral y los celestes dones de que está lleno. El fin de las Escrituras es el Cristo, puesto que el Señor dice: *Escribieron de mí.* La excelencia de su moral se refiere también al Cristo. Los dones que de allí reciben los hombres tienen también una dignidad sublime por su fin, que es la vida eterna. Escrutemos, pues, las divinas Letras y poniendo ante los ojos de la inteligencia las referidas bendiciones, reconoceremos haber San José recogido todos los frutos de las mismas.

Bendijo Dios el séptimo dia, por haber descansado en él de todas sus obras. ¡Oh! ¡cuántas veces, Señor Jesús, habéis descansado reclinándoos en San José, rodeando su cuello con vuestros brazos y apoyándoos en su pecho ó en sus hombros! Dios, pues, descansó corporalmente en San José; descansó espiritualmente por el don de la gracia que se lo hacia agradable; descansó por la confianza que le tenía, uniéndolo á su Madre; descansó por la solicitud y cuidados que le mereció, llamándole padre; descansó en fin por su alegría viviendo del fruto de su trabajo. José es verdaderamente el gran día del sábado en el cual descansó el Dios glorioso de todas sus obras.

© Biblioteca Nacional de España

Empero, mientras vamos en busca de argumentos en aquello que la fe nos enseña para probar la dignidad de San José, sepan cuantos no vean todo esto en las Santas Escrituras, que su inteligencia es débil y peca de ridícula. Esto decimos á los estudiosos; ya que de los que hablan sin saber no hay que hacer caso, pues obrar de otra manera sería creerse herido por flechas despedidas por manos infantiles. Ocupémonos, pues, de las bendiciones de los Padres del Antiguo Testamento, que con voz celestial proclaman los dones de San José.

CAPÍTULO II.

De los dones de las bendiciones de nuestros primeros padres.

Escrito está en el capítulo segundo del Génesis haber bendecido Dios á nuestros primeros padres con estas palabras: *Creced y multiplicaos, y llenad la tierra y sujetadla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales de la tierra.* Esta bendición contiene un triple don, á saber; la fecundidad, la sujeción y el dominio. Estos tres dones brillaron en San José en el sentido alegórico. Si los Doctores han podido decir que la Santísima Virgen estaba figurada por la tierra, no habrá absurdo en afirmar que Adán fué figura de José. Manteniéndose virgen hase regocijado de la fecundidad de su Esposa virgen, antes y después del parto, y su divino fruto, cuyo olor embalsamó los cielos, ha quitado todo el oprobio de la esterilidad universal y ha derramado insigne gloria en las obras fecun-

© Biblioteca Nacional de España

das. La tierra, es decir, la Santísima Virgen, le estuvo sujeta por estar sobre ella constituido en autoridad en el hecho de ser esposo de la que es Reina de los Ángeles. Por su dignidad tuvo José dominio sobre sus propios pensamientos, que las mundanas tempestades no pudieron alborotar; jamás se dejó arrebatar por la instabilidad de las afecciones, que es consecuencia de la humana naturaleza, y fué dueño de los sentidos corporales, que pueden compararse con las bestias de la tierra. Por el don de su autoridad José venció las potestades del infierno, estuvo servido de los ángeles y fué puesto por su santidad sobre los animales, es decir, sobre los hombres que no hacen uso de la razón. El primer Adán viene de la tierra y es terreno; el segundo, del cielo y es celestial. Adán tuvo á su cargo guardar el paraíso terrenal, y José fué el custodio del Cristo Dios que hizo el paraíso; fuélo también de la Santísima Virgen figurada por el paraíso terrenal. Adán fué lanzado del paraíso á consecuencia de su pecado; José recibía todos los días dones más insignes porque aumentaba siempre en gracia. Adán fué el escándalo del género humano, y José, por Jesús que fué reputado su Hijo, borró completamente esta mancha y su deformidad. Adán pecó á causa de su esposa, y José á causa de la suya recibió una gracia y dignidad desconocidas para los mortales. Adán halló la muerte y José alimentó á Jesucristo que es la vida. La mujer de Adán fué sacada de su costado y la Reina del mundo estuvo unida en matrimonio con José. Adán conoció y vió de lejos el gran misterio del Cristo y su Iglesia y José no solamente comprendió al Cristo, sino que también le vió, le educó y le mantuvo, mereciendo por esposa á la Virgen Patrona de la Iglesia.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III.

Del don de la bendición de Noé.

Bendijo Dios á Noé y á sus hijos, según se lee en el capítulo IX del Génesis y les dijo: *Creced y multiplicaos y llenad ta tierra*, con otras cosas parecidas á la bendición de Adán y Eva; pero añadió dos circunstancias que no debemos pasar en silencio. En primer lugar les dijo: *Alimentaos de todo lo que tiene vida y movimiento; os he entregado estas cosas del mismo modo que las legumbres y las hierbas del campo; solamente os prohibo comer carne de la que no se haya extraído la sangre.* La tierra es la bienaventurada Virgen; y es también la Sagrada Escritura de la que sale todo cuanto conserva la vida. Según el sentido alegórico Dios concedió á José todos los bienes espirituales, menos el de que se alimentara del Cuerpo y Sangre de Jesucristo como lo hace hoy la Iglesia. No comió, pues, la Carne de Jesús á quien llevó en brazos, y no bebió su Sangre, por haber muerto antes de la institución del Sacramento del altar. Pero en figura comió de todos los demás animales, pues comprendió los Profetas, penetró los misterios de los salmos y los enigmas de los Patriarcas, estando como estaba iluminado del Espíritu Santo, de la Santísima Virgen y del mismo Cristo que se los interpretaban. ¡Oh! ¡cuántas veces ya estando en casa, ya fuera de ella, la Santísima Virgen preparó á José como alimento la sustancia de los Profetas, dándosela en pasto espiritual! José no comió carne mezclada con sangre, pues Dios quiso que observara las prescripciones legales.

© Biblioteca Nacional de España

En segundo lugar dijo el Señor á Noé: *Esta es la señal de la alianza que establezco entre mí y vosotros. Pondré mi arco en las nubes del cielo y será señal de la alianza entre mí y la tierra. Y cuando yo cubriere el cielo de nubes, aparecerá mi arco en ellas. Y me acordaré de mi alianza con vosotros y con toda ánima viviente que vivifica la carne, y ya no habrá más aguas de diluvio que destruyan todos los vivientes.*

Para comprender esto más claramente, siempre tomándolo en sentido alegórico, hay que tener presente la época en que vivía San José. El demonio tenía inundada la tierra toda con el diluvio de la ignorancia, de la infidelidad y de las malas pasiones, pues los romanos, señores de casi todo el mundo, eran idólatras, y los judíos por sus pecados no agradaban á Dios. No por otra causa estaban sometidos al dominio de los infieles, y pusieron el colmo á sus crímenes crucificando al Cristo. Está muy puesta en razón la creencia que eran muy contados los hombres que, conservando la fe en la Providencia divina, observaban los preceptos de la ley natural ó que viviendo bajo la ley de Moisés merecieran ser salvos por su fe en la venida del Cristo. Estos se parecían á Noé, quien según el historiador Josefo, rogaba sin descansar al Señor que no hiciera perecer al género humano en las aguas del diluvio. Pedían, pues, y esperaban la venida del Señor en carne, bien así como el Profeta cuando exclamaba: *¡Ojalá que rasgaras ya los cielos y bajaras á la tierra!*

Hay que notar, en segundo lugar, que el arco iris, como lo enseña Santo Tomás, significa el Cristo. Nadie duda de que cuando las Sagradas Letras nos hablan de las nubes, nos están hablando de los Santos; los cuales si por su cuerpo se inclinan á la tierra, se elevan con el espíritu sobre todo lo terreno, y temperan el ardor de las pasiones terrenales con sus ejemplos, con sus palabras y con sus escritos.

© Biblioteca Nacional de España

Comunican, asimismo á los hombres terrenos el poder de hacer germinar las virtudes. Las nubes son, pues, una alegoría exacta de los Santos. Después de lo dicho hay que ser ciego ó muy poco perspicaz para no ver que la bendición de Noé ha brillado con una luz más clara en San José. Este, pues, y la Santísima Virgen fueron en su época las nubes en las cuales estuvo puesto el Cristo, verdadero arco iris. Desde que hubo aparecido no era ya de temer para en adelante el diluvio del error, puesto que dijo: *Estaré con vosotros hasta el fin de los siglos.* San José recibió, pues, la bendición de Noé. No temas, ni vaciles en creerlo así, amable lector, y si se te resistiera algo creer la sublime dignidad de San José, acuérdate de que, según la opinión común de los Doctores, el arca de Noé fué figura de la Santísima Virgen. Si esto es así, Noé lo fué también de José; y como la persona figurada recibe mayores dones que aquella que la figura, es preciso tener enferma la inteligencia para no creer cordialmente hallarse con mucha mayor perfección en José la bendición dada por Dios á Noé.

CAPÍTULO IV.

Del don de la bendición de Jacob.

Léese en el capítulo XXVII del Génesis haber Isaac bendecido á Jacob con las siguientes palabras inspiradas del Espíritu Santo: *Que Dios del rocío del cielo y de la grosura de la tierra te dé abundancia de vino y aceite; que te sirvan los pueblos y te adoren las tribus. Sé el Señor de tus hermanos, y ante tí se inclinen los hijos de tu madre. Maldito*

© Biblioteca Nacional de España

sea quien te maldijere, véase colmado de bendiciones el que te bendijere.

Esta bendición abarca cinco extremos, á saber: la abundancia de lo necesario para la vida; la dignidad concedida á los buenos; el respeto de los pueblos; el alejamiento de los malos y el don copioso de bienes.

Para comprender mejor la primera de las bendiciones en el sentido alegórico, hay que tener en cuenta que en la Escritura el Cristo viene significado por la lluvia y el rocío. El Salmista dice: *Bajará como lluvia sobre el vellón... y como el rocío sobre Hermón;* y la Iglesia canta: «Descenderá como el rocío á las entrañas de la Virgen.» Como hemos dicho más arriba, la tierra es la figura de la santísima Virgen y la grosura de la tierra es la humildad en las cosas temporales, humildad en la cual puso Dios los ojos. Asimismo el Cristo está figurado por el trigo que en la Iglesia sirve para hacer el Pan sagrado; y en este sentido leemos en los salmos: *Multiplicaste sus frutos, su trigo y su aceite.* Él es aquel vino del cual está escrito: *Bebed, amigos míos, y embriagaos, amadísimos.* El rocío del cielo significa igualmente la gracia de la contemplación y la grosura de la tierra significa la gracia de la acción; de ella nos viene el trigo de la fe y el vino de la esperanza que alegra el corazón. San Pablo dice: *Gozaos en la esperanza.* El óleo, en fin, indica la efusión de la caridad. Por lo que queda dicho se viene en conocimiento de cuan propicio todo ello es para los cuerpos. José tuvo la dicha de gozar de todos los bienes que llevamos enumerados.

Haremos notar aquí que José tuvo trigo en abundancia, pero no tuvo pan, puesto que el Cristo no era pan todavía, mas sí que era el trigo que debía ser molido por las pasiones de los judíos. Teniendo esto en cuenta, antes de la pasión dijo ser el grano de trigo: *En verdad, en verdad os digo*

© Biblioteca Nacional de España

que si el grano de trigo no cae en tierra y allí muere, quedará solo. (1).

La segunda bendición por nosotros llamada de la dignidad de buenos viene explicada en las siguientes palabras: *Sirvante los pueblos y adórente las tribus: sé el Señor de tus hermanos.* Los pueblos son los gentiles, las tribus son los judíos, los hermanos son los cristianos. Ó bien; los pueblos son el pueblo judío, las tribus son sus jefes, los hermanos son los Patriarcas y los Profetas. Los gentiles llamados á la fe han servido á San José con los honores que le han tributado, con los presentes que le han hecho y con los libros que de él han escrito. Asimismo los judíos y los cristianos han honrado de consuno á San José como esposo de la Santísima Virgen, como á respetuoso protector de la misma, como padre putativo del Salvador y como su nutricio amantísimo. En fin, entre los Patriarcas y Profetas José es como señor á causa de la caridad de su visión, (pues muchos fueron los Reyes y Profetas que desearon ver lo que él vió y no lo consiguieron), á causa de su gran perfección y á causa de la insigne gloria de que su nombre está rodeado; pero singularmente por haber llevado el nombre de padre de Dios y sido esposo de la Reina del mundo.

La tercera bendición viene expresada en los siguientes términos: *Y que se inclinen ante tí los hijos de tu madre.* Estos son, á no dudarlo, los judíos que creyeron en el Cristo y las naciones de la Siria y Oriente, que tienen por costumbre celebrar con mucha solemnidad y regocijo la fiesta de San José. Gracias á Dios en el Occidente, el Espíritu Santo ha inspirado á los pueblos tributar á San José particulares obsequios, y tenemos por cierto que muchos son los males de que nos hemos librado y abundantes los favores

(1) Joan. XII.

© Biblioteca Nacional de España

que hemos obtenido por los méritos y plegarias de San José. Oh pueblos, bendecid á San José, si queréis veros colmados de bendiciones.

Aun cuando sólo hayamos tocado ligeramente estas cuestiones, resulta evidente que las cinco bendiciones de Jacob se hallan en grado excelente en San José. Lejos de afectar á la claridad el que hayamos reunido en tres artículos estas cinco bendiciones, resultan más unidas y brillan más con los destellos que mutuamente se comunican.

CAPÍTULO V.

Del don de las bendiciones de cada hijo de Jacob en particular.

Las bendiciones de los doce hijos de Jacob que nos refiere el capítulo XLIX del Génesis son famosas y tienen particulares efectos y propia virtud. Bien que todas ellas vengan designadas con el nombre de bendiciones, algunas son profecías y otras más que de bendiciones tienen el carácter de maldiciones. No hablemos más que de aquellas. Escrito está en el referido capítulo de Génesis: *Judá tus hermanos te alabarán, tu mano pondrá el yugo á tus enemigos, y te adorarán los hijos de tu padre. Judá es el cachorro del león. Te has levantado para arrebatar la presa. Para descansar te has tendido como león y leona; ¿quién osará despertarte? No será quitado el cetro de Judá, ni el principado saldrá de su posteridad hasta que venga el que debe ser enviado, el cual será la expectación de las gentes. El atará su pollino en la viña y su borrica en la vid. Lavará con vino*

© Biblioteca Nacional de España

su vestidura y su manto con zumo de uvas. Sus ojos son más hermosos que el vino y sus dientes más blancos que la leche.

Estas palabras se refieren á la caridad, que está figurada por Judá. La caridad es la virtud por excelencia; precede á las demás virtudes, las forma y las sostiene; domina los vicios, apaga el fuego de la sensualidad, sujeta á los demonios y une con el Cristo á los miembros vivos y verdaderos de la Iglesia. Meditando atentamente esta bendición se hallan en ella todas estas cosas en un magnífico sentido. Habiendo sido grandísima la caridad de San José, brillaron por consiguiente en él los abundantes frutos de esta bendición. Añádase á todo esto el sentido literal de la misma bendición, que por referirse á la venida del Cristo, es la más preclara de todas. Ninguno de los hombres de la tribu de Judá, fuera de San José, recogió del nacimiento de Cristo frutos más numerosos, más agradables y dulces. Hállase, pues, en San José la bendición de Judá más sublime y fecunda.

Sigue la bendición de Zabulón, que según el Maestro en su tratado del *Amor Divino*, significa el celo de las almas, el cual se distingue por las siguientes virtudes: Aborrecimiento del pecado; satisfacción á Dios; sobrellevar con paciencia los males; vivir mansamente entre los malos y recibir de Dios la interior iluminación y los dones espirituales. Todos estos sentidos se hallan de una manera mística en las palabras de Jacob: *Morará en las orillas de la mar*, y lo demás. No puede dudarse que José recibiera el don magnífico de esta bendición, siendo como era tan inocente y cuidadoso del Cristo, hostia de todo el mundo, aun en medio de las persecuciones, y habiendo estado constantemente advertido por los ángeles de lo que debía hacer.

Otro hijo de Jacob fué Isacar, nombre que según la glo-

© Biblioteca Nacional de España

sa significa gozo interior. La bendición que recibió expresa, cuando atentamente se examina, los caracteres de este gozo interior: 1.° el gozo interior excluye toda falsa delectación; 2.° disipa la vana perturbación; 3.° recompensa los trabajos; 4.° da firmeza á la mente; 5.° fortifica el ánimo; 6.° humilla al hombre; 7.° levanta el ánimo; 8.° se desase de la tierra; 9.° goza de descanso; 10.° atribuye y dirige á Dios toda gloria.

Hemos querido enumerar las propiedades del gozo interior porque creemos que exceptuada la Santísima Virgen, no hay mortal que haya gozado del gozo interior en grado tan elevado como San José, á causa de la presencia de su celestial Esposa, de los tiernos cuidados que prodigó al Niño Jesús y de la protección que los ángeles le dispensaban. El alma devota y dada á la vida interior, meditando con profunda atención reconoce en San José cualidades más elevadas que las que nosotros hemos expuesto imperfectamente escribiendo; pero que mediante un esfuerzo de ánimo hemos dado á conocer. Nuestra alma cree de San José mayores cosas y las cree con entera certidumbre, y si las deja contemplar y discernir á las inteligencias mejor dispuestas, no obstante se guarda de prometerse explicar todo lo que piensa.

Viene luégo la bendición de Dan, concebida en los siguientes términos: *Dan juzgará á su pueblo, como las otras tribus de Israel.* Dice la glosa que las funciones atribuidas á Dan son reprimir, reprender, condenar y castigar los pensamientos voluptuosos, por cuyo motivo fué llamado con mucha razón Dan, esto es, juicio. Lo que más arriba hemos dicho de los profundos pensamientos de San José, prueba de una manera evidente que obtuvo el fruto de esta bendición. El es aquel Dan que en el juicio venidero, juzgará al pueblo de Israel, sentado con el Juez su-

© Biblioteca Nacional de España

premo, oyendo con Él y aprobando su juicio. Ninguno de los Padres del Antiguo Testamento argüirá mejor que José de la ingratitud más insigne á las tribus de Israel que crucificaron tan cruelmente al Salvador del mundo, criado por él en medio de los judíos. El mismo, junto con su Esposa, sufrió del mismo pueblo judío innumerables vejaciones. Puede, pues, con justicia aplicarse á José la bendición de Dan.

He aquí la bendición de Gad: *Gad, armado combatirá delante de Israel, y él mismo será armado hacia atrás.* Los que combaten contra la piedad pueden considerarse como armados hacia atrás. Combatiendo José en una guerra justa contra los tiranos y perseguidores del Cristo y sus fieles, secundada su prudencia por el aviso divino, abandonando su país y morando en tierra extranjera, José fué otro Gad.

La bendición de Neftalí dice: *Neftalí es como un ciervo suelto; de su boca salen frases magníficas.* Dice la glosa que la palabra Neftalí significa contemplación de las cosas invisibles por medio de las visibles acompañadas de doctrina. Este ciervo suelto que se eleva de la tierra sin dejarla, indica perfectamente este género de contemplación. Considérese que á José, después de su Esposa, es á quien mejor conviene esta bendición. No debe ponerse en duda que habiendo Dios héchose hombre, para que por medio del hombre le conociéramos y para que por la naturaleza visible remontemos el pensamiento á la invisible, la Santísima Reina del mundo y José obtuvieron los frutos de esta bendición. Dios hecho hombre vivió con ellos, fué por ellos criado y á ellos llenó de encanto con las primeras palabras. ¿Oh dichoso José, cómo si sois un ciervo hacéis magníficos discursos? Los ciervos no hablan, pero lo hacéis vos, diciéndose que el ciervo habla en igual sentido que se os llama ciervo. Sois ciervo por la imitación de sus actos, y con vuestra contem-

© Biblioteca Nacional de España

plación proferís magníficos discursos. Cuán bellas son vuestras palabras, dichoso Padre, puesto que habéis enseñado á hablar al mismo de quien está escrito: *Derramada está la gracia en tus labios, por cuyo motivo te bendijo Dios para siempre.* El mismo que da elocuencia á los labios de los niños ha comenzado á hablar en vuestros brazos y descansando en vuestro pecho. Bien puede, pues, llamárseos Neftalí que pronuncia magníficas frases.

Hablemos ahora de la bendición de Aser, concebida en los siguientes términos: *El pan de Aser será jugoso, y dará delicias á los reyes.* Aser significa pórtico. El pan es el Cristo, que dijo de sí mismo: *Yo soy el pan vivo;* del mismo se dice en el salmo XLIV: *Te ungió Dios, el Dios tuyo con óleo de alegría, con preferencia á tus compañeros.* La dignidad de esta bendición se acomoda perfectamente á San José, puesto que fué el atrio de la Santísima Virgen, cuya majestad está designada por la hermosa puerta del templo. El Cristo es el pan sustancioso que hace las delicias de los reyes. La glosa dice sobre el particular: «¡Oh qué pan el suyo! ¡qué delicias las suyas! ¡Cuán sabroso es para tales reyes! Estos reyes han penetrado ya en el palacio nupcial, han tomado asiento en el banquete eterno; se alimentan ya de este pan de los ángeles en las delicias eternas; ya se embriagan en un torrente de delicias, no saciándose jamás de las de Aser.» La bendición, pues, de éste conviene de una manera bellísima á San José.

Esta sería la ocasión, este el lugar para hablar de la bendición de José, hijo de Jacob; pero renunciamos á ello por haber hablado suficientemente de lo mismo por boca de San Bernardo en otro lugar.

Concluiremos, pues, por la bendición de Benjamín, contenida en estas palabras: *Benjamín lobo rapaz, por la mañana comerá la presa y por la tarde repartirá los despojos.*

© Biblioteca Nacional de España

Esta bendición contiene tres cosas: 1.ª La libertad de todos los perdidos por el pecado; 2.ª La acción de gracias por esta libertad; 3.ª La alegría de todos y de cada uno en la gloria por esta libertad. Habiendo sido estas tres cosas efectuadas por la virtud del Cristo, debe atribuirse especialmente su fruto á San José por haber sido reputado padre del Cristo; por haber sido su celoso nutricio; y por haber sido el primero entre los que han amado y venerado sus hechos. De lo dicho resulta evidentemente que convienen verdaderamente á José las bendiciones de los hijos de Jacob.

Todo esto se hará más claro para quien se eleve á una contemplación más sublime, puesto que el Cristo ha sido figurado por los Patriarcas, designado en sus acciones y oculto bajo la letra de la Sagrada Escritura. Si levantamos este velo descubriremos al Hijo de la Santísima Virgen y de San José, pues pasaba por tal. La letra tiene este verdadero sentido por voluntad de Dios que la ha dictado, y que ha unido consigo á San José más estrechamente que á cualquier otro hombre.

CAPÍTULO VI.

Del don de las bendiciones de Balaam.

Léese en los capítulos XXIII y XXIV de los Números que Balach, rey de los Mohabitas, envió una embajada á Balaam para que viniera y maldijese al pueblo de Israel que iba á combatirle. Balaam, movido por el espíritu de Dios, lejos de maldecir, bendijo cuatro veces á Israel. La primera de las bendiciones era relativa al estado del pueblo de Israel en aquella época, la segunda á su pasado, la tercera á su por-

© Biblioteca Nacional de España

venir, y la cuarta mejor que bendición fué una explicación de la causa de dichas bendiciones. La primera bendición se lee en el capítulo xxiii del Libro de los Números, y está concebida con las siguientes palabras: *Le veré desde lo alto de las rocas y desde las colinas le miraré. Este pueblo estará solo y no será confundido con las naciones. ¿Quién podrá contar los granos de polvo de Jacob y conocer el número de los descendientes de Israel? Muera yo la muerte de los justos y mi fin sea semejante á la suya.* Esta bendición explica en el sentido místico la vida dichosa de un hombre muy perfecto. Esta vida tiene cinco condiciones.

La primera es la elevación de los pensamientos, bien sea por la imitación de los ángeles (desde lo alto de las rocas), bien por el ejemplo de los hombres santos, á quienes suele dar la Escritura el nombre de colinas. Estos alientos y vuelos hacia lo alto se perfeccionan y fortifican con la contemplación de Dios; por cuyo motivo dice: *Le miraré.*

La segunda condición consiste en el alejamiento de la compañía de los malos, bien estos sean hombres, bien demonios. He ahí porque dice: *Este pueblo estará solo.*

La tercera condición de la vida perfecta consiste en la perfección de las acciones ya interiores, ya exteriores. Las acciones exteriores están siempre turbadas por el polvo de las cosas terrenas, conforme lo dice el Salvador: *Marta, Marta, estás agitada y turbada por muchas cosas.* La simplicidad y la pureza interior producen varios efectos, como dice el Salmista: *El día habla con el día.* El interior está claramente indicado con el nombre de Israel, y el exterior con el de Jacob. *¿Quién podrá contar los granos de polvo de Jacob y conocer el número de los descendientes de Israel?*

La cuarta condición consiste en la multiplicación de la raza tomada en sentido espiritual, de lo que hemos hablado ya.

© Biblioteca Nacional de España

La quinta es el descanso final, que es doble y consiste en una buena muerte y en la beatificación; por cuyo motivo dice: *Muera yo la muerte de los justos y que mi fin sea semejante á la suya.* Estas bendiciones convienen perfectamente á San José por sus pensamientos angélicos, por su virtud excelsa, por la inmunidad de pecado y por su virginidad celestial. Vivir en la carne pero ajeno á la carne no es cosa humana sino angélica. La segunda condición acompaña necesariamente la primera. La excelencia de las acciones interiores y exteriores de San José está patente en sus relaciones con el Cristo y la Santísima Virgen, en el amor especial que les tuvo, y en la fidelísima manera como les sirvió. De ahí se sigue la cuarta condición, pues que remontándose tanto en las vías del espíritu vivía familiarmente con Dios y con los ángeles. Por fin tuvo una muerte dichosa y apacible gracias á vida tan santa, á la paciencia con que sobrellevó la enfermedad y á la presencia de Jesús y de María. Por todo lo dicho resulta con toda evidencia que San José obtuvo mucho más que Israel los frutos de la primera bendición de Balaam.

La segunda viene concebida en los siguientes términos: *No hay ídolo en Jacob, ni estatuas de divinidades en Israel. El Señor Dios está con él y le precede el estruendo de una real victoria. El Señor lo sacó de Egipto, y su fuerza es como la del rinoceronte. En Jacob no hay augures, ni se hallan adivinos en Israel. El tiempo proclamará los maravillas obradas por Dios en Jacob y en Israel. Este es el pueblo que se levantará como leona y se erguirá como león. No se recostará hasta haber devorado su presa y bebido la sangre de los que habrá matado.* Esta bendición conviene á José en sentido alegórico, que es magnífico, y contiene muchas particularidades de las que hay que hablar detalladamente. La primera es el culto sincero tributado á

© Biblioteca Nacional de España

Dios: San José jamás se manchó con la idolatría. La segunda es la presencia divina: *Dios está con él*, y está por modos admirables é insólitos venerados por los mismos ángeles. Dios estuvo en efecto con San José como un hijo con su padre, como un niño con quien lo alimenta, como un inferior con su superior. La tercera es la fama de los hechos de Dios. *Le precede el estruendo de una real victoria;* está dicho. Esta victoria es la alcanzada por Cristo sobre el demonio, cuando dijo el Señor: *Ahora el príncipe de este mundo va á ser arrojado de él.* Este estruendo fué oído de José con el conocimiento profundo que tenía de las Sagradas Escrituras, por las revelaciones angélicas, y por el uso de los sentidos corporales de la vista y del tacto. La cuarta es la asistencia divina en las tribulaciones que conturbaron á José en la huída á Egipto para librarse de la ira de Herodes, durante su permanencia en Egipto, y á su regreso al país de Israel. *Cuya fuerza,* está escrito, *es semejante á la del rinoceronte.* Este animal armado por la naturaleza con un solo cuerno en la frente es más fuerte que los demás cuadrúpedos. La quinta es la gran pureza de corazón por la cual se ponía en manos de Dios con toda su alma, despreciando cualquier socorro que fuese opuesto á la voluntad divina. Ningún cuidado tenía por el porvenir, sino en cuanto pendía de la voluntad manifiesta de Dios. La mayoría de los mortales pecan de falta de confianza en Dios, y oprimidos del pecado recurren á dioses extraños. En su ignorancia adoran los ídolos y miran al verdadero Dios como su enemigo. De ahí que entre ellos se adore al becerro de oro y domine el orgullo de un espíritu soberbio y el amor de los placeres de la tierra. Se dedican á prácticas supersticiosas para conocer el porvenir. Nunca José se aproximó á ídolo alguno, porque jamás apeteció nada de lo terreno, como no fuera para conformarse con la voluntad de

© Biblioteca Nacional de España

Dios. Abominó los augurios, puesto que creía firmemente que Dios velaba sobre todas las cosas. Asimismo despreciaba las adivinaciones, puesto que sabía que el Dios inmortal creador de todo, todo lo gobierna con su Providencia. La sexta es el conocimiento cierto de todas estas virtudes.

Para mejor inteligencia de lo dicho, hay que hacer notar que el conocimiento de las cosas espirituales que se tiene por la vía común de la fe y no por una elevación ó iluminación particular del alma, recibida especialmente de Dios; el conocimiento, repetimos, de las cosas espirituales que no miran á la humana salvación, no viene sino por una larga sucesión de tiempo, para que se asiente la fe y la creencia en estas cosas resulte más cierta. Tal es el conocimiento del dogma de la Santísima Trinidad, de la altísima dignidad de la Virgen Santísima resultante de la encarnación en ella del verbo de Dios, de la autoridad del Soberano Pontífice. Si la naciente Iglesia hubiese escrutado misterios tan grandes, hubiera tal vez sentídose oprimida bajo el peso de tanta majestad. Bastábale al género humano tener de ello conocimiento, en cierto modo intrínseco, y lo mismo sucedió con la excelencia del excelso San José. Este conocimiento existía, pero en estado latente, en los fieles, hallándose contenido en el nombre de esposo de la Santísima Virgen, y de nutricio y padre putativo del Hijo de Dios. De este modo podemos considerar la altitud de su santidad, pero con mirada envuelta, para la mayor parte de los hombres, en algunas sombras. En su tiempo en Jacob, esto es, entre los fieles que llevan una vida activa, y en Israel, esto es, entre los que se señalan por su espíritu contemplativo y su ciencia, se referirán las maravillas obradas por Dios en San José. Y es á justo título que se dice: En él, porque las cosas hechas fuera de él le fueron conocidas con el conocimiento del verbo de Dios hecho carne, mientras que las cosas hechas

© Biblioteca Nacional de España

en él no lo fueron sino en su tiempo, es decir, en estos últimos tiempos en los cuales la Santa Iglesia Romana ha permitido que San José, esposo de la Santísima Virgen fuera honrado con fiestas públicas. He leído libros escritos por hombres sencillos, pero buenos, y he visto hombres distinguidos por su inteligencia, trabajar con todas las fuerzas de su ingenio unos y otros con el objeto de dar á conocer á su época las obras de Dios en San José.

La última particularidad consiste en la insigne alegría que dará en el porvenir á la Iglesia militante el conocimiento cierto de la santidad del excelso José. En efecto, el Espíritu Santo no dejará de tocar el corazón de los fieles hasta que la universalidad de la Iglesia militante acuerde con sumo regocijo para el preclaro José nueva veneración, funde monasterios, y eleve templos y altares en honra suya. Todas estas cosas están designadas con imágenes místicas.

CAPÍTULO VII.

De los dones de las demás bendiciones de Balaam.

La tercera de las bendiciones de Balaam está expresada con las siguientes palabras, sacadas del capítulo XXIV del Libro de los Números: *¡Oh cuán bellos son tus tabernáculos, Jacob, y tus pabellones, oh Israel! Son como valles de árboles frondosos, como huertas de regadío junto á los ríos, como tiendas que el Señor mismo ha fijado, como cedros plantados cerca de las aguas. Fluirá perennemente el agua de su arcaduz, y su descendencia crecerá como las copio-*

© Biblioteca Nacional de España

sas aguas. Su rey será desechado á causa de Agag, y le será quitado el reino. Sacó Dios del Egipto al pueblo suyo, y su fortaleza es como la del rinoceronte. Devorará los pueblos que sean sus enemigos, les desmenuzará los huesos y atravesarlos ha con saetas. Se echará á dormir como león y como leona, á quien nadie osará despertar. Quien á ti te bendijere, también él será bendito; aquel que te maldijere por maldito será tenido. Estas palabras describen la inenarrable belleza de la bendición de San José. Puede en efecto llamarse belleza el variado conjunto de los dones que constituyen la santidad: el Espíritu Santo usa muchas veces la misma expresión en el *Cántico de los Cánticos*. El primer don espiritual que se halla en San José consiste en la integridad de todas sus virtudes, así como la integridad de los miembros del cuerpo forma la belleza corporal; de manera que los que carecen de algún miembro, carecen por lo mismo de belleza. La integridad de todas las virtudes brilló en San José en la inteligencia práctica designada por Jacob, en la inteligencia especulativa designada por Israel, en las afecciones sensibles, que puede llamarse un valle umbrío, pues la carne hace seguidamente las veces de tupido velo que detiene las iluminaciones del cielo, y por fin, en los deseos de la inteligencia que se mantiene sumisa á Dios y logra recibir y se goza en las irrigaciones celestiales; y en los beneficios recibidos de Dios, cuya mano, firmeza y fortaleza se hallan en los actos de sus virtudes para manifestar la gloria de su autor.

En segundo lugar la belleza corporal requiere la proporción en los miembros. Esta proporción en las virtudes consiste en la excelencia de los actos que de ellas resultan. En efecto, es cosa indigna que un número considerable de virtudes no produzca más que actos de poca monta, por buenos que ellos sean, puesto que el efecto del fuego debe ser

© Biblioteca Nacional de España

calentar mucho. Las obras de San José fueron altísimas como los cedros del Líbano, cuyo fruto sólo cae en las almas colmadas de gracias divinas.

Por último, el brillo es otra de las cualidades que constituyen la belleza corporal. Se tiene por costumbre calificar de bellos aquellos objetos que tienen un color brillante. El Cristo, verdadero sol, brilló en las obras de San José, cuya luz se reconoce en la decadencia del reino de los Judíos en tiempo de San José; en su huída, en su destierro, en su regreso de Egipto; en la prudencia y valor con los cuales conservó sano y salvo al Hijo de Dios contra la ira de los reyes que le perseguían; de lo que resultó que los enemigos de José y el poder que tenían fué aniquilado por los gentiles, es decir, por los romanos. En su muerte el excelso José se recostó como león valerosísimo y fuertemente armado por la fe de Cristo. No hubo demonio que se atreviera á turbar el descanso de José, y al descender al Limbo donde los Padres estaban detenidos, les anunció con la gran virtud de Dios la venida del gigante que corría por la carrera de la vida de los mortales. En fin, el brillo futuro de la dignidad y del renombre de San José debía ser muy grande en estos últimos tiempos, en los cuales el que le maldiga caerá bajo el peso de las más terribles maldiciones, á causa de la dignidad del Hijo de Dios que se dignó llamarle padre suyo. ¿Y dejará de verse colmado de bendiciones el que bendiga á San José? Es imposible que así no sea cuando se bendice al Santo más colmado de méritos, piadosísimo y poderosísimo.

La cuarta y última bendición de Balaam, que mejor es una causa que una bendición en sí, consiste en la descripción de la venida del Cristo, expresada en los siguientes términos: *Nacerá una estrella de Jacob y se levantará un tallo de Israel...* Está fuera de duda que la excelencia de

© Biblioteca Nacional de España

San José está basada en la encarnación del Cristo y en sus desposorios con la Santísima Virgen. Para participar en una obra tan grande José recibió del cielo una suma increíble de dones de Dios.

CAPÍTULO VIII.

De los dones de las bendiciones dadas por Moisés al pueblo de Israel si observaba los preceptos del Señor.

Las bendiciones dadas por Dios por conducto de Moisés al pueblo de Israel que guardara los mandamientos del Señor vienen escritas en el capítulo XXVIII del Deuteronomio con las siguientes palabras: *Serás bendito en la ciudad y en el campo. Lo serán asimismo tus hijos, los frutos de tus campos, los de tus jumentos, los de tus ganados, y lo serán tus ovejas. Benditos serán tus graneros y lo serán también tus repuestos. Bendito serás al entrar y al salir. Hará el Señor que los enemigos que se levanten contra tí caigan delante de tí; vendrán por un camino contra tí y huirán por siete caminos. Bendecirá el Señor tus bodegas y todas las obras de tus manos; te bendecirá igualmente en la tierra que te correspondiere. Se suscitará en tí un pueblo santo, conforme te lo tiene jurado. Si guardares los mandamientos de tu Señor y Dios y anduvieres por los caminos que te ha trazado, todos los pueblos de la tierra verán que llevas con verdad el título de pueblo de Dios y te temerán. Te dará el Señor abundancia de bienes así en hijos como en el fruto de tus jumentos y en los de la tierra; de aquella tierra que juró á tus padres que te daría. Abrirá el Señor el cielo, que es su tesoro riquísimo y llo-*

© Biblioteca Nacional de España

verá sobre tu tierra en tiempo conveniente. Bendecirá todas las obras de tus manos, y mientras darás á préstamo á muchas gentes, tú no pedirás prestado á nadie. Te pondrá el Señor á la cabeza de las naciones, y nunca tras ellas y estarás siempre encima y nunca debajo. Estas bendiciones tomadas en el sentido místico se manifiestan todas en el excelso José. Fué bendecido en la ciudad, esto es, en el alma comparada á una ciudad; lo fué en los campos que figuran el cuerpo; fuélo igualmente en el fruto de su vientre, que significa la capacidad de un alma racional, y por la que son engendradas todas las virtudes; lo fué también en sus ganados y en los demás animales, es decir, fué señor de sus sentidos interiores y exteriores. Fué bendecido en el Cristo, fruto de la tierra, esto es de la Santísima Virgen su esposa. San José fué bendecido en sus graneros, esto es, en los dones del Espíritu Santo, de los cuales está colmado para conservar, aumentar y ensanchar de día en día en él la vida espiritual. Al comienzo de las tribulaciones fué bendito por la paciencia, y á la conclusión por la alegría. Los enemigos de José cayeron delante de él por la compresión de las fuerzas de aquéllos, como se manifiesta con los demonios; los reyes que le persiguieron recibieron castigos temporales; vió su muerte y evitó su cólera. Salieron á perseguirle por un solo camino, es decir, por la sugestión del demonio, y bajaron vencidos al infierno por muchas vías derribados por las numerosas virtudes celestiales y terrenas de José. Después de haber vencido á sus enemigos, viviendo en reposo con la Reina del mundo y el Cristo Dios, vió llenas sus bodegas, es decir, fué colmado de los dones interiores del Espíritu Santo y del mérito de las buenas obras, en los solícitos cuidados con que atendia á las necesidades del Cristo, Dios inmortal. Fué bendito en su tierra, esto es, en la Santísima Virgen que recibió por es-

© Biblioteca Nacional de España

posa, y queriendo el Señor honrar su nombre, le puso como jefe y patrón al frente de la Iglesia militante, y en consecuencia antes del día del juicio venidero todos los pueblos conocerán, venerarán y adorarán el nombre del Señor y los magníficos dones dispensados por Dios á San José, dones que por tan largo período de tiempo ha querido permanecieran poco menos que ocultos. Entonces será cuando el nombre de José abundará en todos los bienes de la tierra: se erigirán templos en honra suya; los pueblos celebrarán sus fiestas y le harán votos, porque el Señor abrirá los oídos de su inteligencia, y habrá grandes hombres que escrutarán los dones interiores de Dios ocultos en San José, y hallarán un tesoro tan precioso como no se halla otro en ningún Padre del Antiguo Testamento. Todo esto sucederá principalmente por ilustraciones debidas á los Santos ángeles. San José desde lo alto del cielo derramará abundancia de gracias en el pueblo que le invocará, y él, continuando en la majestad de su gloria nada les deberá á los mortales. El nombre de San José figurará con insigne honor en el calendario de los santos, y ya no será contado entre los últimos sino que irá á la cabeza de todos. Se celebrará en honra suya una fiesta muy principal y venerable, pues mandará el Vicario de Cristo en la tierra, por inspiración del Espíritu Santo, que la festividad del padre putativo del Cristo, esposo de la Reina del mundo, varón santísimo, se celebre en toda la extensión de la Iglesia militante. De este modo acontecerá que aquel que en el cielo ha estado siempre en lugar eminente, merezca en adelante acá en la tierra la misma consideración. Después de haber reflexionado atentamente en estas bendiciones aplicadas á San José, se las ve brillar en él con tanta mayor claridad, cuanta es mayor la de las cosas espirituales sobre las terrenas y la de las superiores sobre las inferiores. Con todo, estas considera-

© Biblioteca Nacional de España

ciones reclaman una mente que sepa desprenderse de las ataduras de la costumbre para servirse de la clara luz de la inteligencia. Una mente preclara, iluminada por esta luz, no dudará en reconocer que aquel á quien Dios inmortal se ha dignado llamar padre suyo, recibió del cielo dones inefables.

CAPÍTULO IX.

De los dones de las bendiciones dadas por Moisés á los hijos de Israel.

Vengamos ahora al examen de las bendiciones dadas por Moisés á los hijos de Israel, tales como se leen en el capítulo XXXIII del Deuteronomio. Dijo á Rubén: *Viva Rubén y no muera, aunque su número sea reducido.* Á lo que la glosa añade: grandísimo en la fe. En estas palabras se contienen cuatro bendiciones: 1.ª La vida por la gracia. 2.ª La inmunidad del pecado actual por la inocencia. 3.ª La excelencia de la dignidad por el reducido número de los escogidos. 4.ª La majestad de la fe por el conocimiento de los misterios más elevados. Tenemos la seguridad de que José ha poseído todas estas gracias.

Viene luégo la bendición de Judá, concebida en los siguientes términos: *Oye, Señor, la voz de Judá, y dale entre su pueblo la parte que le tienes asignada. Sus manos combatirán por Israel, cuya ayuda será contra los que lo ataquen.* Estas palabras contienen también cuatro bendiciones.

La primera consiste en oir favorablemente las oraciones, y por ahí San José queda designado como quien debe ser continuamente mediador entre Dios y los hombres.

La segunda consiste en la introducción en el pueblo,

© Biblioteca Nacional de España

cosa que indica que José conserva á los elegidos en este mundo, hasta haberlos introducido en su pueblo.

La tercera se reduce á la fuerza con la cual José se defendió en este mundo contra el demonio, contra la carne y contra las tentaciones del mundo mismo con la gracia, y contra los tiranos con su prudencia.

La cuarta es la protección que José dispensa á su pueblo para apartar de él los males que su ceguedad le merece en su carne, para ablandar la dureza de su corazón, para correr el velo que no le deja comprender la Ley de Moisés y para darle á conocer, en fin, que Jesús es el verdadero Mesías. Es el protector de todo el pueblo cristiano, el auxilio en la cólera del Hijo de Dios, y el intercesor y el modelo para adquirir los verdaderos bienes.

La bendición de Leví está concebida en los siguientes términos: *Tu perfección, Señor, y tu doctrina fué concedida á tu varón santo, á quien probaste en la tentación y juzgaste en las aguas de la contradicción. Aquellos que dijeron á su padre y á su madre: No os conozco; y á sus hermanos: No sé quién sois; y ni á sus propios hijos perdonaron, éstos cumplieron tus mandamientos y guardaron inviolable tu pacto. Estos enseñaron tus derechos á Jacob, y tu ley á Israel; y cuando estés irritado te ofrecerán incienso y holocausto sobre tu altar. Bendice, oh Señor, su fortaleza, y acepta las obras de sus manos. Hiere las espaldas de sus enemigos, y no levanten cabeza los que le aborrecen.*

Estas palabras contienen nueve bendiciones: 1.ª La perfección de la vida. 2.ª La profundidad de la doctrina. 3.ª La educación y conservación del Cristo. 4.ª La abnegación en todo. 5.ª La práctica fiel, así de los preceptos como de los consejos. 6.ª La intercesión por los demás. 7.ª La alegría en los sufrimientos. 8.ª La recompensa de las buenas obras. Y 9.ª La destrucción de los enemigos.

© Biblioteca Nacional de España

Todos estos dones se hallan en grado sublime en San José, quien fué de vida perfectísima, de doctrina profundísima; educó al Cristo, guardó la verdadera pobreza de espíritu, despreció cuanto halagaba sus sentidos, cumplió fielmente los preceptos y consejos, es el intercesor universal, así como es el padre nutricio de Jesús; sobrellevó los padecimientos con insigne igualdad de ánimo; es glorioso entre los ciudadanos de la celestial Jerusalén, y por sus oraciones tenemos abierta la gran vía de la victoria sobre el demonio, sobre la carne y sobre las sugestiones del mundo.

Así dice la bendición de Benjamín: *Benjamín, el muy amado del Señor, estará cerca de Él con confianza: allí morará siempre como en cámara nupcial, y reposará en sus brazos.* Sin duda alguna esta bendición conviene á José más que á cualquier otro hombre. Él fué el amado del Señor, quien quiso nacer de la Virgen, su esposa, y se dignó llamarle padre. El Señor moró, tanto en la niñez y en la adolescencia como en la juventud, bajo el techo de San José; apoyóse en sus hombros, y descansó en sus brazos.

Sigue la bendición de José: *Sea la tierra de José bendita del Señor, colmada de frutos y bendiciones del cielo, del rocío y de los manantiales que brotan de debajo de la tierra; de los frutos que son producciones del sol y de la luna; de los que crecen en la cumbre de los montes antiguos y sobre los eternos collados; de todos los frutos de la tierra y de toda la riqueza de ella. La bendición de Aquel que se apareció en la zarza venga sobre la cabeza de José, sobre la corona de la cabeza del nazareno entre sus hermanos.*

La bendición de José brilla claramente en San José, y contiene ocho bendiciones: 1.ª Consiste en gustar las dulcedumbres divinas; los frutos del cielo alimentan el afecto, y el rocío ilumina la inteligencia. 2.ª El amor de la huma-

© Biblioteca Nacional de España

nidad de Jesucristo figurado por los manantiales ocultos. 3.ª La dicha de que colman las obras del Cristo. 4.ª La dulzura de las gracias de la Iglesia, que es lo que significan los frutos producidos por la virtud del sol y de la luna. 5.ª La alegría que dan las gracias y virtudes de los antiguos Padres. 6.ª La que dan las perfecciones de los modernos, significadas ambas por los frutos que nacen en lo más alto de las montañas antiguas y sobre los collados eternos. 7.ª La satisfacción que da la gloria de la Iglesia triunfante, significada por los frutos de la tierra. 8.ª La participación del hombre en la gloria del Cristo, y es la bendición de Aquel que se apareció en la zarza.

Es innegable que José fué el primero de los hombres que gustó la dulzura del Dios humanado, siendo dichoso con poder alimentarle, servirle y protegerle de sus enemigos. Es opinión común que habitó con el Cristo hasta el fin de su vida; complacíase en ver sus obras, recreándose con Él todos los días en la tierra, como dice la Sabiduría en el Libro de los Proverbios. Alegróse de los progresos de la Iglesia, á la cual amó con suma caridad, y para la que criaba con mucha ternura al Cristo, que era su pan, su cabeza y su sacrificio. Alegróse igualmente de la santidad de los Padres, de los cuales descendía y cuyas perfecciones atesoró, y sintió la misma alegría en el progreso de los modernos, á quienes trasmitió, como un padre á su hijo, al Cristo, maestro de la perfección, su cabeza y modelo de todos. Regocijábase en esta vida por la esperanza de la gloria de la Iglesia triunfante, de cuya gloria goza ahora en realidad. Se cree racionalmente que tuvo una gran parte en la gloria del Cristo, el cual le llamó padre y no le dejó mientras tuvo vida. El Cristo ama á los que le aman, y no deja acción buena sin recompensa. Luego San José recibió plenamente todas las bendiciones del patriarca José.

© Biblioteca Nacional de España

La bendición de Gad viene concebida en los siguientes términos: *Bendito sea Gad en su extensión: se echó á descansar como un león, arrebató brazo y cabeza. Y reconoció su prerrogativa en que el Doctor debía ser depositado en su porción. El fué con los príncipes del pueblo, y cumplió los mandatos del Señor y su obligación con Israel.* La bendición de Gad contiene principalmente cuatro circunstancias: la extensión, esto es, el imperio de Dios, y el conocimiento de la fortaleza, de la sabiduría y de la justicia; conocimiento que San José atesoró perfectamente, puesto que en su casa nació el Cristo que lleva su imperio sobre sus hombros, y de quien se ha dicho: «Cíñete de tu espada, oh poderosísimo; utilízala en favor de la verdad, la mansedumbre y la justicia, y tu diestra obrará maravillas.» Cuanto más se medite en estas palabras más arcanos se descubrirán en ellas.

Asimismo dijo á Dan: *Dan, como un joven león, correrá desde Basán y se extenderá mucho.* Esta bendición contiene tres virtudes del corazón, á saber: la humildad en las obras, el valor y la abundancia de las ideas generosas, virtudes que brillan en San José mucho más que en cualquiera de los hombres de su época. Por la primera de estas virtudes fué dado por esposo á la Virgen, en cuya humildad puso Dios los ojos, pues no puede imaginarse siquiera que Dios el Padre hubiese unido un hombre orgulloso con una Virgen tan humilde. Por la segunda de dichas virtudes nutrió al león de la tribu de Judá, y mientras estaba como dormido en la humanidad le protegió contra las bestias feroces, conservándolo sano y salvo. Por la tercera de las mencionadas virtudes el mundo tiene en abundancia el Pan de los ángeles, poseyendo el tesoro de todos los alimentos espirituales y el oro de la caridad. Esta abundancia hase derramado en todo el universo por conducto de San

© Biblioteca Nacional de España

José, saltando de Basán, esto es, de los judíos, ricos con la posesión de las Leyes divinas, sedientos por su falta de inteligencia en comprenderlas, y confundidos por su ingratitud. En efecto, Basán se interpreta grosura, sequedad y confusión. Tal es la bendición de Dan.

He aquí la de Neftalí: *Neftalí gozará de la abundancia y estará colmado de las bendiciones del Señor. Poseerá el mar y el país del mediodía.* Una cuádruple bendición resalta en estas palabras. La primera es la abundancia de dones espirituales que conoció en sí y sobrellevó San José, conforme este pensamiento de San Dionisio: «Su preceptor Jeroteo, no sólo conocía las cosas divinas, sino que además las sobrellevaba.» La segunda consiste en la abundancia de las bendiciones dispensadas por el Señor á los antiguos Patriarcas, de las que nos estamos ocupando, y cuyo sentido tratamos de desenvolver, bien que balbuceando. La tercera es el dominio sobre los pecadores, figurado por el mar. La cuarta es la autoridad sobre los justos. José fué, en efecto, medianero entre los pecadores y el Salvador divino, para quienes lo criaba; fué igualmente capitán de los justos, á los cuales dejó ejemplos de todas las virtudes.

Consignaremos, por último, la bendición de Aser, concebida en los siguientes términos: *Bendito sea Aser en sus hijos. Será agradable á sus hermanos, y bañará en aceite sus pies. De hierro y cobre será su calzado. Como en los días de tu juventud, así serás fuerte en la vejez.* Esta bendición contiene la excelencia de la dignidad, una vida colmada de gracias, el fervor interior, la fuerza en las obras exteriores y una conducta inmutable en cualquier edad. Todos estos dones se hallan en San José por su dignidad de padre que le sujetaba al mismo Hijo de Dios, por los afectuosos cuidados prodigados á la Virgen Madre, por su vigilancia en guardar al uno y al otro, y por una vida

© Biblioteca Nacional de España

santísima hasta el fin de sus dias. Resulta evidente que José gozó todas las bendiciones dadas á los hijos de Israel en grado tan superior como la luz lo está con respecto á las tinieblas, las cosas espirituales lo están á las corporales, y los bienes eternos á los terrenos. En ellos estas bendiciones estaban distantes de su causa, y en José una y otras estuvieron siempre juntas; para ellos fueron pasajeras, para él son perdurables; el recuerdo de aquéllos se pierde, mas el de éste está rodeado de perenne gloria; y éstos son los motivos según los cuales se halla en grado eminente en San José la bendición dada á todos los hijos de Israel con estas palabras: *No hay otro Dios como el Dios del rectísimo ó muy amado Israel. El que está sentado sobre los cielos es su protector. Su gran poder es el que hace correr la nubes de una parte á otra. Arriba en lo más alto de los cielos está su morada, y llegan acá bajo sus brazos ó poder eterno. Arrojará de tu presencia al enemigo, y le dirá: quédate reducido á polvo. Con esto Israel estará en su país seguro y separado. Tiende, oh Jacob, la vista por tu tierra abundante de trigo y vino: el rocío caerá con tanta abundancia, que se oscurecerá el cielo. Bienaventurado eres, oh Israel; ¿quién hay semejante á ti, oh pueblo que hallas tu salud en el Señor? Él es el escudo que te cubre y defiende, y la espada que te llena de gloria. Tus enemigos rehusarán reconocerte, pero tú los sojuzgarás y pondrás el pie sobre su cuello.* Esta bendición contiene muchas cosas que hemos explicado; la fuerza, la excelencia y la sabiduría de Dios que brillaron en San José, y también la riqueza y la abundancia de dones espirituales de que estuvo lleno. Al presente San José está en la patria celestial, se le venera en toda la Iglesia militante de tal modo, que no se halla otro que pueda comparársele. Los Santos del Nuevo Testamento han sido llamados por Jesu-

© Biblioteca Nacional de España

cristo sus amigos; pero José recibió de los divinos labios el nombre de padre; honraron á la Santísima Virgen como su Reina, y José como su Esposa.

Lo que hemos dicho en pocas palabras de las bendiciones dadas á los Patriarcas, podría formar un volumen si se meditara más profundamente.

CAPÍTULO X.

De los dones de los Sacramentos de la Iglesia.

Se pregunta si San José estuvo bautizado y es probable que no. El sabio nada hace inútilmente, por cuyo motivo dice Aristóteles: «Dios y la naturaleza nada hacen en vano.» Si José fué bautizado, lo fué por su propia voluntad ó por divina inspiración. No puede afirmarse ni una ni otra cosa, porque en primer lugar lo hubiera sido en vano. El bautismo es un remedio contra el pecado original, del cual San José fué purificado por la circuncisión y por su santificación en el seno de su madre, como es creencia piadosa; luego no fué bautizado. En segundo lugar no se halla escrito en ninguna parte y este silencio no presta ningún argumento. Además el Señor comunicó al agua una virtud regenerada cuando fué bautizado por Juan en el Jordán, en cuyas circunstancias es opinión que José había ya muerto. Por todos estos motivos puede afirmarse razonablemente que no fué bautizado.

Es una nueva prueba la circunstancia de que en tiempos de San José el bautismo no era de precepto, y no lo fué hasta después de la resurrección, cuando el Señor dijo:

© Biblioteca Nacional de España

Derramándoos por el universo mundo predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuese bautizado, será salvo.

Se objeta que José participó más que cualquier otro de las gracias del Cristo, y habiendo querido el Cristo que los suyos estuviesen bautizados, es verosímil que lo fuese José. Contestaremos esta objeción con los siguientes hechos, cuyas consecuencias sacaremos.

Primero: Decir que San José fué bautizado es una mera opinión, puesto que sobre el particular no tenemos decisión alguna ni implícita ni explícita en las Sagradas Letras, y tampoco de la Santa Sede Romana, ni de doctor alguno católico respetable por su talento ó santidad.

Segundo: En punto á cuestiones de esta naturaleza hay que acordarse de la sentencia de Aristóteles: «En las cosas ocultas ó difíciles hay que contentarse con lo que se dice razonablemente.» Platón es del mismo sentir en punto á las sustancias inmateriales.

Tercero: Hay que distinguir tres épocas, á saber: la primera es aquella en que la circuncisión era de precepto, que fué la anterior á la predicación del Cristo. La segunda aquella en que fué de consejo, esto es, antes de la promulgación del Evangelio. La tercera aquella en que el bautismo es de precepto y la circuncisión abolida, es decir, después de la promulgación del Evangelio. En cambio no ha existido época en la cual el bautismo estuviese prohibido y no fuese de consejo, por ejemplo en tiempo de la Ley y durante aquel en que Juan lo administraba.

Cuarto: Hay que tener presente que existen dos opiniones acerca la muerte de San José; unos piensan que murió antes de la predicación de San Juan Bautista, y otros lo dudan.

Quinto: El Cristo es la causa del carácter bautismal, por

© Biblioteca Nacional de España

ser Él quien bautiza, absuelve y santifica; de ahí que la forma del bautismo, el agua natural, y el rito no tienen necesidad alguna en comparación del Cristo. Él bautiza efectivamente sin agua, infundiendo la gracia y perdonando enteramente los pecados sin el contacto del agua, como se manifiesta en los catecúmenos, no debiendo jamás creerse que los sacramentos tienen sujeto el poder divino.

De estas premisas sacaremos la siguiente conclusión: si José vivió entre los mortales en la época del bautismo de Juan, es verosímil pensar que lo recibió, en primer lugar por haber habido muchos judíos esclarecidos que fueron bautizados por devoción, y José era entre éstos de los más ilustres y piadosos; en segundo lugar por conocer con mayor certidumbre la santidad de su deudo Juan, y en fin por imitar al Cristo, cuyas acciones debió José observar é imitar virilmente.

Decimos en segundo lugar que si José vivió en la época en que el Cristo bautizaba, hay que creer absolutamente haber sido bautizado con el bautismo del Cristo, ante todo por las razones expuestas, y después porque el Señor dice: *No puede entrar en el reino de Dios sino aquel que hubiera renacido por el agua y el Espíritu Santo* (1). Además, para dar ejemplo á los otros y porque observando fielmente las disposiciones legales, observó con mucho mayor escrúpulo las del Evangelio, puesto que el celo que le impulsaba á observar unas y otras procedía de una raíz única, á saber, la caridad.

En fin; dice el Señor: *Conviene que demos cumplimiento á toda justicia,* cosa que se interpreta por la humildad perfecta: ahora bien, José fué humildísimo; luego quiso ser bautizado con el bautismo de su Hijo putativo.

(1) Joan. III.

© Biblioteca Nacional de España

La tercera conclusión es como sigue: Puede opinarse razonablemente haber sido San José bautizado por el Cristo, fuera cual fuese la época de su muerte; porque es razonable pensar que en las conversaciones que el Cristo y San José tuvieron durante tantos años, debieron ocuparse alguna vez de la conversión de los gentiles, y de la divina manera de borrarles el pecado original, y por lo tanto debieron hablar del bautismo. Notando San José que nada le faltaba de todo cuanto es indispensable para el bautismo, es á saber, su fe, el Cristo, único autor del sacramento y el agua debió razonablemente de pedirlo á su Hijo con humildad y confianza, y no se halla razón, ni puede sospechar la mente que el Cristo después de esta humilde súplica dejara de bautizarle.

Probaremos además lo que acabamos de sentar preguntando si los Apóstoles fueron bautizados. En que no lo fuesen la más tenue reflexión hace ver grandísimos inconvenientes. Si lo fueron, ¿en qué autoridad se afirma esta aseveración? Esta autoridad no se halla. Se objetará sus largas relaciones con el Cristo; pero las de José lo fueron mucho más, y por añadidura le amaba tiernamente desde su más tierna infancia. Si se quiere comprender más perfectamente esta verdad hay que penetrar en lo más secreto de su corazón y ver muy atentamente la fuerza de sus relaciones familiares con el Dios revestido de la humana naturaleza en la infancia, adolescencia, juventud y virilidad. Está fuera de toda duda haber recibido José dones desconocidos para el resto de los mortales. La misma virtud de Cristo, su contacto y sus celestiales palabras produjeron en San José la eficacia, la fuerza, los dones, las virtudes, las consolaciones y los méritos de los Sacramentos todos de la Iglesia. El contacto del Cristo fué para él como la recepción cotidiana de la Eucaristía y del santo crisma como si

© Biblioteca Nacional de España

los hubiese recibido de manos de un sacerdote; el nombre de padre del Cristo y el contacto de sus sagradas manos fueron para José como la extremaunción. La conversación con Cristo haciale las veces de contrición, y le daba al mismo tiempo la inocencia; su confesión consistia en una acción de gracias, y sus obras de supererogación hacianle el efecto de satisfacción.

Vengamos á las objeciones. Contestamos á la primera haber recibido San José en el bautismo la impresión del carácter sacramental y el aumento de virtudes y méritos, cosa que no recibió en vano. À la segunda que la falta de autoridad carece de importancia, puesto que leemos de Jesucristo en el último capítulo de San Juan: *Muchísimas más fueron las cosas que hizo Jesús, las que si detalladamente y una á una se escribieran, según opino no podría contener el mundo los libros que podrían escribirse de sus hechos.* Á la tercera que bien que Jesucristo haya concedido solemne, pública y virtualmente fuerza regeneradora á las aguas, nada quita que concediera esta gracia particular al que le habia criado y al cual gozaba en llamar su padre. À la cuarta, que si José para conformarse con el precepto no recibió el bautismo, quiso recibirlo para seguir el consejo y para recoger del mismo el fruto y el goce.

Ruégote, excelente lector, que nunca sobre este punto te apartes, ni siquiera en un ápice de la fe y opinión de Pedro, puesto que sólo alumbrada por su luz brilla la verdad católica. Por lo que á nosotros toca, al decir tan grandes cosas de los Sacramentos de la Iglesia apoyados en la razón, no hemos tenido más objeto que la honra de San José.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XI.

Del don de pureza.

La pureza consiste en la limpieza de la mente libre de toda mancha de pecado, y es de tres clases: la primera es la pureza absoluta y la imposibilidad de la impureza, y conviene sólo á Dios impecable por naturaleza; la segunda es la pureza confirmada, que se encuentra tan sólo en los santos, y la tercera consiste en un estado permanente de justicia que dimana de un don particular. Esta última se ramifica también en tres brazos; el primero dimana de una santificación particular, como la Santísima Virgen que fué concebida inmaculada, y confirmada para siempre en inquebrantable justicia; la segunda tiene por origen una misión del Espíritu Santo, como en los Apóstoles; la tercera es consecuencia de la presencia constante del Espíritu Santo en el corazón, como ha sucedido en muchos que han conservado pura la gracia bautismal. Podemos añadir una cuarta especie de pureza que consiste en la exención actual de todo pecado mortal, y es el estado de aquellos que viven en gracia de Dios.

Dejando á un lado la honra que se debe á todos los santos y principalmente á los Apóstoles, opinamos que la pureza del alma de San José ha sido la que más se ha aproximado á la de la Santísima Virgen, y que sólo Dios, escrutador de los corazones y justipreciador de las almas puede precisar justamente los grados.

Añadiremos una prueba más: el que mereció ser elegido para educar al Cristo y hacerle las veces de padre, debió

© Biblioteca Nacional de España

atesorar una pureza casi tan grande como la de la Santísima Virgen. Ahora bien; este es el caso de San José, y como la misma causa debe producir idénticos efectos, cuánto más próxima es ella tanto mayor debe ser el efecto. Si pues la Santísima Virgen estuvo dotada de una pureza insigne por haber sido elegida para manantial inmediato de la humanidad del Cristo, la pureza de San José encargado de cooperar en este misterio, debió de ser un grado inmediatamente inferior al de su inmaculada Esposa.

San Agustín emplea un argumento semejante en el libro *De la Naturaleza y de la Gracia:* «Sabemos, dice, haber la Santísima Virgen recibido más gracias para vencer el pecado, cualquiera que sea su especie, por lo mismo que mereció concebir y criar al que no pudo pecar.»

Convenía además á la pureza de la Santísima Virgen estar unida con otra pureza no desproporcionada en mucho de la suya. Por otra parte José fué el fin del Antiguo Testamento y María el principio del Nuevo; luego eran vecinos, y de ahí que su pureza fuera semejante, porque toda ley se hizo para hacer brillar aquélla. Además, donde existe una causa omnímoda para conservar y aumentar la pureza, allí debe considerarse su existencia más conveniente: y este es el caso de San José, inmediatamente después de la Santísima Virgen, tanto por sus relaciones con ella como por habitar bajo un mismo techo con el Cristo. Hay que creer, pues, que la pureza de San José ha sido la más parecida á la de la Santísima Virgen, así por ser posible y conveniente como por ser razonable. Esta razón está confirmada en el salmo que dice: *Seras inocente si vives con el inocente.*

Los ángeles solamente se aparecían á los hombres puros; y como se aparecieron igualmente á la Santísima Virgen y á San José, debemos concluir que su pureza era muy pa-

© Biblioteca Nacional de España

recida. Decimos que hay igualdad en las apariciones por razón de su objeto. Si se fija la consideración en su carne, es pura en los dos por su limpia y esclarecida virginidad. Su alma es santa, y su manera de vivir estaba informada de una caridad mutua. La misma igualdad existía en sus acciones y en sus pensamientos, puesto que unas y otros sólo tenían al Cristo por objeto. En cuanto á la dignidad la Virgen es Madre de Dios, y José lleva el nombre de padre, y de todo esto hemos de concluir que la Santísima Virgen y San José parecen reunir grados de pureza muy próximos el uno del otro.

Quienquiera que seas tú, lector, á quien cuanto estamos diciendo parece cosa nueva, te ruego te calmes y refrenes un poco el alboroto con que procuran aturdirte las fantasmas que te forjas. Acuérdate de cuanto los Evangelistas escribieron de este Santo, y hallarás á José y á María, rodeados de admirables y sagrados misterios. Cuando la Escritura da á José el nombre de padre de Cristo Dios, este nombre es el tipo del sol, cuya luz eclipsa la de todos los demás astros. Astros son los Santos que brillan en la eternidad por los esplendores de una mente pura, por haber todos ellos sido hechos siervos fieles de Dios. Pero José, sol que brilla con los esplendores de una pureza sin tacha, es llamado padre del Hijo de Dios, es el esposo de la Virgen angélica su Madre, y ha eclipsado el esplendor de los demás santos por la esclarecida pureza de su mente, la cual casi igualó la pureza de la de su Esposa. Levanta los ojos del alma, presta atento oído, endereza los sentidos, deja tu habitual manera de pensar y levanta sus tradiciones paternas á la altura que el asunto requiere, siempre marchando llevado de la mano por la fe católica. No vaciles, no temas, y verás la dignidad, la santidad y la pureza de San José más grande de lo que imaginas. Cuando habrás alcanzado este

© Biblioteca Nacional de España

grado de contemplación, notarás cuán humildes son nuestras ideas, la admiración te arrebatará, y quién sabe si va á sucederte lo que de Moisés está escrito: *Cuando Moisés bajaba de la montaña no sabía que su rostro era luminoso, y que salían de su frente dos rayos de luz, lo que tenía efecto porque acababa de hablar con Dios* (1). En efecto; cuando contemplamos la gloria de Dios, y se digna dejarnos entrever su rostro, nos transformamos, y elevados por el espíritu divino subimos de claridad en claridad.

CAPÍTULO XII.

De los dones de los siete del Espíritu Santo.

La excelencia de la pureza tiene por consecuencia los dones del Espíritu Santo. Estos dones brillan en San José de la misma manera que en la Santísima Virgen, y son, según nos enseña el Profeta, en número de siete, á saber: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios. La sabiduría se opone á la locura ó á la necedad. La sabiduría de José fué muy parecida á la de la Santísima Virgen, porque como nos dice el Libro de los Proverbios: *Donde hay humildad hay sabiduría,* y como la humildad de José corrió parejas con la de la Reina del mundo su esposa, hemos de concluir que tuvo también su sabiduría.

Además, quien dice sabiduría dice ciencia gustada; y de ahí dimana el gusto espiritual de la verdad suprema. Tres

(1) Exod. xxxiv.

© Biblioteca Nacional de España

son las cosas que se hallan en el gusto, á saber; el contactacto de las cosas gustosas con el órgano del gusto, la distinción de los gustos y el placer. José gozó todas estas sensaciones con respecto al Cristo en un grado inmediatamente inferior al de la Santísima Virgen. La humildad del Cristo estuvo en efecto más en contacto con José que con el resto de los hombres y la comprendió y sintió mejor que nadie. La luz divina le manifestó qué debía pensar, querer y hacer; los ángeles y la Santísima Virgen le dieron las mismas lecciones... Pero creemos haber hablado antes lo bastante del placer que José experimentó en compañía de Jesús tanto en su infancia y en su adolescencia como en su juventud.

«El don de entendimiento, dice San Gregorio; es la facultad por la cual el espíritu penetra lo que entiende y lo que disipa las tinieblas de su corazón fortificándolo.» Notad la perspicacia con que el levantado espíritu de San José comprendió las órdenes de los ángeles, las consintió y se dió prisa en ejecutarlas. Por ahí se ve cuán animado estaba el corazón del excelso José por la esperanza, iluminado por la inteligencia y libre de las tinieblas humanas. El grado de entendimiento está en relación con el de pureza y la de José es casi tan lúcida como la de la Santísima Virgen. ¿Cómo es posible que José dejara de tener un entendimiento ilustradísimo cuando vivía entre el Sol y la Luna? Estaba iluminado de un lado y purificado de otro. ¿Pueden darse tinieblas allí donde el sol y la luna envían sin cesar los rayos de luz? Está escrito del Cristo: *El espíritu del Señor, el espíritu de ciencia y de entendimiento descansará en Él* (1). Pues bien; el espíritu de entendimiento descansó en San José, ya que después de la Santísima Virgen, Jesús,

(1) Isai. xi.

© Biblioteca Nacional de España

Dios eterno, no halló mejor lugar de descanso que los brazos, el pecho, los hombros, la casa y el lecho de San José. Y no se trate de profanar esta verdad apelando á argucias y diciendo que dicho contacto es ineficaz. Si el Cristo descansó corporalmente lo hizo también espiritualmente, y si descansó espiritualmente, le dió un grado proporcionado de entendimiento. Hay que admitir solamente que la mente estuvo dispuesta para el efecto: hay más; la filosofía católica admite la necesidad de la presencia espiritual del Cristo, hasta cuando no es corporal. Ahora bien; no puede negarse la disposición de la mente de José que fué siempre dócil á la voz de Dios. Añádase á esto la presencia de su Esposa que le instruía y la del Cristo que le fortificaba vivamente. Creemos, y no es ciertamente una creencia vana, que así como un objeto capaz de calentarse mucho, si se halla colocado entre dos fuegos excitados é inflamados por el viento, no puede dejar de tomar un grado muy subido de calor, así no es posible que el alma de José morando en compañía del Dios humanado que era un fuego ardiente, atizado incesantemente por el soplo del amor, de las enseñanzas divinas y de la oración en el entendimiento de José, haya dejado de llegar á un elevadísimo grado de entendimiento, que sólo cedía al de la Santísima Virgen.

Sigue el tercer don del Espíritu Santo, que es el de consejo, del cual San Gregorio habla en esta forma: «El consejo pone trabas á las decisiones precipitadas (en las cosas presentes) y llena el espíritu de razón (para las cosas futuras). Nos depara la luz que ilumina las cuestiones complicadas, y nos sirve para meditarlas, penetrarlas y adoptar una resolución para llevarlas á efecto.» Pruébase haber poseído San José este don en un altísimo grado inmediatamente después de la Santísima Virgen, en primer lugar á causa de Jesucristo, por gracia del cual colmó Dios á José

© Biblioteca Nacional de España

de tantos dones. Un rey muy sabio para la dilucidación de gravísimos asuntos llama consultores muy sabios. Ahora bien, el Cristo está sobre todos los seres como Creador, como Reparador y como fin del universo. Si Dios eligió á San José para guardar y conservar el Cristo, especialmente contra los poderosos, astutos y crueles, hemos de confesar por precisión, con la sana razón, haberle dotado del mejor don de consejo, y que en este punto no fué José inferior á la Santísima Virgen la cual estaba más inmediatamente ordenada para el Cristo.

Además está escrito: *La unción os lo enseñará todo* (1); ahora bien; José tuvo en su compañía y además por Hijo al Autor de esta unción, el cual le estaba sujeto, por cuyo motivo hemos de concluir que atesoró más que cualquier otro, exceptuada la Santísima Virgen, suma abundancia de esta unción, y por esta abundancia poseyó en alto grado el don de consejo.

Los reyes confían los secretos más importantes á los más capaces entre sus consejeros, y como el Misterio de la Encarnación, que es el mayor de todos los misterios, fué confiado por el ángel á José después de la Reina de las vírgenes, hemos de concluir igualmente que después de Ella nadie como él atesoró en tan alto grado el don de consejo.

Con relación á los ángeles se dan las siguientes razones: La luz que de los ángeles se recibe purifica la mente; las relaciones que con ellos se tienen iluminan admirablemente la inteligencia; lo que ellos nos enseñan sobrepuja á todo pensamiento humano puesto que los pensamientos angélicos descienden de Dios; por consiguiente el que reciba la luz de los ángeles ha de tener en grado eminente el don de consejo. Nadie como José, exceptuada la beatísima Virgen,

(1) I Joan. II.

© Biblioteca Nacional de España

ha recibido más luz de los ángeles, y en consecuencia hemos de deducir que atesoraba excelentemente el don de consejo.

Las relaciones de José con la Santísima Virgen nos brindan con otros argumentos. El hombre es cabeza de la mujer, á la cual gobierna con su consejo, habiendo dado Dios á José por cabeza de la Santísima Virgen, resulta que debió de ser ó más sabio, ó tan sabio, ó menos sabio que ella. No puede ciertamente decirse que la sobrepujó ó le fué igual en sabiduría, sino que debió de serlo menos, pero en el grado inmediatamente inferior, porque en tan admirable matrimonio el esposo tenía que convenir todo lo posible á la esposa.

San Gregorio define el don de fortaleza de la siguiente manera: «No teme la adversidad; es lo que basta en lo presente; alimenta la confianza y siempre persiste del mismo modo en el porvenir.» La prueba de que José poseía admirablemente el don de fortaleza la hallamos en que estando desarmado protegió al Rey soberano del mundo contra reyes muy poderosos, orgullosos y sobremanera crueles. José protegió valerosamente al Cristo contra los ataques del demonio, cuyo poder, según Job, no tiene en la tierra nada que pueda comparársele.

José alcanzó toda suerte de victorias á causa del Cristo. En primer lugar venciόse á sí mismo dando crédito á la revelación del ángel (1). Venció su propia carne conservando la virginidad: «los combates de la carne, dice San Jerónimo, son más rudos que cualesquiera otros.» Venció las afecciones del mundo al abandonar su patria. No le espantaron los trabajos, ni los peligros de los viajes, ni las costumbres corrompidas de naciones extranjeras, ni el temor

(1) Matt. 1.

© Biblioteca Nacional de España

de la pobreza, sino que valeroso, magnánimo, ardiendo en el fuego del divino amor, se hizo superior á todo con santa audacia, presentándose vencedor á los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres. ¿No os parece que en fuerza de la admiración que les infundía el valor de San José los ángeles se dirían: Mirad con qué fortaleza de ánimo este carpintero guarda al mismo cuya majestad adoramos, cuyo poder tememos, y cuyo imperio abarca todo el universo? ¡Mirad con qué magnanimidad se ríe y triunfa del demonio, el cual arrastró en su caída la tercera parte de las estrellas de cielo! ¡Oh! cuán admirable es el nombre de este varón! Sólo á él ha sido cometida una misión que nosotros espíritus celestiales, cuyo número no puede contarse, no podemos cumplir dignamente. Él solo sirve al Rey del cielo y á la Reina del mundo. Nosotros somos también ministros de los mismos, nosotros que somos millares de millares, millones de millones y más todavía. Mirad á José, hombre mortal, lleno de confianza; nada teme, de nada desespera, y nunca se irrita.

Un pasaje del Evangelio, empero, parece contradecir la fortaleza de José. Dice este pasaje: *Noticioso de que Arquelao reinaba en Judea, temió ir allá.* Y con todo San Gregorio dice que el don de fortaleza disipa el temor de los sucesos adversos; pero hay que tener en cuenta que una cosa es el temor de sucesos adversos que se nos preparan y otra el temor de aquellos que conviene evitar. Los primeros no atemorizan al que posee el don de fortaleza; pero el predominio de la razón le obliga á temer los segundos. En ambos casos se practica un acto de virtud, en el primero de fortataleza, en el segundo de prudencia. Si José hubiese recibido la orden de establecerse en Judea, es seguro que hubiera desechado todo temor; pero como la razón le persuadía á que no fuera, no había motivo para un acto de fortaleza

© Biblioteca Nacional de España

sino de prudente temor. La fortaleza de José parecerá más admirable, si se reflexiona que ella y su destierro debían servir de ejemplo á los futuros mártires de la Iglesia, de quienes era ya la figura.

Tratemos ahora del don de ciencia, que como San Gregorio dice: «corta el ayuno de la ignorancia.» Del don de ciencia el Espíritu Santo hace brotar tres cosas, á saber: defiende la fe, viene en ayuda de la piedad, y entre la razón extraviada y pervertida conserva la razón sana y recta. Estos tres actos tienen el manantial en el juicio formado por la ciencia. El don de ciencia se manifiesta en la inteligencia, pero viene de la caridad que tiene su asiento en la voluntad y nos hace juzgar bien de los objetos interpuestos entre Dios y nosotros. Esta excelencia de juicio da á conocer los errores de los filósofos, proporciona los medios de combatirlos y nos hace aquéllos despreciables. Por ahí venimos en ayuda de los hombres piadosos y suportamos á á los que no lo son. Estos actos provienen de la ciencia como de una causa más elevada, cuyo principal efecto es el juicio. Conviene no echar en olvido lo que San Agustín dice de la ciencia que es la doctrina sagrada. «La ciencia produce, alimenta, fortifica y defiende la fe sana que lleva á la bienaventuranza (1).» Y más adelante añade: «El objeto de la ciencia se reduce á la defensa de la fe contra los impíos para sostener las almas fieles. Teniendo la ciencia, que es uno de los dones del Espíritu Santo, y la doctrina sagrada idéntico objeto, juzgan igualmente de un mismo objeto, con sólo la diferencia que la una lo hace por la inspiración y la otra por el conocimiento.» Según estas observaciones se ve que San José poseyó el don de ciencia en grado eminente, inferior tan sólo al de la

(1) De Civit. Dei. 14.

© Biblioteca Nacional de España

Santísima Virgen. En efecto, no sólo defendió la fe, sino también al Autor de ella, y nutrió al mismo Maestro del mundo. La Iglesia dedica á su Esposa estas palabras: «Tú sola destruiste todas las herejías en el universo mundo.» José protejió esta Reina de innumerables peligros, la sostuvo, y alimentó con el fruto de su trabajo. Para vivir conforme á la piedad del Cristo y de su Madre se mantuvo en una fe inquebrantable en medio de la pervertida nación egipcia. Es muy cierto que José era de inteligencia elevada y de clarísimo ingenio, y que iluminado por la luz divina, tenía más exactas nociones sobre las cosas sensibles, sobre la naturaleza del alma, sobre la moral y sobre los ángeles que no las han tenido jamás los más eminentes teólogos, y los más sabios filósofos. Veía á los ángeles aparecérsele en sueños, y algunas veces hasta en forma sensible cuando venían á servir al Cristo y á la Virgen, según nuestra piadosa creencia; y estas relaciones excitaban su espíritu á discernir la naturaleza angélica, y los conocimientos que bebía en estas fuentes los refería en el momento al Cristo. Complacíase en conocer también al mismo tiempo la causa y el efecto. Levantando los ojos al cielo veía el sol, la luna, y los astros en movimiento; admirando su hermosura, su grandeza y su fuerza, volvíase tanto en espíritu como con los corporales ojos al Cristo, y le decía: «Los cielos no pueden compararse con tu magnificencia.» Si la natural debilidad de la inteligencia humana le hacía concebir alguna duda, ó no le dejaba comprender lo bastante, venía acto seguido á ilustrarse en el Cristo que todo lo sabe. No pensamos siquiera hablar de las numerosas conversaciones que tuvo con la Santísima Virgen sobre la Sagrada Escritura y el profundo sentido que en ella encontraba. Todos los sábados concurría á la sinagoga, donde muy atentamente escuchaba la explicación de los dogmas divinos, adoptando

© Biblioteca Nacional de España

la interpretación que de los mismos daban los ancianos. De regreso á su casa, consultaba sobre ciertos puntos con Jesucristo y la Santísima Virgen, cuyas enseñanzas levantaban su espíritu al grado más eminente del conocimiento de las cosas divinas, confirmándose todos los días su convencimiento de que Jesús era aquel cuya venida tenían vaticinada Moisés y los Profetas. Compadeciéndose de la ceguedad de los judíos se decía: «Oh Dios verdadero; ¿por qué no enseñas estas verdades á los judíos ancianos? Manifiéstales tu rostro. Aparécete á Efraím, Benjamín y Manasés.» ¿Quién podrá decir si no fué obligado por estos votos de su padre adoptivo, que Jesús á la edad de los doce años quiso enseñar en el templo, volviendo luégo á eclipsarse hasta que hubo llegado el tiempo señalado por su Padre? No cabe dudar que después de la pública discusión de Jesús con los doctores en el templo, le haría José preguntas sobre las cosas divinas, y que recibiría en consecuencia enseñanzas inenarrables. Elevóse su espíritu á las más sublimes y sabias contemplaciones y su corazón todo entero vacó al estudio de la sabiduría. Regada estaba su mente por aquella fuente de los huertos y aquel pozo de aguas vivas que abundantemente manan del Líbano, y se abría en sí mismo un manantial de aguas vivas que saltaba en la vida eterna. Parece ser falta de perspicacia la duda de que José no fuese de nobilísimo ingenio, y que habiendo vivido largos años en compañía de la Sabiduría en persona, no recibiera de la misma el don de una ciencia muy vasta. Quien tenga entendimiento, juicio y cierto conocimiento de la influencia de los divinos misterios sobre las acciones de los hombres, afirmará lleno de fe haber José recibido de Dios el don de la ciencia en grado eminente. Un arte mecánico no es ciertamente obstáculo para recibir del Espíritu Santo el don de la ciencia, pero tampoco deja que

© Biblioteca Nacional de España

ésta se adquiera oyendo solamente á los Doctores, ó registrando numerosos volúmenes. Si no se nos representa á José como un doctor versado en la Sagrada Escritura, como un rabino, como un anciano, como un maestro en la ley, no puede negarse que tuviera grandísimo ingenio, puesto que Dios ha elegido todo lo que al mundo le parece necio, y ha manifestado frecuentemente que los sabios del siglo no son más que insensatos. Cuantos recibieron el don del Espíritu Santo junto con la unción interior huyen del renombre y tienen procedimientos distintos de los de los sabios del mundo; porque la sabiduría mundana hincha y la del Espíritu Santo nos hace humildes; la primera tiene formada de sí un gran concepto y la segunda solamente está animada de pensamientos modestos; aquélla se viste de ropas preciosas y se rodea de pompa, y ésta usa vestidos pobres y se esconde para ser conocida de Dios sólo. Creemos no haber habido nadie en tiempos de José, (es decir, en los del nacimiento é infancia del Cristo, bien sea entre los judíos, bien entre los filósofos), que se dedicara más profundamente que él al estudio de las cosas divinas, movido particularmente á ello por las conferencias continuas que tenía con el Cristo y su excelsa Madre.

Pero vengamos al don de piedad, del cual dice San Gregorio que colma el corazón de obras de misericordia. Y porque la piedad para todo es útil, como dice San Pablo (1), por esto tiene tres géneros de acción: primero, inclina á las obras de misericordia; segundo, obedece á la palabra divina, bien se nos dé á oir interiormente por medio de la inspiración, como dice el Salmista: *diré lo que el Señor habla en mi interior;* bien venga por revelación angélica, según dice el Profeta: *El ángel que hablaba en mí;* bien la conoz-

(1) I Ad Tim. v.

© Biblioteca Nacional de España

camos por las Sagradas Letras. El tercero consiste en el respeto á las cosas sagradas. De ahí que la glosa sobre el capítulo quinto de San Mateo, comentando las palabras *Bienaventurados los mansos*, dice: «Bienaventurados aquellos que piadosamente buscan y veneran las cosas santas.» La inclinación á las obras de misericordia procede ya del objeto en sí, ya del precepto y de las exhortaciones ó ya de un afecto particular. Así es como se siente más compasión por los grandes infortunios de los reyes, en razón á ser objetos más nobles, y movernos por ahí á la conmiseración. Más fácilmente nos conmueven los males de nuestros deudos, en cuyo lugar más fácilmente nos ponemos, y nos movemos sin esfuerzo á hacer regalos á los que vamos á legar nuestros bienes. Los mandamientos de Dios y las exhortaciones de los superiores tienen mucha fuerza para excitarnos á los actos de piedad. Cuando el excelso José consideraba expuesto á las calamidades de la vida mortal al verdadero Dios revestido de carne para regenerar á la humanidad, le consagraba sus piadosas atenciones con un esmero y afecto proporcionados á la superioridad que sobre los reyes de la tierra tiene el Rey inmortal. El resto de los hombres manifiestan su piedad á la imagen de Dios, pero José manifestaba la suya á la imagen y al mismo Dios. Si el rey del universo, lanzado, por muy justo que fuese, por una conjuración de sus vasallos, se refugiara confiadamente en nosotros, llamándonos amigos y parientes suyos, ¿no sería muy puesto en orden que le ofreciéramos con todo nuestro corazón cuanto nuestro afecto nos sugiriera? Y si esto haríamos nosotros, ¿qué debemos pensar de José, el cual vió con los ojos del espíritu y del cuerpo, con plena certidumbre al Rey de los reyes, débil niño, desnudo, falto de todo socorro, con la tierna Virgen su Madre, recibiendo de Él sublimes enseñanzas por medio de admirables prodigios? Lo que ex-

© Biblioteca Nacional de España

citaba é inflamaba más y más la piedad de José era ver la caridad de la Virgen su esposa á su favor, y los futuros beneficios del Niño Jesús. Añadamos que la Virgen era verdaderamente su esposa y que el Niño Jesús era tenido por hijo suyo. Le obligaban además á la piedad, los mandamientos de Dios, las frecuentes exhortaciones de los ángeles, el conocimiento de la Ley y los Profetas. De ahí nacía en él hacia el Cristo y la Virgen veneración tal, que no hubo nadie en su tiempo que la tuviera semejante hacia las cosas santas y divinas. Sería una locura suponer que José al dar hospitalidad al Cristo y á la Santísima Virgen no lo hizo con mucha más piedad que Abraham cuando la dió á los ángeles. ¿Por qué alabamos á los Patriarcas por su insigne piedad sino porque honraron á Dios con su fe, le conocieron bien y vivieron con sencillez? La fe de José fué ciertamente mucho mayor que la de los Patriarcas; el conocimiento que tuvo del Dios vivo fué más completo, y su modo de vivir más sencillo. Hé ahí porque no nos cabe duda en que José, despues de la beatísima Virgen, atesoró el grado más insigne de piedad que haya atesorado un mortal.

Réstanos tratar del don de temor de Dios. Sabemos que hay tres clases de temor, á saber: el servil, el cual precede á la iniciativa del don del Espíritu Santo en el pecador que debe convertirse; el que nace inmediatamente después de la infusión de la gracia del Espíritu Santo, y el que en un corazón puro persevera unido con la caridad. El temor servil es así llamado por correr parejas con el del esclavo, quien con los ojos fijos en su amo, teme ofenderle por el castigo que de la ofensa le vendría. De este temor habla San Juan cuando dice: *El temor no está en la caridad* (1). San Agustín explicando esta epístola de San Juan se ex-

(1) I Joan, IV.

© Biblioteca Nacional de España

presa así: «Así como la seda sirve para introducir el hilo asimismo el temor abre el paso á la caridad.» No tuvo José este temor, porque era bueno y se abstenía de pecar no por temor al castigo sino por amor á la virtud. Sabía que Dios es severo en sus venganzas, y que es cosa espantosa caer en manos del Dios que castiga; pero herido del amor divino, fijaba los ojos de su alma en los rayos de la caridad divina y no se acordaba de las penas del pecado. El temor de José con relación al pecado era inicial al sentido de este pasaje del Libro de los Proverbios: *El temor del Señor aborrece el mal* (1). Este temor comparado con el temor puro, es imperfecto, pero perfeccionándose de día en día acaba por convertirse en temor puro ó casto. San Pablo llama filial á este temor: *No habéis recibido,* dice, *ciertamente el espíritu de servidumbre para regiros por el temor; sino que recibisteis el espíritu de la adopción de los hijos merced al cual exclamamos: Padre mío, Padre mío* (2). Este temor casto se parece, según San Agustín, al de una esposa muy pura que se guarda de inferir ofensa alguna á su esposo y sólo teme una cosa y es decrecer en su amor. Este temor obra de dos maneras, á saber, hace temer verse separado de Dios y nos le hace respetar y venerar. En este punto el respeto se mezcla con el amor. Tal era la naturaleza del temor de Dios que animaba á San José. Este temor dimana del amor por lo mismo que tiene la raíz en la caridad. Su amor ardiente, sus multiplicadas obras, su culto purísimo á Dios nos obligan á decir que José atesoraba en un grado igual este temor casto. Heridos de este temor tememos á menudo lo que no sería de temer, y es cosa común en las almas virtuosas temer el pecado hasta allí donde no lo hay. No diremos ciertamente que sean vanos los efectos de este temor, muy al contrario,

(1) Prov. VIII. — (2) Ad Rom. VIII.

© Biblioteca Nacional de España

pues los que lo sienten sólo cuando están bien seguros que un acto no es ofensa á Dios sólo entonces ponen la bondad del acto en tela de juicio. La bondad divina les sostiene entonces colmándolos de la consolación de una iluminación interior. De esta naturaleza fué el temor de José en recibir á María su esposa; pero viniendo á él el ángel de luz le dijo: *José, hijo de David, no temas recibir á tu esposa porque lo que de ella ha nacido del Espíritu Santo es.* El temor casto da el conocimiento de las cosas del mundo, puesto que el temor del Señor es el principio de la sabiduría y de ella no se aparta nunca. De esta sabiduría mana una prudencia admirable en las acciones, particularmente en aquellas que miran al culto de Dios. Con respecto al particular, dice de José el Evangelista: *Noticioso de que Arquelao reinaba en Judea ocupando el trono de su padre, temió ir allá.* Ya conocemos la veneración de José hacia el Cristo, por su justicia proclamada en las Sagradas Letras, por sus trabajos cuyo único fin era Jesús, por sus visitas al templo para adorar á Dios particularmente en las grandes festividades, pues tenía por costumbre ir á Jerusalén para celebrarlas. José fué, pues, un templo, que descansaba sobre siete adornadas columnas y en el cual ardía continuamente el fuego del Espíritu Santo. José fué también aquel hombre único por la elección, por las obras, por la gloria, que siete mujeres tomaron, es á saber, los siete dones del Espíritu Santo que pueden ser por su fecundidad llamados mujeres. Llevan consigo al mismo tiempo vestidos y alimentos para adornar el alma y nutrirla.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIII.

De los dones de las bienaventuranzas.

Después de haber hablado de los siete dones del Espíritu Santo que brillaron en San José, para proceder con orden conviene considerar en él aquí las siete bienaventuranzas. San Agustín, hablando del Sermón de la Montaña á cada don le aplica una bienaventuranza. Atribuye al don de temor la pobreza que abate el orgullo; al don de piedad la mansedumbre á la que mueve aquélla; al don de la ciencia las lágrimas, según lo que dice el Eclesiástico: *El mismo que da la ciencia da también el dolor* (1); al don de fortaleza el hambre y sed de justicia que sólo se adquieren merced á trabajos infatigables; al don de consejo la misericordia, según Daniel: *Séate agradable mi consejo; redime tus pecados con limosnas* (2); al don de inteligencia la pureza de corazón opuesta á la gula que embrutece el entendimiento con los vapores groseros de los alimentos y bebidas; al don de sabiduría el espíritu pacífico que acaba con la lujuria porque una vez gustada la suavidad del Espíritu Santo, cosa que se hace por medio de la sabiduría, esta suavidad aniquila los deseos carnales. La octava bienaventuranza expresada por el Señor con estas palabras: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia porque de ellos es el Reino de los Cielos,* no es ciertamente distinta de las anteriores sino que viene á ser una especie de confirmación de las mismas. Según enseñan San Agustín y Santo

(1) Eccle. I. — (2) Dan. IV.

© Biblioteca Nacional de España

Tomás, estas bienaventuranzas atañen al estado de la presente vida; puesto que puede entenderse por el reino de los cielos el comienzo de la sabiduría perfecta, estado en el cual el Espíritu Santo empieza á reinar en esta vida sobre los santos. La posesión de la tierra significa las buenas disposiciones del alma, la cual por el deseo descansa anticipadamente en la paz de la herencia futura significada por la tierra. Consuélase en esta vida uniéndose con Dios, por ser el Paráclito ó consolador. Se sació en ésta vida del alimento del cual el Cristo dijo: *Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado.* Los hombres alcanzan la misericordia de Dios para que purificado el ojo por el don del entendimiento puedan de cierta manera ver á Dios. Asimismo los que en esta vida reprimen sus temores son por similitud llamados hijos de Dios.

Con las razones que vamos á exponer se prueba haber recibido José con abundancia en esta vida los dones de las siete bienaventuranzas; y pues éstos son inseparables de los dones del Espíritu Santo, habiendo probado en el capítulo anterior que José estuvó colmado de estos últimos hemos de concluir que recibió también los primeros. Lo que hemos tomado de San Agustín ha probado la igualdad y la semejanza que hay entre los dones del Espíritu Santo y las bienaventuranzas.

La semejanza del fruto acusa la semejanza del árbol; José obtuvo de Dios en esta vida el fruto de sus bienaventuranzas en el hecho de unirse en real y verdadero matrimonio con la Reina de las bienaventuranzas; el Rey de esta felicidad le hizo su padre, por cuyos motivos hemos de concluir haber atesorado en grado sublime las bienaventuranzas en esta vida.

Los querubines poseen en grado supremo la bienaventuranza de la vida futura; pero José ejerció en esta vida las

© Biblioteca Nacional de España

funciones de querubín guardián del paraiso terrenal, figura de la Santísima Virgen, y del arbol de la vida, figura del Cristo. Luego José debió de poseer en esta vida todas las bienaventuranzas posibles.

La caridad animó en esta vida las acciones de José en todos sus órdenes y por consiguiente todos los grados de bienaventuranza cuya raiz es la caridad fueron elevadísimos.

El Patriarca José atesoró todas las bienaventuranzas. Fué pobre de espíritu desde la infancia, es decir que tuvo de sí mismo formada muy pobre idea á pesar de los presagios que de su futura dignidad tuvo en sueños; fué manso con sus hermanos desde la adolescencia; sabio en la juventud por hablar de la sabiduría con los grandes; fuerte en la edad viril amando sobre todo la justicia del reino de Dios; misericordioso en su vejez y durante su vida toda casto, pacífico y probo. Pero no fué más dicho Patriarca que la figura ó símbolo de nuestro excelso José el cual debemos creer le sobrepujó en todos estos dones.

Para demostrarlo con más evidencia tratemos de cada bienaventuranza en particular. Limpiemos nuestra mente perezosa del orín que la ha tomado y movidos por el esplendor de la majestad de José acometamos cosas mayores. Si nuestro ánimo no es bastante vivo sea prudente la razón, prudente el discurso, firme nuestra fe, ardiente nuestra esperanza; la dignidad de José es un tesoro oculto y desconocido que una celestial inscripción nos mueve á buscar. Esta inscripción escrita por el mismo dedo de Dios es como sigue: *Es el esposo de la Reina de los cielos y el padre putativo del Hijo de Dios.* Dicho tesoro se compone de sus virtudes, de sus dones y de sus bienaventuranzas.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIV.

Del don de la bienaventuranza de la pobreza.

Hay que fijar particularmente la piadosa atención sobre cuanto llevamos dicho acerca la bienaventuranza de la pobreza. De un lado la ignorancia humana se instruye y se ilustra, de otro surgen gérmenes de errores. Hablemos pues claramente de la pobreza para que irradie con una luz más pura el esplendor de esta bienaventuranza.

Reflexionando sobre la pobreza de espíritu de la cual dice el Salvador: *Bienaventurados los pobres de espíritu,* puede entenderse el desasimiento de todo espíritu de orgullo, como nos dice San Agustín, por la renuncia de las cosas temporales que se hace en espíritu, en lo secreto de la propia voluntad, por impulso del Espíritu Santo como lo dicen San Ambrosio y San Jerónimo. Esta es la pobreza de que vamos á tratar.

La pobreza es de dos maneras, aquella que tiene por origen la necesidad y la que dimana de la voluntad. La primera repugna á la naturaleza, molesta á la virtud, importuna á los deudos, humilla al hombre y es mirada y considerada como vil por las gentes de cierta posición. Estas circunstancias que la acompañan nos inducen á decir que la pobreza es mala en sí misma y no tiene otro buen efecto que desprender al hombre de la solicitud é impedimentos que son obstáculo para las cosas espirituales. De esta pobreza dice Aristóteles que cuando los pobres se apoderan del gobierno surten el desorden en él. Pero la pobreza de

© Biblioteca Nacional de España

espíritu cuyo elogio está escrito en el Evangelio tiene siete excelentes efectos, á saber: el conocimiento de los pecados, la conservación de las virtudes, la paz del corazón, la satisfacción de los deseos, la dulzura de los bienes espirituales, el acrecimiento de los méritos y la herencia celestial. Esta pobreza es sobre todo preclaro indicio de aquella humildad que el Cristo nos enseñó al decirnos: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón,* y de la cual nos ha dado ejemplo haciéndose pobre. Por esta causa todos aquellos que están movidos del espíritu divino se deciden á venerar los misterios cristianos, renuncian á las riquezas en el grado que lo permite la debilidad de la humana naturaleza. Poca cosa le basta á ésta y se llama riqueza lo superfluo que excede á las necesidades de la naturaleza y propia condición. José poseyó una borriquilla y el dinero suficiente para atender á las necesidades de la Reina del mundo. Para que no le faltara cosa trabajaba con sus manos y á nadie exigía por recompensa de su trabajo más que lo justo. De este modo bien pudo tener casa, un pequeño campo, vestidos, muebles, criado y criada y con todo gozar los frutos de la pobreza espiritual. Porque no es ciertamente falta la posesión sino la afección. No lo es el uso sino el amor excesivo. No la necesidad sino el amor ardiente de poseer las riquezas. Probemos pues haber poseído José en grado eminente delante de Dios la bienaventuranza de la pobreza espiritual, á cuya creencia nos obliga gran copia de razones, bien que el largo tiempo que separa nuestra época de la suya no permite que poseamos de ello la prueba que llamamos positiva.

Tómase la primera razón de la causa interior é inmediata de la pobreza, que es la humildad del corazón. La glosa sobre el pasaje de San Mateo: *Bienaventurados los pobres de espíritu,* dice que el pobre de espíritu es humilde de

© Biblioteca Nacional de España

corazón; y como San José fué humildísimo, puesto que de no ser así no hubiera sido dado por esposo á la Virgen, humilde sobre los humildes, hemos de concluir que poseyó en grado eminente la bienaventuranza de la pobreza espiritual.

Tómase la segunda razón de una causa interior, pero remota, cual es la fe y la devoción. Dice la glosa sobre el mencionado pasaje: No es ciertamente la necesidad, sino la fe y la devoción lo que da la bienaventuranza de la pobreza, de manera que se viva para Dios, despreciando todas las cosas. En San José se hallan reunidas todas estas virtudes, á saber: la fe, la devoción, el desprecio del mundo y la vida para Dios, y en su consecuencia tenemos que declarar que poseyó también la bienaventuranza de la pobreza.

Consiste la tercera razón en el efecto de la pobreza de espíritu, que se reduce al renunciamiento de las cosas; este renunciamiento tiene efecto de dos maneras, á saber: ó sobreponiéndose á todo, ó despojándose de todo, ó bien de las dos maneras á la vez, según aquella sentencia del Apóstol: *No teniendo cosa, y poseyéndolo todo.* Este es el estado perfectísimo de la pobreza. José no tuvo amor á las cosas, y renunció efectivamente á las riquezas de la tierra, poseyéndolo todo en el Cristo, y teniendo derecho á todo como esposo que era de la Reina del mundo.

La cuarta razón debe tomarse de la enumeración de los grados de la pobreza en el desprecio de las cosas.

El primero consiste en dar lo superfluo á la naturaleza y no á la persona, sobre lo que dice San Agustín, hablando de las palabras del Señor: «Usad de lo superfluo y dad lo necesario á los pobres. Usad las cosas preciosas y dad á los pobres las comunes.»

El segundo grado consiste en dar lo superfluo á la natu-

© Biblioteca Nacional de España

raleza y á la persona. *De lo que os sobrare*, dice San Lucas, *dad limosna*. Hay que dar á los pobres lo que sobra, después de haber separado con exceso para nuestro uso lo que necesitamos para alimentos y vestidos.

El tercer grado consiste en dar, no sólo lo superfluo, sino también lo necesario, y de ahí que la glosa diga: «Partamos con el prójimo no solamente las cosas exteriores é innecesarias, sino también las interiores y de suma necesidad.»

El cuarto grado consiste en darlo todo, superfluo y necesario, pero reteniéndose á sí propio, como lo han hecho algunos filósofos, mas no para Dios. *Hé aquí que lo dejamos todo* (1). La glosa no dice solamente «lo habéis dejado todo» cual lo hicieron Sócrates y muchos filósofos al despreciar las riquezas, sino que añade: «Me habéis seguido,» cosa propia de los Apóstoles.

El quinto grado consiste en darlo todo, y á sí mismo por añadidura. *Si quieres ser perfecto, anda, vende todo cuanto poseas, dalo á los pobres, y allegarás tesoros para el cielo; y ven y sígueme.*

El sexto grado consiste en darlo todo, pero no darse á sí mismo para en seguida trabajar con las manos, al objeto de tener algo que dar á los necesitados y socorrer su miseria corporal, como dice el Apóstol. En este grado estuvo San Pablo. San José estuvo también en el mismo, pero con mucha mayor dignidad, puesto caso que trabajaba para el Cristo y su Santísima Madre. San José trabajó con sus manos á fin de atender con el fruto de su trabajo á las necesidades del Soberano Señor y de la Reina del mundo. Tantas fueron las riquezas por él adquiridas, que el Criador del mundo quiso que le adoptara por hijo y darle en esposa á su Madre. Y así aconteció.

(1) Matt. x.

© Biblioteca Nacional de España

El séptimo grado consiste en darlo todo y trabajar con el cuerpo y el espíritu para nutrir al prójimo con el pan espiritual. Este grado es más elevado que el anterior, porque, como dice San Gregorio, tiene más mérito nutrir un alma, cuyo destino es vivir eternamente, que no un cuerpo, que debe morir. Este grado fué común á la Santísima Virgen y á San José, porque educando al Cristo prepararon para todos el Pan de vida eterna.

El octavo grado consiste en dejarlo todo, incluso á sí propio, tomar una parte de la sustancia del cuerpo y darla al prójimo para alimento de su alma. Á este grado llegó la Santísima Virgen, que dió de su sangre más pura la sustancia al Pan vivo descendido del cielo. Esta es aquella Mujer de que hablan San Mateo y San Lucas cuando dicen: *La Mujer amasó tres medidas de harina hasta que todo hubo fermentado.* Las tres medidas de harina son la divinidad, el cuerpo y el alma. El fermento, como dice San Bernardo, no es otra cosa que la fe de la Virgen, que crió á Dios con la naturaleza humana, y lo hizo alimento del hombre.

El noveno grado lo da todo al prójimo: su cuerpo, su alma y la divinidad unida en alimento del alma, pero bajo una especie diferente, y tal fué la obra de misericordia y el don supremo de la pobreza de Nuestro Señor Jesucristo en el mundo.

El décimo grado es darse á sí mismo sin reserva, cuerpo, alma, y divinidad en su propia sustancia, para alimento á la vez del cuerpo y del alma, y para siempre en la eterna bienaventuranza, según lo que dice San Lucas: *Bienaventurado el que comiere el Pan en el reino de Dios* (1).

Todo lo que precede prueba haber atesorado San José

(1) Luc. XIV.

© Biblioteca Nacional de España

la bienaventuranza de la pobreza de espíritu en un grado muy próximo al de la Santísima Virgen. Opinamos que para comprender bien la bienaventuranza que nos ocupa hay que ser pobre como lo fueron los reyes santos. ¡Cuántos nobles de uno y otro sexo cobijaron la pobreza de espíritu bajo espléndidos ropajes de oro! Inés, Cecilia, Ágata, Dorotea, célebres vírgenes, practicaron esta pobreza adornadas con vestiduras recamadas de oro. ¡Cuántos papas, cuántos señores de grandes ciudades del imperio de la Iglesia militante cargados de piedras preciosas, han brillado más por su pobreza de espíritu entre el número de los santos! Algunos ha habido que ni han querido siquiera ver una moneda de oro. Aprendamos la pobreza de espíritu amaestrados por los peligros que han corrido sobre la tierra, y cuando la poseamos entonces será cuando diremos que á justo título se le da el nombre de bienaventuranza; entonces veremos con los ojos del alma que uno puede ser pobre de espíritu y utilizarse razonablemente de las habitaciones, de los muebles, del dinero, de los vestidos y de los alimentos, y contemplaremos con inesperada alegría del alma la inmensa dicha que gozó San José al hallar en esta vida el tesoro de la pobreza de espíritu.

CAPÍTULO XV.

Del don de la bienaventuranza de la mansedumbre.

Pruébase haber poseído José en grado eminente la bienaventuranza de la mansedumbre, en primer lugar por la falta de las cualidades opuestas, pues cuanto más uno se

© Biblioteca Nacional de España

aleja del pecado tanto más derrama Dios en su corazón la mansedumbre. Tal fué el estado de José.

En segundo lugar por el efecto. El efecto de la mansedumbre es triple: 1.° Con relación al que la posee, que se deja dominar por los malos, como lo dice la glosa sobre este pasaje: *Bienaventurados los mansos* (1). 2.° Por relación al prójimo, por cuyo motivo dice la glosa: «El hombre manso no irrita ni se irrita; no daña ni piensa en dañar.» 3.° Por relación á Dios, á cuyo fin soporta los castigos que le envía, y está siempre dispuesto á cumplir la voluntad del Señor; y teniendo esto en cuenta, dice la glosa: «Manso es aquel que no se deja llevar del rencor ni de la cólera, sino que todo lo soporta con ánimo igual.» La santidad de José manifiesta el primer efecto; su permanencia en Egipto por espacio de siete años manifiesta el segundo, y el tercero lo manifiestan sus largos y fatigosos viajes y todo cuanto tuvo que sufrir por el Cristo. De lo dicho hemos de deducir haber José sido muy manso.

En tercer lugar su mansedumbre se nos presenta evidente por la consideración de las funciones que ejerció. Fué escogido por Dios para esposo de la Santísima Virgen, aquella Virgen de la cual la Iglesia canta en el himno: *Virgen singularmente mansa entre todos*. Luego él á su vez fué muy manso. Esta consecuencia salta naturalmente de la igualdad de costumbres que hay en un matrimonio perfecto, tal como lo fué el de José con la Santísima Virgen.

En fin, Moisés, José y David fueron hombres muy mansos. Se lee de Moisés: *Moisés era el hombre más manso de la tierra* (2). Nuestro José fué el término de la serie de los Patriarcas del Antiguo Testamento, luego fué muy manso.

(1) Matt. v. — (2) Num. xxi.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVI.

Del don de las demás bienaventuranzas espirituales.

Dos son las cosas que prueban haber poseído San José el don del llanto. La primera consiste en su alegría que excedió á todas las alegrías del mundo, y fué originada por la presencia del Cristo, temiendo perder al cual después de haberlo tan ardientemente deseado, se entristecía y lloraba. Cuanto mayor es la causa de la alegría, tanto más grande debe ser el dolor si se pierde dicha causa, y sobre todo si ésta consiste en el Soberano Bien.

La segunda fué la perfección de José, perfección que obliga más y más al hombre á exclamar: «¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado!» El apóstol San Pablo, que fué tan perfecto, suspiraba del fondo del alma diciendo: *¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*

De la siguiente manera vamos á probar haber José tenido hambre y sed de justicia. El hambre y la sed se excitan con la presencia de alimentos y licores excelentes, con prolongados ayunos, y por la vivacidad de la naturaleza. Cuando estas tres causas obran á un mismo tiempo desarrollan viva hambre y viva sed. Ahora bien, el Cristo era la verdadera justicia, por cuyo motivo se dice en el salmo: *Justo eres, Señor, y verdadera bebida.* El Cristo que estaba con José era aquel del cual el mundo había estado hambriento por espacio de tantos siglos. La mente de José estaba admirablemente dispuesta. Luego tuvo el hambre y sed

© Biblioteca Nacional de España

de justicia en grado muy superior al de todos los Patriarcas del Antiguo Testamento.

La bienaventuranza de la misericordia brilla en San José bajo tres distintos puntos de vista. El primero con relación al Cristo, á quien José fué comparado, como el padre lo es á su hijo. El segundo con relación á la Santísima Virgen, con la cual fué comparado, como el esposo á su esposa. El tercero consiste en la relación que media entre la sinagoga y la Iglesia, entre las cuales estuvo puesto José como término de la primera y comienzo de la última. La bienaventuranza de la misericordia existió en nuestro Santo en un grado proporcionado á sus relaciones con el Autor de la misericordia, la Reina de la misericordia y el estado de la misericordia, que es la Iglesia, por cuyo motivo no puede caber la menor duda en que poseyó dicha virtud en grado eminente.

Si se consideran los efectos de esta bienaventuranza se obtiene la misma conclusión. San Ambrosio dice: «La misericordia consiste en no dejar persona en la miseria y en no hacer miserable á nadie.» San Bernardo la define de la siguiente manera: «No sólo consiste la misericordia en dar limosna, sino también en corregir todo pecado.» Hay que entenderla primero con relación á sí propio, y después con relación al prójimo, según las relaciones que se tengan con él. Esto hizo José con innumerables trabajos nutriendo al Hijo de Dios, que debía acabar con todas las miserias, corregir todos los vicios y renovar el mundo.

Por cuatro motivos se manifiesta haber poseído José la bienaventuranza de la pobreza de espíritu: primero, por su efecto negativo; segundo, por su efecto positivo; tercero, por su raíz primitiva, y cuarto, por la causa inmediata de su pureza de corazón. El efecto negativo consiste en la falta de todo remordimiento de conciencia. La glosa sobre

© Biblioteca Nacional de España

el capítulo v de San Mateo dice: «Tienen puro el corazón aquellos á quienes la conciencia no arguye de pecado.» Los efectos positivos son la exención del pecado, la iluminación y la perfección; y es lo que San Dionisio atribuye á los ángeles que son muy puros (1). La raíz primitiva es la fe, que purifica los corazones. La causa inmediata de la pureza del corazón es la caridad, por cuyo motivo dice el Apóstol: *La caridad procede del corazón puro y de una buena conciencia* (2). No hay católico que ponga en duda haber San José atesorado estas cualidades en grado tanto más eminente cuanto más viva era su fe y más esclarecido su ingenio. La dignidad de San José no es desconocida de católico alguno, á menos que nada sepa de la Sagrada Escritura, ó que su limitada y perezosa inteligencia no le deje razonar, cosa que sucedió en nuestra presencia á un doctor de Teología. Disputando con él por casualidad sobre la santidad de San José, prefería á su estado otro que era ciertamente mucho menos digno. Excitándole á considerar las grandezas de San José tal como resultan del Evangelio, se llenaba de asombro como un joven que no ha reflexionado en nada. De ahí viene que repugne á muchos predicadores hablar del excelso José, porque arrastrados por la fuerza de la costumbre, como no hallan nada formalmente escrito, temen expresar sus opiniones poco seguras. Abran los ojos y vean, pues apenas querrán hacerlo reconocerán haber estado ciegos, no viendo la excelsitud de la santidad de San José. Cuando alaban á la Reina de los cielos en el día del sábado algunos hay que notan la dignidad del buen anciano José, pero no se detienen en profundizar los misterios de la Sagrada Escritura; pasan ligeramente á otros pensamientos, cuando habría necesidad de profundizar aquéllos.

(1) Hier. Celest. v. — (2) I Ad Tim. I.

© Biblioteca Nacional de España

Tres son las cosas que manifiestan en José la gloria de la bienaventuranza de la paz, á saber: el don, la razón ó la forma, y el efecto. El don de la paz consiste en ser hijos de Dios. *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* (1). José fué no solamente hijo de Dios por gracia y por adopción, sino que tuvo además lo que á nadie fuera de él fué concedido, ya que tuvo la sagrada honra de ser llamado padre de Dios. Luego poseyó en grado eminente la bienaventuranza de la paz. La razón de la paz es la que da la glosa diciendo: «Son pacíficos aquellos que someten á la razón los movimientos todos del alma, ya que nada les impide que se hagan semejantes á su Padre, que es la paz suprema.» Tal estado atribuyen á José los que cuidadosamente unen los fundamentos de la fe á la razón. El efecto es doble en sí y en nosotros. Mientras la ley de la carne, dice la glosa en el mismo paraje, no conviene con la ley del espíritu, no podemos estar en paz ni con los demás ni con nosotros mismos. Ahora bien, José gozaba de una paz tal en su carne, que guardaba la virginidad enamorado de la celestial y en ella hallaba infinitamente más delicias que en los bastardos placeres de la carne. De esto se originó otro efecto, puesto que nutrió para nosotros al Salvador, quien quiso descansar en los brazos de José, cuya carne en paz le había agradado.

Sabemos por el Evangelista las persecuciones de que nuestro Santo fué objeto.

(1) Matt. v.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVII.

Del don de la plenitud de la gracia.

La Sagrada Escritura refiere haber habido muchos personajes llenos de gracia por un don divino. Léese que el Cristo fué lleno de gracia y de verdad. El ángel llama llena de gracia á su santísima Madre. San Esteban es celebrado en los Hechos de los Apóstoles como lleno de gracia y de valor. Tabitha en el mismo libro es llamada llena de buenas obras y de limosnas. Sabemos que los Apóstoles fueron llenos del Espíritu Santo. Pregúntase si esta plenitud de gracia es aplicable á San José, de manera que pueda decirse de él lo que se lee en el capítulo v del libro de Ester. *Os he visto, Señor, como un ángel de Dios y mi corazón ha sido turbado por el temor de vuestra gloria. Admirable sois, Señor, en gran manera y vuestro rostro está lleno de gracia.* Llámase plenitud de gracia á la abundancia del don de Dios que rebosa y es de dos maneras: La primera nada recibe y rebosa y ésta es la de Dios solo; la segunda recibe y rebosa y es la que los hombres reciben, pero de distintas maneras. Una fué la gracia del Cristo, otra la de su Madre y otra la del resto de los hombres. El Cristo está lleno sustancialmente de la divinidad y de la verdad: *porque,* dice el Apóstol, *en Él está corporalmente la plenitud de la divinidad.* La plenitud de la Santísima Virgen fué en el alma y en el seno, mientras que la del resto de los hombres es solamente del alma. Estas plenitudes difieren asimismo por el origen. La 1.ª es la del manantial; la 2.ª es la del canal que mana de

© Biblioteca Nacional de España

la fuente, y la 3.ª es la de los riachuelos que derivan del canal y de la fuente. La plenitud de gracia de los santos es de dos maneras. Hay en algunos una efusión de la perfección interior sobre la perfección exterior para su propia salud y para la edificación del prójimo resultante de sus buenos ejemplos; esta plenitud se llama suficiente y es obligatoria para cuantos son poderosos en buenas obras. La efusión en los demás santos, produce buenas obras, saludable doctrina y buenos ejemplos para toda la Iglesia. Háblase de la primera en el capítulo IX de los Hechos de los Apóstoles: *Tabitha estaba llena de buenas obras*. Háblase de la segunda en el capítulo II: *todos los Apóstoles fueron llenos del Espíritu Santo*. También esta última es de dos maneras: unos derraman sus buenas obras y sus buenas instrucciones, otros dan además la vida por Jesucristo. La primera es común á todos los doctores y la segunda á los mártires. Esta es de la que se halla escrito: *Esteban estaba lleno de gracia y del Espíritu Santo*.

Se contesta á la cuestión propuesta de la siguiente manera: José participó de la plenitud del Cristo excelentemente, de la de la Virgen singularmente, de la de los Apóstoles virtualmente y de la del resto de los santos formalmente, pero de un modo más grande y más perfecto. José participó excelentemente de la plenitud del Cristo por prioridad, puesto que gozó de Él primero que los demás hombres recibiéndolo en su pecho en espíritu y en realidad; por su dignidad, por haber merecido ser llamado padre del Cristo: por su caridad, por haberse manifestado siempre pronto y dispuesto á todo para agradar á Dios en sus obras, en sus votos y en su destierro; y participó de la plenitud de la divinidad en el Cristo, amándole, viéndole, escuchándole, y tocándole, bebia y se saciaba en el manantial superabundante del Cristo y se formaba en él una fuente de agua vi-

© Biblioteca Nacional de España

va que debía saltar hasta la vida eterna. José participó singularmente de la plenitud de la Santísima Virgen por su unión, su misión y revelación. Hubo entre ellos la unión del amor conyugal, una sumisión recíproca y la revelación mutua de sus consolaciones interiores. Puede sin temor asegurarse que la Santísima Virgen no había de permitir que San José estuviese privado de toda participación en su perfección, en sus alegrías y en sus consolaciones. Era llena de bondad y gozando alegrías superiores á todo cuanto los mortales pueden imaginar con motivo de la presencia del Cristo y de los ángeles, se hacía como un deber de espontanearse con su esposo amadísimo para que recibiese consuelo divino en sus trabajos. De esta manera fué como la Madre cumplía con respecto á su marido el precepto del Señor con la comunicación de la alegría espiritual *serán dos en una misma carne*. María quiso, pues, que la carne de José participara de las alegrías que ella experimentaba para que su apoyo fuese semejante á ella. José tuvo virtualmente en el espíritu y en el cuerpo la plenitud de los Apóstoles: en el espíritu por la abundancia de gracias que le hacían agradable á Dios y en el cuerpo por los admirables esplendores que veía en la persona del Cristo, según es creencia razonable. Lo que precede y lo que vamos á decir, manifiestan en José el brillo de la plenitud de los demás santos.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVIII.

De la comparación de los dones de San José con los de los Apóstoles, Profetas, Evangelistas y Pastores.

El apóstol San Pablo en el capítulo IV de su epístola á los de Éfeso habla de la siguiente manera de algunas gracias: *Ha dado á su Iglesia algunos para apóstoles, otros para profetas, otros para evangelistas y otros para pastores y doctores á fin de que unos y otros trabajen en la perfección de los santos, en las funciones de su ministerio y en la edificación del cuerpo de Jesucristo.*

La dignidad apostólica tiene cuatro cualidades que la distinguen. Primera, la anunciación: *id y predicad el Evangelio á toda criatura;* segunda, la iluminación: *vosotros sois la luz del mundo;* tercera, la reconciliación: *aquellos á quienes perdonareis los pecados les serán perdonados;* y cuarta, la palabra por el Espíritu Santo: *No sois vosotros quienes habláis, sino que es el espíritu de mi Padre quien habla en vosotros.* Estas distinciones son eminentísimas como quiera que tienen inmediatamente al Cristo por autor, por guía y por objeto. San José se distingue por sus desposorios con la Reina de los cielos; por su título de padre del Rey de los ángeles; por el amparo que dió al Mesías prometido en la ley de los judíos; por la educación del Salvador de todos, cosas éstas que tienen al Cristo por principal objeto. Quienquiera que seas, lector de algún ingenio, si crees en la verdad de las cosas divinas, examina, discute, concluye

© Biblioteca Nacional de España

comparando la majestad de los Apóstoles con la dignidad de José, cual fué su preeminencia, su santidad y la inexplicable perfección de sus virtudes. Si emprendes esta tarea con animoso corazón, si no desmayas verás que no por eso se abate á tu mirada la majestad de los Apóstoles y al mismo tiempo verás también como Dios resulta exaltado en los dones ocultos de José, su padre putativo.

Tres cosas distinguen á los Profetas: la iluminación de lo alto: *No es ciertamente por la voluntad de los hombres que nos fueron dadas antiguamente las profecías, sino que por inspiración del Espíritu Santo hablaron los santos hombres de Dios* (1). La interpretación de las Escrituras: dice la glosa «otros profetas intérpretes de las Escrituras.» La revelación de las cosas ocultas; y de ahí que se les llame profetas porque hablan de las cosas ocultas á los sentidos. Los Profetas sólo tuvieron estas tres facultades en una luz apenumbrada en figuras y en enigmas. José, por el contrario, iluminado con la luz de los ángeles conoció más claramente el misterio supremo del Hijo de Dios, quien era igualmente el objeto de todos los Profetas. Conocido este misterio en el hecho, comprendió con la mayor profundidad posible los más ocultos sentidos de las Escrituras y puso por su parte todo cuanto pudo para que este misterio fuese manifestado en tiempo oportuno al orbe todo educando al Hijo de Dios. Así fué como preparó los materiales sobre los que debían escribir los Evangelistas, y fué para los mismos como un sujeto; de esta manera José comparado con los Evangelistas es como el objeto de la ciencia comparado con la ciencia misma.

Es deber de los Pastores dar la vida por sus ovejas, lo que es á la verdad mucho más que su sustancia; cuando el lobo viene, lejos de huir, darle caza; alimentar al pueblo con

(1) II Petr. I.

© Biblioteca Nacional de España

la palabra y el ejemplo, é invitarle sin cesar á adquirir la vida eterna. Pero exponiendo José su vida por el Rey del cielo; dándole su sustancia, no se redujo á poner en fuga á los lobos, sino á los más crueles tiranos; y dió á los más adelantados y fervorosos en el culto del Cristo ejemplos con los cuales pueden merecer llegar á ser eternamente hijos de Dios. Hay pues que formar el más esclarecido concepto de las excelsas virtudes de San José, quien fué digno de ser comparado con los hombres más eminentes por su dignidad. Este es el motivo por el cual San Mateo, primero de los Evangelistas, en el principio de su Evangelio habla en primer lugar de la nobleza de nuestro Santo según la carne, y después de la nobleza de su alma, para llevarnos por un doble camino á conocer, venerar y honrar al Cristo. Bien podríamos exponer detalladamente aquí las virtudes todas de los Profetas, Apóstoles, Evangelistas y Pastores y oponer la luz á la luz; pero tememos al escrutar tan insigne majestad quedar oprimidos bajo el peso de su gloria; por cuyo motivo abandonamos estas cosas á la contemplación de las inteligencias más elevadas. Penetre pues la inteligencia allí donde la pluma ha rehusado penetrar; comprenda el alma lo que las palabras no son bastante para expresar; admire la inteligencia lo que los escritos no pueden tocar, y en fin veneren los hombres lo que la gloria del cielo les tiene oculto.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIX.

De los dones de los atributos de todos los ángeles.

Los atributos ó cualidades que distinguen á los espíritus bienaventurados, tales como los Santos Padres, y especialmente San Dionisio, nos las han dado á conocer; unos son propios de cada orden ó jerarquía, y otros comunes á todos ellos. Veamos aquí si no se hallan todos en San José.

Debemos ante todo hacer notar que hay ciertas cualidades comunes á los ángeles que son enteramente interiores: llamamos interiores la sustancia, la virtud y las operaciones constantes, tales como comprender y querer, y no las ordenadas á efectos transitorios, como mover los orbes; otras cualidades miran á lo que está fuera de ellos, como Dios, los demás ángeles y los seres criados que son de orden inferior. No te admire que llamemos comunes á cualidades que por otras razones son llamadas distintivas; pues competen solamente á la naturaleza angélica espiritual y separada de la materia. Las llamamos comunes porque no corresponden á un orden solo, sino á los espíritus de todos los órdenes. La cualidad común á todos los ángeles en cuanto mira al interior es aquella de la cual dice San Dionisio: «Todas las excelsas inteligencias del orden sobrenatural son distintas en la esencia, en la virtud y en la manera de obrar (1).» Tenemos para nosotros que en el capítulo III dice

(1) Hier. Celest. XI.

© Biblioteca Nacional de España

en el mismo sentido: «Tres cosas hay en todos los ángeles, el orden, es decir, la potestad, la ciencia y la operación.» Discurramos, pues, sobre ellos, remontándonos todavía más en alas de una fe más viva. La esencia, la virtud y las obras de San José se aproximaron más inmediatamente á Dios según el orden, la elección y la potestad; porque la genealogía de José comprende la del Cristo Dios, á quien consagró inmediatamente toda su inteligencia, toda su voluntad, toda su actividad con sumo ardor, clara inteligencia y pureza llena de sencillez. Nada de pasmoso hallamos en todo esto, porque así como la gracia eleva la naturaleza á un estado sobrenatural, de la misma manera la paternidad putativa y la maternidad verdadera debieron, con respecto al Cristo, bien que de una manera distinta, elevar la esencia, la virtud y la manera de obrar de San José á la semejanza de la naturaleza de los ángeles bienaventurados, salva la condición de la humana naturaleza. No entendemos referirnos aquí á la Santísima Virgen que está puesta á una altura mucho mayor y más perfecta: hay entre los dos la diferencia que media entre la paternidad putativa de José y la maternidad efectiva de la Reina del mundo.

Hablemos ya de las propiedades comunes que tienen por objeto las cosas exteriores. La primera mira á Dios, y recibe dos nombres en la Sagrada Escritura, á saber: clara visión de Dios, y sincera administración. San Mateo dice de la visión: *Sus ángeles ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos.* Daniel habla de la segunda función: *Millares de millares le sirven, y á millones esperan sus órdenes.* No debe caberle duda alguna al católico acerca la clara visión de San José, la cual es altísima, excelentísima é igual á la de las órdenes supremas. El ministerio de San José ha sido tan íntimo que todos los ángeles juntos no han servido á Dios tan familiarmente como José por sí solo. En efec-

© Biblioteca Nacional de España

to, José dió hospitalidad al Dios Hijo, le envolvió en pañales cuando vino desnudo al mundo, le alimentó cuando tuvo hambre de niño, lo cuidó en la cuna, bañóle y le calentó bien por sí mismo, bien ayudando á su madre á prestarle estos servicios. En su consecuencia, el día del juicio universal José podrá decir á Dios con mayor razón que todos los demás: «Oh Dios inmortal, no solamente di de comer al menor de vuestros hijos cuando estaba hambriento, sino que os he alimentado á Vos cuando tuvisteis necesidad, os vestí cuando estabais desnudo, os visité cuando estuvisteis enfermo. Todo lo que la humanidad exige á un hombre mortal lo he hecho en Vos cuando os encarnasteis.» En consecuencia, pienso que entre todos los patronos de los hombres acerca de Dios, San José es el más poderoso, quitada la Virgen Santísima; mas esto sea dicho con las reservas debidas al abismo de los juicios de la Divinidad. Es bien claro y evidente que José ejerció las mismas funciones que los ángeles en servir á Dios y en estar delante de Él. Séanos permitido aquí contemplar por un momento el conocimiento clarísimo que José tuvo de Dios cuando lo vió junto á sí, revestido de carne humana; no decimos que este conocimiento fuese de mayor excelencia que el de los ángeles, puesto que en él estriba la bienaventuranza de estos espíritus, pero sí diremos haber entonces José conocido mejor á Dios que el resto de los mortales. Conocemos á Dios de dos maneras: La primera por abstracción; bien así como los que esculpen una estatua tienen una vista intuitiva de su forma bajo la corteza que la cubre y que poco á poco van quitando y ven toda su belleza bajo la materia inerte que la oculta. Esta es una de las maneras de conocer á Dios, según San Dionisio en su libro intitulado *De la Teología Mística*. El mismo autor llama á la segunda manera *posición* y consiste en analizar sucesivamente todos los atributos de Dios. Dejando á un lado esta

© Biblioteca Nacional de España

última manera, concretémonos á la abstracción y consideremos con qué afecto del alma, con qué dulzura, con qué elevación de espíritu el amable José contemplaba al amado Cristo Dios oculto bajo el velo de la carne. Al tocar los pies balbucia con el corazón inflamado: *la tierra es el escabel de tu pie.* Viéndole las manos en espíritu se acordaba de aquellas palabras de David: *Tus manos, Señor, me hicieron y me dieron forma.* Contemplando su rostro sereno y bello como los cielos pensaba: *Señor, á la luz de tu rostro andarán y serán felices.* Sus miembros son mortales, perecederos y humanos, pensaba; pero ¡cuánta es la belleza, la dulzura y la gloria del rostro de la divinidad que se oculta aquí! ¡Cuán grande no es la fuerza de este brazo omnipotente por otra parte tan pequeño! ¡Inefable es la majestad que me oculta la sustancia terrena de este cuerpo! Hago mentalmente abstracción de estos límites corporales, de la envoltura opaca de la carne y libre el espíritu contemplo cosas inefables; lleno de fe, iluminado por la luz de lo alto, instruído por las enseñanzas de los ángeles, con la certidumbre que da una diaria experiencia, no puedo engañarme teniendo á los ojos los santísimos ejemplos, la doctrina y las costumbres de la Madre de este Hijo de Dios que es mi esposa. José brilló, pues, con el esplendor de las cualidades de los ángeles, y la majestad de Dios el Padre le daba más esplendor. Pero en llegando á este punto somos llamados al coro para cantar los himnos sagrados, por cuyo motivo nos vemos en la precisión de interrumpir estos divinos consuelos y poner fin al presente capítulo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XX.

De los dones de las propiedades de la primera jerarquía.

Desde el principio la Jerusalén celeste decorada de innumerables espíritus une en un divino lazo y gobierna á sus ciudadanos, quienes para estos fines están divididos en tres jerarquías, las cuales á su vez se subdividen en tres órdenes. La jerarquía, según San Dionisio, es un principado sagrado y una santa distinción, imagen de la belleza divina de su esplendor y de su inteligencia; medita los misterios sagrados, estudia las sublimidades más excelsas y se esfuerza cuanto le es permitido en producir en sí misma la semejanza de su principio. Es una perfección para todo sér que se dedica á esta meditación consagrar todos sus esfuerzos á imitar á Dios cuanto le es posible, y lo que es más glorioso y digno de todo (como lo acreditan las Sagradas Letras) venir á ser el cooperador de Dios y en cuanto es posible manifestar abiertamente la operación divina. Esta es la opinión de San Dionisio en el capítulo III de la *Celestial Jerarquía*. Los ángeles están divididos en nueve órdenes: la jerarquía menos elevada comprende los tres inferiores y así sucesivamente, ascendiendo hasta Dios. El primer orden es el de los Ángeles, el segundo el de los Arcángeles, el tercero el de los Principados. Tres atributos distinguen á los Ángeles; están más inmediatamente destinados á las relaciones con los hombres, los conocen mejor y gobiernan á cada uno en particular. El primer atributo se acomoda perfecta-

© Biblioteca Nacional de España

mente á San José, que estaba inmediatamente prepuesto al Cristo, primer hombre y único Rey de la humanidad. Lo mismo hay que decir del segundo, porque José conocía bien al Salvador. En cuanto al tercero, fué el custodio del Cristo y de la Santísima Virgen. No hay que pasar ligeramente sobre todo esto contentándose con desflorarlo porque es cosa que tiene mucho meollo. Cuando se sale de un punto oscuro hay que recibir poco á poco la luz del sol. La consideración de estos divinos asuntos exige que se evite á un mismo tiempo la pereza y la ligereza de espíritu y se tiene que excitar la fe, enardecer el ardor de la caridad y ejercitarse en el manejo de la espada de la perspicacidad de la mente. La majestad de los Ángeles es inexplicable, puesto que el menor de ellos es más grande que el mayor de los mortales. Cuando la razón os obligue á atribuir á José las cualidades de los Ángeles conoceréis cuánta sea la grandeza de sus virtudes. Provéete ahora de las alas del águila y cuando creas haberte remontado mucho verás que apenas has llegado al primer grado de una elevación inmensa.

El segundo orden es el de los Arcángeles á los cuales distinguen tres funciones también, según San Dionisio: La primera es comunicarse con los órdenes superiores, la segunda mandar á los inferiores, la tercera reducir los superiores á un orden inferior. Debemos atribuir la primera de estas funciones á San José, que recibió de los espíritus superiores el conocimiento del Hijo de Dios, de Éste la experiencia y de su Esposa la ciencia sobrenatural. Se le acomoda la segunda función tan perfectamente como la anterior puesto que estuvo colocado como superior del Rey del universo y de la Reina del mundo. Atesoró también la tercera y de ello hemos hablado ya en otras partes con bastante extensión. Hé aquí, pues, en San José las cualidades de los Arcángeles, y si hemos de valernos de una locución

© Biblioteca Nacional de España

humana, por muy elevadas que ellas sean, se les dará menos importancia á medida que uno se vaya elevando más.

El tercer orden es el de los Principados, el cual tiene también á su vez tres especiales cualidades: primera, imitar el Primer Principio; segunda, estar adornado de las principales virtudes; tercera, reducir los inferiores al mismo Principio. San José imitó el Primer Principio, puesto que le tuvo bajo su dominio. El mismo Dios le llamó su padre y le estuvo sumiso y obediente. El Evangelio con una sola palabra manifiesta que José estuvo adornado de todas las virtudes: *José su esposo como era justo...* nótese que José obtuvo de esta manera el primer puesto entre los justos del Nuevo Testamento y en el hecho mismo la Sagrada Escritura nos manifiesta de qué manera estaba eminentemente adornado de las virtudes de primer orden. Hemos demostrado más que suficientemente en lo que llevamos dicho todo cuanto José hizo para llevar los hombres á Dios alimentando al Hijo de Dios con su trabajo, anunciando su virtud cuando debió hacerlo y dando santos ejemplos con su vida. Resulta evidente, pues, haber José poseído todas las perfecciones de los tres órdenes de la primera jerarquía celestial. Pasemos á tratar de asuntos más elevados para que la gloria de este grande y excelso personaje se extienda y nos inflame más y más.

CAPÍTULO XXI.

De los dones de las propiedades de la segunda jerarquía.

El primer orden de la segunda jerarquía es el de las Potestades, que tienen también tres atributos: primero, ob-

© Biblioteca Nacional de España

servar la dignidad propia á cada uno; segundo, ordenar la de los demás; tercero, mantenerles en la posición que les es útil. José se esforzó siempre en conservar la dignidad de la justicia, y con este objeto quiso dejar secretamente á su Esposa. Guardó intacta la azucena de la virginidad con todas las fuerzas de su alma; sostuvo la majestad de padre de Dios con levantados pensamientos, con su fiel asentimiento á las iluminaciones del cielo, con sus trabajos y con los distintos acontecimientos de sus viajes. ¡Cuán bello es el poder del excelso José! Conservólo intacto en toda su elevación, y goza de él en la gloria de la celestial Jerusalén. Además instituyó otro orden, en el que quiso manifestar poseer una carne más pura que Abraham, Jacob, José, Moisés, David y todos los patriarcas; este orden es el de las vírgenes y de los continentes, establecido por Dios inmortal entre el género humano, con la cooperación de José. La Virgen, su esposa, gloria inmortal del sexo femenino, fué la ley celeste de la continencia de las mujeres. José, virgen, trajo á los hombres el dogma de esta pureza con la aprobación de Dios el Hijo. De esta manera fué como llamando José el género humano al banquete celestial por la vía del menosprecio de la carne, lo condujo al verdadero camino del cielo, y reunió á sí el tercer atributo de las Potestades.

Penetremos ahora en mitad de la ciudad celeste, donde domina el orden de las Virtudes. Las distinguen tres cualidades, á semejanza de los mortales: primera, una hermosa virilidad; segunda, la prontitud; tercera, la liberalidad con los inferiores. La virilidad consiste en acometer de frente las dificultades, resistir á las contrariedades y soportar los males, cosas que se hallan en el grado más eminente en San José. ¿Qué dificultades no acometió al dar, por espacio de tantos años, asilo al Rey del cielo, cuando estaba su-

© Biblioteca Nacional de España

mido en la pobreza? Resistió á la crueldad de los tiranos y llevó á cabo innumerables trabajos. ¿Qué diremos de la prontitud ó rapidez con que obraba? Levantóse como un gigante, dispuesto á correr, cual si estuviese libre del peso de la carne, entró en el camino por el que corren los ángeles, saliendo vencedor en la carrera, á pesar del peso de la carne, adelantándose á aquellos seres á quienes la carne no es rémora, porque no la tienen. Usando de una libertad extrema, nutrió para el mundo al Hijo de Dios con un tesoro inagotable de todas las virtudes. Por su munificencia han sido concedidas á los mortales las felicidades del reino inmortal. Los Evangelistas llaman tal vez á José hombre porque poseía con la gloria, como perteneciéndole cual una cosa propia, todas las virtudes que los hombres balbuciendo llaman dones celestiales.

Pongámonos el ceñidor y calcémonos como si hubiésemos de subir á la cumbre de una montaña alta y escarpada. El orden de las Dominaciones, que es el más elevado de la jerarquía segunda, puede representarse con las más elevadas cumbres de las montañas, las cuales, según la Sagrada Escritura, son figuras de los ángeles. San Dionisio expone de la siguiente manera los dones recibidos por las Dominaciones: «El nombre de las santas Dominaciones está lleno de misterios; están dotadas de una inteligencia más elevada, no conocen la servidumbre, son libres de toda sumisión, y exentas de sujeción á toda especie de tirania. La verdadera dominación afirma su libertad no cediendo á ninguna lisonja; no está sometida á obra servil alguna; á nadie está sujeta, y victoriosa de toda oposición, tiende con un deseo ardiente é infatigable á la divinidad que lo domina todo.» Tales son las palabras de San Dionisio. Este levantado lenguaje, esta doctrina oscura para los incrédulos, este misterioso discurso del santo padre y mártir Dio-

© Biblioteca Nacional de España

nisio indica siete atributos de las santas Dominaciones: primero, estar libres de toda servidumbre; segundo, no haber sido vencidas jamás por enemigo alguno; tercero, ser justamente severas; cuarto, tener siempre servidores; quinto, tener siempre voluntad de dominar sin cesar; sexto, tender á hacerse semejantes á Dios; séptimo, participar en la majestad de la dominación divina. El divino Maestro nos enseña que las Dominaciones celestes en manera alguna están sujetas á los defectos de las dominaciones terrenas. Dichas santas Dominaciones jamás están sometidas á servidumbre de seres superiores, no temen los ataques de enemigo alguno, ningún vicio las roe, porque sometidas voluntariamente á la soberanía de Dios, se conforman con las Leyes sagradas de la autoridad. Si no comprendemos por los sentidos cuál sea el imperio de las Dominaciones, no por eso debemos negarlo, puesto que quien nos lo revela es el mismo oráculo del Espíritu Santo. En estas altísimas cosas debemos sujetar nuestra inteligencia hasta el punto de hacerla cautiva bajo la obediencia de Cristo, y debemos creer con una fe cierta lo que esperamos ver un día, iluminados de la luz conveniente para el efecto. Suplícoos, oh dichosas Dominaciones que adoráis á Dios, como todos los días lo canta la Iglesia, enviéis algunos de vuestros dones á las mentes de los mortales, para que puedan alimentarse con ellos como los perrillos se alimentan de las migajas que caen de la mesa de su señor; y si no se nos permite al presente gozar de vuestra compañía, no nos dejéis sin el auxilio de vuestros beneficios. ¿Á qué compararemos la luz inexplicable de vuestros dones, si habitáis en regiones mucho más elevadas que las de otras criaturas? Favor vuestro será si decimos, al compararos con José, cosas dignas de vuestra naturaleza y de vuestra gloria. El primer atributo de las Dominaciones consiste en estar ente-

© Biblioteca Nacional de España

ramente libre de toda servidumbre. El noble origen de José y su genealogía tan antigua prueban haber poseído la elevación de la caridad y de las virtudes que hacen al hombre verdaderamente libre, de manera que jamás haya sido rebajado hasta la condición de esclavo. Añadid á eso haber José llevado el nombre de padre del Rey del mundo, y reconoceréis que jamás ha sido esclavo de nadie. Venció á los tiranos huyéndolos, y nunca estuvo sometido al poder del demonio, luego poseyó José el segundo atributo de las Dominaciones, de no haber jamás sido vencido por enemigo alguno. Digamos ahora algunas palabras de la justa severidad de José, el cual fué humilde y paciente delante de Dios, delante del Hijo de Dios y delante de su Madre y Esposa, pero todo lo hacía con la autoridad de superior. Viviendo en medio de una nación depravada, nunca dejó la menor cosa de cuantas eran necesarias á una vida santa y justa, y se esforzaba siempre en conceder á todos los derechos correspondientes. Tal es la severidad de los santos que no desprecian ciertamente á los hombres, pero tampoco les lisonjean. Se halla siempre con aquel en quien reside el Espíritu Santo, que el Cristo envía desde el cielo, y jamás se separa de sus costumbres santas. Esta especie de hombres (por no decir ángeles) tiene siempre el rostro risueño, ora hable con los judíos, ora con los gentiles, ya con los amigos de Dios, ya con sus enemigos. Da á cada cual lo que le pertenece, y no guarda lo propio con exceso de tenacidad, ocultándolo á la luz. Damos á estas cualidades el nombre de severidad liberal, y convienen á las Dominaciones, como lo enseña San Dionisio, poseyéndolas de la misma manera, y en esto no nos cabe duda, cuantos imitan al Cristo. Acordándonos del Evangelio diremos que los fariseos reprochaban á Jesucristo esta severidad liberal: *¿Porque,* decían, *vuestro Maestro come y bebe con los publicanos*

© Biblioteca Nacional de España

y pecadores? Jesús les contestó: *Los que están gozando de salud no necesitan al médico, sino que lo necesitan los enfermos.* Hé aquí la divina liberalidad del Médico que iba al encuentro de los enfermos y les propinaba medicinas amargas para que, vueltos á la salud, comprendieran lo que no pudieron sentir cuando estaban enfermos. De ahí la ventaja de pasarse sin servidores que tienen los que ejercen un poder de la naturaleza del de Cristo, el cual decía: *Mi reino no es de este mundo. Si fuese de este mundo mis servidores combatirían para que no fuese entregado á los judíos.* Los que ejercen la autoridad de las leyes cristianas tienen servidores, mas como si no los tuvieran. Mandan á sus inferiores como ciudadanos del mismo reino, y si lo hacen es obligados á ello por el ardor de la caridad celestial. Estos tres atributos de las Dominaciones se hallan en San José, á saber: la voluntad de mandar con un espíritu perfectamente regulado, de hacerse conformes á Dios, y de participar en la majestad de su autoridad. Veremos estas cosas en silencio, y propongámonoslas como motivos de meditación, porque es imposible á los que saborean las dulzuras de la verdad sola expresar suficientemente los dones angélicos de José. La verdad es el objeto de la sola inteligencia rodeada de la luz divina, como dice el Profeta: *Tu verdad te está rodeando.*

CAPÍTULO XXII.

De los dones de las propiedades de la suprema jerarquía.

Habiendo llegado al punto más eminente de toda la creación, probemos que José reunió los atributos de la supre-

© Biblioteca Nacional de España

ma jerarquía. El primer orden corresponde á los Tronos, á los cuales se atribuyen, entre otras, tres cualidades, especialmente por San Dionisio que ha corrido el velo de no pocas cosas á la fe ortodoxa. Primera, rodean al Rey; segunda, reciben al Rey; tercera, transportan al Rey. El primero de estos atributos es dado por la Escritura á la Virgen Madre, Reina de los cielos, cuyo seno contuvo al Dios hecho hombre [créese que Ella fué aquella mujer profetizada por Jeremías: *El Señor ha hecho en la tierra una maravilla nueva; una mujer ha rodeado un varón* (1)]. Lo mismo puede decirse de José, que rodeó al Cristo venido á este mundo, con su casa, con sus pañales y con su pecho. Recibióle á su venida, le transportó á Egipto, huyendo del tirano, y lo condujo á Nazareth para dar cumplimiento á la profecía. Resulta, pues, evidente haberse reunido en José los tres atributos de los Tronos.

Detengámonos aquí un poco y permitámonos el atrevimiento de decir que los tuvo todavía en mayor escala, y que los dones por él recibidos fueron todavía más insignes. Los peripatéticos dicen que la significación del nombre es doble: aquélla es la primera que le ha sido dada, ésta es la del uso que se hace de dicho nombre. Por ejemplo, la visión expresa el ejercicio de la facultad de ver lo que es visible; el uso la aplica á otras facultades, puesto que se llama visión á un acto de la inteligencia, según el Evangelista cuando dice: *Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán á Dios.* Nosotros pues, diremos, que el sentido de las palabras *rodear, recibir* y *transportar* si nos fijamos en su primitivo significado convienen mucho más excelentemente á San José que á los Tronos, porque el sentido de estas palabras nos revela grados desconocidos de la

(1) Jerem. xxxi.

© Biblioteca Nacional de España

gracia divina. Pobres mortales, nos reducimos á balbucir aquello que ni siquiera podemos alcanzar con el pensamiento. Perfectamente comprendemos, oh José, que habéis obrado con clarísima luz cuando rodeasteis al Dios hecho hombre, le recibisteis en vuestra casa y le llevasteis apoyado sobre vuestro pecho. Veneramos también la majestad de los Tronos y sus tan elevados dones, pero no los podemos ver más que á merced de una luz incierta. José fué un hombre que atendió á Dios con acciones conocidas de los mortales que celebramos por la vez primera.

El orden de los Querubines, superior al precedente, tiene los siguientes atributos, según San Dionisio. Por un don particular los espíritus de este orden todo lo refieren siempre á Dios, y todos sus actos tienen por objeto honrar la majestad divina. Por su naturaleza son los ejemplos de las acciones, y no tienen más que mirarse á sí mismos para saber cómo han de obrar. He ahí la razón por la cual se dice que este orden todo lo reduce á Dios, y que es activo y ejemplar, cualidades que José poseyó plenamente, puesto que llevó los hombres á Dios en tanto como le fué posible con sus virtudes constantes. Por ellas es un ejemplo celestial para los que le tributan los supremos honores. Dormita un poco, oh alma mía, y que tu corazón vele meditando las acciones de San José. La verdad te obligará á reconocer que toda su vida fué un verdadero querubín. Acuérdate que el Génesis nos dice haber puesto Dios un querubín para guardar y conservar el paraíso terrenal; acuérdate también que el paraíso terrenal es figura de la Virgen Madre, que el Cristo es el árbol de la vida plantado junto á la corriente de las aguas. Si esto es cierto, ¿por qué no ha de ser José el querubín puesto por Dios para guardar á la Virgen y al Cristo? Acuérdate de todo lo demás para adquirir la fuerza de remontarte en alas de una fe vivísima

© Biblioteca Nacional de España

hasta las moradas de los Serafines, para sacar de ellas una admiración todavía más grande de las virtudes de San José.

Bien que los Serafines hayan recibido mucha abundancia de dones y que todas las cualidades de los órdenes inferiores brillan en ellos con más esplendor, no nos ocupemos más que de tres, para que podamos, en fin, detener las aguas que han regado los prados de nuestro espíritu. La primera consiste en el ardor ferviente de un amor intenso, amor incesante, amor que nada puede disminuir. El Serafín arde siempre en amor á Dios, y no puede dejar de arder; este amor incesante es su carácter particular, y como tiene á Dios presente es un amor que no puede decrecer. Los hombres conocen la majestad, las virtudes, los dones y la llama ardiente del amor de los Serafines; bien que un amor semejante al de los Serafines parece guarecerse en San José, con todo se manifiesta con su propia luz y se presenta ardentísimo por sí mismo. Por esta ardiente llama pudo resistir á los tiranos y burlar todas sus emboscadas. Enmudezca la lengua al tratar del amor de San José á Dios, y ocupémonos solamente de su vida y sus costumbres.

José fué, pues, un ángel por su vida, un arcángel por sus funciones, un principado por su victoria sobre los reyes, una potestad por sus obras sobrenaturales, una virtud por su perfección que le hacía semejante á Dios, una dominación por su superioridad sobre las criaturas, un trono por haber recibido corporalmente á Dios, un querubín por sus conocimientos de los secretos celestiales, y un serafín por su ardiente amor al Criador.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

© Biblioteca Nacional de España

CUARTA PARTE.

PREÁMBULO.

Santísimo Patriarca José, excelso esposo de la Reina del cielo, después de haber tratado en larga serie de capítulos y dejando á un lado lo que ya era conocido, cuestiones dignas de elevados ingenios, réstanos ahora entrar en la vía que nos debe conducir á la majestad de la gloria de que gozáis en el cielo. Difícil es la empresa, pero dulce, gloriosa y apetecible para el alma que se remonta en alas de una esperanza ardiente. Salta nuestro corazón movido de una alegría celestial, se regocija y colmado de dicha exclama: el primero soy en toda la Iglesia militante, que ha escrito una obra entera sobre los dones de San José, que merecen ser proclamados por la voz de los ángeles. El primero soy oh José, que os rinde las palmas de vuestros dones y con la frente coronada de olivo, os elevo un templo de mármol en medio de un campo cubierto de verdura. Lejos de nosotros la cazurra envidia y el vano soplo del orgullo que hincha los espíritus de los mortales y les agita en todos sentidos. Regocijado del triunfo de José sólo, no deseo ninguna recompensa terrena; bastante grande es la complacencia de haber dado á conocer tan excelso Patriarca á las inteligencias ciegas después de tanto tiempo. Ignoro el por-

© Biblioteca Nacional de España

que hombres de elevada inteligencia no tomaron antes por su cuenta abrir el tesoro de estos dones que estaban como escondidos en los secretos admirables de la Iglesia. Hora es ya que aquel que fué llamado Padre del Verbo eterno y Esposo de su santísima Madre, sea el objeto de un culto popular y alabado y glorificado con himnos celestiales, y puesto que es digno de grandes solemnidades, reciba los honores más insignes que se tributan á los santos. Grandes inteligencias desdeñan los esfuerzos que estamos haciendo para coger las flores más bellas de los dones de San José en umbríos bosques, en agradables prados y en ricas campiñas. Oh Padre, oh Eterno Soberano de los hombres y de los espíritus celestiales, que por un efecto de vuestra bondad habéis enviado á nosotros desde lo alto á vuestro Hijo, nacido antes de los siglos, dignándoos confiarlo en brazos de San José para que lo criara para todo el mundo, mandad á los ángeles que nos digan la clase de honores de que goza junto á Vos. José es el mayor de los héroes. ¿Por qué yo de conocimientos tan limitados, tengo la audacia de hablar con torpe lengua de tan insignes cosas? Concededme, oh Padre mío, la gracia de popularizar entre los mortales la dicha suprema de San José y su inmarcesible gloria conocida de los cielos. En mi atrevimiento para tratar de los dones, virtudes y atributos del Esposo de la Reina del mundo, puesto que carezco del talento de explicarlo á satisfacción, me remontaré á lo alto de los cielos; me esforzaré en no quedar abrasado por los rayos de la gloria del Cristo y en mirar sin deslumbrarme el brillo del Señor de todas la cosas. El mismo José poniendo en mí una mirada protectora desde lo alto de la celestial Jerusalén, vendrá en mi ayuda con sus oraciones para que no quede oprimido bajo el peso de tamaña empresa. Admiraré también los dones del Omnipotente. Pero nos hallamos ya en el vestíbulo y enfren-

© Biblioteca Nacional de España

te de las puertas de la cuarta parte y no es cosa de demorar la entrada en ella. Para lo que nos resta que hacer solicitamos el don de las oraciones de los fieles. Ojalá que ayudados por ellas podamos imitar en algo la esclarecida virtud de San José y granjearnos la alegría de la futura bienaventuranza.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del don de la época de la muerte de San José.

Tres son las opiniones en que se dividen los doctores católicos sobre lá época de la muerte de San José.

Aseguran unos haber muerto antes de la predicación del Cristo y que entonces la custodia de la Virgen corrió á cargo de su hijo. Ubertino de Casali del orden de Frailes Menores, dice sobre el particular: «Probablemente murió San José antes del bautismo de Jesucristo, puesto que desde entonces ninguna mención se hace de él en el Evangelio, como no sea haberse echado en cara á Jesús, ser hijo de un artesano.» Dicen otros que José murió durante la predicación del Salvador, quien acompañado de sus Discípulos estuvo presente cuando exhaló el último suspiro. Algunos afirman haber José muerto después que el Salvador, pero que antes estaba separado de la Santísima Virgen. El Maestro de las Sentencias hablando en su historia escolástica del milagro de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná dice: «No fué invitado José y si únicamente su Esposa y esto induce á algunos á decir que nuestro Santo había

© Biblioteca Nacional de España

muerto ya y la Virgen estaba puesta bajo la custodia de su Hijo, ya que no se habla en adelante de José en el Evangelio. Si no había muerto es indudable que lo estaba en la época de la pasión del Señor, pues su Esposa fué confiada á otro.» Hasta aquí Pedro Lombardo.

La tercera de las mencionadas opiniones dice: Si José verdadero esposo de María hubiese vivido, ¿cómo el Señor la habría recomendado á su discípulo, cual privada de consuelo, sin poseer casi nada y ordenándole recibirla como madre suya? Es una prueba, dice la Glosa, que en vida de José la Virgen fué separada de él. Esto se dice para combatir la opinión de Pedro Manducator, quien afirma haber muerto José en la época de la pasión del Salvador y supone que el Señor separó á la Santísima Virgen de San José. Nosotros preferimos seguir la opinión de San Jerónimo, quien en su libro contra Helvidio afirma que Jesucristo estando clavado en la cruz confió su Madre viuda á Juan, su discípulo, de lo que resulta que en aquella época José había muerto. Tal es también la opinión de los más ilustrados doctores que han examinado con inteligente atención la vida de San José; es la del canciller Gersón, que ha celebrado en versos heroicos las virtudes de José; es la de la Iglesia oriental que tiene una muy antigua historia de San José; es en fin, lo que está conforme con la razón, con el sentido del Evangelio y con la verdadera piedad.

La razón lo persuade; porque siendo el matrimonio indisoluble por naturaleza, no es razonable que el muy perfecto que nos ocupa, fuese disuelto siquiera por la autoridad divina. Este matrimonio era además la figura de la unión de Jesucristo con la Iglesia, unión que debe permanecer para siempre. Además la caridad nunca se extingue y de consiguiente mientras ella permanece no se extinguen los lazos formados por ella: el amor que unía á la Santísima

© Biblioteca Nacional de España

Virgen con San José, era hijo de la caridad perfecta que no cesó nunca, por consiguiente lo mismo debió de suceder con su matrimonio sobre todo cuando no existía necesidad alguna de disolverlo. Hemos probado que este matrimonio tenía todas las perfecciones y el matrimonio debe durar siempre y no admite una separación prolongada. Es, pues, rigurosamente conforme con la razón que mientras José vivió nunca estuvo separado de la Virgen Santísima.

Por lo demás el Evangelio si se fija bien la atención corrobora este nuestro modo de pensar. Á María la llama esposa. En el empadronamiento hecho por orden del emperador, José fué empadronado con María su esposa en cinta. Pues bien, es un absurdo y hasta tiene todos los caracteres de impiedad, decir que José dió más tarde libelo de repudio á María, conforme lo prescribía para las separaciones la Ley de Moisés, sin que para ello tuviera causa alguna. Para eso nuestro Santo hubiera tenido que mentir, cosa que no hace ningún hombre justo. De todo lo dicho resulta, pues, del sentido del Evangelio que José y María no dejaron de ser esposos.

José hizo circuncidar á Jesús como hijo suyo, lo presentó al templo con María su esposa, lo educó en presencia de todos y de ahí que pasara públicamente por hijo suyo. Por todas estas razones se hubiera podido tachar á José de lijereza, de instabilidad y hasta de impiedad, si mientras vivió hubiese dejado de ser esposo de María y habitar con ella. Muy al contrario fué nuestro Santo, muy humilde, muy firme y muy piadoso. Léanse y medítense con atención y cuidado estas palabras de San Lucas, últimas que consagra en su Evangelio á San José, *y les estaba sumiso*, y se comprenderá que todo católico inteligente y razonable ha de concluir que ambos Esposos siempre vivieron juntos.

El carácter de las obras que tienen el origen en Dios y

© Biblioteca Nacional de España

cuya esencia es aspirar siempre á la perfección, exige que viviendo José no estuviese jamás separado de la Santísima Virgen. Ahora bien, el matrimonio de los dos Esposos fué evidentemente obra de Dios, y así lo prueban el principio, el medio y el fin; luego fué inseparable.

Las obras de la Bondad divina relativas á la Encarnación son para nosotros, bien las sepamos ó no, modelos de todas las virtudes. ¿Cómo semejante matrimonio, que fué la primera circunstancia de la Encarnación, pudo verse jamás manchado con la tacha de la separación?

El ejercicio de las obras de la Bondad divina está conforme con la ley común que rige los actos de la misma naturaleza. Pues bien, la primera ley del matrimonio instituído por la Bondad divina consiste en ser indisoluble durante la vida del uno y del otro esposo. El Génesis dice: *Por esto el hombre dejará á su padre y á su madre y se unirá con su esposa.* Luego el matrimonio que nos ocupa nunca fué objeto de separación. Pedro de Palude dice que la indisolubilidad es lo que hay de bueno en el sacramento. María y José no estuvieron separados jamás hasta la muerte. Luego cuando la primera fué confiada á otro el segundo había muerto.

Dice Juan Capreolí que los juristas se equivocan á menudo en las cuestiones teológicas como no estén versados en esta ciencia, y que lo mismo les sucede á los teólogos que no conociendo las leyes civiles y las decretales tienen á menudo conceptos falsos sobre estas materias. Sobre el pasaje sacado de la homilía de San Juan Crisóstomo sobre San Mateo, responderemos á Graciano, en primer lugar, que en cualquier punto en que se halle hay que entender la separación en la muerte; en segundo lugar, que hemos buscado este pasaje en la segunda homilía de San Juan Crisóstomo y que nada semejante hemos hallado en ella sino cosas ciertamente opuestas y contrarias. He aquí efectiva-

© Biblioteca Nacional de España

mente lo que en dicha homilía se lee referente á San José: «Era de costumbres tan sencillas y tan honestas, estaba tan libre de viciosas pasiones que á pesar de la sospecha no quiso perder á la Virgen; ¿cómo pues, habría violado los preceptos de la ley por un espíritu poco digno? dejarla y esto hacerlo en secreto es cosa de un hombre que razona bajo el imperio de la ley; ¿qué hay aquí de contrario á la ley?» Y en la cuarta homilía dice el mismo Santo: «Cuando vemos á San José no sólo no repudiar á su Esposa, no entregarla á la infamia sino recibirla y honrarla después de su parto, es manifiesto y claro á todas luces que si no hubiese conocido perfectamente haber sido aquella obra del Espíritu Santo no la hubiese conservado ni un momento junto á sí y mucho menos la hubiera hecho objeto de las tiernas solicitudes de que la rodeó.» Explicando en la misma homilía este pasaje del Evangelio: *No temas recibir á María tu esposa;* añade el mismo Santo Padre: «Les unió no con el lazo de un matrimonio solemne, sino por una comunidad de habitación y por el ministerio de mi voz. De la misma manera que el Cristo confió más tarde María á su Discípulo, así ahora el ángel la confía á su Esposo para que le sirva de apoyo sin el lazo de las nupcias.» Tales son las palabras de San Juan Crisóstomo, por cuyo motivo tenemos que advertir que cuando los jurisconsultos nos citan textos dudosos sacados de los escritos de los Doctores hay que examinar la cosa y pesarla con sumo cuidado.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II.

Del don del descenso de José al Limbo de los Santos Padres.

Ya que podemos creer razonablemente haber acaecido la muerte de San José antes de la pasión de Jesucristo, debemos meditar con atención los privilegios que recibió entre los santos Padres que estaban en el Limbo.

El primero consistió indudablemente en una embajada. Fué en efecto elegido para mensajero y anunciador de la Encarnación del Hijo de Dios de la cual era testimonio irrecusable. Muchos eran los Reyes y los Profetas allí reunidos que desearon ver y no vieron lo que vió José y por esto al morir lo anunciaban de lejos, mientras que José muerto anunció á los Patriarcas lo que viera y oyera. En esto consiste lo que el Salvador honró llamándolo bienaventuranza cuando dijo: *Bienaventurados los ojos que ven lo que estáis viendo.* Tal vez por esto mismo Juan le hizo preguntar: *¿Eres tú el que debe venir ó debemos esperar á otro?* Á esto no contestó sí ni no, cual si quisiera indicar haber enviado á otro que tenía mayor certeza que todos de la Encarnación del Hijo de Dios. Esta embajada fué figurada por José encarcelado consolando á los prisioneros, como también por Tobías visitando á los cautivos y dándoles saludables advertencias.

El segundo de dichos privilegios consistió en referir á los Patriarcas lo más detalladamente posible el modo de la encarnación del Hijo de Dios, su nacimiento y los progresos que hacía en la vida. Las ya citadas figuras lo son también de este privilegio.

© Biblioteca Nacional de España

El tercero consistió en la prontitud de la liberación. El alma de San José no estuvo cerrada muchos años en el Limbo, sino que adornada como el otro José de un doble vestido, es á saber, de la bienaventuranza del alma y del cuerpo, fué colocado en el primero después del Cristo Rey de reyes y le siguió en su ascensión á los cielos. No lo pongas en duda alma fiel, y considera la sabiduría y la bondad de Dios en sus criaturas. De la misma manera fué mandado en otros tiempos á los judíos: recoged el maná antes del orto del sol (es decir, antes que vuestros pensamientos terrenos se pongan en efervescencia), lo conservaréis y no se corromperá; (es decir, veréis clarísimamente esta verdad). Considerad de que honores y dones colma este Hijo glorioso á su padre tan digno de veneración; la naturaleza, la razón y la santidad de San José se unirán de consuno para convenceros de ello. ¿Qué diremos del Cristo verdadero Dios de quien proceden todos los beneficios en el cielo y sobre la tierra y hace salir el sol para los buenos y para los malos? Sabemos, y lo sabemos con certeza, que todo fiel que juzga rectamente lo alabará reconociendo que los méritos de José están muy por encima de las alabanzas que le hemos consagrado en este libro.

CAPÍTULO III.

Del don de la glorificación de San José en cuerpo y alma.

Creemos, como nos lo enseña el Evangelio, que después de la pasión del Salvador resucitaron los cuerpos de muchos santos y así nos lo dice San Mateo. Las razones que

© Biblioteca Nacional de España

vamos á exponer nos persuaden que el cuerpo de San José fué de este número. El motivo de dicho privilegio fué la santidad de las personas y con razón creemos que nuestro Santo no cedió á nadie en santidad y por consiguiente debió de merecer dicho privilegio.

Hay más: un buen hijo honra á su padre y tiene cuidado de su cuerpo después de muerto. El Cristo que pasaba por hijo de José y le amaba más que no si lo hubiese sido por naturaleza, al resucitar los cuerpos de muchos santos no podía dejar en el sepulcro el cuerpo de aquel á quien miró como á su padre. San Bernardo favorece indirectamente esta opinión cuando dice: «No convenía que dejara ignorado en la tierra el cuerpo de su madre Aquel que ha impuesto expresamente el precepto de honrar al padre y á la madre.» Puede pues creerse piadosamente que Aquel que en su vida mortal honró á José más que á todos los otros en el hecho de llamarle su padre, le honraría también más que á todos los otros después de su muerte.

El Hijo resucitado colmó de consuelos á su Madre que con Él había padecido; lo mismo debió hacer pues con el padre que le educara. Posible es que José fuese uno de tantos que se aparecieron á muchas personas y en particular á la Santísima Virgen. El Espíritu Santo no quiso que los Evangelistas describieran todas estas cosas por la misma razón que no quiso que dijeran que la Virgen Santísima había sido testigo de la resurrección de su Hijo. Debemos creer cuanto está en armonía con la verdad y que ésta forme autoridad, como dice San Agustín, porque sin la verdad no hay autoridad y la autoridad carece de valor. Esta doctrina no es nueva y ha sido escrita y predicada antes que por nosotros por San Bernardino del Orden de Frailes Menores.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV.

Del don de la triple aureola del martirio, de la virginidad y del doctorado.

Los doctores de la fe ortodoxa prueban que Dios da á los santos en la patria del cielo tres aureolas, bien sea á uno solo, bien á muchos, según los grados de méritos que tengan. La primera es la aureola del martirio que la Iglesia reconoce más estrictamente en sus ritos y de la cual han hablado los santos en sus escritos. La Iglesia Romana no reconoce como mártires más que aquellos que voluntariamente por la fe, y por un acto, expusieron su vida y padecieron muerte violenta, pero hay en el cielo santos que han recibido la palma del martirio sin que la espada de la persecución les haya quitado la vida y asi se lee de San Juan Evangelista y de San Martín. Los ritos de la primitiva Iglesia por un misterio del Espíritu Santo y por un efecto de la Providencia nos presentan varios ejemplos de ello. Si hablamos de la palma del martirio de una manera conforme á la costumbre de la Iglesia militante, no puede San José ser considerado como mártir, pero si lo miramos bajo el punto de vista de los grados de mérito que goza en el cielo, no podemos dudar que ha recibido la corona del martirio y lo probamos en primer lugar en razón de la aureola. La aureola es una cierta alegría de las obras realizadas cual si con ellas se hubiese obtenido una insigne victoria. Difiere de la corona que es la alegría que viene de Dios y que tiene por origen la victoria común. Principalmente está en el

© Biblioteca Nacional de España

alma, mas irradia sobre el cuerpo cual si fuese cierta cosa luminosa que ilumina el rostro en los confesores y las cicatrices en los mártires, ordenada de manera que revela por el aspecto del cuerpo la naturaleza del mérito del santo. Veamos ahora cuales son las insignes victorias ganadas por San José. La primera fué indudablemente la que obtuvo por sí mismo cuando sufrió el destierro é innumerables trabajos para librar al Hijo de Dios de la muerte con que le amenazaban los tiranos. La segunda fué sobre el demonio, pero como ésta es común á todos sin ella no hay aureola posible. La tercera fué sobre los tiranos que perseguían al Cristo, queriendo quitarle la vida con la espada material. No hay duda en que José no temió exponerse voluntariamente á la muerte por Dios. Puede pues decirse haber merecido la palma del martirio.

Esta recompensa conviene perfectamente por otra parte al que da su vida por un acto, y José al darla por Dios bien que el tirano no se la pudo quitar, mereció esta palma. La caridad es la señal del deseo del martirio; ¿qué caridad hubo mayor que la de José y que mereciera mejor la recompensa del mártir en los cielos? Mártires hubo que por la abundancia de la gracia divina anhelaron dar la vida por Jesucristo: «Esto es, decía San Vicente, por lo que siempre he suspirado y á esto se han dirigido todos mis votos.» ¿Quién hubo que atesorara más abundancia y exuberancia de gracia que San José?

Los doctores católicos no dudan en dar á San José la palma de la virginidad, bien sea por creer que murió virgen de alma y cuerpo, bien por haber sido el primero en imitar á la Reina de las vírgenes, bien porque Esposo y Esposa están considerados como adornados de los mismos dones.

Por lo que toca á la aureola de los predicadores he aquí como razonamos. Mucho más mérito tiene predicar con el

© Biblioteca Nacional de España

ejemplo que con la palabra: Ahora bien, José predicó altamente al Cristo con sus actos que dieron al orbe ocasión de convertirse y adorar al verdadero Dios humanado. Los verdaderos predicadores reciben las luces del cielo, hablan en tiempo oportuno y se esfuerzan en convertir á todo el mundo al conocimiento del verdadero Dios. José estuvo iluminado por los ángeles con quienes trataba de Dios durante su vida. Las palabras del predicador son como el vapor producido por el fuego divino que arde en su corazón y el que trabaja en llevar los hombres á la vida eterna por el conocimiento de Jesucristo. Detengámonos aquí un momento para meditar en San José durante el tiempo que moró en Egipto. ¿No creemos acaso que exhortó á menudo á los egipcios entre quienes vivía á adorar el verdadero Dios? Cuando supieron de sus labios haber nacido el Mesías prometido en la ley de los judíos ¿no serían llevados á creer? José les diría: será verdadero Dios y verdadero hombre y renovará el mundo, destruirá vuestros ídolos, establecerá un nuevo sacrificio y trocará las leyes, las costumbres, la vida, los reinos y los imperios. Al presente cuantos tienen un conocimiento profundo de la Santa Ley afirman que han llegado los tiempos del Mesías; yo estoy cierto de ello. Regocijaos egipcios, hermanos míos, porque á vosotros os rescatará también del poder de las tinieblas. Cuantos creáis en Él seréis semejantes á los ángeles y como otros mesías y os dará el reino eterno de los cielos. Cuando José moraba en Nazareth de Galilea en donde era muy conocido predicaba todos los días mayores cosas. Cuántas veces exhortaba á sus amigos y á los que tenían con él relaciones de intimidad, á considerar con viva atención los rasgos, las palabras y los procedimientos de su hijo Jesús; pensando que de esta carne se exhalaría para los demás como se exhalaba para él el olor de la divinidad. Estamos persuadidos, en fin, que así

© Biblioteca Nacional de España

como muchos se han salvado por la presencia del cuerpo de Jesucristo en la Iglesia y por la virtud de los sacramentos, así también en dicha época hubo en la ciudad de Nazareth numerosas conversiones á Dios debidas á la presencia del Cristo, á la vida de la Santísima Virgen y á las palabras y méritos de San José. Si Pedro no se opone á nuestras afirmaciones estamos persuadidos que las inteligencias católicas meditando con calma verán cosas mucho mayores.

Si Pedro, cuya silla está rodeada de la luz de la fe, no enseña más claramente estas doctrinas y no las contradice, sigamos meditando lo que Pedro aprueba callando.

CAPÍTULO V.

Del don de los frutos.

Antes de tratar de los frutos hay que definir, explicar y distinguir qué cosa sea el fruto.

Comparado con la corona y la aureola, el fruto es la recompensa del hombre que, después de haber recibido la simiente de la palabra de Dios, se eleva en la espiritualidad purificando su carne. La corona es la alegría que viene de Dios; la aureola es la que viene del triunfo, y el fruto es la alegría y la delectación que resultan del ejercicio espiritual, porque ésta se va á quienquiera que renuncie á todo placer de la carne. Los frutos son recompensa de la virtud de la continencia ó de la castidad. Así como, según los doctores, la aureola no se da sino á una victoria importante, y no á toda clase de victorias, de la misma manera los frutos sólo se dan á los que despreciaron los mayores placeres.

© Biblioteca Nacional de España

El Señor nos enseña que la recompensa estará en proporción de treinta veces para unos, de sesenta para otros, y de ciento para otros, según sus méritos. Cuando se trata de la continencia, la de las vírgenes recibe el céntuplo; la de las viudas sesenta veces, la de los esposos treinta veces más que el sacrificio que se premia; de manera que para la aureola no bastan el voto y la voluntad para obtener el fruto, sino que el efecto debe seguir al voto. No puede alcanzar el fruto del céntuplo ni la aureola quien no tenga completamente puros corazón y cuerpo.

José fué magníficamente recompensado con los frutos, recibiendo el primero y el último, puesto que fué esposo, y esposo perpetuamente virgen. El fruto treinta veces más grande significa los tres bienes del matrimonio, á saber: la fe, la descendencia y el sacramento, bienes atesorados por José en una manera excelente. El fruto céntuplo significa la vida angelical llevada sobre la tierra, que tiende á la sociedad de los ángeles en el cielo. Nuestro santo llevó vida angélica sobre la tierra con el Rey y la Reina de los ángeles, hablando con estos últimos, quienes le iluminaban, le advertían y se le aparecían para dirigirle en el ministerio que Dios le había confiado. Si nos atreviéramos á disputar sostendríamos que ningún mortal ha recibido del árbol que da el céntuplo de los frutos más abundancia de éstos que San José. Noé y Abraham no recibieron más que el fruto sesenta veces mayor, por no haber muerto vírgenes. Moisés, que vió á Dios, estaba casado. No leemos que José viera jamás á Dios en su esencia, pero perseveró con alegría hasta la muerte en la inocencia y la virginidad. Como virgen poseyó el céntuplo, de que Moisés jamás gozará.

Oh Dios inmortal, ¿á quién compararemos á vuestro padre José como no sea á Vos mismo y á vuestra Madre, cuya carne fué más pura y cuya alma más inocente que las

© Biblioteca Nacional de España

de David, de Salomón y de los Profetas? ¡Oh fecundísima tierra del excelso José, que por naturaleza no conoció la esterilidad de la piedra, no sintió los pinchazos de las espinas y no fué desgarrada por el pico de las aves de rapiña! ¡Oh José, hombre verdaderamente dichoso, que habéis recibido en el cielo el don de los frutos de una manera singular, conforme la fe, la razón y el espíritu interior nos lo enseñan con una certidumbre eficacísima!

CAPÍTULO VI.

Hay que celebrar la fiesta de San José.

Varias son las razones que obligan á los fieles á celebrar anualmente una fiesta en honra de San José. La primera es el ejemplo de Jesucristo que nos dice: *Aprended de mí*. San Gregorio nos enseña que cada acción del Cristo es una instrucción para nosotros. Es un deber moral para todo fiel vasallo amar y venerar más á quien más ama y venera el rey. El Dios humanado veneró á San José, le amó verdaderamente con perfecta caridad en el interior, se le sometió exteriormente con humildad, y recibio de él atenciones y beneficios; seríamos, pues, siervos ingratos y malos si dejáramos de venerar á San José no celebrando anualmente una fiesta en honra suya, toda vez que tenemos la misma costumbre en obsequio de los santos que amamos y honramos.

La segunda razón se ofrece si se considera la Santísima Virgen, á quien aman y veneran cuantos no quieren ser semejantes á las bestias. Ahora bien, la Santísima Virgen

© Biblioteca Nacional de España

amó y veneró á San José más que nadie en el mundo, puesto que fué su esposa y estuvo puesta bajo su dirección y autoridad, por disposición del mismo Dios.

Jamás podrá tributarse sincero culto á la Santísima Virgen si no se trabaja en imitarla en sus acciones y en complacerla en su voluntad.

Mientras vivió en este mundo puso todo su celo en honrar á su esposo José. No puede dudarse, pues, que la fiesta anual de que tratamos sea muy agradable á la beatísima Virgen.

Debemos buscar la tercera razón en la excelencia de la santidad de San José, excelencia que razonablemente debe creerse no ser inferior á la de ningún otro, conforme ha podido verse por lo que hemos dicho y por lo que nos queda todavía por decir.

CAPÍTULO VII.

De que manera debe celebrarse la fiesta de San José.

Tres cosas diremos acerca la manera como debe celebrarse la fiesta de San José: en primer lugar, que su nombre debe ponerse entre el de los confesores; en segundo, que debe su oficio cantarse solemnemente; y en tercer lugar, el que le corresponde en las letanías. El que recibe culto en la Iglesia militante, ya es apóstol (cuyo número sólo Dios puede aumentar), ó es mártir ó es confesor. Llámanse confesores cuantos han manifestado el nombre del Señor á los mortales, guardando los divinos mandamientos. Unos han consagrado su celo al culto de Dios; otros

© Biblioteca Nacional de España

nos han dejado ejemplos de bien vivir con sus predicaciones, con sus lecciones, con sus escritos ó con sus obras de misericordia. Entre éstos debe ponerse á San José, bien que su corona sea mucho más brillante, porque amó á su Creador más que otro alguno, estuvo animado de celosa piedad para con el Salvador, ejerció las obras de misericordia, no ya con los hombres, sino con Dios revestido de carne humana y con su santísima Madre. Fué el primero en recibir el nombre de justo en el Evangelio, y creemos que tributó al Cristo niño un culto tan ardoroso que no puede ser expresado por ningún hombre mortal. Como José no padeció muerte violenta por Jesucristo, debe ser con justicia colocado entre el número de los confesores, el primero de los cuales es considerado, bien así como San Juan Bautista es el primer mártir de la era del Salvador.

Como á ningún confesor cede en méritos, debe su oficio celebrarse solemnemente. Si la Iglesia manda honrar de un modo particular á los Apóstoles, á los Evangelistas y á los cuatro doctores Ambrosio, Agustín, Jerónimo y Gregorio, por haber sido luz del mundo predicando la doctrina del Cristo, ¿por qué no ha de honrarse á José con la misma solemnidad, cuando nutrió al Verbo de Dios para el mundo? Jesucristo llamó amigos suyos á los Apóstoles, pero á José, con todo y ser Dios y hombre, le llamó su padre. Honramos á los patronos de las ciudades con una fiesta solemne, ¿cómo no hemos de honrar de la misma manera al protector de nuestra Reina la Virgen María? Celebremos, pues, las glorias de San José con un oficio solemne, movidos por la razón de que Jesús y la Santísima Virgen le veneraron más que al resto de los hombres. Rendid á José cuantas honras sean posibles, pensando que todos sus méritos no son todavía conocidos. ¡Con qué aplauso, con qué regocijo, con qué honores, con qué alabanzas no debe resonar

© Biblioteca Nacional de España

la bóveda de la celestial Jerusalén al hablar de José, á quien Dios se dignó llamar padre, y la Reina de los ángeles ama todavía como esposo queridísimo!

Por estas mismas razones no debe prescindirse del nombre de José en las letanías, y hay que colocarle á la cabeza de los confesores, pues no parece lícito que ocupe un lugar inferior, aquel á quien el Salvador quiso estar sometido. A causa de Jesucristo y de su Madre la Santísima Virgen, debe tributarse á San José toda honra con la más insigne solemnidad.

CAPÍTULO VIII.

Porque los antiguos no celebraban la fiesta de San José.

Varios son los que preguntan por qué los antiguos no celebraban la fiesta del excelso José, y á esto se contesta que los fundadores de nuestra Santa Iglesia se dedicaron con toda su alma á dar á conocer á los pueblos la naturaleza del divino Señor Jesús, estrellando contra la piedra de la fe las innumerables herejías que se levantaban en diversas partes contra su divinidad. Por este motivo se dejaron á un lado ciertas solemnidades por los Padres de la Iglesia Occidental, y sobre todo por la Iglesia Romana que, conservando pura la fe, destruyó las herejías levantadas contra la verdadera doctrina. Además José está puesto en medio entre los santos del Antiguo Testamento y los del Nuevo, y es sabido que raramente se celebraron fiestas en honor de los primeros, cosa que hace decir á Ubertino de Casali, del orden de los Frailes Menores, lo siguiente: «No se celebra

© Biblioteca Nacional de España

la fiesta de San José porque bajó al Limbo y pertenece al Antiguo Testamento.» Por otra parte, no se ocupó de la misión de los milagros y de los favores de San José hasta que la Iglesia gozó de paz, pero entonces se dieron á luz y brillaron ante los ojos de las poblaciones católicas. A esto debe añadirse que en los primitivos tiempos solamente se celebraban las fiestas de los mártires. Pensábase también que las festividades de la Natividad del Señor, de la Circuncisión, de la Adoración de los Magos, de la Presentación al Templo y del Regreso de Egipto eran fiestas comunes á Jesucristo y á San José, y estas fiestas bastaban á cuantos veneraban á San José, el Santo del Señor. Acercándose el fin del mundo, y estando la divinidad de Jesucristo lo bastante probada para cuantos quisieran creer; estando explicados los pasajes oscuros de las Escrituras, y José conocido de todos como esposo de la Santísima Virgen, con la cual hiciera y observara voto de virginidad, es razonable creer que Dios quiso que á la fin de los tiempos recibiera José honores particulares. Es conveniente, pues, que quien fué honrado por Jesús como padre, lo sea también con un culto particular por la Iglesia nuestra madre; y como la primera edad de la Iglesia fué turbada por las persecuciones, y la media por las herejías, que fueron obstáculo á este culto, de ahí resulta que debe establecerse en los últimos tiempos. Creemos, pues, ser cosa agradable á Dios que se eleven oraciones y súplicas á San José. ¿Negará cosa el Hijo de Dios á José que le amó siempre con todas sus fuerzas? ¿Qué hijo hay que sin pecar de ingrato pueda olvidar nunca los beneficios de su padre? Y el Hijo de Dios hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos. Cuando, pues, nos dirijamos á San José para implorar su intercesión no vacilemos, no temamos, creamos, sí, con una fe plena, que nuestros votos han de ser muy agradables á

© Biblioteca Nacional de España

Dios inmortal y á la Reina de los ángeles. El Dios Hijo de Dios ha dado este gran mandamiento, amenazando á los que no lo observaran con penas temporales y eternas: *Honra á tu padre.* La razón nos lo persuade, la naturaleza nos obliga á ello; ¿por qué, pues, hemos de vacilar en hacer cosa tan agradable al Hijo de Dios cual es honrar con sinceros homenajes á su padre José, pues éste es el título que le da el Evangelio? Quien honra al padre honra al hijo; quien ama al esposo ama también á la esposa; quien ofrece presentes al primero complace y alegra á la segunda. Entre los moradores del cielo no disminuye ciertamente la caridad, el mutuo afecto y las súplicas que se les dirigen no son perdidas, sino que todo existe, pero elevándose incesantemente hacia la perfección. Cuantos se amen acá en la tierra, según Dios, se querrán todavía más cuando gocen de la patria celestial, donde no caben los celos, sino que una alegría común, una dicha mutua reina en todos. Si esto sucede entre los santos, ¿cuánto más sucederá en Dios, que es el Santo de los santos? Ahora bien, cuando el Hijo de Dios ve en la luz de su gloria á alguien amar á San José, darle culto, implorar su intercesión, se alegra ciertamente, y para honrar á su padre nutricio oye dichas súplicas y las atiende más clementemente; y para la gloria de su padre derrama con más abundancia los dones celestiales sobre aquellos que le invocan. ¿Dudamos acaso que la Reina del mundo no desea con toda su alma la gloria y la honra de su verdadero esposo? Sólo quien sea bastante insensato para creer que la caridad se enfría en los santos puede decir que estos honores no complacen á los habitantes del cielo. ¡Oh tú, que eres fiel devoto de la Santísima Virgen, cuando reces el rosario no dejes de añadir al fin del mismo alguna oración en honra de José, su excelso esposo. Tus oraciones serán mejor acogidas de Dios y alegrarás al

© Biblioteca Nacional de España

cielo y á la tierra. Al cielo porque toda la corte celestial aplaude cuando ve honrado al padre nutricio del Salvador; á la tierra porque el hombre nacido de ella y nuestra santa madre la Iglesia, que es la tierra de los vivos, es, á saber, de los que gozan la vida de la gracia, reciben los dones celestiales por los méritos y las súplicas de San José.

CAPÍTULO IX.

De la costumbre de los orientales en celebrar la fiesta de San José.

Los católicos del Oriente tienen por costumbre celebrar con gran solemnidad la fiesta de San José el día veinte de Julio, en cuya fiesta le tributan insignes honores y se entregan con tal motivo á muchos regocijos. Se lee en sus templos una vida de San José, cuya vida traducida del hebreo al latín por un católico respetuosamente sumiso á la Iglesia Romana ha venido á nuestras manos. Viviendo entre los sarracenos el traductor, confiesa haber sido muy bien tratado de ellos por los méritos de San José. Tradujo dicha historia el día 26 de Enero del año 1340 de Jesucristo. He aquí un compendio de la misma.

Estando cierto día nuestro Señor Jesucristo sentado con sus discípulos en el monte Olivete les habló de su padre nutricio de la siguiente manera:

—José era un artesano oriundo de Belén y de la casa de David. Desde su juventud aprendió la ciencia y la sabiduría. Tenía el oficio de carpintero. José era hombre muy justo y glorificaba á Dios en todas sus acciones. María, mi madre, tenía la edad de doce años. Fué presentada al tem-

© Biblioteca Nacional de España

plo por sus padres cuando contaba tres años y vivió nueve en él. Entonces los sacerdotes viendo á una Virgen tan santa y llena del temor de Dios dijeron entre sí: —«Esta jovencita está crecida; busquemos á un hombre temeroso de Dios y confiémosela para que la guarde hasta el día de su matrimonio, no sea caso que acontezca en el templo alguno de los episodios que no son raros con las mujeres y no se nos impute á pecado exponiéndonos así á la cólera de Dios.» Entonces llamaron doce ancianos de la tribu de Judá y escribiendo los nombres de los parientes que María tenía en la tribu echaron suertes y fué favorecido José que era hombre justo y santo. Los sacerdotes dijeron á María mi madre: —«Vete con José tu esposo, y vive en su casa hasta el tiempo de las nupcias.» De esta manera recibió José de las manos de los sacerdotes á la Virgen en concepto de su desposada y pupila y la llevó á su casa. Estando María en la casa de José, éste tuvo que ir á un punto lejano donde fuera llamado para atenciones de su oficio. En aquella circunstancia por disposición de mi Padre y consejo del Espíritu Santo vine al seno de esta Virgen donde me encarné. Este misterio es superior á toda ciencia y á la comprehensión de toda criatura. Regresó José á los tres meses después de haber concluido la obra, para lo cual se ausentara, y hallando á la Virgen María en cinta fué sobrecogido de temor y tomó en secreto el partido de dejarla. Aquel día la angustia del corazón, la solicitud y el temor no le permitieron comer ni beber. A media noche se le apareció por orden de Dios mi Padre el ángel Gabriel y le dijo: —«José, hijo de David, no temas en recibir á María por tu esposa, porque si está en cinta es por obra y gracia del Espíritu Santo, dará á luz un hijo á quien llamarás Jesús, el cual regirá todas las naciones con una vara de hierro.» Dicho esto el ángel le dejó: Habiendo despertado José hizo lo que el ángel le ordenara y María,

© Biblioteca Nacional de España

mi madre, vivió en su compañía. Algún tiempo después publicóse un edicto de César Augusto, por el cual se ordenaba el empadronamiento de todo el imperio. Empadronamiento que debia hacerse en la población de que cada cual era oriundo. José tomó á la Virgen María su esposa en cinta, y vino á Belén su país. Fué inscrito en el registro común de la siguiente manera: «José de la raza de David, y María su esposa, ambos de la tribu de Judá.» Mientras estaba en Belén llegó la hora en que la Virgen María mi madre debía darme á luz y lo hizo en una cueva poco distante del sepulcro de Raquel, esposa del patriarca Jacob y madre de José y de Benjamín. El demonio movió al rey Herodes á buscarme para quitarme la vida. Me temía bien que mi reino no fuese de este mundo. No hablo del mismo Herodes que quitó la vida á Juan Bautista mi pariente y mi querido amigo; hablo del padre de Arquelao. El ángel del Señor se apareció en sueños á José y le dijo:—«Toma al Hijo y á su Madre, huye con ellos á Egipto y continúa allí hasta nuevo aviso, porque Herodes va á buscar al Niño para hacerle perecer.» Levantóse José y tomándonos á mi Madre y á mí huyó de noche á Egipto donde permanecimos hasta la muerte de Herodes, el cual la tuvo espantosa, pues era todo su cuerpo un hervidero de podre y de gusanos en castigo de los niños inocentes que hiciera degollar. Muerto este malvado, nos instalamos en Galilea morando en la ciudad de Nazareth donde José trabajó de su oficio y vivió con el fruto de su trabajo. Nunca comió el pan que no hubiese ganado y observaba con perfección la ley de Moisés. Al fin José se hizo viejo, pero á pesar de su avanzada edad, su cuerpo no perdió las fuerzas, su vista no se debilitó, sus dientes permanecian enteros y firmes y su inteligencia conservaba todo su vigor. En su vejez estaba tan robusto y fuerte como en la juventud. Yo me portaba con él como si absolutamente

© Biblioteca Nacional de España

fuese hijo suyo, y en todo me le parecía menos en el pecado que no pudo jamás tocarme. Llamaba á José mi padre y él me decía su hijo. Obedecía en todo á mi Madre y á José y nunca dejé de cumplir una siquiera de sus órdenes. Les estaba sumiso como un hijo lo está á su padre y á su madre. Amaba á José como á la niña de mis ojos. Llegada la época de su muerte, se le apareció el ángel del Señor anunciándole que á no tardar saldría de este mundo para descansar en compañía de sus padres. Con este motivo fué sobrecogido de temor y levantándose fuese á Jerusalén y entrando en el templo elevó á Dios largas oraciones para que le fuese propicio en la hora de la muerte y le enviara el arcángel San Miguel que le defendiera de sus enemigos. Pidió también que el ángel bueno, que le fuera dado en custodio desde las entrañas de su madre, se le apareciera con aspecto agradable y rostro alegre y que unido con su alma no permitiera que se le acercaran los espíritus terribles y malos. Después de haber orado de este modo regresó á Nazareth y llegado á su casa sintióse enfermo y se puso en cama. Su enfermedad se agravó mucho, y como se acercara la hora de su muerte comenzó á turbarse. Entonces entré yo y le dije: —«Dios te guarde, padre mío José; ¿porque te turbas de esta manera tú que eres hombre santo y bendito?» Oyendo mi voz me contestó: — «¡Oh querido Hijo mío, ó Jesús mío, Dios te guarde, Dios te guarde! Hijo mío; los dolores y el temor de la muerte me han rodeado; pero así como tu voz ha llegado á mis oidos, mi alma ha sido consolada. Tu eres el velo que cubre mis pecados; tú eres, oh Jesús, el Salvador y Libertador de mi alma; tu nombre es dulcísimo para mis labios. Tu eres la fuerza de mis ojos, Jesús mío; tú eres el oido que lo oye todo; óyeme á mí hoy, á mi que soy tu siervo, mientras te ruego que mires y recibas las lágrimas que derrame á tu presencia;

© Biblioteca Nacional de España

pues te reconozco verdadero Dios y Señor, como el ángel repetidas veces me lo tiene dicho. No me lo imputes á pecado si pensé dejar á la santa y purísima Virgen tu Madre, cuando por primera vez la ví en cinta, porque no sabía lo que me hacía. El ángel del Señor me enseñó tu admirable misterio, me dirigió y me mandó darte el nombre de Jesús diciéndome que tú eres el que salvará al pueblo de sus pecados. Y tú, Señor y Dios mío, no te irrites conmigo por aquella hora, porque te creo y te confieso verdadero Dios y verdadero Hijo de Dios.» Y habiendo hablado así abatióle la enfermedad y ya no pudo hablar más. Entonces tomé asiento á la cabecera del lecho de José y mi Madre lo tomó á sus pies. El anciano volvió el rostro á mí, y con vehementes suspiros suspiraba por mí. Me incliné á él, toqué sus pies y se los acaricié, y retuve sus manos entre las mías una hora larga. Mientras tanto José me suplicaba por ademanes, en cuanto la agonía se los permitía, que no le soltara, y tenía clavados sus ojos en mí: y vinieron á mi padre José, Miguel y Gabriel. Y de esta manera apacible y alegremente espiró. Yo mismo con mis manos cerré sus ojos y su boca, y compuse su rostro. Noticiosa la ciudad de la muerte de José vino en peso y sus más íntimos amigos lavaron su cuerpo, embalsamándolo con preciosos aromas. Mientras tanto yo oré á mi Padre, y terminada la oración vino gran muchedumbre de ángeles y mandé á dos de ellos que vistieran el cadáver de José. Y los indicados ángeles vistieron una túnica blanquísima al cuerpo del bendito anciano José, cuyo cuerpo bendije para que no entrara en descomposición. Y dije también:—«Bendigo y seré ayuda de quien en la Iglesia de los justos, en el día de tu conmemoración, oh José, ofreciere sacrificio á Dios. Y quien meditare en tu vida, en tus trabajos y en tu tránsito de este mundo, cuando su alma deje á su cuerpo, borraré del libro sus pecados y no

© Biblioteca Nacional de España

serán castigados en el día del juicio. No entrará la peste, ni la muerte repentina asaltará la casa donde tu memoria estuviere en veneración.» Los ancianos llevaron el cuerpo de José al sepulcro. Y yo me acordé de aquellos días en que por él fuí llevado á Egipto, de la multitud de trabajos que por mi causa sobrellevó y lloré inclinado sobre su cuerpo. Y pusieron los restos de mi padre José en el sepulcro junto á su padre Jacob. Su muerte tuvo lugar el día 20 de Julio.

He ahí en compendio lo que he tomado de los Orientales. He omitido muchas cosas que en mi concepto, no serían admitidas por los fieles de la Santa Iglesia Romana, en la cual no es posible que falte la verdad, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

De los milagros alcanzados por intercesión de San José.

Nos ha referido un respetable personaje de la República de Venecia, que cierto noble tenía la costumbre de hincar todos los días la rodilla delante de una imagen de San José pintada en la pared de un templo, elevándole respetuosamente algunas oraciones. Después de haber por largo tiempo conservado esta costumbre de obrar con corazón sincero y levantado, cayó postrado en cama en fuerza de una enfermedad gravísima. Estando despierto, y con los ojos y el entendimiento perfectamente serenos vió á San José entrar en su habitación bajo una apariencia igual á la en que le había representado el pintor. Al verlo, el noble sintióse movido á viva contrición de sus pecados. Sin perder momento

© Biblioteca Nacional de España

hizo llamar un sacerdote y confesó sus culpas, según suelen hacerlo los católicos, y se durmió en el Señor, llamado á la celestial bienaventuranza, (conforme se cree), por la presencia de San José.

San Vicente Ferrer, de nuestra Orden de Padres Predicadores, en el sermón de la Natividad del Señor, refiere lo siguiente: «Un comerciante de Valencia convidaba todos los años en el día de Navidad, á un pobre viejo y á una mujer con su pequeño hijo; cuyos personajes le representaban al Niño Jesús con la Santísima Virgen y San José. Llegada la hora de su muerte se le aparecieron la Virgen, su Hijo y San José y le dijeron:—«Ya que tú nos has recibido en tu casa nosotros vamos á recibirte en la nuestra.»

Dejamos á los católicos el cuidado de indagar y buscar otros milagros, cuyo número, en nuestro concepto, no puede contarse, mientras que poniendo fin á este nuestro trabajo, diremos que todo cuanto hemos referido, tomándolo de la Sagrada Escritura, de la autoridad de la Iglesia Romana y de las opiniones de muchos Santos Doctores basta para infundir la creencia de que el excelso José es grande entre los moradores del cielo y los de la tierra.

A. M. S. C. I. G.

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

	Pág.
Censura	5
Aprobación	6
Dedicatoria del Autor	7
Prólogo	11
Hipótesis, ó fundamentos de las opiniones del Autor	17
En honor de San José, Esposo de la Bienaventurada Virgen María	19

Primera parte.

Cap. I. — Don del nombre de San José	21
Cap. II. — Objeciones á las razones precedentes	24
Cap. III. — Don de la patria de San José	26
Cap. IV. — Del don de la genealogía de San José, y motivos por los cuales está escrita en las Sagradas Letras	31
Cap. V. — Trata de una cuestión que se origina de lo dicho	33
Cap. VI. — Del don de nobleza	37
Cap. VII. — Objeciones contra la nobleza de San José	39
Cap. VIII. — Don del doble nombre del padre de San José	43
Cap. IX. — Del don de la santificación antes del nacimiento	46
Cap. X. — Objeciones contra el don de santificación	49
Cap. XI. — Del don de la hermosura	51
Cap. XII. — Objeciones contra la hermosura de San José	52
Cap. XIII. — Del don de la virginidad	56
Cap. XIV. — Objeciones según las cuales no fué condicional el voto de virginidad de San José	59
Cap. XV. — Del don del arte mecánico	63

© Biblioteca Nacional de España

Pág.

Cap. xvi. — Del don de las virtudes que brillaron en la vida de San José.. 66
Cap. xvii. — Del don de modestia de San José en el vestir.. . . 74

Segunda parte.

Preámbulo.. 78
Cap. i. — Del don del matrimonio de San José con la Bienaventurada siempre Virgen María.. 79
Cap. ii. — Del don de conveniencia del matrimonio de que se trata. 83
Cap. iii. — Del don de la edad de San José en la época de sus desposorios con la Santísima Virgen. 87
Cap. iv. — Del don de las admirables virtudes reconocidas en San José por causa de sus desposorios con la beatísima Virgen.. 93
Cap. v. — Del don de la clarísima virtud de justicia. 96
Cap. vi. — Del don por el cual San José asistió á la Visitación de la beatísima Virgen á Santa Isabel.. 100
Cap. vii. — Del don de los pensamientos sapientísimos y altísimos.. 102
Cap. viii. — Del don de la primera aparición angélica. . . . 105
Cap. ix. — Del don del privilegiado amor con que San José fué amado de la Santísima Virgen sobre todos los mortales.. 109
Cap. x. — Del don por el cual San José fué el primero en adorar, después de la bienaventurada Virgen, al Cristo recién nacido. 113
Cap. xi. — Del don de la imposición del Santísimo Nombre de Jesús. 116
Cap. xii. — Del don de las múltiples apariciones angélicas. . 118
Cap. xiii. — Del don de la inexplicable dicha de que gozó San José viviendo con el Cristo y con la Santísima Virgen. 131
Cap. xiv. — Del don de la igualdad de alabanzas tributadas á Dios por la Santísima Virgen y por San José después de haber hallado al niño Jesús en el templo. 134
Cap. xv. — Del don del insigne amor de San José al Cristo. . 140

© Biblioteca Nacional de España

Tercera parte.

	Pág.
Preámbulo.	143
Cap. I. — Del don de las bendiciones en general, y de la del día del sábado en particular.	145
Cap. II. — De los dones de las bendiciones de nuestros primeros padres.	146
Cap. III. — Del don de la bendición de Noé.	148
Cap. IV. — Del don de la bendición de Jacob..	150
Cap. V. — Del don de las bendiciones de cada hijo de Jacob en particular.	153
Cap. VI. — Del don de las bendiciones de Balaam.	158
Cap. VII. — De los dones de las demás bendiciones de Balaam.	163
Cap. VIII. — De los dones de las bendiciones dadas por Moisés al pueblo de Israel si observaba los preceptos del Señor.	166
Cap. IX. — De los dones de las bendiciones dadas por Moisés á los hijos de Israel..	169
Cap. X. — De los dones de los Sacramentos de la Iglesia. .	176
Cap. XI. — Del don de pureza..	181
Cap. XII. — De los dones de los siete del Espíritu Santo. . .	184
Cap. XIII. — De los dones de las bienaventuranzas.	198
Cap. XIV. — Del don de la bienaventuranza de la pobreza.. .	201
Cap. XV. — Del don de la bienaventuranza de la mansedumbre.	206
Cap. XVI. — Del don de las demás bienaventuranzas espirituales.	208
Cap. XVII. — Del don de la plenitud de la gracia.	212
Cap. XVIII. — De la comparación de los dones de San José con los de los Apóstoles, Profetas, Evangelistas y Pastores..	215
Cap. XIX. — De los dones de los atributos de todos los ángeles.	218
Cap. XX. — De los dones de las propiedades de la primera jerarquía.	223
Cap. XXI. — De los dones de las propiedades de la segunda jerarquía.	224
Cap. XXII. — De los dones de las propiedades de la suprema jerarquía.	229

© Biblioteca Nacional de España

Cuarta parte.

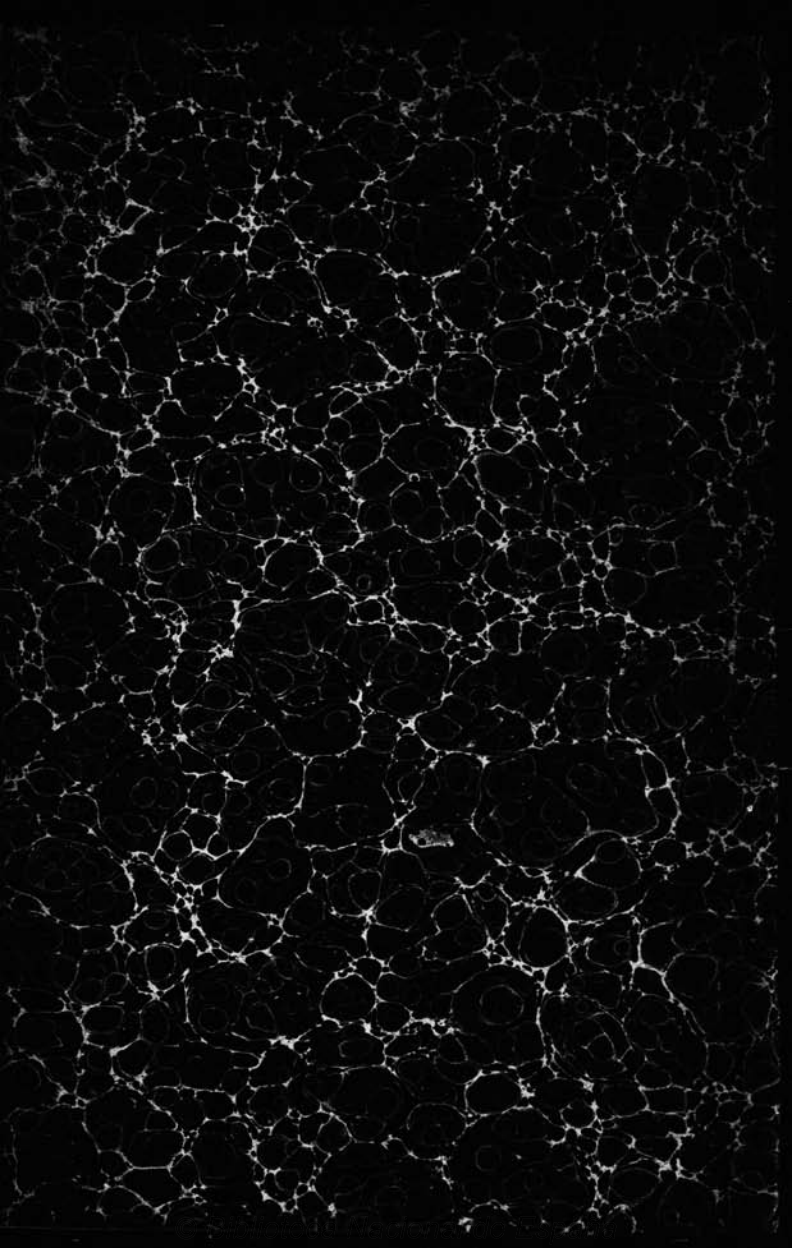
	Pág.
Preámbulo.	233
Cap. I. — Del don de la época de la muerte de San José. . .	235
Cap. II. — Del don del descenso de José al Limbo de los Santos Padres.	240
Cap. III. — Del don de la glorificación de San José en cuerpo y alma.	241
Cap. IV. — Del don de la triple aureola del martirio, de la virginidad y del doctorado.	243
Cap. V. — Del don de los frutos.	246
Cap. VI. — Hay que celebrar la fiesta de San José.	248
Cap. VII. — De qué manera debe celebrarse la fiesta de San José.	249
Cap. VIII. — Porque los antiguos no celebraban la fiesta de San José.	251
Cap. IX. — De la costumbre de los orientales en celebrar la fiesta de San José.	254
Capítulo último. — De los milagros alcanzados por intercesión de San José.	259

FIN DEL ÍNDICE.

BIBLIOTECA NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España